

# **ACOGIDA CRISTIANA Y NUEVA EVANGELIZACIÓN en el Camino de Santiago**



Santiago de Compostela, 2013





ACOGIDA CRISTIANA  
Y NUEVA EVANGELIZACIÓN  
EN EL CAMINO DE SANTIAGO

© S.A.M.I. Catedral de Santiago

Depósito Legal: C. 1067-2013

ISBN: 978-84-616-5194-8

Imprime: Gráficas LOPE

c/ Laguna Grande, 2 (Pol. El Montalvo II). Salamanca

Teléf. 923 19 41 31

[www.graficaslope.com](http://www.graficaslope.com)

I<sup>er</sup> Congreso Internacional

ACOGIDA CRISTIANA  
Y NUEVA EVANGELIZACIÓN  
EN EL CAMINO DE SANTIAGO

22, 23 y 24  
de abril de 2013

DIRECCIÓN DEL CONGRESO:

D. SEGUNDO L. PÉREZ, Deán de la Catedral de Santiago  
D. JAVIER FRESNO, Delegado de religiosidad popular de Zamora  
D. ANTOLÍN DE CELA, Rector de la Basílica de la Encina. Ponferrada

COORDINACIÓN:

Oficina de Acogida al Peregrino

M<sup>a</sup> Josefa Eiras Díaz  
María Neira Calvo  
Eduardo Pérez Redondo  
César Rúa Cebrián  
Inma Tamayo Guillén

Oficina de Acogida al Peregrino. Catedral de Santiago  
Santiago de Compostela 2013



«Ser creativos, abrir nuevos caminos de pastoral,  
nos afirma que el amor de Dios nos hace fuertes y audaces,  
infunde valor y osadía»

JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*





# ÍNDICE

## Presentación del Congreso

---

- La acogida cristiana en el Camino de Santiago**..... 13  
Ilmo. D. SEGUNDO L. PÉREZ LÓPEZ,  
Deán de la Catedral de Santiago de Compostela

## Conferencias

---

- Peregrinos de la fe**..... 29  
Excmo. y Rvdm. D. JULIÁN BARRIO BARRIO,  
Arzobispo de Santiago de Compostela.
- Sentido del Camino y Nueva Evangelización**..... 49  
Excmo. y Rvdm. D. HENRI BRINCARD,  
Obispo de Le Puy-en-Velay (Francia)

## Comunicaciones

- 1. Camino y nuevos medios de comunicación.**  
**Cómo queremos vernos y ser vistos**..... 59  
Prof. JESÚS TANCO LERGA, Universidad de Navarra
- 2. Acogida a Peregrinos creyentes y no creyentes**..... 63  
D. JOHN RAFFERTY, The Confraternity of Saint James (Inglaterra)
- 3. La evangelización a través del arte en el Camino de Santiago**..... 73  
Prof. D. JOSÉ ÁNGEL RIVERA, Delegado Diocesano  
para el Patrimonio y la Cultura de Zamora

## Conferencia

---

- «La acogida»: dar razón de la propia fe**..... 99  
Excmo. y Rvdm. D. CARLOS OSORO SIERRA, Arzobispo de Valencia

## Comunicaciones

- 1. La hospitalidad monástica, reto para la hospitalidad hoy**..... 119  
Prof. D. JOSÉ MIGUEL ANDRADE CERNADAS,  
Universidad de Santiago de Compostela
- 2. Experiencias de Agentes de Acogida hoy**
- 2.1. Camino y parroquia rural**..... 123  
Rvdo. D. MANUEL GONZÁLEZ, Párroco de Hospital de Órbigo
- 2.2. Acogida en un Monasterio**..... 127  
Sor ERNESTINA ÁLVAREZ TEJERINA,  
Convento de las Benedictinas, León

<b>2. 3. Experiencia de acogida de los PP. Franciscanos Conventuales.....</b>	133
Fray JORDI ALCARAZ CUENCA, OFMCONV, Delegado de Misiones de Justicia y Paz	
<b>2. 4. Experiencias de la Peregrinación.....</b>	141
MUNDO NUEVO, Parroquia de Santiago de San Sebastián	
<b>2.5. El Centro Europeo de Peregrinación Juan Pablo II.....</b>	145
ROMÁN WCISLO, Orden religiosa de La Saleta	

## Conferencias

---

<b>El encuentro hecho fiesta en la celebración.....</b>	147
Excmo. y Rvdmo. D. JULIÁN LÓPEZ MARTÍN, Obispo de León	

<b>El Camino como peregrinación interior: encuentro y comunión con Cristo.....</b>	161
D. ANTOLÍN DE CELA, Rector de la Basílica de la Encina en Ponferrada y Delegado del Camino en la Diócesis de Astorga	

## Comunicaciones

<b>1. La Palabra, que interpela y alienta al peregrino.....</b>	169
MADRE PRADO, O.S.A., Monasterio de la Conversión Sotillo de la Adrada (Ávila)	
<b>2. La Acogida en los albergues.....</b>	183
LEO VAN STAVEREN, Peregrina y Hospitalera voluntaria en el Camino de Santiago	
<b>3. Acogida cristiana y Nueva Evangelización en el Camino de Santiago: Acogida que sana y salva.....</b>	187
Rvdo. D. JAUME ALEMANY, Delegado de Pastoral Penitenciaria de la CEE	

## Conferencias

---

<b>Peregrinación Jacobea del s. XXI: de la Piedad Popular a la Nueva búsqueda Espiritual.....</b>	197
Prof. GONZALO TEJERINA ARIAS, Universidad Pontificia de Salamanca	

<b>Acogida y respuestas a la búsqueda de sentido en los peregrinos.....</b>	215
Excmo. y Rvdmo. Fray JESÚS SANZ MONTES, Arzobispo de Oviedo	

## Comunicaciones

<b>1. Camino de Santiago y Jóvenes. Oportunidades pastorales.....</b>	239
FRANCISCO JAVIER LUENGO SCJ, San Javier, Murcia	
<b>2. La acogida en la Meta:</b>	
<b>2.1. Hogar de espiritualidad San Francisco de Asís.....</b>	257
FRAY FRANCISCO CASTRO MIRAMONTES, Responsable del Hogar de espiritualidad San Francisco de Asís, Santiago de Compostela	

<b>2.2. La acogida de la Iglesia Alemana</b> .....	259
WOLFGANG y ANGELA SCHNELLER, Fundadores del Proyecto Pastoral: «Peregrinos de Santiago», de la Conferencia Episcopal Alemana	
<b>2.3. La acogida en la meta: La Archicofradía y Fundación de la Peregrinación</b> .....	267
Prof. D. AGUSTÍN DOSIL MACEIRA, Presidente de las mismas	
<b>2.4. La acogida en la Oficina del Peregrino de la S.A.M.I. Catedral de Santiago</b> .....	273
EDUARDO PÉREZ REDONDO y MARÍA JOSEFA EIRAS DÍAZ, Coordinadores de la Oficina del Peregrino	

## Conferencia

---

<b>San Francisco en el camino de Santiago. Memoria histórica y legado espiritual</b> .....	279
D. FRANCISCO SINGUL, Técnico y director de exposiciones del Xacobeo	

## Comunicaciones

<b>1. Proyectos pastorales en el Camino</b> .....	289
Rvdo. D. JAVIER FRESNO, Delegado de Religiosidad Popular, Diócesis de Zamora	
<b>2. La Peregrinación a Santiago: Pastoral en comunión</b> .....	299
Excmo. y Rvdm. D. SEBASTIÁ TALTAVULL, Obispo auxiliar de Barcelona y Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral de la CEE	
<b>3. La Peregrinación, propuesta para la Nueva Evangelización</b> .....	313
Rvdo. JOSÉ JAIME BROSEL GAVILÁ, Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes	

<b>Crónica</b> .....	331
<b>Memoria de vida: D. Jenaro Cebrián Franco</b> .....	335



# LA ACOGIDA CRISTIANA EN EL CAMINO DE SANTIAGO

ILMO. D. SEGUNDO L. PÉREZ LÓPEZ  
Deán de la Catedral de Santiago de Compostela  
Encargado de la Oficina de Acogida a los Peregrinos  
de la Catedral de Santiago

## 1. Introducción

Quiero saludarles a todos con afecto en nombre del Cabildo y de la Oficina de Acogida a los Peregrinos de la Catedral Compostelana. Lo hago como Deán y Presidente accidental de la Comisión de Peregrinaciones de nuestro Cabildo Catedralicio. Bienvenidos y siéntanse en hogar propio para compartir la palabra que estimula y el banquete que hermana, tanto en la experiencia humana de nuestro encuentro, como en la presencia del Resucitado que anima y alienta nuestra fe y nuestro servicio. Todos y cada uno de Vds. son el rostro cercano a tantos hombres y mujeres que, hambreado la propia felicidad, realizan una peregrinación a lo más hondo de sí mismos gracias al amor incondicional de Dios y la generosidad de muchos hombres y mujeres que han sido tocados por la mística del Camino, y son como la mejor parte de tantos afanes históricos, culturales y religiosos a lo largo de la historia hasta el día de hoy. Precisamente este año queremos poner de relieve la memoria de la «inventio» del sepulcro y los restos apostólicos que, entre los años 813 al 830 del siglo noveno, fueron nuevamente recuperados en tiempos del obispo Teodomiro. La Bula *Deus Omnipotens*, del Papa León XIII, cuya edición facsimil acabamos de publicar, quiere hacernos presente un hecho definitivo para las peregrinaciones de los siglos XX y XXI. Ello nos hace comprender que historia, cultura y fe son como tres aspectos del alma de de los peregrinos jacobeos, que hacen revivir los elementos fundamentales del arte y la religiosidad popular, y al mismo tiempo, resurge en nosotros la pregunta por el ser, el valor y el significado de la vida humana y la identidad cristiana. La Acogida cristiana en el Camino de Santiago es una tarea urgente, que muchos de Vds. realizan

de forma módélica y se convierte en una necesidad apostólica si no queremos que se nos disvirtúe este camino de gracia al servicio de la Nueva Evangelización. Así lo han entendido los Romanos Pontífices, el Beato Juan Pablo II y S.S. Benedicto XVI, peregrinos a la tumba de Santiago, pastores y maestros de la peregrinación jacobea.

En este espacio de presentación no puede faltar la memoria agradecida y el recuerdo testimonial de alguien que amó y creyó de corazón en cada peregrino, legándonos un testimonio de gran calidad humana y sacerdotal. Me refiero como ya suponen a D. Jenaro Cebrián, hombre de bien, cristiano coherente, sacerdote ejemplar y amigo entrañable para mí y muchos de Vds. Él nos acompaña desde la casa del Padre con su sencillez y bondad de siempre, ya que este Congreso es la última de sus iniciativas y, sin duda, en la que más esperanza puso en sus últimos días. De él nos sentimos deudores y llamados a que haya un segundo, tercero y muchos congresos como él soñaba. Viva por siempre con Cristo. Amén.

Pensando en un pasaje bíblico, que pudiera servirnos de referencia, para iniciar nuestra reflexión en esta tarde, lo encontré en el texto evangélico de Mc 2, 1-12. El pasaje es como sigue:

*Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni en la puerta. Él les proponía la palabra. Llegaron cuatro llevando un paralítico y, como no podían meterlo, por el gentío, levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados quedan perdonados.» Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: «¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, fuera de Dios?» Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y les dijo: «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico «tus pecados quedan perdonados» o decirle «levántate, coge la camilla y echa a andar»? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados...» Entonces le dijo al paralítico: «Contigo hablo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa.» Se levantó inmediatamente, cogió la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual».*

El texto puede ser aplicado a aquel hombre y a nosotros. El ministerio sanante de Jesús es como una línea transversal de todo el Evangelio. En este caso, Jesús se encuentra con un hombre que estaba cerrado en sí mismo, sin fuerza para nada. Pero unos amigos, que creen apasionadamente en el poder sanante del Señor, no escatiman esfuerzos para presentarlo a Jesús. Y el texto subraya la actitud de ellos como causa y razón del encuentro maravilloso que se va a dar entre el tullido y Jesús.

He aquí, amigos, la acogida y la propuesta que todo hombre y mujer que quiere ser un apóstol del Camino ha de tener siempre presente: *Viendo la fe que tenían*, Jesús se siente conmovido y tocado en su corazón por la fe de aquellas personas, que creen que Jesús puede ser el comienzo de una nueva vida, por eso el Señor, viendo la fe que tenían, pronuncia unas palabras que cambian para siempre la vida de aquella persona y para cada uno de nosotros si vamos de corazón al encuentro de Jesús. Aquellas palabras son: 1. Tus pecados son perdonados. 2. Levántate, ponte en pie recobra tu dignidad, libérate de lo que paraliza tu vida. 3. Coge tu camilla, enfréntate al futuro ya que estás perdonado de tu pasado. 4. Vete a tu casa, es decir, comienza una vida nueva con los tuyos y da testimonio de lo que has visto y oído. La propuesta cristiana de Acogida en el Camino pasa por la búsqueda y propuesta de nuestra identidad, no como una imposición sino como una oferta gratuita desde la sencillez evangélica.

## 2. A vueltas con la identidad cristiana

En el siglo XIV, en el libro sobre la vida de Cristo del teólogo bizantino Nicolás Kabasilas, encontramos una definición preciosa, si cabe la expresión, acerca del verdadero deseo nostálgico del ser humano hacia ese «algo» que la sociedad tecnológica ha dejado vacío: «Hombres que llevan en sí un deseo tan poderoso que supera su naturaleza y que desean y braman por más de lo que al hombre le conviene aspirar. Estos hombres han sido alcanzados por el mismo esposo: Él mismo ha enviado a sus ojos un rayo ardiente de su belleza. La profundidad de la herida revela ya cuál es el dardo, y la intensidad del deseo deja entrever Quién ha lanzado la flecha»<sup>1</sup>.

Toda la tradición de la Iglesia es unánime en afirmar que la fe que tenemos que transmitir se resume en «aquello que hay que creer», «lo que hay que celebrar», y «lo que hay que vivir». De otro modo, la verdad del ser cristiano se concentra en tres «leyes» o niveles: en la «ley de la fe» (contenido doctrinal = *lex credendi*), en la «ley de la oración» (celebración litúrgica = *lex orandi*), y en la «ley de la vida» (conducta o comportamiento moral = *lex vivendi*)<sup>2</sup>.

1 N. KABASILAS, en «La Belleza es Bondad». Mensaje del Cardenal Ratzinger para el meeting de Rimini sobre el lema «El sentimiento de las cosas, la contemplación de la belleza».

2 Cf. D. BOROBIO, «Fe cristiana y cultura del pueblo», en J. Ramos Guerreira-M. A. Pena González-F. Rodríguez Pascual (eds.) *La religiosidad popular. Riqueza, discernimiento y retos*, Salamanca 2004.



Desde una perspectiva religiosa, el hombre postmoderno, especialmente representado en el mundo de los jóvenes, destaca por una situación de gran indiferencia y relativismo religioso, en la que «los valores religiosos han sido sustituidos, velados, mutilados por otros intereses cotidianos, que de por sí son capaces de orientar y acaparar las fuerzas de la inteligencia y, sobre todo, de la voluntad del joven, de ordinario en una situación de satisfacción existencial y de ausencia de interrogantes»<sup>3</sup>. Esta indiferencia religiosa se manifiesta de diversas formas:

- En la ausencia de interés e inquietud por lo religioso, concentrados en la inmediatez de objetivos profesionales, de felicidad y poder, de dinero y consumo... sin horizonte trascendente.
- En la ausencia real de identidad creyente, provocada por un progresivo distanciamiento de la fe, de la práctica sacramental, de la moral cristiana, de lo institucional religioso.
- En la difuminación de lo cristiano en un cuadro sincretista religioso, que conlleva un «cristianismo a la carta», un cóctel compuesto de retazos y fragmentos de religiosidad o de ética, elaborado libremente. Lo que conduce a la dispersión de las creencias religiosas, sin vínculos institucionales.
- En la absorción psicológica de lo religioso que se produce cuando se entra en la dinámica de los estudios universitarios, o de la profesión y el trabajo, que concentra en sí todo el interés, la voluntad, los proyectos...marginando todo lo religioso<sup>4</sup>.
- En una palabra se manifiesta en el «cambio de paradigma», según el cual la realidad no se divide ya en inmanencia y trascendencia, sino en «privado – público». De este modo, al «vivir sin Dios», se une el «creer en privado», propagando una ausencia de lo religioso en la vida social, donde nombrar a Dios, en cualquier manifestación cultural, resulta algo «exótico» y extraño<sup>5</sup>.

3 JIMÉNEZ ORTIZ, «Ante la amenaza de la indiferencia religiosa», *Diálogo* 240, 2002-2003.

4 Cf. J. GARCÍA ROCA, *Constelaciones de los jóvenes. Síntomas, oportunidades, eclipses*, Ed. Cristianisme i Justícia, Barcelona 1994; F.Gervilla Castillo, *Postmodernidad y educación (Valores y cultura de los jóvenes)*, Ed. Dykinson, Madrid 1993; J. M. Lozano i Soler, *¿De qué hablamos cuando hablamos de los jóvenes?*, Cristianisme i Justícia, Barcelona 1999.

5 Cf. M. SCHARER, «Profession de foi chrétienne et société post-moderne»: *Lumen Vitae* 1, 2003, pp. 49-64.

«Del Silencio del Padre surge la Palabra del Hijo». Esta palabra se puede escuchar en toda palabra que no sea ociosa, que surja del corazón, que sea sincera; en toda palabra que pueda decir un hombre de buena voluntad. ¿Y cuándo se dicen estas palabras? Estas palabras se dicen cuando el conocimiento y el amor no se han separado, lo que constituye, como ya he insinuado, el gran divorcio de la época actual; es decir, cuando no se cree que se puede conocer sin amar (que es cálculo) o amar sin conocer (que es sentimentalismo). Esta unión entre el Conocimiento (*logos*) y el Amor (*pneuma*, espíritu) nos abre al misterio de la Trinidad para explicar el misterio del hombre. La fe surge de saber escuchar esta palabra. El cristianismo no es la religión del Libro, sino que es la religión de la Palabra, la Palabra que era desde el Principio. Por ello el Espíritu Santo es quien, como dice la Escritura, tiene conocimiento de toda palabra.

La pregunta por la identidad cristiana viene de lejos, pero la absolutización de la razón negó todo fenómeno que apareciera más allá de lo experimentable; durante mucho tiempo la gente se ha ido asentando en la vida «et si Deus non daretur» de Spinoza y cada uno se ha ido situando desde la propia conciencia, llegando al pensamiento blando que en la actualidad quiere ocuparlo todo. Cuando parecía que todo estaba situado cómodamente en la finitud, la sociología moderna se ha vuelto a interesar por el fenómeno de la religión, y de modo especial por la peregrinación en sus más diversos aspectos, como uno de los campos específicos del diálogo intercultural e interreligioso.

La religión relaciona al hombre consigo mismo, con las demás personas, con las cosas y con aquello que invisiblemente está más allá de ellas; con lo trascendente, que es la razón última de su existir.

Una religión es una manera de estructurar el mundo con Dios o con lo absoluto.

El mensaje de Jesús anunciado a los diversos pueblos y culturas integró expresiones religiosas diversas que fueron cambiando las manifestaciones culturales, las normas morales, la manera de entender el mensaje.

La pregunta principal que nos planteamos hoy es ¿cómo hablar de Dios en nuestro tiempo? ¿Cómo comunicar el Evangelio, para abrir caminos a su verdad salvífica en los corazones de nuestros contemporáneos, a menudo cerrados en sus mentes, a veces distraídas por tantos destellos de esta cultura postcristiana.

El mismo Jesús, nos dicen los evangelistas, al anunciar el Reino de Dios se preguntó acerca de esto: «¿Con qué podríamos comparar el

Reino de Dios? ¿Qué parábola nos servirá para representarlo?» (Mc 4, 30). Cómo hablar de Dios hoy. La primera respuesta es que nosotros podemos hablar de Dios porque Dios ha hablado antes de nosotros y con nosotros. La primera condición del hablar de Dios es, por lo tanto, la escucha de lo que ha dicho el mismo Dios. Ha hablado de nosotros en el seno de la Trinidad antes de la creación del mundo cuando estaba modelando el original del hombre en la persona del Hijo. Ha hablado con nosotros *per verba et facta* como nos dice la *Dei Verbum*. Dios no es una hipótesis lejana del mundo por su origen, sino que se preocupa por nosotros, Dios nos ama, Dios ha entrado personalmente en la realidad de nuestra historia, se ha 'auto-comunicado' hasta encarnarse para santificar nuestra carne.

Por lo tanto, Dios es una realidad de nuestra vida, Dios es tan grande que tiene tiempo también para nosotros, que puede ocuparse de nosotros y se ocupa de nosotros. En Jesús de Nazaret, encontramos el rostro de Dios, que ha bajado de su Cielo, para sumergirse en el mundo de los hombres y en nuestro mundo y enseñar el «arte de vivir», el camino hacia la felicidad; para liberarnos del pecado y hacernos plenamente hijos de Dios (cfr. Ef 1, 5, Rom 8, 14). Jesús vino para salvarnos y mostrarnos la vida buena del Evangelio.

Hablar de Dios significa, ante todo tener claro lo que debemos brindar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. No un Dios abstracto, no una hipótesis, sino un Dios personal, un Dios que existe, que ha entrado en la historia y está presente en la historia, el Dios de Jesucristo como respuesta a la pregunta fundamental del por qué y cómo vivir.

Por lo tanto, hablar de Dios requiere una familiaridad con Jesús y su Evangelio, presupone un conocimiento nuestro personal y real de Él y una gran pasión por su proyecto de salvación, sin ceder a la tentación del éxito, sino siguiendo el método de Dios mismo. El método de Dios es el de la humildad, Dios se hace uno de nosotros, es el método cumplido en la Encarnación, en la humilde casa de Nazaret y en la gruta de Belén, en la Cruz, en la parábola del grano de mostaza. Se requiere no temer la humildad de los pequeños pasos y confiar en la levadura, que penetra en la masa y la hace crecer lentamente (cfr. Mt 13, 33).

Al hablar de Dios, en la obra de la evangelización, bajo la guía del Espíritu Santo, es necesario recuperar la simplicidad, un retorno a lo esencial del anuncio: la Buena Nueva de un Dios que es real, concreto, de un Dios que se preocupa por nosotros, de un Dios-Amor que se acerca a nosotros en Jesucristo hasta la Cruz y que, en la Resurrección nos dona la esperanza y nos abre a una vida que no tiene fin, la vida eterna.

Ese comunicador excepcional que fue el apóstol Pablo nos ofrece una lección que va directo al corazón de la fe, sobre cómo hablar de Dios con gran sencillez. En la primera carta a los Corintios escribe: «Por mi parte, hermanos, cuando os visité para anunciaros el misterio de Dios, no llegué con el prestigio de la elocuencia o de la sabiduría. Al contrario, no quise saber nada, fuera de Jesucristo, y Jesucristo crucificado» (2, 1-2).

Todo pueblo, de hecho, tiende a expresar su visión total de la trascendencia y su concepción de la naturaleza, de la sociedad y de la historia, a través de mediaciones culturales, en una síntesis característica, de gran significado humano y espiritual. La religiosidad popular no tiene relación necesariamente con la revelación cristiana. Pero en muchas regiones, expresándose en una sociedad impregnada, de diversas formas, de elementos cristianos, da lugar a una especie de «catolicismo popular», en el que coexisten, más o menos armónicamente, elementos provenientes del sentido religioso de la vida, de la cultura propia de un pueblo y de la revelación cristiana<sup>6</sup>.

El Dios de la fe hebraico-cristiana es el Dios del adviento, el eterno que tiene tiempo para el hombre. Viniendo a la historia, él abre el camino, suscita la expectación, ofrece una promesa siempre más grande que lo ya cumplido y realizado. Por eso el camino y la meta es «re-velación»: un manifestarse que oculta, un encuentro que abre camino, un mostrarse que atrae retirándose<sup>7</sup>. A esta dialéctica de apertura y ocultamiento alude el mismo término «re-velatio»: la revelación del Dios que viene, quita el velo que le oculta, pero es también un más fuerte esconderse; es comunicación de sí, que inseparablemente se ofrece como un volver a «velar». De ahí que a la revelación no se corresponde con la arrogancia ideológica de la posesión, sino con la actitud que el Nuevo Testamento define como «obediencia de la fe» (cf. Rm 1, 5)

La peregrinación en sus diversas formas y acepciones tiene que ser entendida a la luz de la religiosidad popular y, como señala el Directorio, en muchos casos a la luz de la piedad popular que lleva a la conversión y la celebración litúrgica.

Para valorar positivamente la religiosidad popular, tenemos que partir de una antropología radicalmente optimista. El hombre no puede ser

6 Cf. Diversos aspectos y matices en B. PLONGERON (DIR.) *La religion Populaire* (París 1976).

7 Cf. sobre todo lo que sigue B. FORTE, *Teología de la historia. Ensayo sobre revelación, protología y escatología*, (Salamanca 1995) y *La teología como compañía, memoria y profecía. Introducción al sentido y al método de la teología como historia*, (Salamanca 1990).

definido, si no es por su apertura a lo trascendente. Debemos partir de una antropología desde la que el hombre como una unidad de cuerpo-espíritu, está abierto al infinito. El hombre descubre a Dios, a partir de lo que es y hace en su realidad concreta de vida. El Dios de la revelación cristiana, se manifiesta en estas realizaciones, abriéndolas siempre hacia el infinito.

La religiosidad popular es un aspecto importante de la evangelización. La temática es de gran actualidad, ya que hace más de un siglo se ha anunciado la desaparición de lo sagrado, y hoy esto es un fenómeno en crecimiento.

El interés por los nuevos fenómenos religiosos desafía a nuestra sociedad racionalizada, materialista y consumista, a la cual la pastoral católica no ha sabido dar una respuesta teológica y celebrativa adecuada. He aquí un desafío al que —en cierta medida—, la peregrinación y las diversas formas de acogida van respondiendo.

### **3. Desde la Nueva evangelización**

«El punto crucial de la cuestión es este: si un hombre, empapado de la civilización moderna, un europeo, puede todavía creer; creer propiamente en la divinidad del Hijo de Dios, Cristo Jesús. En esto, de hecho, está toda la fe». Son palabras cargadas de provocación que provienen de uno de los escritores más significativos del siglo pasado: Dostoevski. Preguntarse si el hombre de hoy está todavía dispuesto a creer en Jesús como Hijo de Dios comporta necesariamente la cuestión conexa: si el hombre de hoy siente todavía la necesidad de la salvación. Aquí está todo el problema para nosotros creyentes, para nuestra credibilidad en el mundo de hoy; pero también el problema para cuantos no creen y desean darle un significado pleno a su vida. No encuentro otra posibilidad fuera de esta cuestión, que impulsa a buscar una respuesta. Según algunos, aquí se concentran las grandes cuestiones que nos tocan a cada uno de nosotros y la simple respuesta que la Iglesia ofrece anunciando, como si el tiempo nunca hubiera pasado, el mismo contenido de los primeros años de nuestra existencia como cristianos: Jesús, crucificado y resucitado; El que ha pasado en medio a nosotros, anunciando el reino de Dios y haciendo el bien a cuantos se dirigían a Él.

Sabemos que estamos en medio de una profunda crisis que se ha convertido en crisis de Dios. Esquemáticamente se podría decir: la religión sí, pero Dios no. En dónde este «no», en todo caso, no debe entenderse en el sentido categórico de los grandes ateísmos. No existen más, permí-

taseme repetir, grandes ateísmos. El ateísmo de hoy en realidad puede nuevamente hablar de Dios sin entenderlo realmente. En síntesis, la crisis actual está determinada por el poder y saber hablar de Dios; el tema no puede dejarnos indiferentes después de casi cincuenta años del Concilio Vaticano II, que tuvo entre sus principales objetivos el hablar de Dios al hombre de hoy de manera comprensible. La crisis que vivimos, entonces, se podría resumir de manera aún más sintética: Dios hoy no es negado, sino desconocido. Por parte del hombre contemporáneo hay algo de verdadero, probablemente, en este modo de plantearse el problema en torno al nombre de «Dios». En algún sentido se podría decir que se ha pasado de la hipótesis inútil a la buena posibilidad ofrecida al hombre. Con respecto a esta perspectiva deberíamos ser capaces de agitar las aguas a menudo demasiado tranquilas de dos lagos artificiales: el de la indiferencia, que frecuentemente domina el contexto cultural referido a esta problemática; y el de la obiedad, que evidencia cuánta ignorancia, a menudo supina, existe acerca de los contenidos religiosos. Indiferencia e ignorancia, lamentablemente, se encuentran en la base del sentido común religioso todavía presente, haciendo siempre más débil la pregunta religiosa y, especialmente, la decisión consciente y libre. Retorna inmediatamente la escena tan familiar de Pablo en el areópago de Atenas (Hch 17, 16-34). No ha cambiado tanto desde entonces. Las calles de nuestros pueblos están repletas de nuevos ídolos. El interés hacia un muy genérico sentido religioso parecería tomarse una especie de revancha; expresiones religiosas se multiplican y frecuentemente están vacías de espesor vivencial. En algunos casos se sigue el soplo de la emotividad, en otros, al contrario, diversas formas de fundamentalismo; ambos no indican otra cosa que la ausencia de espesor intelectual y vital. Por último, aparecen de nuevo en el horizonte mesías de la última hora, predicando el inminente fin del orden presente. En este contexto hay que preguntarse quiénes son los nuevos Pablo de Tarso conscientes de ser portadores de una hermosa novedad que entra en el areópago de nuestro pequeño mundo, con la convicción y la certeza de querer anunciar al «Dios desconocido».

He aquí un desafío al que —en cierta medida—, la religiosidad popular está respondiendo, tanto en Europa como en los otros continentes y, de forma especial, en América-Latina, y de la cual las procesiones, la semana Santa y las peregrinaciones vienen siendo un espacio privilegiado en todas las religiones y culturas<sup>8</sup>.

8 Vid. J. BARRIO BARRIO, «El camino de Santiago y la Religiosidad popular», en *Peregrinar en Espíritu y en verdad. Escritos Jacobeos* (Santiago de Compostela 2004) 223-246.

La religiosidad popular es objeto de atención y de estudio por los especialistas de numerosas disciplinas, entre las que destacan la antropología cultural, la historia del hecho religioso, la historia de las mentalidades, las relaciones político económicas de los pueblos, el arte en sus diversas manifestaciones, los diversos géneros literarios y, naturalmente, la teología y la espiritualidad. Ahora bien, es preciso mostrar siempre y valorar en su justa medida el núcleo esencial de las manifestaciones de la religiosidad y las diversas formas de piedad popular, sin confundir ni tergiversar la raíz verdaderamente cristiana que contienen, aun cuando en las formas expresivas manifiesten analogías e incluso procedencias bien diversas. No reconocer la autenticidad cristiana de la piedad popular, y de las diversas formas de religiosidad popular, viene a ser, en el fondo, una falta de respeto al propio pueblo que ha inculturado de este modo su fe sin perder los componentes tradicionales arraigados en las costumbres populares<sup>9</sup>.

Sabemos bien que, en el hecho de la peregrinación jacobea, son diversos los elementos presentes en el fenómeno: fe, devoción, penitencia, superstición, simbolismo, mística, fiesta, representación, comunión humana, estética... La acentuación de unos u otros depende de sus realizaciones concretas. Son complejas las relaciones del fenómeno con la fe, de modo que los estudiosos del tema se han visto obligados a hacer una catalogación de sus manifestaciones y un estudio de sus relaciones, cuya dimensión teórica no es siempre unívoca. El gran reto de la acogida cristiana en el Camino es dar una respuesta de fe como algo que, teniendo diversidad de fuentes en cuanto a su origen, encuentra su núcleo configurador en la fe católica, vivida en la liturgia de la Iglesia y en las prácticas paralitúrgicas, unas reconocidas por la Iglesia y otras surgidas del acerbo cultural y espiritual de cada pueblo.

En efecto, algunas manifestaciones de la piedad popular pueden estar de hecho impregnadas de elementos equívocos de la religiosidad cósmica o natural, o contener elementos ambiguos y extraños al culto cristiano, procedentes de creencias precristianas<sup>10</sup>, que impactan la vida y conducta personal de muchos peregrinos. Sin embargo, esto no justifica que se desprecien sus orígenes para proponerles un modo nuevo de existencia, vivido desde la expresión de una cultura o de la psicología de un pueblo o grupo étnico. Es un campo apasionante para el futuro, en donde los diversos carismas eclesiales tienen un campo precioso.

9 *Directorio de Piedad Popular*, 75

10 *Ibíd.*, 15,43, 55.

Como es sabido, no todo lo litúrgico es un sacramento, ni todo lo ritual es litúrgico. Hay muchos ritos que practica el pueblo que no son ni sacramentos ni celebraciones litúrgicas: procesiones diversas, peregrinaciones, visitas a santuarios, ritos de difuntos, devociones marianas, ritos estacionales... Son ritos que pertenecen a la religiosidad o piedad popular<sup>11</sup>.

Sin detenernos a explicar aquí los conceptos y las diferencias entre «ejercicios piadosos», «devociones», «piedad popular» y «religiosidad popular», diferencias aclaradas en el nuevo «Directorio de Piedad popular y Liturgia»<sup>12</sup>, queremos dejar constancia de la diferencia que existe entre una piedad popular más «clásica» porque tiene sus raíces en la larga historia y tradición de los pueblos, transmitida de generación en generación; y una piedad popular la más «nueva», porque ha surgido recientemente, motivada por la evolución socio-cultural y religiosa de los pueblos (v.gr. nuevas fiestas surgidas con motivo del fenómeno vacacional y turístico). Incluso dentro de esta distinción, puede hablarse, como ya hemos indicado, de religiosidad popular «moderna», porque pretende revivir las tradiciones clásicas y culturales del pueblo; y la religiosidad popular «postmoderna», porque este revivir las tradiciones religiosas tiene una intencionalidad: reaccionar contra la decepción de la modernidad y el mito del progreso, contra la exaltación de la razón y en pro del sentimiento y la emoción, contra la pérdida de los grandes relatos y el excesivo individualismo...<sup>13</sup>.

Nadie duda de la importancia y valor que la piedad popular tiene, tanto desde un punto de vista psicoantropológico, como sociológico y en especial religioso y cristiano. A través de las tradiciones y ritos religiosos el pueblo expresa su fe, su creencia religiosa, sus sufrimientos y sus luchas, sus alegrías y su esperanzas, su necesidad o deseo de protección y bendición, sus pertenencia a un grupo y su misma identidad religiosa. Por todo ello, cuando un cristiano realiza, participa o pide un rito de religiosidad popular no realiza un acto banal, sino que cumple con una necesidad profundamente antropológica y religiosa. El rito es para él algo inútil, pero necesario<sup>14</sup>.

11 Cf. D. BOROBIO, *Los cuatro sacramentos de la religiosidad popular. Una crítica*: Concilium 132 (1978) 249-266.

12 *Directorio*, nn. 6-13. Cf. AA.VV., *La piedad popular y la liturgia* (Cuadernos Phase 134), Barcelona 2003.

13 Cf. L. LEUSSEN, *Religion populaire et postmodernité*: Questions Liturgiques 79 (1998) 79-94, esp. pp. 79-82.

14 Cf. L. MALDONADO, *Religiosidad popular. Nostalgia de lo mágico*, Madrid 1975; R. Pannet, *El catolicismo popular*, Madrid 1976; Equipo Seladoc, *Religiosidad popular*, Salamanca 1976...



Fijándonos en lo que llamamos «liturgización», es evidente que urge un gran esfuerzo por armonizar liturgia y piedad popular, manteniendo siempre como criterios fundamentales:

- Que la liturgia tiene la primacía sobre la religiosidad popular, a la vez que ilumina el alcance y sentido de la misma. No es la liturgia la que se mide desde la piedad popular sino ésta desde la liturgia<sup>15</sup>.
- Que el objetivo, tanto de la liturgia como de la piedad popular, es favorecer la participación activa y consciente, externa e interna, gozosa y festiva del pueblo, al modo propio de cada celebración. En este sentido es necesario que los actos de piedad popular «se organicen de modo que vayan de acuerdo con la Sagrada Liturgia, en cierto modo deriven de ella, y a ella conduzcan al pueblo»<sup>16</sup>.
- Que en la conciencia de los fieles debe estar claro la excelencia de la liturgia sobre otras formas de piedad, y por eso «si las acciones sacramentales son necesarias para vivir en Cristo, las formas de piedad popular pertenecen, en cambio, al ámbito de lo facultativo»<sup>17</sup>.
- Que mientras la liturgia y los sacramentos dependen de la voluntad de Cristo, explicitada por la Iglesia, la piedad popular depende de otras circunstancias; y si la liturgia es «acción eclesial», la piedad popular es más bien acción privada<sup>18</sup>.
- Es preciso educar en la «jerarquía litúrgica», que pone el centro en la eucaristía y los sacramentos (instituidos por Cristo); luego en los sacramentales (instituidos por la Iglesia); las bendiciones (celebraciones reguladas por libros litúrgicos); la piedad popular (fórmulas y prácticas aprobadas y recomendadas por la Iglesia, sin una forma absolutamente vinculante); y otras tradiciones y ritos populares (que dependen más de lugares y tiempos)<sup>19</sup>.
- Que por lo mismo la liturgia debe inspirar la renovación de los ejercicios de piedad popular. Una inspiración que debe ser bíblica (referencia a la Escritura); litúrgica (referencia al misterio y estructura litúrgicos); ecuménica (teniendo en cuenta otras tradiciones cristianas); antropológica (valorando adecuadamente signos y ritos)<sup>20</sup>.

15 SC 7 y 13; *Directorio* n. 11.

16 SC 13.

17 *Directorio* n. 11.

18 SC 7, 13; *Directorio* n. 50.

19 Cf. C. MAGGIONI, «Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Itinerarios de lectura», en AA. VV., *La piedad popular y la liturgia*, o.c., pp. 3-31.

20 *Marialis cultus* nn. 29-39; *Directorio* n. 12

En una palabra, y como concluye el mismo Directorio: «Liturgia y piedad popular son dos expresiones del culto cristiano, aunque no homologables. Estas no tienen que oponerse, ni equipararse, sino armonizarse como dice la Constitución de Liturgia (...) Liturgia y piedad popular son, por tanto, dos expresiones culturales que hay que poner en mutuo y fecundo contacto; pero, en todo caso, la liturgia deberá constituir el punto de referencia para encarrillar con lucidez y prudencia los anhelos de oración y de vida carismática que se hallan en la piedad popular; por su parte, la piedad popular, con sus valores simbólicos y expresivos, podrá proporcionar a la liturgia algunas coordenadas para una válida inculturación y estímulos para un eficaz dinamismo creador»<sup>21</sup>.

La peregrinación, como «experiencia religiosa universal», sigue manteniendo en la actualidad los elementos esenciales de su espiritualidad, puestos de relieve en las diferentes dimensiones: escatológica, penitencial, festiva, cultural, apostólica y de comunión<sup>22</sup>.

En primer lugar, la peregrinación es una ayuda para la toma de conciencia de la perspectiva escatológica en la que se mueve el cristiano. La vida cristiana, como vida en el Espíritu, consiste, según san Pablo, en no dejarse guiar por las obras de la carne, sino por el Espíritu, en optar, no por lo perecedero, sino por lo imperecedero, en vivir según Dios y no según el hombre (cf. Gal 5,17-25; 6,8; Rom 8,2-15). La vida desde el Espíritu significa, positivamente, apertura a Dios y al prójimo. La apertura a Dios se realiza principalmente en la oración (cf. Rom 8,15.26s; Gal 4,6), como ventana abierta a su infinitud. Gracias al Espíritu poseemos la *libertad de los hijos de Dios*. El hombre libre es el que se libera de sí mismo para poder estar a disposición de Dios y también de los otros. El desinterés del amor es la verdadera libertad cristiana, ya que de aquí nacen los frutos del Espíritu, que son: amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí (cf. Gal 5,22 s) Si la fe es el punto de partida e inicio de la experiencia cristiana, si la caridad es, en sí misma, la virtud mayor (1 Cor 13,13), la esperanza es la virtud primera del *homo viator*, en su peregrinar terrestre. Caminamos hacia el fin de los tiempos, entendido no como catástrofe, sino como plenitud y culminación de la historia. Este peregrinaje comienza ya ahora, completamente bajo la promesa de Dios, pero confiado completamente a la responsabilidad del hombre. «El peregrino sabe que 'aquí abajo no tenemos una ciudad estable' (Heb 13,14), por lo cual más allá de la meta inmediata del santuario, avanza a través del desierto de la vida, hacia

21 Directorio n. 58.

22 Cf. Ccdyds, *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia...*, 286.

el Cielo, hacia la tierra prometida»<sup>23</sup>. Esta dimensión escatológica de la peregrinación terrenal hace exclamar a Bonhoeffer: «Dichosos los que, habiendo reconocido, la gracia de Dios en Jesucristo, pueden vivir en el mundo sin perderse en él; aquellos que en el seguimiento de Jesucristo están tan seguros de la patria celeste que se sienten realmente libres para vivir en el mundo»<sup>24</sup>.

Además, «la peregrinación se configura como un ‘camino de conversión’: al caminar hacia el santuario, el peregrino realiza un recorrido que va desde la toma de conciencia del propio pecado y de los lazos que le atan a las cosas pasajeras e inútiles, hasta la consecución de la libertad interior y la comprensión del sentido profundo de la vida»<sup>25</sup>.

El peregrino está en comunión de fe y caridad no sólo con los compañeros y con «el Señor Santiago» que le acompañan, sino con el mismo Jesús, como en el camino de Emaús (cf. Lc 24,13-35), con su comunidad de origen, con la iglesia que habita en el cielo y peregrina en la tierra, con los peregrinos de todos los tiempos, con la naturaleza y con toda la humanidad<sup>26</sup>. La comunión universal de todos los cristianos se funda en la misma fe, vivida como encuentro radical con Cristo, y en la misma experiencia del Espíritu, en libertad y amor, que une a todos los cristianos (cf. Gal 3,1-5). «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que hemos comenzado, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del Mundo»<sup>27</sup>.

Acompañar con pedagogía evangelizadora la expresividad cultural, propia de la peregrinación, supone establecer una auténtica relación con la liturgia, porque de ella recibe el peregrino la originalidad y fuerza espiritual del culto cristiano.

Después de muchos años de acogida a los peregrinos y acostumbrados a escuchar todas sus confidencias, resulta indudable el desconocimiento de los mismos peregrinos acerca de sus verdaderas motivaciones que les han llevado a realizar su peregrinación. No podremos ver el histórico camino de Santiago como uno de los medios privilegiados para el encuentro con el Dios vivo? Acaso la función de nuestra acogida cristiana no será *preparar los caminos del Señor* para poder recibir su

23 *Ibid.*

24 D. BONHOEFFER, *El precio de la gracia*, (Salamanca 1999) 25.

25 Ccdyds, *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, 286.

26 *Ibid.*

27 JUAN PABLO II, *Carta Apostólica «Novo millennio ineunte»*, 43.

gracia como oferta de vida y salvación para los hombres y mujeres de hoy?<sup>28</sup>.

Expresión de esa originalidad, que culmina en la celebración eucarística, es la necesidad de unir el culto a la vida y la vida al culto, para tributar a Dios «el culto que Él quiere». También, y sobre todo, en el ámbito del culto, la religiosidad popular cristiana no puede hacerse «regresiva» respecto al culto «en espíritu y verdad», inaugurado con Jesús y con su sacrificio. La dimensión testimonial que la religiosidad popular promueve, así como la profunda devoción de la que, según EN, impregna la totalidad de la vida no son ajenas al ofrecimiento de la propia persona como «sacrificio vivo, santo, agradable a Dios», en el que, según la doctrina de Pablo, consiste «el culto verdadero» (cf. Rom 12,1-2).

En estos comienzos del tercer milenio, Europa trata de consolidar su personalidad como pueblo, con aspiraciones comunes y un esperanzado futuro forjado sobre los pilares de la historia y de la cultura cristiana. Si una de las metas comunes a la Cristiandad occidental fue durante siglos la Ciudad del Apóstol a través del Camino de Santiago, el reencuentro con la experiencia del peregrinaje servirá para renovar y actualizar los vínculos comunes, forjar la espiritualidad cristiana del nuevo milenio y lograr una vivencia personal interior animada por una sensibilidad solidaria y una cultura abierta y moderna donde fertilicen los valores universales de la enseñanza evangélica.

«La Iglesia y Europa son dos realidades íntimamente unidas en su ser y en su destino. Han realizado juntas un recorrido de siglos y permanecen marcadas por la misma historia. Al encontrarse se han enriquecido mutuamente con valores que no sólo son el alma de la civilización europea, sino que también forman parte del patrimonio de toda la humanidad. Por este motivo, Europa no puede abandonar el cristianismo como compañero de viaje en su camino hacia el futuro, lo mismo que un caminante no puede abandonar sus razones de vivir y de seguir adelante sin caer en una crisis dramática»<sup>29</sup>.

Los jacobitas al divisar el *Mons gaudii*, la ansiada meta y la ciudad cantaban: *Got Sanctiagu. ¡E ultreia! ¡ E suseia! Deus adiuva nos.* Y después seguían hasta el océano y sentían tocar con sus manos, aunque

28 Hospitalité de Saint Jacques, *Lettre de L'Hospitalité*, Estaing (Francia) n° 58, p. 1.

29 A. SODANO, *Los jóvenes de Europa hacia el tercer milenio cristiano*. Homilía del Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado de Su Santidad y Legado Pontificio en la misa conclusiva del Encuentro Europeo de Jóvenes, Santiago de Compostela, 8 de agosto de 1999: *BOAS* 3535 (1999) 533.

fuese simbólicamente, la naturaleza que evocaba lo inabarcable, del que es testigo y verdad Cristo<sup>30</sup>.

Quiero terminar, una vez más, con las palabras iluminadoras de Juan Pablo II, sin duda alguna, el Papa que más ha hecho por un nuevo impulso de la religiosidad popular y, de un modo especial, por la peregrinación jacobea: «Hemos sido elegidos *para marchar*, y no somos nosotros quienes elegimos la *meta* de este camino. Lo hará aquel que nos ha ordenado marchar, *el Dios de la Alianza*»<sup>31</sup>. Con palabras del Papa Francisco, Yo querría que todos tuviéramos el valor de caminar ante el Señor para caminar, edificar y confesar a Jesucristo crucificado. Así sea»<sup>32</sup>.

30 E. ROMERO POSE, «Dimensión Teológica de la Peregrinación Jacobea», en *Compostela* 9 (1996) 5.

31 JUAN PABLO II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, (Barcelona 2004) 177.

32 Cf., [www.vatican.va](http://www.vatican.va), sala de prensa, «Primera homilía del Papa Francisco».

# PEREGRINOS DE LA FE

EXCMO. Y RVDMO. D. JULIÁN BARRIO BARRIO  
Arzobispo de Santiago de Compostela

## 1. La cuestión antropológica de fondo

El hombre es un ser en el mundo y en el tiempo, que nace en el seno de una comunidad de hombres y se ve ligado a las personas de su tiempo con múltiples lazos, escindibles y no escindibles. Sin tales vinculaciones y relaciones el hombre no puede desarrollarse. Gracias a estos vínculos el hombre se encuentra en el mundo, en el ámbito de un lenguaje y en el entramado de una historia. A pesar de todo esto, en el decurso de su vida es también un ser libre. Es verdad que está arrojado a la existencia, pero también está en condiciones de orientarse y de tener en sus manos y conducir su propia vida.

«¿Qué es el hombre? Muchas son las opiniones que el hombre se ha dado y se da sobre sí mismo. Diversas e incluso contradictorias: exaltándose a sí mismo como regla absoluta o hundiéndose hasta la desesperación»<sup>1</sup>. En este texto del Vaticano II se resume el actual estado de la cuestión antropológica y se mencionan las dos posiciones extremas de una variada gama de respuestas, que puede ser útil recordar las más relevantes.

En la zona baja del espectro, en el arco de las interpretaciones desencantadas, se encuentran las siguientes: «pasión inútil», «ser-para-la-muerte», «carnívoro agresivo», «mono desnudo», «ser dotado sin razón», «mecanismo autoconsciente programado para la preservación de sus genes y equipado con un ordenador locuaz»...<sup>2</sup>

Sin embargo, en la parte alta de la gama de respuestas se emiten afirmaciones con contenido más esperanzador. Y así el último Martin Heidegger habla del hombre como «pastor del ser» (*der Hirt des Seins*), espacio privilegiado de la epifanía del ente. El neomarxista Ernst Bloch sostiene que el hombre no es Dios, como estimaba Ludwig Feuerbach,

1 Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 12.

2 Cf. J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Creación, gracia, salvación*, Santander 1993, 45ss.

pero lo será; es, pues, una especie de dios deviniente, cuya meta es la consubstancialidad con lo divino, proclamada en el concilio de Calcedonia (451) y cuya suprema encarnación se ha alcanzado, por el momento, en un hijo de hombre (Jesús de Nazaret), que no dudó en llamarse «hijo de Dios». Un filósofo cristiano, Xabier Zubiri, diría que «el hombre es una manera finita de ser Dios real y efectivamente», o que «la persona humana es en alguna manera Dios; es Dios humanamente». «El hombre es experiencia de Dios, y Dios, experiencia del hombre»<sup>3</sup> El biólogo marino Alister Hardy habla del hombre como del «animal religioso», del «animal orante»<sup>4</sup>.

## 2. La base antropológica de la fe cristiana

Frente a todas estas interpretaciones de lo humano la fe cristiana es la única que se ha atrevido a sostener algo tan escandalosamente inaudito como que el creador ha devenido, él mismo, criatura; que Dios se ha hecho hombre. De esta forma, el Dios de los cristianos no es la deidad lejana y hermética del pensamiento griego, ni el poder temible e incógnito de la religiosidad pagana. El Dios cristiano es Dios-con-nosotros, un Dios con nombre y perfil entrañablemente humanos. De ahí que el concilio Vaticano II afirme que «en realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»<sup>5</sup>. Y es que la categoría bíblica «imagen de Dios» entraña una respectividad recíproca Dios-hombre, hombre-Dios. Ambos se encuentran frente a frente, se tratan de tú a tú y se vinculan finalmente en Jesús, el Cristo. En otras palabras, Dios es el tú del hombre y el fondo último de lo humano es la apertura constitutiva, inexorable, a Dios. Pero, por encima de esto el hombre es el tú de Dios. Cuando Dios mira a esta criatura suya, se encuentra reflejado en ella. Cuando Dios crea a Adán, no crea una naturaleza entre otras, sino a su «tú». Y lo crea llamándolo por su nombre, poniéndolo ante sí como ser responsable (=dador de respuesta), sujeto e interlocutor de un diálogo interpersonal. Crea, en suma, no un mero objeto de su voluntad, sino un ser co-rrespondiente, capaz de responder al «tú» divino, porque es capaz de responder del propio yo; crea una persona. Al margen de esta respectividad recíproca, sólo resta la justeza de la secuencia «muerte de

3 Cf. X. ZUBIRI, *Naturaleza, historia, Dios*, Madrid 1963; Id., *El hombre y Dios*, Madrid 1984.

4 Cf. A. HARDY, *The Biology of God – A scientist's study of man the religious animal*, London 1975. En la traducción alemana: *Der Mensch – das betende Tier. Religiosität als Faktor de Evolution*, Stuttgart 1979.

5 *Gaudium et spes*, 22.

Dios-muerte del hombre», profetizada por Friedrich Nietzsche y puesta al día por Michel Foucault.

La idea de libertad es inseparable de la persona, y viceversa: todo ser personal es libre; todo ser libre es persona. Por eso, el rechazo de ésta va precedido o seguido por el de aquélla, como se puede constatar en las actuales negaciones de la libertad, que todas ellas se inscriben dentro del marco de antropologías antipersonalistas, denominadas conductivismo, estructuralismo, reduccionismo biologista o antropología cibernética.

Sin embargo, para la fe cristiana la afirmación de la libertad humana es irrenunciable. De esta forma, se dilucida el *cómo* del ser del hombre: según la fe, el mundo no es el escenario de unos poderes cósmicos anónimos, ni el espejo de un monólogo divino, que acciona unilateralmente los hilos de la trama, sino el resultado del diálogo entre dos libertades, la divina y la humana. Más aún, la fe se comprende a sí mismo como respuesta libre a una llamada libre: el «convertíos» del pregón inaugural de Jesús (Mc 1,15), que supone en los destinatarios de la buena nueva la capacidad de cambiar responsablemente el rumbo de sus vidas. Es decir, la fe nace de la audición de una palabra que convoca a la conversión; que ofrece la liberal gratuidad del perdón y de la novedad de vida; que, por tanto, suscita en su receptor la posibilidad de la autodecisión y libera su libertad.

Obviando entrar en la problemática del concepto mismo de libertad y dando por supuesto lo más elemental, se puede afirmar que la libertad no consiste única y principalmente en la capacidad de optar entre diversas alternativas, no es sólo una *facultad electiva*. Es, sobre todo, la capacidad que la persona tiene de autodeterminarse en orden a su realización (en orden al fin). Al mismo tiempo, la genuina libertad no es una ausencia de ligaduras, sino una forma de religación. De un modo u otro, esta intuición aparece reiteradamente en la Escritura y en toda la tradición cristiana; sólo quien se halla religado a un fundamento último puede sentirse des-ligado, suelto, ante lo penúltimo. Hay, pues, una forma de dependencia —la dependencia de Dios— que, lejos de alienar, es liberadora.

### **3. La condición itinerante del ser humano: homo viator, homo peregrinus**

El hombre, ser-en-el-tiempo, no puede realizarse de golpe, en un único acto totalizante, sino que ha de ir haciéndose sucesivamente. Al ser humano le atañe la condición itinerante: es *homo viator*, *homo peregrinus*. Justamente para eso le es dada la libertad: para llegar a ser lo que quiere ser. La libertad dice relación a la construcción de la identidad personal. El hombre ha de vivir con la conciencia de ser peregrino, de lo contrario se instalará en el estrecho margen de sus propias aspiraciones



limitadas. «Seguir el Camino es ir abriendo cauces al misterio, al infinito, a Dios, en la cercanía de la misma interioridad. El gran descubrimiento del peregrino es desentrañar que en la esencia del mismo ser, en la historia de cada jornada en relación con el cosmos y con quienes se encuentran en el Camino, está presente la querencia de Dios, armonizado por la sinfonía total humana»<sup>6</sup>. El que peregrina sabe de los secretos de la vida espiritual del Camino, descubriendo con san Juan de la Cruz que «para ir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes»<sup>7</sup>.

Para los griegos platónicos, el hombre es un forastero en este mundo, ya que su alma pertenece al mundo espiritual. «Tanto el cuerpo como el resto del mundo son en cierto modo un albergue en el que el forastero divino, el alma, se hospeda para esperar la llegada del orden divino»<sup>8</sup>. La concepción de la vida en la filosofía griega se basa en el miedo a un mundo extraño y en el anhelo de la patria celestial.

La Sagrada Escritura ve de otra forma la condición de extranjero del hombre. El hombre está alienado por culpa del pecado. Desde la aparición del pecado original el mundo dejó de ser un hogar para él. Fue arrojado del Paraíso y desde entonces está obligado a vagar por el mundo. En el Paraíso estaba en casa, era un lugar donde podía vivir. Ahora, el mundo le resulta un lugar extraño, hostil. No puede establecerse en un lugar fijo para siempre. Por lo tanto, es un caminante, un forastero (acepción de la palabra *peregrinus*)<sup>9</sup>. El hombre en la tierra es un extraño y está de camino a la ciudad celestial. «Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos buscando la ciudad futura» (Heb 13,14). «Esta vida es una peregrinación y para quien anhela la patria este lugar de peregrinación le resulta un tormento, por más que sea blando»<sup>10</sup>.

6 E. ROMERO POSE, *Raíces cristianas de Europa. Del Camino de Santiago a Benedicto XVI*, Madrid 2006, 200.

7 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, cap. 13.

8 G. STÄHLING, «Xenos», *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, t. V, Stuttgart 1954, 25.

9 *Peregrinatio* puede significar tanto el hecho de viajar y de caminar en sí, como la estancia, el hecho de vivir en una tierra extraña. Lo mismo es aplicable al verbo peregrinari, peregrinar, caminar, que también puede interpretarse como «estar en el extranjero». Los latinos usaron la palabra *peregrinatio* para traducir el término griego *xeinetia*. *Xenos* significa en griego «forastero», «extranjero», pero también «hospitalario»: *ibid.*, 1-35.

10 SAN GREGORIO MAGNO, *Epistola LXIX*: «Peregrinatio quippe est vita praesens; et qui suspirat ad patriam, ei tormentum est peregrinationis locus, etiamsi blandus videatur»

Para el Nuevo Testamento Cristo es también el forastero, vive como un extraño porque él no es de este mundo (Jn 1,14), incapaz de comprenderle. Mediante Cristo, Dios se adentra en aquello que es ajeno a Él, para que nos sintamos con Dios como en casa (Ef 2,19). Al concebir a Dios como nuestro hogar, vivimos en este mundo como forasteros, como ovejas entre lobos (Mt 10,16), «como gente de paso en tierra extraña» (Pe 2,11).

Desde que Abrahán abandona su tierra, su familia y la casa de su padre, pasando por el éxodo y el retorno de los exilios del pueblo judío (Gn 12,1-3), el dejar casa, hermanos o hermanas, padre o madre, mujer o hijos, e incluso vender las propiedades (Mt 19,21.29), todo esto se convierte en una condición indispensable para seguir radicalmente a Jesús. Además, este viaje (*iter, peregrinatio*) está relacionado con el mensaje de Jesús sobre la abnegación y sobre la cruz (Mt 16,24, Mc 8,34, Lc 9,23): «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Seguir a Jesús significa igualmente sentirse forastero (*peregrinus*) en este mundo, caminar por este mundo sin tener un hogar en el que reclinar la cabeza.

En los Hechos de los Apóstoles se llama al cristianismo naciente «la vía» (Hech 9,2; 18,25; 24,22). De hecho, los cristianos tienen conciencia de haber hallado el verdadero camino, que hasta entonces no se había manifestado (Heb 9,8), pero este camino no es una ley, sino una persona, Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí» (Jn 14,6). En él debemos caminar (Col 2,6), siguiendo la vía del amor (Ef 5,2; 1Cor 12,31), pues en él judíos y gentiles tienen acceso, en un solo Espíritu, cerca del Padre (Ef 2,8).

El cristianismo tiene normas y prácticas rituales, pero al mismo tiempo expresa y alimenta una fe o encuentro personal y comunitario con el Dios revelado en Jesucristo. Un Dios encarnado en quien existimos, nos movemos, peregrinamos y actuamos, que a todo da vida y aliento, inseparable de la historia y aval absoluto de todo ser humano. En el encuentro personal con esa divinidad no caben ya ni el espiritualismo evasivo ni el fundamentalismo excluyente. El cristianismo no es permanecer extasiado mirando al cielo, sino ser fieles a la humanidad que camina por la tierra entre luces y sombras, que se organiza en instituciones y estructuras en las que también arraigan la codicia y la injusticia.

Estamos de camino y llegaremos a Dios cuando muramos. Atinadamente afirma Orígenes que aquellos que recorren el camino de la sabiduría no poseen una residencia fija; caminan acampando y se apresuran a continuar, ya que cuanto más lejos lleguen, más se extenderá el camino

bajos sus pies, hasta perderse en el infinito<sup>11</sup>. Nuestro camino acaba en el infinito, junto a Dios, el objetivo de nuestro peregrinar. «Morirás el día en que digas: ¡Ya es suficiente!, dice san Agustín. Por eso haz siempre algo más, llega más lejos, mantente siempre en el camino. Nunca vuelvas atrás y jamás te apartes del camino»<sup>12</sup>.

Según Benedicto XVI, «el profeta Miqueas presenta la historia de Israel desde Abrahán como una peregrinación que, con subidas y bajadas, por caminos cortos y por caminos largos, conduce en definitiva a Cristo. [...] Peregrinar significa estar orientados en cierta dirección, caminar hacia una meta. Esto confiere una belleza propia también al camino y al cansancio que implica. Entre los peregrinos de la genealogía de Jesús algunos habían olvidado la meta y querían ponerse a sí mismos como meta. Pero el Señor ha suscitado siempre de nuevo personas que se habían dejado impulsar por la nostalgia de la meta, orientando hacia ella su vida. El impulso hacia la fe cristiana, el inicio de la Iglesia de Jesucristo fue posible porque existían en Israel personas con un corazón en búsqueda, personas que no se acomodaron en la rutina, sino que escrutaron a lo lejos en búsqueda de algo más grande: Zacarías, Isabel, Simeón, María y José, los Doce y muchos otros. [...] Necesitamos este corazón inquieto y abierto. Es el núcleo de la peregrinación»<sup>13</sup>. En el estado de miseria y en esta naturaleza caída somos esencialmente peregrinos. Lo que nos moviliza es el instinto hacia el Bien. «Nuestra naturaleza está en el movimiento, el reposo total es la muerte»<sup>14</sup>. El descansar en nuestra miseria sería la muerte. La búsqueda, aunque los pies sangren, siempre continúa ante la esperanza de hallar nuestro descanso: «Nos has creado para Tí, e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en Tí»<sup>15</sup>.

Crear significa traspasar el mundo en busca de Dios, ser un forastero y recorrer el camino hacia Dios. No pertenecemos a ningún lugar, sino que siempre estamos de camino, como peregrinos. Lo que nos mantiene en el camino es el *cor inquietum*, el anhelo de la patria. Y este anhelo se expresa, para San Agustín, cantando. De la misma forma en que los israelitas cantaban en tierras extranjeras las canciones de su patria, así también los cristianos a los que dice: «Caminad con todas las gentes,

11 ORIGENES, *Hom. in Num.* 17, PG 12, 707. Vid. también R. OURSEL, *Die Pilgerwege nach Compostela*, Würzburg 1971, 11.

12 AUGUSTINUS, *Sermo* 169, PL 38, 926: «Si autem dixeris, Sufficit; et peristi: Semper adde, semper ambula, semper profice: noli in via remanere, noli retro redire, noli deviare».

13 BENEDICTO XVI, *Dios está cerca*, Barcelona 2011, 61s..

14 B. PASCAL, *Pensamientos*, Madrid 1988, nº. 641.

15 AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, Madrid 1997, 23.

caminad con todos los pueblos, oh, hijos de la paz, vosotros, hijos de la Iglesia Católica que salís a la calle y cantáis, como aquellos que yendo de un lado a otro, cantan, para calmar su dolor. Cantad así en vuestro caminar, cantad una nueva canción. ¡Que nadie entone las antiguas melodías! Cantad las canciones de amor de vuestra patria. Que nadie cante las viejas. Camino nuevo, caminante nuevo, canción nueva»<sup>16</sup>.

En el horizonte global de la historia, experiencia y revelación bíblica no sólo está presente la figura del peregrino, con su significado propio, sino que es acogida esta categoría como una importante clave para la interpretación de la criatura, creada a imagen de Dios, una imagen no estática sino dinámica, que se adquiere en el caminar o peregrinar por la historia hasta alcanzar la meta. El ser humano es siempre peregrino hacia la meta, hacia la plenitud, como se deja entrever en las figuras paradigmáticas de Adán y Abrahán. Este aparece como un acabado modelo de fe. Es figura del que sabe escuchar, discernir y encontrar en la propia historia la presencia de Dios. San Pablo llama a Abrahán «padre de todos los creyentes» (Rom 4,11-12). Con él comienza la historia de la fe, la historia de los que responden y obedecen a las llamadas de Dios. El primer ser humano que aparece en la historia de la salvación, Adán, es el hombre de la «no fe», el que desobedece la palabra de Dios, el que prefiere fiarse de otra palabra, la de la serpiente, que le aparta de Dios. El primer contrapunto a esta historia de «no fe» es Abrahán: «Yahvé dijo: ‘Sal de tu tierra’ y Abrahán obedeció» (Gén 12,1.4). Y obedeció «sin saber adónde iba» (Heb 11,8). Una peregrinación, un desarraigo así representa para el hombre antiguo una empresa irrealizable que sólo podía conducir a la ruina. Pero en contra de todo (cf. Rom 4,18) Abrahán obedeció incondicionalmente, fundamentando en la palabra de Dios su vida y su futuro, porque la palabra de Dios para él era más firme y segura que la tierra misma en la que vivía. Eso es lo que se describe como fe.

#### 4. Cristo, meta de la peregrinación de la fe

El Nuevo Testamento lleva a su plenitud la espiritualidad veterotestamentaria. En Cristo, Dios peregrino en medio de los hombres y con los hombres, se ilumina el ser y la experiencia de todo hombre. Cristo, como peregrino en su dimensión teológico-trinitaria, es el Verbo que sale (*exitus*) del Padre para volver (*reditus*) al Padre, «existiendo en forma de Dios no reputó como botín codiciable ser igual a Dios, antes se anonadó tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a

16 AUGUSTINUS, *Enarratio in Psalmum LXVI*, PL 36, 807s,

los hombres» (Fil 2,6-7). Todo ello para conducirnos a Dios mismo. La autodonación divina pone de manifiesto la radicalidad con que el Dios cristiano ha salido de sí para hacerse pobre y peregrino. «Si Dios quiere aparecer dentro del mundo, para poder ser percibido como Dios y no como un trozo más de mundo, tiene que mostrarse bajo los signos de la humildad que no violenta, de la pobreza que necesita y del amor que seduce en el desvalimiento inocente. Sólo así no violenta ni coacciona con su omnipotencia al hombre»<sup>17</sup>. El retorno de Cristo al Padre desde este mundo a través de la muerte y la resurrección es el paradigma de nuestra peregrinación, tránsito o Pascua en el seguimiento de Jesús. La vida auténtica se experimentará mediante la participación en esta pascua de Cristo.

En este punto de la peregrinación genealógica hacia Cristo no hay que olvidar el significado antropológico y teológico esencial que en esta peregrinación tiene la figura de María. Por María se inserta y se inicia la peregrinación del Hijo en el mundo. Su «sí» consciente y cooperante con Dios es la condición para que Él plante su «tienda entre nosotros». En consecuencia el papa Juan Pablo II califica a María como «icono escatológico de la Iglesia» y «peregrina en la fe, estrella del tercer milenio». «Como hija de Sión, ella sigue las huellas de Abrahán, quien por la fe obedeció y ‘salió hacia la tierra que había de recibir en herencia, pero sin saber adónde iba’ (Heb 11,8). Este símbolo de la peregrinación en la fe ilumina la historia interior de María, la creyente por excelencia [...] La Anunciación ‘es el punto de partida de donde inicia todo el camino de María hacia Dios’ [...] La cima de esta peregrinación terrena es el Gólgota, por donde María vive íntimamente el misterio pascual de su Hijo y se abre a la ‘resurrección’ con una nueva maternidad respecto de la Iglesia (cf. Jn 19,25-27). En el Calvario María experimenta la noche de la fe, como la de Abrahán en el monte Moria y, después de la iluminación de Pentecostés, sigue peregrinando en la fe hasta la Asunción, cuando el Hijo la acoge en la bienaventuranza eterna»<sup>18</sup>. La figura de María se convierte así en la clave interpretativa de la dignidad actual y futura del hombre creado a imagen de Dios y redimido por su Hijo Jesucristo, y de la gloria de Dios que no se asienta sobre la ruina de sus criaturas, sino que es glorificado en que el hombre adquiera la plenitud de la imagen<sup>19</sup>.

17 O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, Madrid 2001, 397.

18 JUAN PABLO II, *Alabanza a la Trinidad. El hombre y su encuentro con Cristo. Catequesis del gran jubileo*, Madrid 2002, 168s.

19 «Gloria enim Dei vivens homo: vita autem hominis visio Dei. Si enim quae est per conditionem ostensio Dei vitam praestat omnibus in terra viventibus, multo magis ea quae est per Verbum manifestatio Patris, vitam praestat his qui vident Deum»

La fe cristiana forma parte de aquella conducta y actividad que llamamos fe y que aparece ya en la existencia humana bajo la fórmula: «Creo en tí: te creo». Ya en esta fórmula de la vida diaria, la fe es un acto personal, un entregarse al «tú» de otra persona para encontrarle, para conocerle, para participar de su ser, de su vida, de su mentalidad, de sus conocimientos, de sus simpatías, de su amor. Sin fe, la existencia humana sería sencillamente inconcebible e irrealizable<sup>20</sup>. Todo esto recuerda que *creer* no es una actitud exclusivamente religiosa, sino una realidad humana absolutamente general. Es gracias a la fe cómo la vida y el futuro adquieren un sentido, cómo podemos salir al encuentro de un porvenir, cómo hacemos o dejamos hacer ciertas cosas, cómo soportamos el sufrimiento y el ocaso, etc. Si luchamos por la verdad, por la justicia, por la felicidad, si no hay nada que logre apagar por completo nuestras aspiraciones, si la muerte se nos presenta como un límite que nos gustaría superar, es porque creemos en un sentido absoluto, en un futuro absoluto, en una bondad primordial. Ello equivale a decir que existe dentro del hombre una apertura constitutiva hacia una plenitud ilimitada, que es la que le hace sentir el límite de todas las realizaciones finitas. En otras palabras, hay una fe primordial que se le impone al hombre y que es la condición de posibilidad de todas sus decisiones y acciones dotadas de sentido.

Es en el horizonte de esta fe primordial, que puede configurarse como fe en un misterio escondido, infinito e incondicionado que sostiene al hombre, donde se puede intentar comprender lo que es la fe cristiana. En la constitución *Dei Verbum* del Vaticano II se describe como el acto con el que «el hombre se confía libre y totalmente al Dios, tributando al Dios revelador el homenaje pleno del entendimiento y de la voluntad»<sup>21</sup>: a Dios, que se ha querido manifestar y comunicar a los hombres en Jesucristo. Ahora bien, según el cristianismo, el «misterio absoluto» con

---

(«La gloria de Dios es el hombre viviente; la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación que hace de sí mismo creándolas confiere la vida a todas las criaturas que viven sobre la tierra, cuánta más vida da la manifestación del Padre por su Verbo a los que ven a Dios»): SAN IRENEO, *Adversus Haereses*, 4,20,7 (PG 7, 1037).

20 Cf. J. MOURoux, *Yo creo en ti. Sobre la estructura personal de la fe*, Barcelona 1858; A. BRUNNER, *Conocer y creer*, Madrid 1994; H. FRIES, *Creer y saber*, Madrid 1963; J. PIEPER, *La fe*, Madrid 1966; S. SCILIRONI, *Possibilità e fondamento della fede*, Padova 1988; J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Crisis y apología de la fe. Evangelio y nuevo milenio*, Santander 1995; W. KASPER, *La fe que excede todo conocimiento*, Santander 1988; ID., *Introducción a la fe*, Salamanca 42001; F. ARDUSSO, *Aprender a creer. Las razones de la fe cristiana*, Santander 2001; B. WELTE, *Was mich glauben lässt*, Frankfurt/M. 1991

21 *Dei Verbum*, 5.

el que cada uno de los hombres está llamado a enfrentarse en virtud de su fe primordial, y por el que se interesan sobre todo las religiones, es una realidad personal, un tú, que se ha dado a conocer históricamente, alcanzando la plenitud de su revelación y de su comunicación a los hombres en la vida, el mensaje, la acción, la muerte y la resurrección de Jesús de Nazaret. «La fe cristiana es mucho más que una opción a favor del fundamento espiritual del mundo. Su enunciado clave no dice ‘creo en algo’, sino ‘creo en tí. Es encuentro con el hombre Jesús y en ese encuentro experimenta el sentido del mundo como persona. En su vivir por el Padre, en el carácter inmediato y vigoroso de su unión suplicante y contemplativa con el Padre, es Jesús el testigo de Dios, por quien lo intangible se hace tangible, por quien lo lejano se hace cercano»<sup>22</sup>. Por todo ello, la fe cristiana viene a ser una determinación histórica de la fe primordial, esencial para la realización personal.

## 5. El «acto» y el «contenido» de la fe

La Sagrada Escritura afirma que la fe en Dios está dentro de esta dimensión de realización personal. El «padre de los creyentes», Abrahán, cree, lo cual significa que se pone a sí mismo, con todo lo que es su vida, en manos de Dios; obedece y sigue fiel al mandato de Dios, a pesar de que toda la experiencia, toda la prudencia y toda la esperanza humanas están en contra. La palabra de Dios tiene para él más validez que todo lo demás. En Abrahán, creer significa descansar en, fundarse en Dios, en su palabra y voluntad, y entregarse por completo a Dios y a su misterio. Como se desprende del término hebreo, creer es decir sí, decir amén. Por esta razón, para el Antiguo Testamento creer es tanto como existir en Dios. Por eso, la fórmula fundamental de la fe no reza «creo que...», «creo algo...», sino «te creo», «creo en tí». Esta última fórmula posee un triple contenido, como observaron San Agustín, Pedro Lombardo y Santo Tomás de Aquino: creer que Dios existe; creer a Dios, en el sentido de confiar en él; y dirigirse hacia él, abandonarse y adherirse a él<sup>23</sup>.

22 J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Salamanca <sup>11</sup>2005, 71.

23 Cf. PETRUS LOMBARDUS, Sent. III, 23, c. 4 en PL 192, 805: «Aliud est enim credere in Deum, aliud credere Deo, aliud credere Deum. Credere Deo est credere vera esse quae loquitur, quod et mali faciunt et nos credimus homini, sed non in hominem. Credere Deum est credere quod ipse sit Deus, quod etiam mali faciunt. Credere in Deum est credendo amare, credendo in eum ire, credendo ei adhaerere et eius membris incorporari». Con respecto a *credere in Deum*, dice san Agustín: «Quid est ergo credere in eum? Credendo amare, credendo diligere, credendo in eum ire, et eius membris incorporari» (*In Evangelium Joannis tractatus* 29,6, en PL 35, 1631);

La fe no es, pues, un simple acto del entendimiento (asentimiento), de la voluntad (confianza) o del sentimiento; es más bien un proyecto de vida que recoge todas las fuerzas humanas y es una forma de vida global. Es simultáneamente un acto (*fides qua*) y un contenido (*fides quae*). Es un camino de vida, un modo de vivir que otras personas nos transmiten desde el pasado. «La fe no es, pues, una postura fija e inamovible, sino un camino. Por ello no sólo hay un camino que conduce a la fe, sino también un camino en la fe misma. También en la fe es válida la ley de los pasos»<sup>24</sup>. La fe nos abre a la comprensión del mundo y de nuestra vida. En ella nuestra existencia adquiere sentido y finalidad. Con la confesión «creo en Dios» acogemos el mensaje cristiano como algo trazado para nuestra vida y afirmamos: el cristianismo es nuestro camino. «La fe significa la *reactio* del hombre a la *actio* primaria de automanifestación de Dios: un confiar y reposar en Dios, un permanecer en él, un decir amén a Dios con todas las consecuencias»<sup>25</sup>.

Por esta razón, para el Antiguo Testamento creer significa tanto como existir en Dios, vivir con y ante Dios. Para expresar esta realidad, la Sagrada Escritura emplea la imagen de *ir, caminar*. Henoc caminaba con Dios (Gén 5,24). Dios se le aparece a Abrahán y le dice: «Yo soy Dios todopoderoso; camina ante mí y permanece a mi lado» (Gén 17,1). Vivir con Dios, según sus mandamientos, se disfraza en esta imagen como «caminar ante Él». Caminar ante Yahvé significa caminar consciente hacia el Dios presente, prestar atención sobre todo a lo que uno hace en la cercanía de Dios. Hay que caminar ante Dios de todo corazón (1Re 8,23), es decir, que todos nuestros caminos estén orientados hacia el Señor y vivir de acuerdo con sus designios.

A la inversa, Dios también promete que caminará junto a los hombres: «Marcharé en medio de vosotros, seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. Yo, el Señor, vuestro Dios, que os saqué de tierra de Egipto para que no fueseis esclavos ella, rompí las coyundas de vuestro yugo y os hice salir con la cabeza erguida» (Lev 26,12s). Para los israelitas, caminar con Dios era un símbolo de su liberación. Dios caminaba junto al pueblo en su liberación de Egipto, lo acompañaba durante el día

---

TOMÁS DE AQUINO, *Summa theol.* II/II, q. 2., a. 2: «Utrum convenienter distinguatur actus fidei per hoc quod est credere Deo, credere Deum et credere in Deum». Respecto al tercer modo *credere in Deum*, dice Santo Tomás: «Si vero consideretur tertio modo obiectum fidei, secundum quod intellectus est motus a voluntate, sic ponitur actus fidei *credere in Deum*: veritas prima ad voluntatem refertur secundum quod habet rationem finis».

24 W. KASPER, *La fe que excede todo conocimiento*, Santander 1988, 62.

25 ID., *El Dios de Jesucristo*, Salamanca <sup>5</sup>1998, 149.



desde las nubes, durante las noches desde la columna de fuego. Yahvé prometió a los desterrados en las prisiones babilónicas que caminaría junto a ellos en su regreso a la patria: «Si pasas por las aguas, yo estaré contigo; si por ríos, no te ahogarás. Si caminas por el fuego, no te quemarás y las llamas no te abrasarán» (Is 43,2). Nada puede afectar a Israel cuando Dios está con él. Para Israel es una de las experiencias de fe más fundamentales.

La cumbre de este movimiento de todo el pueblo, que vive de la fe y en ella encuentra su existencia histórica concreta, tiene su expresión en la conocida frase de Isaías (7,9): «Si no tenéis fe, no permaneceréis». En este ejemplo se pone de manifiesto que creer supone el esfuerzo total de toda la persona, y que mantener inquebrantable tal esfuerzo, sólo es posible si se hace por Dios. En cuanto consideremos la fe como una conducta humana, nos encontraremos con una forma de fe rota, deficiente. *Toda la persona – sólo Dios*: tal es la forma auténtica de la fe. Abrahán pone también de manifiesto que creer supone una actuación, una radical entrega de sí mismo y una aceptación de determinados contenidos, exigencias, manifestaciones y promesas, sin las cuales la fe no llegaría a alcanzar su forma y realización plenas. La aceptación de todos los contenidos concretos de la fe se basa en la entrega entera, total y sin reservas del creyente al Dios que se le comunica y se le entrega personalmente. Todo *yo creo que* se basa en un *creo en ti*. Por otro lado, la variedad del acto de fe, en cuanto abandono del hombre en manos del tú absoluto del misterioso Dios —*el hombre entero, sólo Dios*—, se demuestra al comprometerse el hombre con lo concreto: con la palabra explícita, con el mandamiento concreto, la promesa particular, que está en contradicción muchas veces con los planes, esperanzas, imaginaciones y posibilidades humanas.

La fe cristiana, radicalmente personal y articulada a su vez en determinados contenidos, podemos fijarla según san Pablo en los siguientes términos: «Porque si proclamas con tu boca a Jesús como Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo» (Rom 10,9). En cuanto Señor, *Kyrios*, Jesucristo es *el* resucitado por Dios de entre los muertos y puesto también por él como Señor de vivos y muertos. En estas expresiones se formula la fe personal en Jesucristo y se desarrollan todas sus dimensiones. Por otra parte, todas estas expresiones, en cuanto a su contenido, están englobadas en la afirmación fundamental «yo creo en tí». Lo que equivale a decir que en la fe cristiana el acto y su contenido se unen mutuamente, condicionándose entre sí. Sin contenidos concretos esta fe cristiana quedaría vacía, sin figura ni relación personal; permanecería ciega, impersonal, muerta.

## 6. Jesucristo, fundamento de la fe

Se ha dicho más arriba que en la línea de esta fe vivida y ejemplificada en Abrahán se halla también la *fe cristiana*. Abrahán es «padre de todos nosotros» en la fe (Rom 4,16), y en la fe somos sus verdaderos hijos (Rom 4,11 s.; Gál 3,6 s.; Jn 8,39). Nuestra fe cristiana implica la entrega de todo nuestro ser a *este* Dios que habló a Abrahán y al pueblo de Israel, y que estuvo en contacto con ellos interviniendo en su historia, y que ha dicho su última, definitiva e insuperable palabra en Jesucristo (cf. Heb 1,1), que no sólo es el heraldo del mensaje de Dios, sino que en el misterio de su persona, en la exigencia de su palabra y en la actuación de su obrar, es el contenido mismo de este mensaje.

En Jesucristo y en su destino se ha revelado quién es Dios, cuáles son sus sentimientos y cuál es su idea sobre el hombre. La fe cristiana cree que -según se dice en el evangelio de Juan- Jesús es el absoluto «yo soy» (Jn 8,24; 13,19), el revelador exclusivo y universal: «A Dios nadie le vio jamás; Dios unigénito, que está en el seno del Padre, ése le ha dado a conocer» (Jn 1,18). De ahí que Jesús en el evangelio de Juan se atreva a decir: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9).

En la fe cristiana confesamos a Jesucristo como nuestro Señor, nos sometemos a Él y le reconocemos Señor de nuestra vida. Para nosotros Él es el Cristo, el Salvador enviado por Dios. Por esta confesión se nos llama cristianos. Consideran que son no unas personas que simplemente siguen el ejemplo de vida de Jesús, sino que creen que Dios otorga su salvación en Jesucristo. Creen en el Dios que se manifiesta en Jesús, el Cristo. Así, Jesucristo es el contenido, el centro, el origen y el fundamento de la fe cristiana.

Dios se manifiesta en una historia concreta de un pueblo y últimamente se manifiesta definitivamente en la Palabra, que se hace carne y hombre y habita entre nosotros (Jn 1,14), en Jesucristo que es, pues, el revelador presupuesto por la fe, el que ve, el que conoce, el que sabe, el testigo, el que reúne las condiciones de la fe, para que la fe sea posible y fundada. Si el acto de fe no puede prescindir del contenido, ni ambos pueden rivalizar entre sí sin que pongan en peligro todo el conjunto, queda aún la pregunta de dónde reside la fuerza decisiva. Y a esta pregunta habrá que responder: en la fe en cuanto fundamento de la existencia en Cristo Jesús, «el autor y consumidor de la fe» (Heb 12,2). Por eso la fe que esto cree es la realización del acto de creer, y no es paradójico ni absurdo, sino legítimo, hablar de los cristianos como de los que simplemente tienen fe, los creyentes.

En el caso de la fe cristiana, que cree en la definitiva e insuperable comunicación de Dios en Jesucristo, creer significa tener parte y comunión con Jesucristo, ser admitido en el espíritu y vida de Cristo, significa, según la expresión paulina, «ser en Cristo». Creer es dejar que la palabra de Dios se convierta en el móvil de todos nuestros actos, en la certeza de su verdad; es someter nuestro espíritu y nuestro corazón al espíritu y al corazón de Dios, de la «fidelidad y de la misericordia»: «Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2,20).

En la fe cristiana se integran todos los elementos que están vivos en la fe en Dios, legítimamente presentes en las religiones, y que fueron ya realizados en la fe del pueblo de Israel. Y viceversa: la fe, como relación del hombre con Dios, como encuentro del hombre con él, no puede lograr su plena realización sin la plenitud que da la fe cristiana. Lo cual no excluye que un no cristiano pueda poseer personalmente una fe en Dios más intensa y existencial que uno que, profesando externamente la fe cristiana, no llega a ponerla en práctica.

## 7. La eclesialidad de la fe

Como se acaba de ver, la fe cristiana está plenamente en relación con lo acontecido, con lo histórico, lo pasado, lo sucedido «en aquel tiempo» y que nos narran relatos de la época. Sin embargo, a diferencia con todos los acontecimientos históricos, en el sentido en que lo entienden los «historiadores», el pasado del que nos da testimonio la fe cristiana, es al mismo tiempo *presente*, constantemente *actual*, sigue existiendo y seguirá hasta el fin del mundo. Pues la revelación que alcanzó en Cristo su consumación y aconteció una vez para siempre es la última, la definitiva y permanente palabra de Dios, la autocomunicación divina, históricamente insuperable, presente y eficaz en la historia, que fundamenta la historia y triunfa de la muerte y del pecado<sup>26</sup>. Por eso la fe cristiana se apoya en la historia a la vez que vive en el presente, estando sujeta a la tensión del futuro y a la esperanza depositada en él. Y ese futuro y esa esperanza son y *ya* prenda y dimensión de esta misma fe. Esto es así porque Jesús, que vino y murió en la cruz, es al mismo tiempo el glorificado, el Cristo vivo, el que ya no muere, el que, al resucitar de entre los muertos y enviarnos su Espíritu, ha roto todas las barreras dando

26 Cf. K. RAHNER, «Theologie und Anthropologie», en *Wahrheit und Verkündigung*, t. 2, München-Paderborn-Wien 1967, 1.389.

origen a un presente y una presencia constantes. Esta presencia de Jesucristo acontece de diversas maneras: en la palabra, en el sacramento, en la liturgia, en la comunidad de la Iglesia cuya cabeza y vida es él, en los hombres, en el «prójimo», en los «pequeños», con los que Jesús se identificó de una forma propia y exclusiva (cf. Mt 25,35-40; 42-45). Por eso Jesucristo es contemporáneo de nuestra fe y de la de todos los tiempos.

De ahí se deduce que la fe cristiana no puede darse por satisfecha presentando los contenidos que le han entregado bajo la forma de una simple repetición. La misma naturaleza de la fe exige la apropiación cada vez más profunda y personal de lo creído. «Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios»<sup>27</sup>. De esta forma se abren ante el creyente perspectivas siempre nuevas, que no son como añadiduras a lo originario, sino su desarrollo. Así se llega al pleno desarrollo de la fe. La confesión de la fe se realiza a través de sus «artículos», se articula en un dogma, como el misterio de la persona de Jesucristo, descrito en las fórmulas «Dios-hombre» y de «una persona en dos naturalezas». Terminología que no aparece al pie de la letra en la Sagrada Escritura, pero que intenta formular con otras categorías lo que se dice en ella con distintas palabras e imágenes, con otro lenguaje y con un horizonte conceptual distinto.

De ahí surge la difícil tarea que hoy plantea tantos problemas. Porque la fe cristiana debe ser hoy *nuestra* fe, tenemos una obligación con este hoy que hemos de conducir a la fe. Hemos de traducir el contenido de la fe de suerte que no sea alterado y al mismo tiempo alcance al hombre de hoy en su específica situación histórica, con sus condiciones de comprensión, con su visión del mundo, y pueda ser aceptada por él como *su* fe cristiana, con toda libertad, honradez y convicción.

Además, si la fe cristiana es viva y siempre actual, y si cada época tiene sus problemas cuya respuesta espera, entonces esta fe, a su vez, es interrogada por estos mismos problemas. Para dar respuesta, la fe no puede contentarse con repetir sólo las fórmulas y el vocabulario de ayer, sino que debe adentrarse en el horizonte de las cuestiones actuales sin atentar contra el contenido de la fe y dar paso a expresiones nuevas que sean respuestas a los problemas de hoy, no a los de ayer. Hay que añadir, sin embargo, que no existe una respuesta tajante de la fe para todas las cuestiones. Son posibles varias respuestas. Si la fe cristiana tuviese solu-

27 BENEDICTO XVI, *Porta fidei*, 7.

ción para cada pregunta, dejaría ya de ser fe, y el Dios en quien creemos ya no sería el Señor absoluto, soberano y libre, sino que se convertiría en la proyección de imaginaciones y combinaciones humanas, el Dios, como decía Ludwig Feuerbach, creado por el hombre según su propia imagen.

Se ha dicho anteriormente que la fe cristiana es la *respuesta* a la palabra de Dios, la reacción a la acción divina, la acogida de la gracia que se nos destina pero que no es nuestra. Es decir, la fe es algo que le ha sido dado al hombre, revelado, manifestado bajo la gracia. Expresión y signo de que la fe es regalo, don, gracia y recepción, está en el hecho de que ella se nos comunique por medio de la *Iglesia*. El individuo cree y se hace creyente al ser aceptado en la comunidad de creyentes, como dice la Escritura, al ser «incorporados» (Hech 2,41) a esta comunidad. Así se comprende en la pregunta que se hace en la administración del bautismo: «¿Qué pides a la Iglesia?», y su respuesta: «La fe». El hombre por sí mismo no puede elaborar subjetivamente la fe cristiana, tiene que acogerla, recibirla de quienes a su vez la han recibido, de la comunidad de los creyentes, donde la fe es el primer testigo de quienes creyeron, donde la fe y el testimonio de los apóstoles y profetas vive y continúa estando presente. En este contexto se hace inteligible el sentido y la misión de la Iglesia de cara a la fe: por medio de la predicación, del testimonio, del magisterio, por medio de la palabra y los sacramentos, la Iglesia lleva a cabo y asume el servicio de la fe.

La Iglesia propiamente no es objeto, ni término, ni contenido de la fe, sino que es una dimensión intrínseca de la fe, de ahí que la expresión «Crear en la Iglesia» signifique la modalidad sacramental característica de la profesión de fe cristiana que se expresa en el *crear eclesialmente*. La fe cristiana no es fe en la Iglesia, pero sí es fe de la Iglesia. Aún más: la fe se recibe por medio de la Iglesia, de modo que si la Iglesia no es autora de salvación, sí que es y quiere ser Madre que nutre a sus hijos con su fe vivificadora. La fe no es el resultado de elucubraciones solitarias, es fruto de una escucha, de la acogida de un dato previo. «La fe nace de la predicación» (Rom 10,17), otros me la ofrecen, se me presenta desde fuera de mí. No es una reflexión personal, es una palabra que me interpela y me compromete. Es algo que me ofrecen. Pero no para que lo adapte a mi gusto, sino para que lo acoja tal como me lo ofrecen. Quien me lo ofrece es la Iglesia. Del mismo modo que nadie se ha dado la vida a sí mismo, nadie se ha dado la fe a sí mismo<sup>28</sup>. La Iglesia es el lugar donde

28 Cf. W. KASPER, *La fe que excede todo conocimiento*, Santander 1988, 111: «Dado que la Iglesia como comunidad de los creyentes está tan estrechamente unida

nace, se desarrolla y profundiza la fe. Cada creyente es un eslabón que ha recibido la fe de otros y debe transmitirla a otros. No se puede creer sin estar sostenido por la fe de otros y sin contribuir por la fe a sostener la fe de otros. Todos los creyentes con su fe personal y común constituyen la Iglesia, Pueblo de Dios. Y así resulta posible exclamar: «A Dios sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por siempre y para siempre» (Ef 3,21).

## 8. Conclusión

En medio de nuestras incoherencias internas y de una mentalidad que «considera que la palabra Dios es un vocablo vacío, que cada cual puede llenar en todo caso en su vida privada con el contenido que juzgue conveniente»<sup>29</sup>, es preciso asumir la responsabilidad de transmitir el don de la fe para hacer llegar a los hombres el mensaje de salvación del Evangelio, que les haga sentirse amados por Dios y que les ayude a reconocerse a sí mismos, pues es Cristo, el nuevo Adán, quien «en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación»<sup>30</sup>. Hemos de ponerlo todo al servicio del Evangelio: lo que somos y lo que tenemos, imitando la actitud del apóstol Santiago, testimonio de fe y de obediencia. A la pregunta del Señor: «¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?», los hermanos Santiago y Juan contestaron: «Podemos» (Mt 20,21-22). Es difícil de entender el lenguaje de la cruz. Sin embargo, ellos están dispuestos, aunque sea con una intención general, a querer todo lo que Jesús quiera. No pusieron ningún límite a su Señor.

Juan y Santiago piden un puesto de honor en el nuevo reino, y Jesús les habla de la redención. Les pregunta si están dispuestos a padecer con Él. Utiliza la imagen hebrea del cáliz, que simboliza la voluntad de Dios sobre un hombre. El del Señor es un cáliz amarguísimo que se trocará *en cáliz de bendición* (Is 51, 17-22) para todos los hombres. Beber la copa de otro era la señal de una profunda amistad y la disposición de com-

---

a la palabra de Dios, no puede haber ningún legítimo cristianismo privado. La fe es, desde luego, una decisión personal, insustituible, de cada individuo. Pero este acto personal de fe significa siempre, al mismo tiempo, entrar en la historia mayor y en la comunidad mayor de la fe. Por ello en las confesiones de fe de la Iglesia primitiva se dice tanto 'creo' como 'creemos'. El individuo nunca está solo en su fe personal; nosotros recibimos la fe de quienes han creído antes que nosotros, y en la fe estamos sostenidos por la fe de toda la comunidad de los creyentes. Se cree siempre dentro de la Iglesia y con la Iglesia».

29 Conferencia Episcopal Española, *Dios es amor*, 8.

30 *Gaudium et spes*, 21.

partir un destino común. A esta estrecha participación invita el Señor a quienes quieran seguirle. Para participar en su Resurrección gloriosa es necesario compartir con Él la cruz. ¿Estáis dispuestos a padecer conmigo? ¿Podéis beber mi cáliz conmigo? *Podemos*, le respondieron aquellos dos apóstoles. Santiago murió pocos años más tarde, decapitado por orden de Herodes Agripa (Hech 12,2). San Juan padeció innumerables sufrimientos y persecuciones por amor a su Señor.

El apóstol Santiago cumplió decidida y fielmente la palabra dada al Señor, siguiendo a Cristo en la vocación de servicio y de entrega de la propia vida. El amor es lo que da valor y dignidad al servicio. Servir la Palabra de Dios en esa preocupación evangelizadora, inherente a nuestra actitud cristiana, realizando este servicio con toda humildad y si es preciso «entre lágrimas y en medio de las pruebas» (Hech 20,19). Servir a quienes no cuentan en nuestra sociedad, heridos y enfermos por tantas dolencias físicas, espirituales y morales, viviendo los valores de la gratuidad y de la generosidad y haciendo del prójimo, de la comunidad y de Dios el centro de nuestra existencia. Nuestra sensibilidad humana y cristiana nos debe hacer pensar en los que sufren la guerra o cualquier tipo de violencia física o moral como también en quienes la ejercen, sin dejarnos vencer por el mal, antes bien venciendo el mal con el bien y trabajando para que nuestra sociedad se vea marcada por la cultura de la vida. El respeto por parte de todos a los derechos humanos, a las diferencias legítimas y a la función de la ley es el camino hacia la paz. Hemos de salir constantemente al encuentro de los necesitados. La globalización económica actual debe ponerse al servicio de una más justa distribución de la riqueza, siendo cauce de solidaridad para luchar contra la pobreza, injusticia promovida y mantenida no pocas veces por el egoísmo de las sociedades poderosas, causa primordial de la actual crisis economía mundial. «La promoción de los pobres es una gran ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la humanidad entera»<sup>31</sup>. Al cristiano le toca manifestar que la defensa formal de los derechos del hombre es insuficiente y hasta puede resultar ambigua si no se trabaja efectivamente por conseguir un desarrollo integral de todas sus capacidades.

Como arzobispo de Santiago de Compostela, vengo constatando desde hace años que favorecer este testimonio de fe es lo que han buscado y siguen buscando con su actitud humilde y penitente los millares de peregrinos que llegan a Santiago de Compostela. El peregrino jacobeo da testimonio de la experiencia vivida humana y espiritualmente en la

31 JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, 28.

peregrinación a la tumba del apóstol Santiago, «zarza ardiendo», ante la que ha descalzado su alma para acoger el perdón y la gracia del encuentro con Dios. En el camino y en su meta ha podido percibir también el testimonio de los peregrinos de ayer. Por todo ello, el testimonio del peregrino de hoy no parte de cero, sino que presupone un don, que nos ha sido transmitido, para hacerlo propio; tampoco significa repetir simplemente el pasado, sino traer el pasado al aquí y al hoy. Su testimonio es una llamada a superar el individualismo y el escepticismo, siempre estériles, para vivir responsablemente el presente y de esta forma mirar con confianza al futuro con una conciencia verdaderamente humanista cristiana.

De esta forma, la tumba del apóstol Santiago, meta de peregrinación, se convierte para el peregrino en una experiencia de monte Tabor, de Monte do Gozo, como lugar de manifestación y de estar con el Señor, a quien revela el Padre como Hijo amado y a quien tenemos que escuchar (Mc 9,7). El hombre de nuestros días necesita esta experiencia como Pedro, Santiago y Juan para afrontar el compromiso cristiano en la superficie de la vida de cada día donde con frecuencia no se respira un ambiente cristiano y donde, al igual que los discípulos de Emaús, siente la tentación de volver desesperanzado e ensimismado en sus planteamientos a la aldea de su anonimato y de su privacidad religiosa, olvidando que la luz se enciende para poner en lo alto y no debajo del celmín (Lc 11,33) y que «por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos» (Mt 10,32-33).





## SENTIDO DEL CAMINO Y NUEVA EVANGELIZACIÓN

EXCMO. Y RVDMO. D. HENRI BRINCARD  
Obispo de Le Puy-en-Velay (Francia)

En su homilía durante la misa de apertura del Año de la Fe, Benedicto XVI evocó en términos emocionantes la sed de nuestros contemporáneos por el peregrinación. Escuchemos lo que nos dice:

«El viaje es una metáfora de la vida y el viajante sabio es el que ha aprendido el arte de vivir y es capaz de compartirlo con sus hermanos —como es el caso de los peregrinos en el Camino de Santiago o a lo largo de otras vías que han conocido recientemente, no por casualidad, un impulso nuevo de frecuentación. ¿Cómo se explica que tantas personas sientan necesidad de recorrer estos Caminos? ¿No será porque encuentran o por lo menos perciben algo del sentido de nuestro estar en el mundo? Aquí tenemos la manera en la que podemos pensar este Año de la Fe: una peregrinación en los desiertos del mundo contemporáneo al transcurso del que nos hace falta llevar únicamente lo que es esencial: ni palo, ni mochila, ni pan, ni dinero y «no tengáis ni dos túnicas» —como dice el Señor a sus apóstoles mandándoles en misión— (cf. Lc. 9,3) sino el Evangelio y la fe de la Iglesia...»

Ya es hora de exponer las ideas principales de la conferencia. Después de algunas consideraciones sobre el significado antropológico y espiritual de la noción de peregrinación, os hablaré del papel del Camino de Santiago en la nueva evangelización. Para terminar, como pastor de la Diócesis de Le Puy, hablaré de la misión evangelizadora de la Via Podiensis en Europa y en el mundo.

### PRIMERA PARTE

#### I. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL SIGNIFICADO ANTROPOLÓGICO Y ESPIRITUAL DE LA NOCIÓN DE PEREGRINACIÓN

Mi sede episcopal se encuentra en el Santuario desde donde salen los peregrinos para Santiago de Compostela. Es por esto que, mientras tengo la gracia de encontrarme en Santiago, pretendo abrir mi conferencia con una reflexión sobre el significado antropológico y espiritual del Camino.

Empecemos por un comentario general. En esta tierra el ser humano está en proceso: conoce un período de crecimiento seguido de un momento donde las fuerzas humanas alcanzan una plenitud antes de que empiece el inevitable declive físico. Este se acompaña —hay que esperararlo muy a menudo— de una sabiduría interior fuente de juventud por el espíritu. San Gregorio de Nisa lo confirma con su perspectiva: «Los seres sumidos en un proceso no permanecen nunca idénticos a sí mismos, sino que cambian continuamente de un estado a otro (...) están sujetos al cambio, es un nacer continuo (...), así somos en cierto sentido nuestros propios padres».

Pero cuáles son los motivos que empujan a tantos hombres y mujeres a salir, bordón en mano, a las rutas de Santiago.

La afirmación de André Malraux «el hombre sólo se construye persiguiendo lo que le supera», es en sí un principio de respuesta. Pero antes de avanzar en nuestra reflexión, es oportuno interrogar también al sociólogo y a continuación al creyente.

A) La mirada del sociólogo acerca de los Caminos de Santiago de Compostela, pone en relieve algunos elementos que merecen que detengamos nuestra atención:

- La particularidad de los Camino de Santiago reside en su doble dimensión:
  - a) Un apoyo físico dotado de una linealidad geográfica: los itinerarios están constituidos trazados desde la antigüedad
  - b) Un apoyo de memoria colectiva alimentada por los patrimonios espiritual y cultural.
- Los motivos expresados con mayor frecuencia por los «caminantes» parecen ser los siguientes:
  - a) Encontrar de nuevo un ritmo más humano gracias al caminar.
  - b) Existir en un espacio de libertad y de aventura todavía posible.
  - c) Enfrentarse a sí mismo para una búsqueda de espiritualidad propia
  - d) Interesarse por los patrimonios natural, cultural y espiritual con la finalidad de unirse a una continuidad y satisfacer una necesidad de comunión
  - e) Encontrarse con los demás: existe en el discurso de los peregrinos una fuerte influencia de esa necesidad de comunicación profunda y de relaciones interpersonales más auténticas. En efecto la sociedad contemporánea está vivida como una sociedad de aislamiento, privando a la persona de una parte de la

memoria colectiva. La peregrinación a Compostela contribuye a esa búsqueda de una memoria colectiva, de una pertenencia a un linaje, a una comunidad concreta y cercana.

El Camino «se convierte así en un espacio de resistencia jalonado de paradas que son los lugares de intercambio, de encuentros, donde se tejen nuevas relaciones personales: estar juntos trasciende el tiempo y el espacio, el aquí y ahora. El compañero que camina al lado, el que vendrá más tarde o el que ha pasado con sufrimiento siglos anteriores participan igualmente de esta aventura.

Las razones principales del éxito de la peregrinación y de los itinerarios hacia Compostela se sitúan entonces en el deseo de combatir lo que se puede llamar una memoria corta, ese deseo de reanudar con una memoria colectiva y esa aspiración a frecuentar lugares colectivamente consagrados.

Es importante añadir que a la salida nadie ha propuesto un producto de turismo cultural «Camino de Compostela»: el público elige su destino, los Caminos revisten la forma de un manuscrito, cada estrato ilustrando una etapa también de nuestra construcción de identidad. Son «itinerarios de encuentro», de intercambio de descubrimiento del más allá, de mezcla de civilizaciones, conllevando así relaciones entre Oriente y Occidente.

Subrayemos para terminar que desde la Edad Media ya, el peregrino, de vuelta a su casa, está considerado como cambiado: en un plano espiritual primero, pero también en el plano humano porque ha ido hacia el punto final de Europa, al encuentro de otros horizontes, de otras nacionalidades y culturas.

B) La mirada del creyente: observemos en primer lugar que según las tradiciones religiosas, la salida a un peregrinación representa un acto importante de la vida de los creyentes. Para los creyentes la peregrinación simboliza de manera específica la andadura del Pueblo de Dios al encuentro de «Aquel que es, era y será». Así a los cristianos les gusta participar en una andadura fraterna de conversión y de oración hacia lugares donde Dios visitó a su Pueblo.

La peregrinación reviste entonces a la vez el sentido:

- De una búsqueda de las fuentes de la fe y la conciencia eclesial
- De una andadura de conversión personal y colectiva
- De un tiempo de oración y penitencia
- De una vida fraterna

El sentido de la peregrinación cristiana está extraordinariamente destacado por el Papa Benedicto XVI: «Hacer una peregrinación no quiere decir simplemente visitar un lugar cualquiera para admirar sus tesoros naturales, artísticos o históricos. Hacer una peregrinación significa más bien salir de sí mismo para ir al encuentro de Dios donde se manifestó, donde la gracia divina se mostró con un resplandor particular y produjo abundantes frutos de conversión y de santidad. Refiriéndose a los creyentes, los cristianos se fueron de peregrinación, sobre todo a los lugares relacionados con la Pasión, con la Muerte y la Resurrección del Señor en Tierra Santa y luego en Roma, ciudad donde Pedro y Pablo fueron martirizados y en Compostela que está relacionado con la muerte de Santiago y que ha acogido a peregrinos del mundo entero» (Viaje apostólico a Santiago de Compostela. Homilía durante la misa en la Plza. del Obradoiro).

### C) La peregrinación de Compostela

A las características de la peregrinación a Santiago, podemos añadir dos particularidades de la peregrinación hacia la Tumba del Apóstol:

Primero el Camino permite a los peregrinos a Santiago, venidos de diversos horizontes, el conocer la alegría de una peregrinación interior dando sentido a la vida terrestre. En efecto, por esta peregrinación, el peregrino comprende que esta vida de aquí abajo es un pasaje de la patria de un día a la patria eterna que San Agustín evoca así: «Sin aburrimiento, en una alegría perpetua, veremos lo verdadero, contemplaremos con una evidencia absoluta; entonces experimentaremos ansias de amor a la verdad, nos ataremos a ella en un abrazo incorpóreo y la alabaremos y diremos «Aleluia». Entrenándonos los unos y los otros a esa alabanza, un amor ardiente de los unos a los otros, los habitantes de este mundo dirán «Aleluia» porque dirán «Amén».

Después no olvidemos que la peregrinación a Compostela construyó a lo largo de los siglos una Europa cuya unidad profunda descansa en la adhesión común a valores abriendo el espíritu a la cuestión de lo trascendente./// Este punto de partida es esencial ya que está muy claro que Europa no puede construirse únicamente sobre los intereses inmediatos de cada nación. Benedicto XVI lo ha recordado con insistencia. Hablando del desarrollo integral del hombre, afirma: «el desarrollo necesita a cristianos que tienen las manos tendidas hacia Dios en un gesto de oración (...) el desarrollo supone una atención a la vida espiritual, una seria consideración de experiencias de confianza en Dios, de fra-

ternidad espiritual en Cristo, de ponerse en manos de la providencia y la misericordia divina, del amor y del perdón, de renunciar a sí mismo, de acoger al prójimo, de justicia y de paz». Dicho de otra manera, Europa, hoy más que nunca, está en búsqueda de un alma que encontrará asumiendo toda la herencia del pasado, herencia en la que las raíces cristianas ejercieron una influencia decisiva sobre el destino de nuestro continente.

## II. EL CAMINO Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

El Camino tiene un papel importante en la Nueva Evangelización de nuestro viejo continente.

a) La Nueva Evangelización: una actitud espiritual más que métodos particulares, el anuncio de la fe de siempre en el mundo de hoy.

- Cristo, fuente de evangelización: En Europa, la Iglesia no tiene ya la potencia de cierta cantidad de medios humanos —en hombres, en dinero, en influencia— que pudo tener en otras épocas. Este empobrecimiento nos obliga a centrarnos de nuevo en lo esencial y a ponernos de nuevo delante de Cristo, fuente de toda evangelización. Cristo está presente en su Iglesia. Es Él quien obra. Enseñemos a nuestros peregrinos a vivir en esa pobreza como un Camino de Gracia, un Camino de conversión y de renovación en vista de frutos mayores en vidas cristianas. «Sin embargo, mientras que los discípulos de Emaus hablaban y conversaban, Jesús mismo se acercó y caminó con ellos»

- El Papa Francisco nos invita a evangelizar: «La fe nace de la escucha y se reafirma en el anuncio (...) El Evangelio debe de ser anunciado y testimoniado. Cada uno de nosotros debería preguntarse: ¿cómo puedo yo ser testimonio de Cristo por la fe? ¿Tengo yo el coraje de Pedro y de los otros apóstoles de pensar, elegir y vivir como cristiano en la obediencia a Dios?»

- Evangelizar despertando la sed de Dios. Estemos convencidos de que entre los peregrinos del Camino están los santos de mañana, los santos que la Iglesia necesita para caminar con un paso más vivo. La pobreza actual prepara la renovación del mañana. En este sentido, permítanme hacerles una confidencia: no me gustan los discursos teñidos por un pesimismo de mala calidad y alimentándose de fuentes envenenadas de vanos remordimientos. Es verdad: la Iglesia conoce hoy en día, sobre todo en Europa dificultades serias. ¿Vamos a aprovechar el momento

para ser más fervorosos, para deshacernos de la mediocridad que ciertas facilidades? Esta es la única pregunta importante. No es suficiente en efecto tener métodos, nos hace falta sobre todo ser buenos evangelizadores. Sobre este tema, me vuelve a la memoria una conversación con un hermano Obispo de Níger: le preguntaba yo ¿qué quiere usted dar a la Iglesia de Francia? «Querido hermano, exclamó, nací en los confines del desierto, donde encontrar agua es vital, porque sin agua el hombre no puede vivir. Por cierto, lo sabéis, pero no lo habéis experimentado concretamente. Pido a los Obispos de Francia que nos faciliten canalizaciones y nosotros sabremos conectarlas a la fuente». Por lo tanto estaba admirado de nuestra organización, pero muy delicadamente añadía que no la pondríamos nunca suficientemente al servicio de lo esencial. En efecto, nuestra Asamblea funciona muy bien. No perdemos ni un minuto, pero esa «canalización» debe ser conectada al «manantial», y esa fuente es Cristo.

- Cómo hacer del Camino un Camino de Santidad

En el Camino el principal obstáculo es el de la mediocridad. El Apocalipsis nos recuerda que esa mediocridad tiene por causa principal la suficiencia, una suficiencia que nos separa del manantial de la vida, Cristo Resucitado. Es lo que me explicaba un amigo profesor de la Sorbona: se dice no creyente, pero busca la verdad con toda su alma. Encontrarme con él es para mí muy estimulante. Mientras le preguntaba «qué es lo que más te asombra en los cristianos» me contestó «muchos cristianos no me asombran pero me hacen preguntarme ciertas cuestiones. Lo que más me asombra no es la debilidad de los cristianos, sino a veces su suficiencia. Algunos cristianos con los que me encuentro anuncian a Cristo como si no le necesitaran». Encuentro que esa observación es de consuelo, porque nos recuerda que para anunciar de manera convincente la Buena Noticia no se trata de ser perfecto sino de depender cada vez más del que es «el Camino, la Verdad y la Vida». Para que sea así, ¡convirtámonos con más fuerza en orantes!. ¡Recibamos mejor los sacramentos! ¡Practiquemos mejor la caridad fraterna, el tiempo de la peregrinación ofrece esa oportunidad a todos.

b) Nueva Evangelización e importancia de la Oración.

Rezar es contestar a la llamada de Jesús: «Permaneced en mi como yo en vosotros». Expliquemos a nuestros peregrinos que la contemplación no es una contemplación intelectual: no se trata de pensar mucho, se trata de amar mucho, decía Santa Teresa de Ávila. La contemplación es

un acto que consiste en una mirada amante de Cristo. Esta mirada es manantial de un impulso hacia Él. Hay que enseñar de nuevo al pueblo cristiano, especialmente a los peregrinos, que todos estamos llamados a ser contemplativos. La contemplación en efecto está relacionada con el amor, es por eso que es un acto fundamental de la vida cristiana. Si uno quiere ser cristiano, uno es contemplativo. ¡Si no uno no es cristiano!

La contemplación está nutrida por la Palabra de Dios. La peregrinación debe de ser por consiguiente un tiempo de redescubrimiento de esta palabra de vida. Está muy bien explicar los monumentos, explicar los lugares visitados. Pero hay que aceptar no verlo todo a fin de tomarse un tiempo para meditar tranquilamente la Palabra de Dios. En Conques, los peregrinos reciben un Evangelio a fin de meditar la Palabra de Dios en el Camino.

c) Nueva Evangelización e importancia de los Sacramentos.

El Camino es también un tiempo propicio para redescubrir el lugar de los Sacramentos en la vida cristiana. En ese sentido es importante insistir sobre la relación entre contemplación y sacramentos. La contemplación da sed de sacramentos, y los sacramentos aumentan la contemplación. En este tiempo difícil pero apasionante nos hace falta inventar nuevas pedagogías. El más desatendido de los sacramentos hoy en día es el de la reconciliación. Una peregrinación es un momento privilegiado para volver a descubrirlo. El sacramento de la reconciliación corre el riesgo de ser rápidamente olvidado incluso en la vida consagrada, en la vida sacerdotal y en la vida episcopal. Tal descuido tiene efectos perniciosos para la vida de la Iglesia. Cuando estemos en contacto con los peregrinos sepamos encender en sus corazones el deseo de la confesión.

d) Nueva Evangelización y Caridad Fraternal.

Una peregrinación es también un tiempo privilegiado para desarrollar la caridad fraterna. Esta caridad permitirá que las diferencias aparezcan por lo que son: complementariedades, favoreciendo una comunión en el ofrecimiento de sí mismo. No dudo en decirlo claramente. Los obstáculos más grandes de la evangelización no vienen del exterior sino de la falta de caridad del interior. Cristianos que hablan mal unos de los otros son causa de verdaderos escándalos. Las mayores dificultades no vienen de los límites de los unos y los otros, o de las pobreza que conocemos, sino de nuestras faltas de caridad.

Esas faltas de caridad están en el origen de las divisiones que causan tanto daño al anuncio de la Buena Noticia. En este sentido, distingamos



la división y las diferencias. La división nace cuando uno no está unido donde hay que serlo. La diferencia es una cualidad que poseemos para que otros la aprovechen. Las divisiones siempre tienen por origen la voluntad de poder. Cuando tenemos la responsabilidad de dirigir una peregrinación estamos cortejados por aquellos cuyo oficio es el de hacer de la peregrinación la oportunidad de un comercio fructuoso. Los que actúan de esta manera se sirven de nuestras fragilidades. Seamos pues vigilantes, y sobre todo resistamos a la voluntad de poder. Por lo tanto, podremos ser en la caridad artesanos de paz y de unidad. Las diversidades no son un obstáculo cuando reina la caridad. En una de sus cartas pastorales, Mons. Julián Barrio Barrio subraya esta relación entre peregrinación y caridad: «empezamos la peregrinación jacobea no para instalarnos en una experiencia privilegiada, sino para dejarse cambiar de manera imprevisible, y así volver a la vida ordinaria con actitudes completamente nuevas.»

### III. MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA VÍA PODIENSIS Y SU PAPEL EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD EUROPEA

Para concluir, hablaré rápidamente de la misión evangelizadora de la Vía Podiensis.

#### a) Un nudo de civilización.

El escritor occitano Alem Surre-Garcia, abogando por la riqueza de una civilización «andaluza» de una gran diversidad étnica, cultura y religiosa, dice: «El espacio del Sur encuentra ser, de este a oeste, de Roma a Compostela, de Le Puy a Córdoba, un verdadero nudo de civilización.»

#### b) La Catedral de Le Puy

El historiador de arte Emile Mâle describe la Catedral de Le Puy como «uno de los más bellos monumentos del mundo cristiano que actúa sobre la imaginación por su misterio, por la rareza de su decoración mitad árabe y por sus cúpulas orientales».

En la Catedral los peregrinos son acogidos cada mañana. Pueden recibir la «Credencial», documento entregado por la Iglesia católica que confirma a cada etapa la intención del peregrino. Numerosos son los que participan en la celebración eucarística que se termina con una bendición de envío al pie de una bella estatua de Santiago del S. XV. Luego, bordón en la mano, los peregrinos se lanzan bajando la gran escalera, hacia Compostela.

c) El desarrollo de la acogida en Le Puy.

Si hablamos de la acogida, no sólo es porque tiene un lugar importante en la experiencia del que emprende el Camino de Santiago, sino que también es porque la acogida constituye a lo largo del Camino un valor favoreciendo una Comunión de los espíritus y de los corazones.

En Le Puy varios lugares acogen y albergan peregrinos.

La Acogida de San Francisco, albergue llevado por hermanas religiosas. Esta estructura recibe a la vez personas con dificultades (cualquiera que sea su nacionalidad, religión y opinión) y peregrinos que emprenderán su Camino hacia Compostela.

La Catedral de Le Puy acaba de abrir otro lugar de acogida. El donativo destinado a ayudar al peregrino a entrar en una experiencia de peregrinación. Hospitaleros voluntarios, antiguos peregrinos, ayudan en esa acogida.

«El Camino o el Museo del Camino» tiene por objetivo poner en relieve el papel que juega la Via Podiensis, y más extensamente el itinerario de Compostela. En la circulación de las artes, ideas y espiritualidades de Europa y en el mundo. Renovado e inaugurado este mes, el museo del Camino desea dar testimonio de la riqueza de las búsquedas y de los encuentros hechos a lo largo del Camino. También es un lugar de acogida, ya que todos los días los peregrinos se encuentran para tomar algo y encuentran consejos e informaciones que pueden necesitar para empezar el Camino.

Restituyendo la historia y el mensaje de esta ruta, el museo del Camino transmite valores de apertura y de tolerancia tan necesarios en nuestra época.

Mediante la evocación de la simplicidad, del abandono, de la búsqueda del absoluto y de la riqueza que comporta la andadura hacia Compostela, el Camino permite a todos, creyentes y no creyentes, entender mejor la experiencia de millares de peregrinos y de caminantes que salen cada año desde Le Puy. Más de allá de las diferencias sociales y culturales, será una verdadera invitación a emprender la ruta y a vivir grandes experiencias humanas.

A través de una escenografía moderna, el Camino tiene como vocación poner de relieve esas experiencias humanas generadas por el Camino de Compostela.

Venidos de toda Europa, e incluso a veces de más lejos, los peregrinos se convierten, una vez que han regresado a su país, en mensajeros de la Buena Noticia.

### CONCLUSIÓN

La puesta en práctica de la Nueva Evangelización que Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco resultan integrarse providencialmente en una renovación tanto social como eclesial de la peregrinación de Santiago.

Le Puy, el punto de partida de la ruta de Santiago, es también un santuario mariano. La Virgen María acompaña con su amor materno a los peregrinos. Madre de Dios y madre de los hombres María «brilla ya como un signo de esperanza segura y de consuelo ante el Pueblo de Dios en peregrinación».

# Camino y nuevos medios de comunicación. Cómo queremos vernos y ser vistos

JESÚS TANCO LERGA  
Profesor de la Universidad de Navarra

Ante todo, quiero agradecer la amable invitación del Cabildo de nuestra Catedral Compostelana para participar en este congreso sobre un tema capital, oportuno y que además sirve para ver a amigos y compañeros de esta maravillosa tarea que es la que nos hemos propuesto libremente los que estamos aquí: fomentar la peregrinación cristiana a Santiago, ayudar en el conveniente alojamiento de quienes la emprenden y difundir qué es lo sustancial y lo importante en cada momento y en cada lugar, de este fenómeno ciertamente milagroso al que nos toca asistir: la enorme proyección de la peregrinación en todo el Mundo, y en particular en las regiones por las que cualquiera de sus rutas atraviesa el Camino. Supongo que se espera de mí que haga una llamada a estar presentes en los medios de comunicación. La hago y además, convencido de que es importante. Que procuremos estar en las redes sociales. Que además tengamos nuestra presencia en la Red actualizada y adecuada, según nuestros medios, a las necesidades de nuestra audiencia actual y potencial. Que también conozcamos las películas, documentales, páginas, medios especializados que estén a nuestro alcance y que participemos en ellas mejorando sus contenidos o colaborando en su mayor difusión. Todo esto es necesario y a nuestro alrededor tenemos inmensas posibilidades como las que se encuentra con los buscadores oportunos y el asesoramiento de los expertos, con los enlaces posibles, y sabiendo que salvo excesos lamentables, el tiempo que se invierte en los medios electrónicos resulta rentable; es una siembra que no queda vacía. Las 250 asociaciones o entidades jacobeanas que con estilos diferentes ya que emanan de realidades sociales diversas en el mundo proyectan lo que son y hacen por revistas, boletines, en la red, y además las páginas que están asequibles en Santiago de Compostela, la de los profesionales que con generosidad y muchas veces con riesgo se han adentrado en esta tarea, las de la Iglesia, las de los departamentos de Cultura, las de las Universidades, las de los peregrinos y aficionados, constituyen una magnífica realidad que hay que conocer y explotar. A todos animo a ello.

Quiero reflexionar acerca de cómo nos ven y como queremos ser vistos. Y quiero empezar con un apunte sobre nuestra identidad. Hemos de saber y hacer saber cuál es nuestro grado de implicación en el camino de Santiago. Cada uno debe estar en su sitio, de acuerdo con su voluntad, con su carisma diríamos en términos eclesiales, en su encargo concreto. En cada uno de los mensajes y discursos hemos de dejar bien claro quiénes somos y dónde estamos. Si estamos en esta tarea por *vocación*, para dar sin esperar recibir nada a cambio. Si estamos por *profesión* dando un servicio bueno en calidad y cantidad por el que pedimos una contraprestación, es decir una valoración acorde a nuestra aportación. O si nuestro estar se debe a una *afición* en la que buscamos aprovecharnos de las enormes posibilidades que se nos ofrecen.

Hemos de aclarar además, de una manera más o menos explícita, si para nosotros el Camino es algo esencial, derivado de esa vocación a la que hemos hecho referencia y en la que somos conscientes de cumplir una misión. Decimos en estos casos que la peregrinación «es mi vida». En un segundo nivel, podríamos situar a la consideración del camino y de la peregrinación que lo requiere, como algo fundamental, y que justifica con los vínculos correspondientes, una cierta hermandad con aquellos que hemos conocido en y por el camino. Se suele decir es estos casos, «es mi gente». Un tercer nivel sería el de quienes consideran al Camino como algo referencial en su vida, en la que la amistad con quienes han compartido jornadas de andadura o tareas de asociaciones o alojamientos, ha hecho un círculo de amistad que se considera como un clima afectivo de gran interés. La expresión más adecuada es la de «es mi ambiente». Para quienes el Camino es ante todo un cúmulo de estímulos culturales, y ante la imposibilidad de abarcar todos, puede escucharse la palabra «es mi tema». Por último, hay un sector que dice haber sido un gusto su propia experiencia en la onda turística.

En cuanto al ser, al estar al sentir en el camino hemos de ser claros y con lenguaje atractivo, situarnos en la expresión coherente de lo que somos, hacemos y decimos. Sabiendo claro, que hay una peregrinación activa y otra peregrinación, llamemos pasiva, si uno es agente o recipiente, o inductor de la peregrinación. Sabemos que la suma de muchos granitos de arena, de pasos, de esfuerzos a contribuido de manera natural al apogeo del Camino y de la Peregrinación. Además hay un componente sobrenatural indudable, a la vista está, y que en ningún modo hemos de despreciar.

Así hemos de ser vistos, sin altanería ni artificiosidad. Con semblante natural y diciendo lo que hay que decir en esa comunicación fluida,

amena, con conocimiento y habilidad. Hemos de movernos sin complejos en los medios, sabiendo además que tenemos en ellos muchos amigos que comprende nuestra labor, entre otras cosas, porque de alguna manera más o menos próxima, conocen la peregrinación. ¿Cómo nos ven? Podríamos aplicar casos prácticos a cuestiones que conocemos todos y que nos preocupan: Asociar a Santiago Apóstol con el poder o la fuerza como se hace en algún cartel que sobre el tema se ha expuesto en un congreso Internacional. La consideración del peregrino como un turista como podemos ver en un periódico navarro en esta Semana Santa, o la donación de bonos o vales turísticos con el sellado en alguno de los puntos, como hace una Diputación Provincial. Es por todos conocido, el esfuerzo por el atractivo gastronómico y lo que supone en el sector hostelero el paso de tantos peregrinos y como hay disputas y competencia por atraerse con menús de mayor o menor calidad al peregrino. Al mismo tiempo se puede observar que los países que se van incorporando a la cultura jacobea y que van integrándose en los diferentes itinerarios están pasando por dónde nosotros pasamos, con el trazado de rutas y con la creación de señalizaciones e infraestructuras necesarias. Tengo que resaltar el papel de Polonia, recién visitada por don Julián Barrio, nuestro Arzobispo, y donde modestamente he participado en la promoción de las rutas jacobeanas.

Hay que avanzar en todos los órdenes. El religioso, el espiritual, el cultural, el social, el vital, que sabemos no son excluyentes. La imagen cuenta mucho y a mejorarla contribuyen por ejemplo los concursos fotográficos que periódicamente se convocan por asociaciones y entidades, cada vez más complementados por el de los documentales largos o cortos, o el de los certámenes de teatro, literarios o académicos. Quiero insistir en el aspecto académico. Es muy importante reconocer el papel del mundo educativo en la promoción del Camino y la adecuada perspectiva: con cátedras, cursos de verano, jornadas o congresos. Este año se cumplen diez años de la iniciativa de la Acreditación Jacobea Universitaria, que tuvo como precedente la peregrinación de profesores y estudiantes desde Roncesvalles a Compostela. Cualquier foro es bueno para difundir la peregrinación y el camino. Es muy loable el papel de las Delegaciones regionales, y puedo contar la experiencia reciente de mi participación invitado al alimón por la Asociación de Madrid y la Casa de Galicia en Madrid, donde hablé de los vínculos jacobeanos que entre nosotros se van fortaleciendo, en un salón repleto de interesados y con una exposición de cuadros que poco tenía que ver con el peregrino. Hay que aprovechar estas oportunidades de juntar personas próximas y queridas, de hablar a públicos tangibles o a los que por los medios a nuestro

alcance, llegue el mensaje. Estas reuniones de asociaciones son beneficiosas y algunas de ellas rotatorias en puntos diferentes de España sirven de punto de encuentro, de coloquio y de intercambio de experiencias, además de marco de relación con autoridades.

Las instituciones han de ser conscientes de lo mucho que representa la peregrinación para fomentar la unidad de España, su identidad común y la de las regiones, así como el origen de Europa, sus raíces y cimientos. Hay lugares como Roncesvalles que sirven precisamente por su historia y su proyección, para este tipo de relaciones institucionales, que por muy altas que sean las instancias que acuden a los eventos, no han de descuidar la imagen que sobre ellas se proyectan, por lo que hay que mimar a los medios y a quienes los hacen posibles. Cuidando siempre el equilibrio en los territorios por donde transcurre el Camino y andan los peregrinos, sin crear falsas expectativas ni controversias estériles. Haciendo reconocer la realidad histórica, sin estar hipotecados por el pasado, ni ser obsesivos esclavos de la imagen. Poniendo siempre el acento en el protagonista humano el Camino, que no es otro que el peregrino. Algunos han quedado en el camino, tendidos por la llegada de la muerte, del paso hacia la Eternidad mientras encaminaban sus pies a la tumba del Apóstol. Así hay que mostrar naturalmente, esta realidad.

Y hemos de recordar que somos eslabones de una cadena de personas que antes que nosotros han trabajado por la ruta jacobea, poniendo de su parte lo que creyeron oportuno con sacrificio de sus carreras y profesiones. Y detrás de nosotros vendrán o están ya, gentes muy valiosas que siguen en la brecha. Unos en el plano de lo cultural, con ciudades que se hermanan por sentirse parte integrante del Camino, o en un orden superior. Este año llevamos bajas muy significativas. Quiero recordar a don Jenaro Cebrián, a quien se le ha hecho reconocimiento muy especial en nuestra gran familia jacobea; al hermano mayor de la Archicofradía Universal del Apóstol, José Joaquín Milans del Bosch, pionero en Asturias, y al recientemente fallecido y guía de muchos peregrinos, fundador de la Orden de Peregrinos, que nos dejó el 12 de marzo pasado. La felicitación de la última Navidad es bien explícita, cuando me pedía con letra titubeante por su delicada salud, fidelidad a la peregrinación. Don Francisco Castrillo ha sido un ejemplo. Todos debemos dar sentido a nuestros pasos, y también a lo que hacemos y decimos en el Camino de Santiago. Éstos antecesores que nos esperan arriba, son merecedores de nuestro cariño y oración. Nosotros seguimos hasta que Dios quiera acogernos cristianamente en la meta, en la patria celestial. JTL.

# Acogida a Peregrinos creyentes y no creyentes

D. JOHN RAFFERTY  
The Confraternity of Saint James (Inglaterra)

Muchas gracias por invitarme a hablarles hoy en este Congreso. Como dice el programa soy un miembro de la Confraternidad de Santiago en el Reino Unido, una asociación puramente seglar en la que la promoción de la fe o la evangelización no están entre sus objetivos. Por consiguiente mis palabras de hoy son a título personal.

Me parece que a medida que el mundo se vuelve cada vez más laico, es importante que encontremos nuevas y más efectivas maneras de compartir la Buena Nueva. Para hacerlo, la Iglesia necesita acoger y abrazar a los creyentes, a los no creyentes y a aquellos que están buscando a Dios. De alguna manera esa es la definición de la comunidad de peregrinos.

Yo soy un peregrino. Caminé hacia Santiago y ahora vivo aquí. Trabajo como voluntario en la Oficina del Peregrino a través de la cual hemos desarrollado un Servicio de acogida para peregrinos. Me gustaría ponerles al día sobre esta y otras iniciativas.

Llamamos a los voluntarios de este servicio «Amigos» y ese nombre define lo que ellos hacen: dan la bienvenida y la enhorabuena en todas las lenguas que saben a los peregrinos que llegan a Santiago.

Responden preguntas, estrechan manos, abrazan peregrinos y reciben muchos abrazos a cambio. Escuchan historias de los peregrinos, algunas alegres y otras tristes. Proporcionan información práctica y ayudan a resolver problemas.

El Servicio de Acogida Amigos está financiado en su totalidad por las asociaciones de peregrinos que participan y por los propios voluntarios. El modelo es muy simple: Proporcionamos un apartamento en el que viven los voluntarios, formación y apoyo.

Los voluntarios pagan sus vuelos y el resto de los gastos. El año pasado se puso en marcha por primera vez y fue un gran éxito. Los voluntarios dieron personalmente la bienvenida a unos 100.000 peregrinos. Este servicio fue muy apreciado por los peregrinos, los propios volun-



tarios y el personal de la Oficina del Peregrino. Veintiseis voluntarios participaron el año pasado.

Monseñor/ Arzobispo, debería de estar usted orgulloso del hecho de que este año participen 100 voluntarios: 60 de ellos trabajando en la Oficina de Peregrinos y el resto en el albergue asociado Fin del Camino, en la parroquia de San Antonio, en Fontiñas. Este año el Servicio de Acogida Amigos sólo cuenta con el apoyo de las asociaciones de peregrinos de Canadá, Holanda, Irlanda, Reino Unido y los Estados Unidos de América.

Estas organizaciones proporcionan conjuntamente el total de los 10.000 euros que cuesta alquilar alojamientos, etc. Los 50.000 euros que aproximadamente se necesitan para costear los vuelos; las comidas las proporcionan los propios voluntarios.

También la Asociación de Peregrinos de Holanda ha abierto otro apartamento para voluntarios que serán parte del personal de la Casa Holandesa —un centro de acogida para hablantes holandeses y flamencos en la Rúa San Pedro número 29— con una contribución total de otros 25.000 euros hecha por la organización y sus voluntarios.

Les informo de todo esto no sólo para ponerles al día sobre lo que estamos llevando a cabo aquí en Santiago, sino también para hablarles ahora acerca de los motivos y principios subyacentes.

La acogida a peregrinos creyentes y no creyentes es el título de esta comunicación. Sabemos por experiencia que peregrinos de distintas confesiones hacen el Camino de Santiago. España, Francia, Italia e Irlanda, por ejemplo, son países católicos y la experiencia nos dice que los peregrinos de estos países nos dirán que son católicos si se les pregunta.

Pero ser católicos practicantes, asistir a Misa y participar en los Sacramentos con regularidad es otra cuestión. De otros lugares como Alemania, Inglaterra o Estados Unidos, vienen luteranos, anglicanos, protestantes y cristianos evangélicos. Estoy muy contento de que vengan aquí personas pertenecientes a estas tradiciones.

También podemos decir por experiencia que hay muchos peregrinos que vienen sin ser creyentes o que han rechazado cualquier forma de religión organizada. Para preparar esta sesión de hoy pensé en llevar a cabo una encuesta preguntando a los peregrinos acerca de sí mismos y de su percepción de otros peregrinos.

Vamos a hacer una pausa por un momento para que ustedes puedan responder las mismas preguntas. Las cuestiones están en los folios que les están pasando. Por favor, respóndanlas tan rápido como puedan.

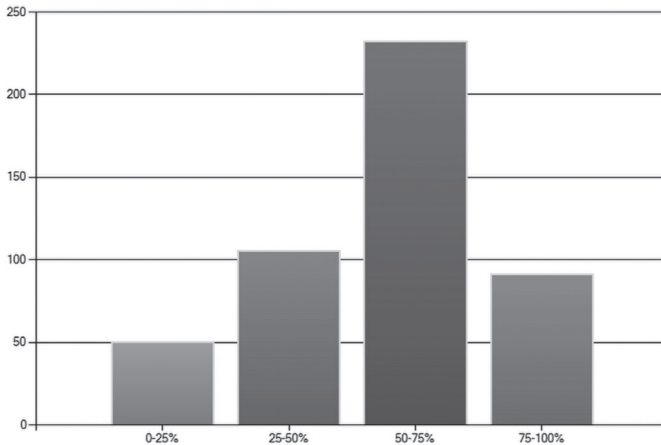
Si tienen suficiente valor tal vez quieran mostrar sus respuestas a sus vecinos.

Hay unas 70 personas hoy en esta sala- 498 peregrinos han respondido las mismas cuestiones. El 90% de ellos venían de fuera de España.

Esto no es científico, es simplemente un ejercicio para intentar comparar lo que nosotros pensamos de los peregrinos y lo que ellos piensan de sí mismos. He aquí lo que han dicho: comparen sus percepciones con las suyas propias.

**Piensa en ti mismo y en los peregrinos que has encontrado en el Camino y responde a las siguientes preguntas:**

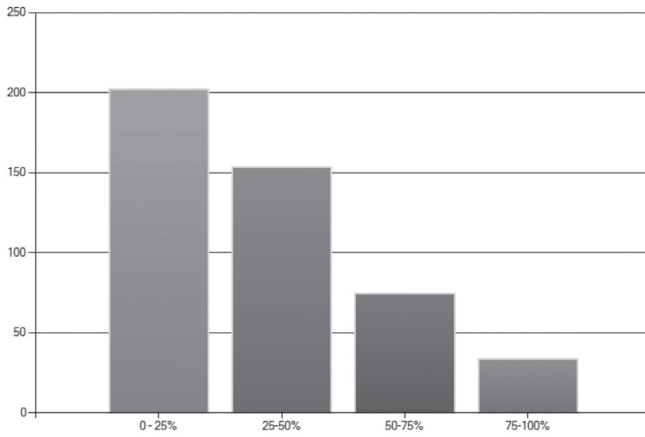
**Pregunta 1. ¿Qué porcentaje cree en Dios?**



Así que la mayoría de los peregrinos dice que cree en Dios y piensa que otros peregrinos también.

Si la gran mayoría de los peregrinos tiene alguna fe en Dios, ¿Qué porcentaje asiste a un servicio religioso con regularidad?

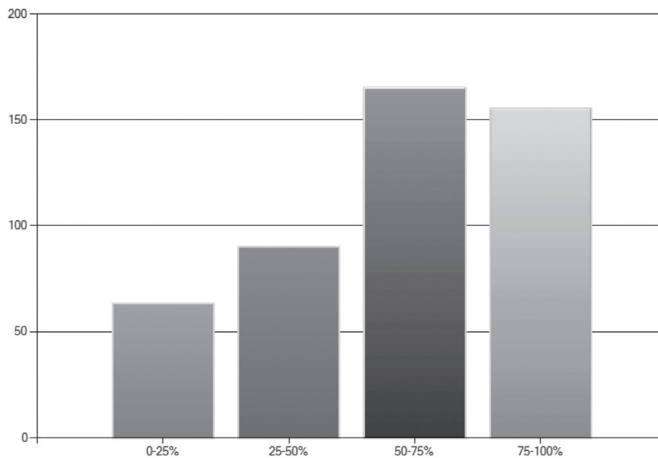
**Pregunta 2. De los que tenían alguna filiación religiosa, ¿Qué porcentaje asistió a servicios religiosos con regularidad?**



La respuesta es que no tantos.

Hice a los peregrinos una pregunta muy general. ¿Creían que ellos y sus compañeros de Camino estaban buscando respuestas acerca de la vida, de Dios, acerca de su futuro?

**Pregunta 3. ¿Qué porcentaje crees que estaba buscando respuestas sobre la vida o Dios o su futuro?**



La gran mayoría de los peregrinos dice que ellos, y cree que también otros peregrinos, están buscando respuestas.

Esa es sin duda mi propia experiencia personal y sospecho que la experiencia de muchos otros peregrinos en esta sala.

Los peregrinos pueden ser débiles en la fe, pueden haber rechazado a la Iglesia, o simplemente se han alejado de ella, pueden estar en desacuerdo con la religión institucional, pero aún así caminan, aún así buscan.

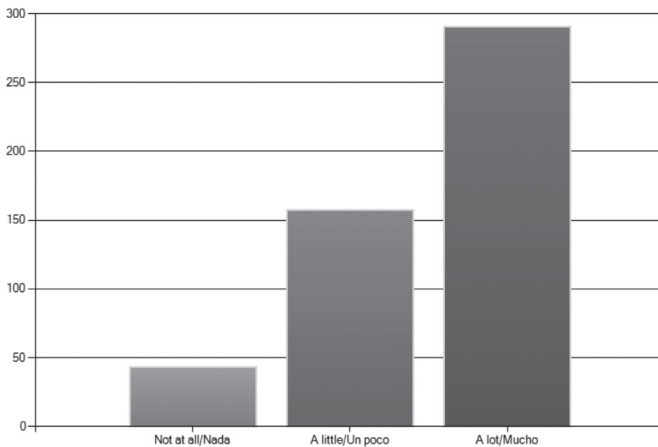
Desde una perspectiva cristiana todo esto me lleva a una sola conclusión: los peregrinos están listos para la evangelización, están buscando respuestas. Las siguientes cuestiones son consecuencia de esta.

Para todos los peregrinos su destino es este: Santiago. El sepulcro del Apóstol. La Catedral de Santiago es la Iglesia de los peregrinos. La ciudad de Santiago y la Catedral de Santiago necesitan abrir aún más sus brazos para estrechar peregrinos si hemos de ayudarles a sentirse atraídos por los valores de los Evangelios.

No tengo ninguna duda de que la Catedral de Santiago es la Iglesia Madre de los peregrinos, la Iglesia Madre del Camino. Lo que hacemos en Santiago debería de ser el modelo para toda acogida cristiana a lo largo del Camino. El nivel debe establecerse aquí. La bienvenida en Santiago debe ser tan eficaz que otros aspiren a repetir lo que pasa aquí.

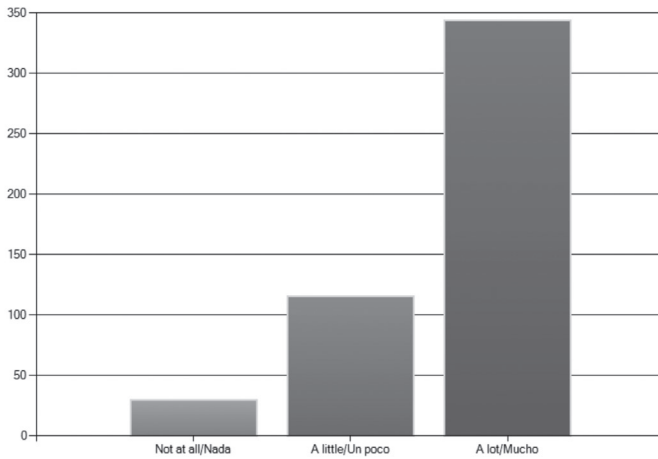
Pregunté a 498 peregrinos si recibir la Compostela era una parte importante de su peregrinación y el 91% de ellos dijeron que sí era importante:

**Pregunta 4. Piensa en tu llegada a Santiago y tu participación en la Misa del Peregrino. ¿Fue la obtención de la Compostela una parte importante de tu peregrinación?**



Pregunté a los peregrinos si asistir a la Misa del Peregrino fue importante para ellos e incluso un porcentaje más alto, un 93%, dijo que sí:

## Pregunta 5. ¿Asistir a la Misa del Peregrino fue una parte importante de tu peregrinación?



Aquí necesitamos hacer una pausa. Porque la llegada a Santiago también se percibe entre los peregrinos como una decepción. Muchos peregrinos han encontrado amigos en el Camino. Esa camaradería es parte de su experiencia espiritual. Pronto los amigos se van, toman un vuelo o siguen a pie hasta Finisterre.

La llegada puede ser causa de gozo, pero también una desilusión. Por eso, la calidez de la bienvenida, la apertura de nuestros brazos y corazones a los peregrinos es de una importancia fundamental. Al acogerlos y abrazarlos les estamos demostrando el amor de Cristo, mostrándoles que son valorados, que la Iglesia los valora y que pueden ser parte de nuestra comunidad cristiana.

Yo soy escocés y Robert Burns es nuestro poeta nacional. Voy a parafrasear una de sus citas:

Dice así: «Dios nos da el don de vernos como nos ven los demás».

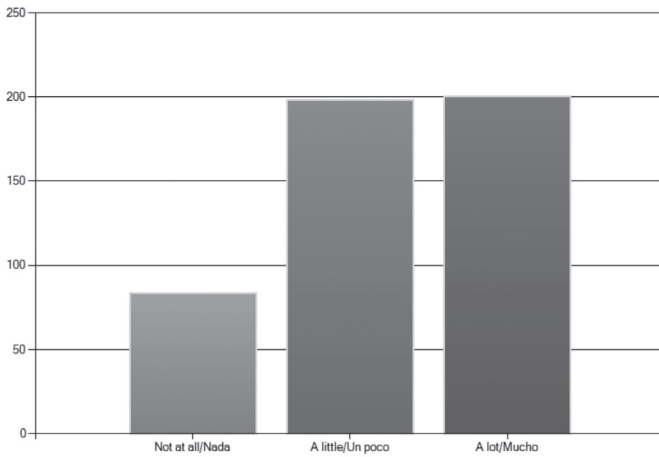
Para todos nosotros dedicados a la acogida de peregrinos a lo largo del Camino de Santiago, sea aquí en el sepulcro como Arzobispo, en un alberque como hospitalero, como religioso en una casa proporcionando cama y comida o simplemente como compañero peregrino viviendo en el Camino y abriendo su hogar a los demás, esta cuestión es de vital importancia.

«¿Cómo nos ven los demás?» «¿Cómo nos ven los peregrinos?» El don de vernos como nos ven los demás requiere valor y requiere humildad. Mi corazón se llenó de alegría en el segundo domingo de Pascua, cuando asistí a la Misa del Peregrino: el arzobispo dio la bienvenida a los

peregrinos en siete idiomas «sin notas», las lecturas de la Misa fueron en diferentes lenguas.

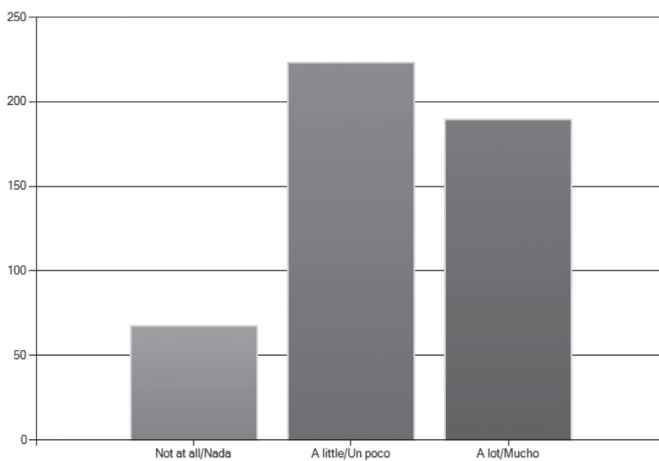
«Peregrinos, esta es vuestra casa», fue el mensaje. La Catedral es digna de elogio por este acercamiento, ya que no siempre se ha sentido así. El 59% de los 498 peregrinos que respondieron a la encuesta dijeron que no se sintieron bienvenidos o sólo *un poco bienvenidos* en la Misa del Peregrino a la que asistieron:

### Pregunta 6. ¿Se te hizo sentir bienvenido en la Misa del Peregrino?



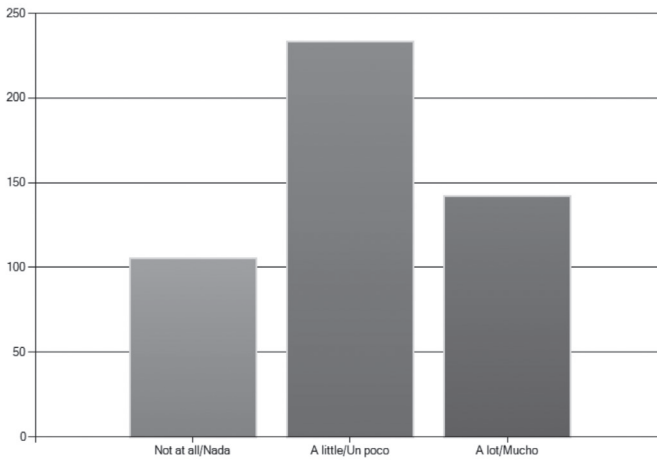
El 60% de ellos dijo que sólo entendieron un poco o nada de lo que se estaba diciendo en la Misa del Peregrino:

### Pregunta 7. ¿Entendiste lo que se decía y lo que estaba sucediendo?



Y finalmente un 70% dijo que sólo fue capaz de participar un poco o nada en la Misa del Peregrino.

### Pregunta 8. ¿Te sentiste parte de la Misa del Peregrino y fuiste capaz de participar de alguna manera?



Estos son los desafíos y creo que aquí en Santiago hemos hecho verdaderos progresos frente a algunas de estas cuestiones. Espero que en la Catedral veamos crecer el uso de más idiomas de bienvenida y bendición y más información plurilingüe sobre la Misa.

Hay muchas iniciativas positivas. Pronto la Catedral empezará con los servicios de tarde para los peregrinos. Sacerdotes y religiosos alemanes llegarán para proporcionar servicios en alemán. Los voluntarios están trabajando duro con el personal de la Oficina del Peregrino para acoger personalmente a cada peregrino este año.

Como les he dicho, la Asociación Holandesa ha abierto la Casa Holandesa, el Grupo Cristiano Terra Nova tiene la intención de abrir un centro de acogida en el corazón de la Zona Vieja y la semana pasada Los Amigos Irlandeses del Apóstol Santiago se han decidido a buscar nuevos modos de tener una presencia destacada aquí. Es evidente que existe la posibilidad de trabajar juntos en el futuro.

Me gustaría terminar mirando al futuro. Por la naturaleza de mi trabajo aquí, mucho de lo que he dicho ha sido acerca de Santiago. Como peregrino quiero dar las gracias a todos los que participan en la acogida de los peregrinos en el Camino.

Muchos de ustedes me han dado la bienvenida. En los eventos de este tipo a menudo compartimos información, hablamos de los difíciles retos que enfrentamos y compartimos algunas de las alegrías también. Creo que también es importante que decidamos qué medidas prácticas vamos a tomar ante el Segundo Congreso Internacional.

Sería fácil para nosotros ser críticos con la Iglesia y otros grupos religiosos: podemos hablar de iglesias cerradas en el camino, iglesias donde no hay información sobre horarios de misas, donde no hay acogida a peregrinos, donde no hay bendición del peregrino, o sacerdotes sin interés en los peregrinos.

La realidad es que los sacerdotes y los obispos no pueden hacerlo todo, ni deberían hacerlo. La responsabilidad del espíritu de la evangelización y de la acogida de peregrinos se encuentra en cada uno de nosotros. El desafío de los sacerdotes y obispos es que tienen que permitirnos y alentarnos a que lo hagamos.

Por lo tanto me gustaría ver al Arzobispo establecer una pequeña comisión o comité para llevar adelante las cuestiones planteadas en el Congreso, para fomentar aún más la solidaridad y la participación de los implicados en la acogida, la atención a los peregrinos, y desarrollar y compartir recursos, como los de diferentes idiomas para que puedan ser utilizados a lo largo del Camino.

El viaje de renovación y reactivación de nuestros esfuerzos está apenas comenzando en esta conferencia. Gracias por escucharme, les deseo a todos ustedes Buen Camino en ese viaje.





# La Evangelización a través del arte en el Camino de Santiago

JOSÉ ÁNGEL RIVERA DE LAS HERAS  
Delegado Diocesano para el Patrimonio y la Cultura de Zamora

*«Si un pagano viene a pedirnos que le mostréis vuestra fe,  
llevadlo a la iglesia y hacédle ver los sagrados iconos»*

(SAN JUAN DAMASCENO)

Conforme al título de la comunicación, mi propósito es ofrecer algunos principios teóricos y algunas orientaciones prácticas sobre cómo anunciar la fe católica, a través de las manifestaciones artísticas, a quienes visitan los lugares que forman parte de los diversos caminos jacobeos. Por tanto, tres son las cuestiones implicadas: un objetivo general, evangelizar; un medio, el arte; y un espacio concreto, el Camino de Santiago.

## I. La tarea Evangelizadora de la Iglesia

La evangelización y la nueva evangelización<sup>1</sup> vienen siendo en los últimos años uno de los asuntos más destacados en la reflexión teológica<sup>2</sup> y en la vida pastoral de la Iglesia. La comunidad eclesial es consciente de haber recibido un mandato por parte del Señor resucitado: «*Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación*»<sup>3</sup>. Jesús, el evangelio de Dios para el hombre<sup>4</sup>, ha pedido a su Iglesia que comunique y difunda la buena nueva de la salvación. Por esta razón, la vocación y la misión esenciales de la

1 «*En sentido amplio se habla de «evangelización», para referirse al aspecto ordinario de la pastoral, y de «nueva evangelización» en relación con los que han abandonado la vida cristiana*». Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, 3 de diciembre de 2007.

2 Cf. A. GONZÁLEZ MONTES (ed.), *Arte y Fe. Actas del Congreso de «Las Edades del Hombre»*, Salamanca, 1995; A. Galindo García (coord.), *Patrimonio Cultural de la Iglesia y evangelización*, Salamanca, 2009, y L. MELIS REVERTE, *La Iglesia y el arte contemporáneo desde el Vaticano II. Reflexiones para una renovación de la alianza Iglesia-Arte*, Valencia, 2013, pp. 227-264.

3 Cf. Marcos 16, 15.

4 Marcos 1, 1.

comunidad cristiana es la evangelización a todos los hombres. Ella es la depositaria de la buena noticia de Jesucristo, que ha de ser anunciada a sus miembros y al mundo. Ella es evangelizadora y existe para evangelizar.

Es interesante advertir que algunos de los textos más significativos del Concilio Vaticano II respecto al carácter misionero de la Iglesia se refieren a su tarea evangelizadora utilizando los términos de «predicación» y «anuncio», lo que en apariencia parece reducir dicha acción al ámbito de la palabra<sup>5</sup>.

Pablo VI abordó el tema de la evangelización afirmando que «*no hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios*»<sup>6</sup> y que «*evangelizar es, ante todo, dar testimonio de una manera sencilla y directa de Dios, revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo*»<sup>7</sup>. Asimismo, habla de su objetivo, de sus destinatarios, de sus agentes y de sus medios, entre los cuales se cita el testimonio de la vida, la predicación viva, los medios de comunicación social, el contacto personal, los sacramentos y la piedad popular, pero no el arte<sup>8</sup> de forma explícita.

Juan Pablo II ha insistido en que el testimonio es la primera forma de evangelización<sup>9</sup>, pero en los documentos magisteriales tampoco menciona la mediación de las obras artísticas. Él acuñó la expresión «nueva evangelización» y urgió a su realización, cifrando la novedad en su ardor, sus métodos y sus expresiones<sup>10</sup>.

Finalmente, el tema de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, celebrada en octubre de 2012, fue «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana». El *instrumentum laboris* del Sínodo no cita tampoco el arte como medio de evangelización.

El cardenal Ratzinger, por entonces Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, en la introducción al Catecismo de la Iglesia Católica, afirmaba que «*también la imagen es predicación evangélica. Los artistas de todos los tiempos han ofrecido, para contemplación y asombro de los fieles, los hechos más sobresalientes del misterio de la*

5 Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Lumen gentium*, n. 17, y Decreto *Ad gentes*, n. 13.

6 Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 22.

7 *Ibidem*, n. 26.

8 *Ibidem*, n. 40.

9 Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris Missio*, nn. 42-43.

10 Juan Pablo II, Discurso a la XIX Asamblea del CELAM, Port au Prince, 9 de marzo de 1983.

*salvación, presentándolos en el esplendor del color y la perfección de la belleza. Es éste un indicio de cómo hoy más que nunca, en la civilización de la imagen, la imagen sagrada puede expresar mucho más que la misma palabra, dada la gran eficacia de su dinamismo de comunicación y de transmisión del mensaje evangélico».*

El papa Juan Pablo II, dirigiéndose al Pontificio Consejo de la Cultura<sup>11</sup>, afirmaba: *«la fe tiende por su propia naturaleza a expresarse en formas artísticas y en testimonios históricos que entrañan una gran fuerza evangelizadora y valor cultural, a los cuales la Iglesia debe prestar la máxima atención»*<sup>12</sup>.

Por su parte, el Pontificio Consejo de la Cultura ha afirmado con rotundidad que *«la Iglesia lo ha intuido desde el comienzo, y siglos de arte cristiano lo ilustran magníficamente: la auténtica obra de arte es potencialmente una puerta de entrada para la experiencia religiosa. Reconocer la importancia del arte para la inculturación del Evangelio, es reconocer que el genio y la sensibilidad del hombre son connaturales a la verdad y a la belleza del misterio divino el patrimonio cultural de la Iglesia atestiguan una fecunda simbiosis de cultura y de fe. Ello constituye una fuente permanente para una educación cultural y catequética, que une la verdad de la fe a la auténtica belleza del arte»*<sup>13</sup>. Y que *«en nuestra cultura, marcada por un torrente de imágenes frecuentemente banales y brutales diariamente arrojadas por las televisiones, películas y videocasetes, una alianza fecunda entre el Evangelio y el arte suscitará nuevas epifanías de la belleza, nacidas de la contemplación de Cristo»*<sup>14</sup>.

Importantísimo para el tema que nos ocupa es el documento *Via pulchritudinis. Camino de evangelización y de diálogo*, que recoge los trabajos de la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo de la Cultura, celebrada del 25 al 28 de mayo de 2006. Como el propio subtítulo indica, el documento propone la vía de la belleza como un camino de evangelización. Ya en su presentación, a cargo de Melchor Sánchez de Toca, Subsecretario del Dicasterio, comenta el subtítulo del documento afirmando: *«Evangelización: un camino para hablar de Dios al hombre de hoy, y para permitirle, a través de la belleza, alcanzar a Dios. Y camino de diálogo, porque la belleza, como la cultura en general, representa un*

11 Dicasterio creado por Juan Pablo II en 20 de mayo de 1982.

12 Juan Pablo II, motu proprio *Inde a Pontificatus*, dirigido al Pontificio Consejo de la Cultura, 25 de marzo de 1993.

13 Pontificio Consejo para la Cultura, *Para una pastoral de la cultura*, n. 17, 23 de mayo de 1999.

14 *Ibidem*, n. 36.

*terreno de encuentro con creyentes de otras religiones e, incluso, con quien no cree en absoluto en un Dios trascendente y personal»<sup>15</sup>.*

Dicho documento, que subraya la belleza de la vida cristiana vivida en plenitud y de la celebración litúrgica, propone la vía de la belleza como un itinerario capaz de alcanzar directamente el corazón de las personas, de expresar el misterio de Dios y del hombre, y de servir de puente para descubrir la belleza del Evangelio de Cristo.

Dios es fuente de toda bondad, de toda verdad y de toda belleza. Lo bueno, lo verdadero y lo bello (principios trascendentales del ser) conducen a Dios, Bien supremo, Verdad primera y Belleza misma (atributos divinos). Por ello, la experiencia simple de la belleza que suscita admiración puede abrir el camino a la búsqueda de Dios, y disponer el corazón y la mente al encuentro con Cristo; puede ayudar a los hombres a elevarse desde la belleza sensible a la Belleza eterna, y a descubrir con fervor al artífice de toda belleza.

Así pues, la *via pulchritudinis* es una vía pastoral que posibilita despertar en el hombre el deseo de gozar de Dios en la quietud de la contemplación, pues él es fuente armoniosa e inextinguible de claridad y de luz, y puede saciar nuestra inteligencia y nuestro corazón. Recordemos aquí la experiencia de San Agustín de Hipona: «*¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!... Centelleaste, resplandeciste, y tu resplandor disipó mi ceguera. Exhalaste tus perfumes, respiré hondo, y suspiro por ti. Te he paladeado, y me muero de hambre y de sed. Me has tocado, y ardo en deseos de tu paz*»<sup>16</sup>.

Podemos afirmar, entre otras cosas, que la belleza responde al íntimo deseo de dicha que late en el corazón del hombre y su nostalgia de la belleza original que es Dios mismo; que la belleza nos atrae mediante una irradiación que despierta el asombro y la admiración; que la belleza no nos deja indiferentes, pues despierta emociones y genera gozo interior; que la belleza crea un terreno fértil para la escucha y el diálogo con el hombre en su integridad, y que la belleza habla directamente al corazón, y a través de la contemplación o del silencio interior impulsa al hombre a salir de sí mismo para abrirse a lo Trascendente y al Misterio.

La Belleza suprema es Cristo. La belleza de él recibida y reflejada se manifiesta privilegiadamente en el amor y la unidad de la comunidad eclesial. Quien dijo «*id al mundo entero y proclamad el Evangelio*»<sup>17</sup>, dijo

15 Pontificio Consejo de la Cultura, *Via pulchritudinis. Camino de evangelización y de diálogo*, Madrid, 2008, p. 16

16 *Confesiones* X, 27.

17 Marcos 16, 15.

también «os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros»<sup>18</sup>. Esta belleza se percibe también en la creación, en la liturgia y, cómo no, en el arte.

Respecto a la fuerza de la liturgia podemos recordar aquí el testimonio del poeta y dramaturgo francés Paul Claudel cuando narra su conversión durante la entonación del Magníficat en las vísperas de la noche de Navidad, en la catedral de Nôtre-Dame de París: «Fue entonces cuando se produjo el acontecimiento que domina toda mi vida. De repente, mi corazón se sintió tocado y creí».

En el ámbito de las imágenes artísticas, la experiencia de Santa Teresa de Jesús en la Cuaresma de 1554: «Acaecióme que entrando un día en el oratorio, vi una imagen que había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle»<sup>19</sup>.

Y en el campo musical, cómo no evocar la conversión del filósofo Manuel García Morente escuchando el oratorio «La infancia de Cristo», de Héctor Berlioz.

## II. El arte cristiano, instrumento de Evangelización y de catequesis

El Pontificio Consejo de la Cultura, en el documento citado, ha afirmado rotundamente que «cuando una obra de arte inspirada por la fe se ofrece al público, en el marco de su función religiosa, se revela como una «vía», un «camino de evangelización y de diálogo», que ofrece la posibilidad de gozar del patrimonio vivo del cristianismo y, al mismo tiempo, de la fe cristiana. Releer las obras de arte cristiano, grandes o pequeñas, artísticas o musicales, y situarlas en su contexto, ahondado en sus lazos vitales con la Iglesia, en particular con la liturgia, significa hacer «hablar» de nuevo a tales obras, permitiéndole transmitir el mensaje que inspiró su creación. Las obras maestras inspiradas por la fe son auténticas «biblias para los pobres», «escalas de Jacob», que elevan el alma hasta el autor de toda belleza»<sup>20</sup>.

18 Juan 13, 34.

19 Libro de la Vida 9, 1.

20 Pontificio Consejo de la Cultura, *Via pulchritudinis. Camino de evangelización y de diálogo*, III, 2c.

Las obras de arte (arquitectura, artes plásticas, artes aplicadas, literatura, música y canto, cine, teatro, etc.) poseen un poder de comunicación enorme, pues tienen la capacidad de evocar lo inefable del misterio de Dios y comunicar de manera intuitiva la experiencia de la fe, del encuentro con Dios en Cristo; no son la belleza, pero sí su expresión; son símbolos que remite a la realidad representada, y que ayudan a avanzar por el camino que revela la identidad del hombre, así como el origen y la meta de nuestro camino terreno.

Hemos de destacar aquí el valor evangelizador de las imágenes, pues son estas las que, en el ámbito de las manifestaciones artísticas, expresan de modo privilegiado el mensaje salvífico que Dios ha ofrecido en Cristo para todos los hombres.

Como afirma el *Catecismo*, «la Encarnación del Hijo de Dios inauguró una nueva “economía” de las imágenes»<sup>21</sup>, y «la iconografía cristiana transcribe mediante la imagen el mensaje evangélico que la Sagrada Escritura transmite mediante la palabra. Imagen y Palabra se esclarecen mutuamente»<sup>22</sup>.

Así es. Los Santos Padres encontraron en el misterio de Cristo, Verbo encarnado, «imagen de Dios invisible»<sup>23</sup>, el fundamento del culto que se rinde a las imágenes sagradas.

En el contexto histórico de la controversia iconoclasta, el II Concilio de Nicea (787), en su sesión séptima, legitimó la fabricación de imágenes de Cristo, la Virgen y los santos; afirmó su función como objetos que impulsan la memoria, el deseo de imitación y la veneración en los fieles, y concluyó que pueden recibir culto, esto es, muestras de honor y de veneración, ya que la honra dada a la imagen pasa al prototipo representado.

Posteriormente, el Concilio de Trento (1563) aprobó un decreto sobre las imágenes, afirmando en síntesis lo siguiente:

1. Su legitimidad: Las imágenes de Cristo, la Virgen y los santos se han de tener y conservar, especialmente en los templos.
2. Su veneración: Las imágenes pueden recibir honor y veneración, pues el honor que se les tributa se refiere a los originales que ellas representan (adoración a Cristo y veneración a los santos).
3. Su finalidad: Las imágenes cumplen tres fines:

21 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1159.

22 *Ibidem*, n. 1160.

23 Colosenses 1, 15.

- Enseñar: Las imágenes enseñan a los fieles la historia de los misterios de la redención (carácter didáctico).
- Recordar: Las imágenes recuerdan al pueblo los beneficios y dones que le ha sido concedidos por Cristo (carácter de memoria).
- Edificar: Las imágenes son saludables ejemplos que mueven a la imitación; a dar gracias, adorar y amar a Dios, y a cultivar la piedad (carácter moral o de ejemplaridad).

Alerta, además, sobre la prevención de los abusos, advirtiendo que las imágenes no deben exponer falso dogma ni ser ocasión de error para la gente sencilla; que no se pueden adornar con belleza provocativa, y que se debe explicar a los indoctos que las representaciones de la Sagrada Escritura no son una visualización real de la divinidad.

Y otorga un papel destacado a los obispos, quienes deben vigilar con cuidado y diligencia por el orden, la convivencia, la no profanidad y la honestidad de las imágenes; no permitiendo exponer ninguna insólita sin autorización.

Finalmente, el Concilio Vaticano II, recogiendo la doctrina conciliar anterior, también ha hecho referencia a las imágenes en estos términos: *«Manténgase firmemente la práctica de exponer imágenes sagradas a la veneración de los fieles, con todo, que sean pocas en número y guarden entre ellas el debido orden, a fin de que no causen extrañeza al pueblo cristiano ni favorezcan una devoción menos recta»*<sup>24</sup>.

### III. Evangelizar en el Camino de Santiago

Son múltiples los motivos que animan a numerosas personas a recorrer el Camino de Santiago y a visitar la tumba del apóstol: disfrutar de la belleza del paisaje, adentrarse en un itinerario secular lleno de hermosas tradiciones, compartir con otros los mismos intereses, experimentar la hospitalidad y el trato con las gentes, adquirir conocimientos culturales, etc. En esto mismo ahondaba el papa Benedicto XVI aquí, en Santiago de Compostela: *«El cansancio del andar, la variedad de paisajes, el encuentro con personas de otra nacionalidad, los abren a lo más profundo y común que nos une a los humanos: seres en búsqueda, seres necesitados de verdad y de belleza, de una experiencia de gracia, de caridad y de paz, de perdón y de redención»*<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Sacrosanctum Concilium*, n. 125.

<sup>25</sup> Homilía de la misa celebrada en la Plaza del Obradoiro, el 6 de noviembre de 2010.



Pero sin duda alguna, el Camino propicia y favorece el proceso interior que lleva a la profundización de la fe, a la siempre necesaria conversión, a la experiencia de la universalidad de la fe católica, etc. Porque el Camino no es sólo un itinerario cultural y turístico, sino sobre todo y primordialmente un recorrido de fe, inmerso en la tradición eclesial.

A pesar de la variedad de motivaciones, no debemos rechazar ninguna de ellas; antes al contrario, debemos aprovecharlas para que la comunidad creyente dé razón de su fe y de su esperanza a todo aquel que visite un lugar de culto enclavado en alguno de los caminos jacobeos. Es nuestra responsabilidad y nuestra oportunidad. No salimos a buscarlos, pero sí debemos salir a su encuentro para recibirlos. La particular receptividad de los peregrinos que vienen al Camino, con su búsqueda de razones y esperanzas, y abiertos a vivencias, experiencias, sensaciones, impresiones, sentimientos..., duraderos y dignos de ser recordados, es una ocasión privilegiada para ser evangelizados. No imponiendo lo que creemos, somos, hacemos y esperamos, con ánimo proselitista, sino ofreciendo la buena nueva de la salvación con el estilo propio de nuestra vida y con las manifestaciones artísticas más notables o más simples que nuestra fe ha generado y que bien merece darlas a conocer.

Flaco servicio haríamos a los peregrinos si sólo les ofreciésemos datos geográficos, culturales, turísticos, tradicionales, folkloristas, gastronómicos, etc. Flaco servicio haríamos al importante y variado patrimonio religioso-cultural de la Iglesia si lo desproveemos del mensaje de fe que contiene por su origen, su naturaleza, su función y su simbolismo; de la fe que lo creó, lo mantuvo, le da sentido y lo sigue utilizando para beneficio de la comunidad eclesial. Puesto que la evangelización supone el amor al hombre, a todo hombre, a cada hombre, también podemos ejercer la caridad pastoral cuando a través de los bienes culturales de la Iglesia conducimos al hombre hacia el conocimiento, el amor y el servicio a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida del mundo.

Presento ahora a oyentes y lectores una serie de propuestas u orientaciones pastorales, en orden a utilizar el abundante y rico patrimonio religioso-cultural de la Iglesia como un instrumento eficaz de evangelización, de catequesis y de diálogo con el hombre de hoy<sup>26</sup>, y aplicables a la realidad compleja del Camino de Santiago y a otras realidades eclesiales:

26 Algunas de ellas se pueden ver citadas en Pontificio Consejo de la Cultura, *Para una pastoral de la cultura*, n. 37.

## 1. Sensibilizar a toda la comunidad eclesial de la capacidad expresiva y evangelizadora del arte cristiano

Todos los miembros de la Iglesia han de ser conscientes de que el arte cristiano es la mediación plástica de nuestra fe, y que en él nos reconocemos, pues expresa de forma privilegiada lo que somos, lo que creemos, lo que celebramos, lo que vivimos y lo que esperamos.

Por ello, la sensibilidad hacia el arte cristiano no es privativa de unos pocos, de aquellos que muestran una cierta inclinación o una determinada capacitación, manifestada en el goce que sienten en su contemplación o gestión. Todo el Pueblo de Dios debe estar implicada en ella: clero, seminaristas<sup>27</sup>, religiosos/as<sup>28</sup>, agentes pastorales, catequistas, profesores de religión, padres, etc.

Para que esta sensibilización alcance a todos, hemos de establecer o de recuperar la enseñanza y los estudios del arte cristiano, de su historia y de mensaje, en todos los procesos educativos, formativos y catequéticos, manteniendo como principio rector la unidad de la perspectiva científica y la visión de fe.

Por experiencia propia, considero que es muy aconsejable que se ofrezcan explicaciones y se realicen actividades (excursiones, visitas, charlas, manualidades, etc.) con niños, adolescentes y jóvenes en torno a determinadas iglesias, especialmente a aquellas a las que están vinculados por la vivencia de su fe, pues es un modo de educarlos paulatinamente en la belleza y en la valoración del patrimonio religioso-cultural de la Iglesia, el mismo que hemos heredado y que a la vez hemos de transmitir en condiciones óptimas a las próximas generaciones como manifestaciones privilegiadas de nuestra fe.

## 2. Introducir o mantener el lenguaje simbólico y el recurso a la belleza del arte cristiano

El lenguaje simbólico, cuando está repleto de ejemplos, de comparaciones, de alegorías, etc., es enormemente sugerente. Abre las puertas de la mente, del corazón, del espíritu a la gran variedad de matices que contiene el mensaje cristiano. Y en modo alguno contradice el lenguaje más racional, intelectual, codificado, académico, etc., sino que lo com-

27 Pontificia Comisión para la conservación del Patrimonio artístico e histórico, *Carta circular sobre la formación de los futuros presbíteros en el cuidado de los bienes culturales de la Iglesia* (15 de octubre de 1992).

28 Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia, *Carta circular sobre los Bienes Culturales de los Institutos religiosos* (10 de abril de 1994).

plementa. Por esta razón, el lenguaje doctrinal con que tantas veces se formulan los contenidos de nuestra fe necesita ser complementado con el lenguaje simbólico, no menos importante y a la vez tan vinculado al lenguaje artístico y tan apropiado para la contemplación y el disfrute de las obras artísticas.

Es necesario, pues que este lenguaje, algo olvidado en Occidente, impregne nuestras tareas eclesiales, especialmente en la evangelización y la transmisión de la fe, y así se perciba más eficazmente la grandeza y la belleza del Misterio cristiano.

Del mismo modo, así como recurrimos frecuentemente a las hermosas imágenes de la Naturaleza (un paisaje montañoso, el horizonte del mar, un amanecer o un ocaso, etc.) para hablar de Dios, esto es, de remitirnos al Creador a través de la belleza de sus criaturas, también podemos y debemos, para comunicar la grandeza y la belleza de Dios y del hombre, recurrir al arte cristiano, en el que confluyen la lumbre del ingenio humano, la nobleza de los materiales y el encanto de las formas, y que históricamente ha ayudado espontáneamente a que lugares y objetos, además de su función específica, contuviesen la armonía y la belleza requeridas por su propia naturaleza y destino.

### 3. Formar guías personales cualificados

Hemos de hacer una profunda reflexión sobre las explicaciones que hacemos de los edificios eclesiales y de las obras artísticas que contienen, con el fin de mejorar la transmisión de su mensaje de fe.

La experiencia nos muestra que a veces se ofrecen explicaciones melifluas, adocenadas, superficiales, pueriles, e incluso ficticias y fantásticas, que apenas soportan un mínimo juicio crítico de nuestra razón. Cómo no recordar aquí el poema de Gloria Fuertes titulado «El guía de la abadía», aunque esté referido a las reliquias: *«Y ahora, pasen al salón / vean las tres reliquias / de San Palemón; / aquí en el sacristorio / se conservan / limpias de polvo y paja / —niño, abre la caja—; / vean las tres calaveras / del santo patrón, / calavera de San Palemón niño, / calavera de San Palemón adolescente / y aquí, la calavera de San Palemón ya anciano en el martirio / —niño, sujeta el cirio—. / (Las estampitas benditas / y pasadas por sus cuencas / valen a treinta).»*

A veces también nos contentamos con exponer historias, tradiciones, leyendas, cuentos, costumbres..., a las que no se niega su riqueza y atracción para los peregrinos, pero no debemos olvidarnos de aquello que resulta nuclear en el Evangelio y en nuestra vida de fe: la perso-

na de Cristo, manifestada de múltiples maneras en las diversas formas artísticas. ¡Quiera Dios que el Camino de Santiago no se convierta en un itinerario de deslumbrados por la luminosidad de la Vía Láctea, que equiparen el sepulcro del apóstol con el monumento de Stonehenge!

Otras veces se ofrecen meditaciones pseudo-espirituales, que no son más que sucedáneos insípidos e intrascendentes del mensaje de fe. En modo alguno debemos de cambiar lo nuclear, lo esencial, lo fundamental, por lo secundario y accesorio.

Finalmente, en ocasiones las explicaciones quedan reducidas al aspecto estético o formal y van dirigidas sólo a la búsqueda de la emoción sensible por medio de la contemplación de las obras comentadas. Se ofrecen datos histórico-artísticos, como el estilo, la época, el autor, el material, la técnica, o hacemos un análisis de las formas, pero, ¿dónde queda su significado espiritual?

Tengamos claro que una mera contemplación estética de las obras, sus materiales nobles y su formas artísticas, que ignore el motivo que las originó, la función que las sustenta y el simbolismo que contienen sería insuficiente para comprender globalmente su significado. De otro modo, la percepción más simplista llevaría a ver en estos objetos únicamente ejemplos de ostentación, suntuosidad y fastuosidad, cualidades que están bien lejos de la percepción que la propia comunidad que los generó tiene de ellos. Por esta razón se hace imprescindible aproximarnos a las obras intentando responder satisfactoriamente a las cuestiones más básicas: ¿qué son?, ¿cómo surgieron?, ¿para qué sirven?, pero también a otra fundamental: ¿qué mensajes contienen? Sólo así podremos comprender su naturaleza y su sentido.

Y para poder ser recibida y comprendida, la obra de arte cristiano se ha de leer a la luz de la Biblia y de los textos fundamentales de la Tradición eclesial. Los comentarios deben ajustarse a la verdad de la fe, deben estar enraizados en la Palabra de Dios y en la tradición viva de la iglesia, en la celebración y vivencia de la fe, etc., conscientes de su potencia y virtualidad testimonial y transformadora. Y esto no se hace sin un bagaje teológico, eclesiológico, patrístico, litúrgico, pastoral, etc.

Es, pues, necesario preparar y crear grupos de guías personales cualificados que conozcan en profundidad el arte de inspiración cristiana y puedan realizar un servicio cultural de calidad, animado por el testimonio de la fe. A veces pienso que la labor de un guía personal cualificado es similar a la realizada por Felipe con el eunuco etíope: «¿Entiendes lo que vas leyendo? El contestó: «¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?» Felipe, entonces, partiendo de este texto de la

*Escritura, se puso a anunciarle la Buena Nueva de Jesús el eunuco siguió gozoso su camino»<sup>29</sup>.*

Otra alternativa que se va imponiendo paulatinamente son las audioguías. Mediante un artilugio mecánico similar al terminal de un teléfono, los peregrinos y turistas acceden, en idiomas diversos, a una audición que les facilita una información predeterminada y que corresponde a un número otorgado a una obra artística, además de los saludos de bienvenida y de despedida. Con el guión informativo, que puede ser redactado o supervisado por los titulares de los bienes, se puede fijar el contenido del mensaje que se desea transmitir.

#### 4. Mantener la belleza armónica de la liturgia

En una conferencia dictada en el XXIII Congreso Eucarístico Nacional italiano, el cardenal Ratzinger refirió la existencia de una antigua leyenda acerca de los orígenes del Cristianismo en la Rus, según la cual, el príncipe Vladimiro de Kiev se decidió a adherirse a la Iglesia de Constantinopla tras haber escuchado a los emisarios que había mandado a aquella ciudad, donde habían asistido a una solemne liturgia en la basílica de Santa Sofía, y que le habían dicho: «*No sabemos si estábamos en el cielo o en la tierra Allí experimentamos que Dios habita entre los hombres*».

Resulta evidente que la liturgia, traducida en gestos, símbolos, palabras, imágenes y melodías, alcanza el corazón y el espíritu, y despiertan el encanto y el deseo de encontrarse con el Señor resucitado. Por eso, la liturgia está relacionada con la belleza y el arte cristiano, incluso puede ser considerada como un arte<sup>30</sup> (el arte de celebrar), a la vez que el arte cristiano está vinculado estrechamente a la liturgia.

Por tanto, teniendo en cuenta la gravedad de nuestra responsabilidad, debemos siempre mejorar la expresión litúrgica, que conduce a una mejor y mayor percepción del Misterio de la fe, y rechazar la superficialidad, la banalidad o la negligencia. Y a la vez debemos buscar que todos los espacios y elementos que forman parte integrante del ámbito celebrativo estén en perfecta consonancia con la liturgia.

29 Cf. Hechos de los Apóstoles 8, 26-39.

30 P. Miquel, OSB, Abad de Ligugé, *La liturgia, una obra de arte. La obra de Dios celebrada por su Pueblo*, Zamora, 1996, pp. 93-100; L. Maldonado, *Liturgia, arte, belleza. Teología y estética*, Sevilla, 2002, pp. 81-154, y P. Marini, *Liturgia y belleza. Nobilis pulchritudo*, Bilbao, 2006, pp. 46-48 y 67-68.

5. Procurar que la belleza impregne los edificios eclesiales y los elementos en ellos integrados

Con esta propuesta se pretende que los edificios de culto y los elementos u objetos que albergan sean un reflejo de la belleza del Misterio de la fe que la comunidad eclesial confiesa, ora y celebra en su ámbito.

En la segunda mitad del siglo XX se han construido iglesias paradigmáticas por la belleza de sus formas. También se han edificado templos exclusivamente funcionales, incluso de usos polivalentes, y excesivamente sobrios..., pareciendo más naves industriales que otra cosa. Incluso se han llegado a consagrar superficies situadas en los bajos de edificios de viviendas, propias más bien de recintos comerciales. Ciertamente es que la importancia reside en la asamblea cristiana que celebra, pero no es menos cierto que el lugar que la contiene ha de ser conforme a la realidad que acoge. Por eso, las iglesias deben ser lugares abiertos y acogedores, donde impere la luz, la armonía, la limpieza, el orden, la buena acústica, etc.

Hace tiempo también se puso de moda colocar en algunas iglesias paneles y cartelas ofreciendo información sobre las obras artísticas que éstas contienen. Esto tiene el peligro de convertir las iglesias y otros lugares de culto en pseudo-museos o en pseudo-oficinas turísticas. Se trata de un peligro muy sutil, pero real: *«si sustituimos la fe por el amor al arte, poco importa que un museo reconstruya una capilla de la catedral, puesto que previamente hemos convertido nuestras Catedrales en museos»*, decía André Malraux<sup>31</sup>. Por eso, creo que son preferibles, como alternativa, los folletos explicativos u otros medios similares.

Recuerdo aquí el texto de Procopio de Cesarea, al describir la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla: *«la iglesia acabó siendo un espectáculo hermosísimo, una maravilla para los ojos que podían contemplarla, y completamente increíble para los que la conocían de oídas es de una elegancia máxima está inundada de luz y de esplendor solar; de tal modo que dirías que no es un lugar iluminado por el sol, sino que en ella misma se engendra la luz. ¡Tan dotado está de luminosidad este templo!»*. Y este otro de Pablo el Silencioso: *«en cuanto uno pone los pies en su interior, ya no puede volverse atrás, sino que el placer de la contemplación le obliga a alzar su cabeza y dirigirla a todos los lados; y se olvida de toda satisfacción que pudiera halla fuera»*<sup>32</sup>.

31 A. MALRAUX, *Les voix du silence*, NRF, 1951, p. 63.

32 Para ambos textos, cf. J. Plazaola, *Historia y sentido del arte cristiano*, Madrid, 1996, pp. 170-171.

A este respecto debemos tener en cuenta los documentos postconciliares, ya destinados a la Iglesia Universal ya generados por la Conferencia Episcopal Española, al tratar de las iglesias<sup>33</sup>. Éstos hablan de Cristo, quien, a través de su Misterio Pascual, se ha convertido en el verdadero y perfecto templo de la Nueva Alianza y ha reunido al pueblo adquirido por Dios, así como de los fieles, templos del Dios vivo y piedras vivas reunidas para la edificación de la Iglesia como edificio espiritual.

Por extensión, la iglesia es el edificio en el cual la comunidad cristiana se reúne para edificarse a sí misma mediante la escucha de la Palabra de Dios, la oración comunitaria, la recepción de los sacramentos y la celebración de la Eucaristía. Respecto a su significación, también se llama «Casa de Dios» por ser morada de Dios con los hombres, es decir, signo de la permanencia de Dios entre los hombres.

Los documentos destacan la multiplicidad de simbolismos del edificio eclesial: es signo espiritual de la Iglesia viva, formada por la comunión de sus miembros, a cuya edificación y dilatación están destinados los fieles por su vocación cristiana; es signo de la Iglesia que peregrina en la tierra, y finalmente es signo y símbolo de las realidades celestiales, imagen que anuncia la Iglesia celeste.

A este simbolismo eclesiológico del edificio eclesial se reconoce también su carácter antropológico: el espacio celebrativo está impregnado de la experiencia mística del hombre, por eso la arquitectura y la ornamentación del edificio eclesial traducen la vivencia de la fe y del sentido religioso; y su carácter histórico: el espacio celebrativo ha sido organizado y distribuido en cada época de acuerdo con las necesidades litúrgicas y espirituales de la Iglesia.

Respecto a la disposición general de los edificios, se destaca que la iglesia debe ser adecuada para el correcto desarrollo de las acciones litúrgicas, los ejercicios piadosos y la oración individual, y debe facilitar la participación activa de los fieles.

La renovación litúrgica ha otorgado la primacía a las personas sobre los objetos. Por eso, el edificio eclesial está al servicio de la asamblea y

33 Instrucción general *Inter Oecumenici*, n. 90; Instrucción *Eucharisticum mysterium*, nn. 24 y 51; *Ordenación General del Misal Romano*, nn. 253, 255, 257 y 279-280; *Ritual de la dedicación de iglesias*, cap. I, nn. 1-4, 16, 22 y 25; *Código de Derecho Canónico*, nn. 1214-1222; *Ceremonial de los obispos*, nn. 38, 840 y 864-865; *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1179-1181, 1185 y 2691; Directorio litúrgico-pastoral sobre *Ambientación y arte en el lugar de la celebración*, nn. 4-5, 9-10 y 24, y Carta sobre los conciertos en las iglesias, n. 5.

también de cada uno de los fieles. La funcionalidad comunitaria (adecuación al desarrollo de la celebración y consecución de la participación activa de los fieles) es primordial, pero también se tiene en cuenta a cada fiel (debe permitir la plegaria y la devoción).

De este principio general derivan otros principios prácticos:

- La iglesia debe ser proporcionada a las necesidades de cada comunidad.

- La iglesia debe disponerse a imagen de la asamblea celebrante. La unidad espacial debe reflejar la unidad íntima y coherente de todo el pueblo de Dios. Pero este pueblo está jerárquicamente ordenado, de modo que el espacio litúrgico o celebrativo debe expresar también la diversidad de ministerios y de acciones. Se debe buscar, pues, el proporcionado orden de todas las partes para favorecer el perfecto orden de todas las funciones. Es fundamental la unidad y la armónica diversidad.

- La iglesia debe producir buena impresión en términos de acogida, calor humano y sensibilidad, teniendo en cuenta no sólo el aspecto comunitario de la asamblea sino también la individualidad de cada fiel y de cada visitante.

- Respecto a sus características estéticas, la iglesia debe buscar la belleza por medio de la sencillez, la dignidad, el decoro, la autenticidad, la limpieza, la decencia..., desechando la suntuosidad, la ostentación, la mediocridad, la falsedad, la depravación de las formas... Esto conlleva la exclusión de las obras que repugnan a la fe y ofenden el sentido religioso y que no están en consonancia con la santidad del lugar.

- La misma naturaleza del edificio requiere cuidar la amplitud, la disposición de los asientos de los fieles, la visibilidad, la iluminación y la acústica.

Desde el punto de vista jurídico, la iglesia también es definida, además de como lugar en el cual se congrega el pueblo de Dios, como lugar sagrado (separado), destinado permanentemente al culto divino, al que los fieles tienen derecho a entrar para la celebración. También como lugar en el que se celebra la Eucaristía y se guarda el Santísimo, de ahí que su disposición deba favorecer el recogimiento, la oración silenciosa individual y la adoración de la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento.

La iglesia catedral tiene una naturaleza y significación peculiares<sup>34</sup>. Es aquella en la cual el obispo tiene situada su cátedra, signo de su magisterio, de su potestad de pastor de la Iglesia particular (diócesis) y de

34 *Ceremonial de los obispos*, nn. 42-46.



la unidad de los creyentes. En ella, el obispo preside la liturgia en los días más solemnes. Es, además, signo de la comunidad diocesana, por ello se debe inculcar a los fieles el amor y la veneración por ella. Y, dado que es el centro de la vida litúrgica de la diócesis, tiene un carácter de ejemplaridad con respecto al resto de las iglesias.

## 6. Disponer armónicamente la mesa de altar, el ambón y la sede en el espacio celebrativo

### *La mesa de altar*

En los documentos postconciliares<sup>35</sup>, la definición de altar viene dada por su función específica. Se alude a diversos aspectos:

- Bíblico: El altar conecta con los textos neotestamentarios, que narran la institución de la Eucaristía.
- Cristológico: Cristo es el sacerdote, la víctima y el altar. De ahí que el altar sea el ara peculiar en la cual el sacrificio de la cruz se perpetúa sacramentalmente para siempre hasta la venida de Cristo.
- Eclesiológico: Los fieles son altares espirituales, piedras vivas con las que Cristo edifica el altar de la Iglesia. Destaca el aspecto comunitario, según el cual, el altar es la mesa junto a la que los hijos de la Iglesia se reúnen para dar gracias a Dios y recibir el cuerpo y la sangre de Cristo.
- Litúrgico: El altar es el centro de la acción de gracias que se realiza en la Eucaristía, el lugar en que se actualiza el memorial de la Cena del Señor y a cuyo rededor giran de un modo u otro las demás acciones litúrgicas.

Así pues, en síntesis, el altar es: el ara del sacrificio, la mesa del banquete pascual y el centro de la acción eucarística.

Respecto a su significación, el altar es un signo del mismo Cristo. Así lo evocan los ritos de la unción, incensación, revestimiento e iluminación en la dedicación de un altar, pues Cristo es el Ungido, su sacrificio y las oraciones de los fieles suben hasta Dios, su cuerpo y su sangre se

35 Instrucción general *Inter Oecumenici*, nn. 91 y 93-94; *Carta para promover la reforma litúrgica*, n. 6; Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 24; *Ordenación General del Misal Romano*, nn. 79 y 259-270; *Ritual de la dedicación de altares*, cap. VI, nn. 2-11, 22-23 y 30; *Código de Derecho Canónico*, nn. 932, 1235-1237 y 1239; *Ceremonial de los obispos*, nn. 48, 236, 252, 397, 866, 918-922 y 972-974; *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1182-1183; Directorio litúrgico-pastoral sobre *La celebración de la Misa*, n. 65, y Directorio litúrgico-pastoral sobre *Ambientación y arte en el lugar de la celebración*, nn. 12-13 y 24.

ofrecen como alimento en la mesa del banquete, y Él es la luz para la Iglesia y la humanidad. Por otro lado, su unicidad expresa que uno solo es nuestro Salvador Jesucristo y única es la Eucaristía de la Iglesia.

Finalmente, se dice que hay dos tipos de altares, fijo y móvil, debiendo haber uno fijo y dedicado en cada iglesia. Tiene un uso reservado, por lo que sobre él no deben colocarse imágenes ni reliquias. En cuanto al número, se destaca su unicidad significativa, aunque pueden existir otros, pero fuera del cuerpo de la nave, en la capilla del Santísimo o en capillas laterales. Respecto a su ubicación, ocupará un lugar tan importante que sea realmente el centro —psicológico, no geométrico— hacia el que espontáneamente converja la atención de toda la asamblea de los fieles, y estará separado del muro, con el fin de que pueda ser rodeado fácilmente y se pueda celebrar de cara al pueblo.

El altar fijo estará construido preferentemente en piedra natural, aunque también puede realizarse en madera natural o cemento<sup>36</sup>, y debe ser de lo más noble y hermoso que la comunidad pueda aportar.

Se continúa con la inveterada tradición de la liturgia romana de colocar debajo del altar fijo reliquias de mártires o de otros santos, teniendo en cuenta su tamaño (que no sean partículas) y su autenticidad, con lo que significa que el sacrificio de los miembros tuvo principio en el sacrificio de la Cabeza, que es Cristo.

Y finalmente, el altar debe estar cubierto con un mantel y sobre él o próximo a él se colocarán la cruz, los candeleros y, si no se lleva en la procesión de entrada, el Evangelionario, buscando la armónica unidad y no impida a los fieles ver fácilmente lo que se hace o se coloca sobre el altar. Asimismo, se adornará festivamente, excepto en Cuaresma y en las celebraciones de difuntos especialmente.

### *El ambón*

El ambón<sup>37</sup> es el lugar reservado para el anuncio de la palabra de Dios, hacia el que, durante la liturgia de la palabra, se vuelva espontáneamente la atención de los fieles. La documentación utiliza esta misma

36 Segundo decreto de aplicación de la Conferencia Episcopal Española, n. 8.

37 Instrucción general *Inter Oecumenici*, n. 96; *Ordenación General del Misal Romano*, nn. 97 y 272; *Leccionario de la Misa*, nn. 16, 26, 32-34; *Bendicional*, n. 1002; *Ceremonial de los obispos*, n. 51; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1184; Orientaciones sobre el ministerio de la homilía *Partir el pan de la palabra*, n. 28; Directorio litúrgico-pastoral sobre *La celebración de la Misa*, n. 38, y Directorio litúrgico-pastoral sobre *Ambientación y arte en el lugar de la celebración*, n. 15.

expresión al referirse a la mesa de altar, ya que en la misa se ofrece una doble mesa: la palabra de Dios y el cuerpo de Cristo.

Su función es exclusiva: desde él se pronuncian las lecturas, el salmo responsorial y el pregón pascual, y, opcionalmente, la homilía —por su conexión con la palabra de Dios— y la oración universal.

El ambón ha de tener las siguientes características: que sea un lugar elevado y fijo, que permita la visión, audición y atención de la asamblea; que sea estable, amplio, bien iluminado, dotado de micrófono si es necesario, sobriamente adornado (paño y flores); que sea noble, destacado por su dignidad, estéticamente elaborado y adecuado a su función; y que guarde proporción y armonía con respecto a la mesa de altar.

### *La sede*

La sede<sup>38</sup> es el lugar permanente de la presidencia litúrgica. Y signo del ministerio del celebrante principal que, formando parte de la asamblea, hace las veces de Cristo presidiéndola, dirigiendo la plegaria y actualizando el anuncio de la salvación; asimismo, del carácter presidencial y jerárquico del ministerio de la predicación litúrgica (por eso se puede hacer la homilía en ella).

La sede para el celebrante y los ministros ha de tener las siguientes características: ocupará un lugar preeminente, al fondo del presbiterio y de cara al pueblo; será bien visible a los fieles y facilitará la comunicación entre el presidente y la asamblea; se evitará la forma de trono y la sensación de dominio o de excesiva distancia, y facilitará que el celebrante aparezca como presidente de toda la comunidad y director de la oración.

En resumen, pues, la mesa de altar, el ambón y la sede deben ser dispuestos, utilizados, honrados y adornados conforme a su función y a su significación, lo que redundará en su capacidad expresiva del Misterio de Cristo y de la Iglesia.

Para otros espacios y objetos como la capilla del Santísimo, el baptisterio, la sede penitencial, la sacristía, la puerta, el campanario, el sagrario, los vasos y objetos sagrados, los libros litúrgicos, los instrumentos musicales, etc., remito a los documentos citados.

38 Instrucción general *Inter Oecumenici*, n. 92; *Ordenación General del Misal Romano*, n. 271; *Libro de la sede*, nn. 1-2; *Bendicional*, n. 982; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1184; Directorio litúrgico-pastoral sobre *La celebración de la Misa*, n. 3, y Directorio litúrgico-pastoral sobre *Ambientación y arte en el lugar de la celebración*, n. 14.

## 7. Considerar la importancia de las imágenes y de las vestiduras litúrgicas

Los documentos postconciliares<sup>39</sup> han abundado en el tema del uso de las imágenes y de los ornamentos en el ámbito celebrativo y en el desarrollo de las celebraciones litúrgicas. Sus aportaciones respecto a las imágenes pueden ser resumidas en los siguientes puntos: forman parte de la armonía de los signos de la celebración; su función principal no es procurar el deleite estético, sino introducir en el Misterio y transmitir un mensaje espiritual; traen a la memoria el recuerdo de Jesucristo y de los santos que representan, y vienen a ser un «*resplandor de aquella belleza que procede de Dios y a Dios conduce*»<sup>40</sup>.

Asimismo, solicitan velar por su verdad, jerarquía, dignidad, belleza y calidad, por lo que han de ajustarse a los siguientes criterios: exponerlas en número moderado (no debe haber más de una del mismo santo); disponerlas según el orden debido (principio de jerarquía); que no distraigan a los fieles en la celebración; que no causen extrañeza al pueblo cristiano; que favorezcan la auténtica piedad y devoción de toda la comunidad, y que no sean reproducciones decadentes.

Entre las imágenes, ocupa un lugar destacado la cruz y el Crucificado, símbolo de todo el misterio pascual. Se mencionan también el Nacimiento o Belén y el Vía Crucis. Y la documentación destaca también la integración de los retablos como ambientación general del templo o de una nave. Y pide retirar, con prudencia y tacto, las imágenes mediocres o producidas en serie, aunque pueden ser expuestas circunstancialmente.

Respecto a las imágenes seriadas industrialmente, tan populares, deseo recordar la célebre frase de André Malroux: «*El gran arte cristiano no ha muerto por el ahogamiento de todas las formas posibles; ha muerto por la transformación de la fe en piedad*»<sup>41</sup>. Y otras dos citas, algo extensas y quizás controvertidas, pero que nos deberían llevar a una seria reflexión. Una de Paul Claudel, contenida en la carta dirigida a A. Cingria en 1919: «*De este eclipse total, no solamente del talento y del gusto, sino de la dignidad y de la verdadera piedad, ¿cuál es la causa? Estudiemos*

39 *Carta para promover la reforma litúrgica*, n. 8; *Ordenación General del Misal Romano*, n. 278; *Ritual de la coronación de una imagen de santa María Virgen*, nn. 1-7; *Código de Derecho Canónico*, nn. 1186-1190; *Bendicional*, nn. 1066-1068, 1091-1092 y 1243-1244; *Ceremonial de los Obispos*, nn. 1011, 1033-1035; *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 476-477, 1159-1162; *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*, nn. 18 y 238-244, y *Directorio litúrgico-pastoral sobre Ambientación y arte en el lugar de la celebración*, n. 22.

40 Feliz expresión contenida en el *Bendicional*, n. 1092.

41 A. Malraux, *Les voix du silence*, NRF, 1951, p. 601.

primero el síntoma más repugnante. Es una especie de diabetes moral que yo llamaría el gusto por lo insípido ¿Cuáles son las causas profundas de una situación tan lamentable? Hay una, que es fácil de discernir inmediatamente. Es el arte industrial. Es mucho más fácil trabajar en lo convencional que en lo original. Es mucho más económico reproducir que crear. La causa más profunda es que, desde hace siglos, la idea motriz del arte religioso no es honrar a Dios e ilustrar la fe, sino agradar nuestras potencias superficiales del sentimiento. ¿Cómo explicar si no que en un siglo que ha contado con tan grandes artistas no se dirigiera a ellos la autoridad eclesiástica, sino a marmolistas de cementerios y de lavabos, proveedores de simulacros deshuesados?»<sup>42</sup>. Y otra de Louis Réau (1881-1961), catedrático de Historia del Arte de la Sorbona de París desde 1938, y destacado enciclopedista, que dedicó los últimos años de su vida a redactar su *Iconografía del Arte Cristiano*: «Nunca el arte sacro cayó tan bajo como en el último siglo. El vicio esencial de la pintura y, todavía más, de la escultura religiosa moderna radica en que la fabricación industrial y estandarizada sustituyó al esfuerzo personal de creación artística. Hoy en día en las catedrales más grandiosas, así como en las más humildes iglesias de aldea, el fiel es acogido por el mismo Sagrado Corazón de Jesús, las mismas Vírgenes de Lourdes y un San Antonio de Padua cuyo principal atributo es un tronco de doble ranura: un buzón para las súplicas y una alcancía para las ofrendas. Esta pacotilla de bazar, de una banalidad obsesiva, hace apreciar la desangelada desnudez de los templos protestantes donde, al menos, nada choca al gusto. Se ve demasiado bien la razón inconfesable de esta invasión de fealdad: una estatua original en piedra o mármol cuesta bastante más que una escayola coloreada de la que se hacen miles de ejemplares; las horrorosas vidrieras son generalmente ofrecidas gratis por los parroquianos, pero el bajo precio no es una excusa y resulta indecente llenar la casa de Dios de piadosas baratijas que nadie querría en su propia casa. El peligro reside en que esta vulgaridad provoca no sólo la repulsa instintiva de todas las gentes de gusto un poco exigente, sino también una desafección de los artistas hacia los temas religiosos. Reconocido el mal, habría que encontrar un remedio. Por desgracia, salvo muy raras excepciones, el clero no hace nada para reaccionar contra esta decadencia sin igual del arte sacro. O se comporta como si no le afectara o se excusa diciendo que una iglesia no es un museo y que las imágenes vulgares en escayola pintada del Sagrado Corazón o de la Virgen de Lourdes atraen más oraciones y ofrendas que las auténticas obras de arte. Habría

42 Citada por P. Miquel, OSB, Abad de Ligugé, *La liturgia, una obra de arte. La obra de Dios celebrada por su Pueblo*, Zamora, 1996, pp. 178-179.

que tener la valentía de desalentar ciertas liberalidades y saber rechazar, llegado el caso, los regalos de los devotos dona ferentes...»<sup>43</sup>.

De ello se deduce la necesidad, tantas veces demandada, de llevar a cabo un nuevo diálogo, sincero y fecundo, con los artistas contemporáneos, con el fin de renovar la iconografía cristiana y las obras artísticas de las comunidades eclesiales.

Respectos a las vestiduras litúrgicas, los documentos<sup>44</sup> afirman que éstas cumplen diversas funciones: ayudan a la dignidad y al decoro de la celebración litúrgica; contribuyen al carácter sagrado y festivo de las celebraciones, y manifiestan la diversidad ministerial (alba, común para todos los ministros; casulla, para el sacerdote, sea obispo o presbítero, y dalmática para el diácono), las características del misterio de fe que se celebra y el sentido del año litúrgico (colores: blanco, negro, morado, verde, rojo y rosa). En ellas ha de buscarse la noble belleza y no la mera suntuosidad, mediante la elegancia del diseño, de la calidad del material (fibras naturales o artificiales) y de su confección, no en la abundancia de sus adornos.

## 8. Idear itinerarios destacados, y adecuar los negocios comerciales

Es muy importante que, sin obviar o relegar los lugares que forman parte de las diversas rutas jacobeanas, se ideen itinerarios con los lugares más destacados, significativos o emblemáticos de cuantos constituyen este camino espiritual y cultural denominado «Camino de Santiago». De realizar itinerarios turísticos, naturales, culturales, gastronómicos, etc. ya se encargan las administraciones autonómicas y locales motivadas por los beneficios sociales y económicos que reportan. Pero las Iglesias locales no deben abdicar de su misión evangelizadora ofreciendo el mensaje de fe que originó y ha de mantener hasta el final dicho Camino. Más aún, deben poner el máximo empeño en promover una adecuada pastoral de los edificios más frecuentados, que sería paradigmática para el resto, con el fin de que fieles, peregrinos y turistas se beneficien del mensaje del que son portadores.

43 L. Réau, *Iconografía del arte cristiano. Introducción general*, Barcelona, 2000, pp. 555-557.

44 Instrucción general *Tres abhinc annos*, n. 27; Instrucción *Eucharisticum mysterium*, n. 24; *Ordenación General del Misal Romano*, nn. 297-310; *Ritual de la sagrada comunión y el culto al misterio eucarístico fuera de la misa*, n. 92; *Código de Derecho Canónico*, n. 929; *Ceremonial de los obispos*, nn. 65-67, y Directorio litúrgico-pastoral sobre *Ambientación y arte en el lugar de la celebración*, n. 27.

Ayudaría a este fin la confección de los inventarios de bienes inmuebles y muebles de las comunidades eclesiales, lo que redundaría en el conocimiento de las obras artísticas que poseen, su conservación e integridad, y en la selección de aquellas que mejor se acomodan al mensaje que deseamos transmitir.

Como ya sabemos, los visitantes reclaman recuerdos de su paso por estos lugares: libros, tarjetas postales, carteles, vídeos, discos, etc. Estos productos comerciales ayudan económicamente, siempre de forma parcial, al mantenimiento de los edificios y al sostenimiento salarial de las personas que los atienden.

«Sería interminable la lista de «temas» que podrían desarrollarse en torno al mapa sobrenatural del país. Por ejemplo, toda la cuestión de comercialización en torno al centro sacro, desde vasos en cuyo fondo se aparece, al llenarlos de agua, la Virgen de la Fuencisla, o escobitas de Fray Escoba que puestas en el monedero hacen que nunca se agote el dinero, o Nazarenos y Macareñas en capillitas de plástico con luz y música celestial, o yemas y dulces hechos con la receta de la santa, etc.»<sup>45</sup>. Al hilo de esta cita quiero llamar la atención sobre un asunto en el que debemos renovarnos muy seriamente.

En primer lugar, debemos buscar y encontrar lugares idóneos para la obtención de los artículos de recuerdo, pues resulta lamentable comprobar que aún se mantienen tiendas dentro de los espacios celebrativos.

En segundo lugar, debemos tener sensibilidad y gusto en la selección de los productos, pues no debemos mantener la comercialización de algunos que ofenden a la sensibilidad estética de los eventuales compradores (convirtiendo las tiendas en aparentes kioscos con objetos de «todo a un euro») u otros que se ofrecen para el mantenimiento de la salud física, para la obtención de un trabajo, para la protección contra determinados males o para otros menesteres, y que resultan, cuanto menos, incoherentes con el mensaje de fe que queremos transmitir y, por ende, con la tarea evangelizadora en la que estamos empeñados. No estaría de más, pues, que se ofertasen publicaciones con fines pedagógicos, como libros, folletos, revistas especializadas, etc., al menos tanto como llaveros, magnéticos, viseras y pastilleros, por ser correctos con el recurso a la ironía.

Y finalmente, se haga lo que se haga, que no sea motivado por el excesivo afán de lucro, que en algunos casos, deplorablemente, resulta ser lo más evidente.

45 C. Pascual, *Guía sobrenatural de España*, Madrid, 1976, pp. 20-21.

## 9. Crear museos diocesanos y colecciones museográficas

Para evangelizar con el arte es necesario erigir museos<sup>46</sup> (llámense museos de la Iglesia, catedralicios, diocesanos, arciprestales u otros) y colecciones museográficas. Éstos son, por definición, instituciones eclesiales de carácter permanente, dedicadas a la conservación, custodia, valoración, estudio, exposición y difusión de algunos bienes históricos y artísticos que testimonian la fe y la creatividad de nuestros antepasados.

Las obras que se exponen suelen haber perdido su uso litúrgico, pastoral y devocional, pero aún contienen valores históricos, estéticos y espirituales dignos de ser apreciados. Algunas pueden mostrarse con criterios históricos, estilísticos o técnicos, conforme a su naturaleza, pero es más importante exponerlas de forma pedagógica, uniendo la historia y el interés por la fe, mediante un relato cronológico y sintético de la Historia de la Salvación, en el que destaquen fundamentalmente el misterio de Cristo (encarnación, vida pública y pasión-glorificación), de la figura de la Virgen María (concepción inmaculada, maternidad divina y glorificación), y de la vida y el testimonio de la Iglesia (liturgia, evangelización, servicio, santos, etc.).

La singularidad de los museos eclesiásticos y de las colecciones museográficas de titularidad eclesiástica reclama como nota específica el ofrecimiento de un mensaje de fe, a través de la historia y el arte. Los recintos no deben convertirse en un depósito donde se acumulan o almacenan obras, a veces sin orden ni concierto, de cierta importancia histórica o artística, donde el mensaje de fe queda relegado a un plano secundario.

También es interesante difundir sus fondos y su respectivo mensaje a través de los medios informáticos de que se disponga: páginas web, blogs, etc., para darles la mayor publicidad posible.

## 10. Organizar eventos culturales y artísticos

Hemos de manifestar nuestra fe a través de eventos sociales que emocionen el espíritu humano y estimulen el deseo de conocer el plan salvífico de Dios sobre los hombres, a través, por ejemplo, de congresos, jornadas, exposiciones temporales, etc.

Aquí dejo la reflexión a un lado para dar paso al testimonio elocuente de la bondad y excelencia de las exposiciones temporales mediante la

46 Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia, *Carta circular sobre la función pastoral de los museos eclesiásticos* (15 de agosto de 2001).



selección de algunas de las impresiones y opiniones escritas por visitantes a la exposición de *Passio*, organizada por la Fundación Las Edades del Hombre en 2011, y de la que fue un honor para mí ser su guionista:

*«Dichosa pasión, dulces clavos, bendito dolor, gloriosa resurrección que tanta luz y esperanza nos has dado. Gracias, Padre Dios, que tuviste el «detalle» de enviarnos a tu Hijo, para que la tristeza y aridez de nuestras vidas desembocaran en la gloria de tu amor y en la seguridad de que nos acogerás con amor y misericordia al llegar a tu regazo»* (artista pintor e ilustrador).

*«...Sin duda, la obra realizada a través de los años por esta Fundación es de una importancia capital en la difusión del mensaje de la Iglesia a través del arte»* (artista pintor).

*«Emocionado por el brillo de la fe, hecha imágenes, felicito de nuevo a “Las Edades del Hombre” por su inapreciable contribución a la evangelización de nuestra cultura moderna por medio de la belleza, en la que se refleja la del mismo Dios»* (obispo).

*«...Ha conseguido emocionarme y encontrar un momento de reflexión interior»* (representante de la Administración autonómica).

*«Agradecido a la exposición de Las Edades del Hombre en Medina del Campo. Un afectuoso saludo en momentos de pasión, convencido de que saldrá la luz de nuevo»* (político de un partido de izquierda).

*«Por sus llagas fuimos salvados. Gracias, Padre, por tu misericordia».*  
*«Muchas gracias, porque a través de estas exposiciones se hace presente en medio del mundo y de la sociedad actual el rostro de Cristo y su amor a los hombres».* *«Auténtica catequesis de fe».* *«Nunca vi tanta belleza en tan poco espacio».* *«Una exposición muy emotiva. Me ha llegado hasta el fondo del corazón»* (personas anónimas).

*«Jesús, es la quinta vez que te vengo a ver. Te quiero. Me ha encantado. Besos»* (un niño).

Finalizo mi intervención manifestando mi convicción profunda de que el arte cristiano es un recurso privilegiado que la Iglesia tiene en sus manos y que le puede servir para preparar la apertura a la fe, ilustrarla o confirmarla, mediante la evangelización y la catequesis, a cuantos recorren el Camino de Santiago, ya sea como fieles, peregrinos o turistas.

Y es así porque el arte cristiano ha manifestado de modo excelso, a través de los siglos y de los diversos estilos, autores, técnicas y materiales, los contenidos de nuestra fe, lo que creemos, oramos, celebramos, vivimos y esperamos, en el seno de la Iglesia.

Por eso, contemplar las obras artísticas de inspiración cristiana colocan al hombre ante el horizonte de Dios, ofrecen un bálsamo para sus heridas, se convierten en un antídoto eficaz contra la muerte que de múltiples formas lo amenazan, y le abren al resplandor del misterio de Cristo, la buena nueva de Dios para él, y de la Iglesia, la comunidad que le acoge.

Nuestro deber como evangelizadores es ayudar a los peregrinos de nuestro tiempo a dejarse sorprender por el Evangelio de Cristo, Belleza siempre antigua y siempre nueva, a que lo conozcan y lo amen, para que experimenten el gozo de la fe, y puedan exclamar al alcanzar la meta del Camino y visitar el sepulcro del apóstol: «¡Señor, antes te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos!»<sup>47</sup>.

47 Cf. Job 42, 5.



## «LA ACOGIDA»: DAR RAZÓN DE LA PROPIA FE

EXCMO. Y RVDMO. D. CARLOS OSORO SIERRA  
Arzobispo de Valencia

### INTRODUCCIÓN

#### LA ACOGIDA COMPONENTE ESENCIAL DE LA MISIÓN EN LA «NUEVA EVANGELIZACIÓN»: TRIPLE PERSPECTIVA EN LA QUE TIENE QUE SITUARSE EN LA IGLESIA

1. La acogida como valor humano y cristiano
2. La acogida como elemento sustantivo en la pastoral de la Iglesia
3. La acogida como signo de la catolicidad

#### 1. LA ACOGIDA COMPONENTE Y PREÁMBULO DEL PRIMER ANUNCIO

- 1.1. ¿Qué es el primer anuncio? Necesidad y urgencia del Primer Anuncio en la «nueva evangelización»
  - 1.1.1. Del nacimiento a la fe al crecimiento de la fe: dos tareas necesarias en la acción evangelizadora de la Iglesia
  - 1.1.2. Diferencias entre el primer anuncio y catequesis: para el primer anuncio es esencial crear todo un ámbito de acogida
- 1.2. Una situación cultural nueva que necesita de este preámbulo del que es «la acogida», para realizar el «primer anuncio»: situación que el Papa Emérito Benedicto XVI llamaba de «gran emergencia educativa»
- 1.3. En la situación cultural que tenemos, hay que buscar la pedagogía mejor para vivir esa «acogida» que es componente y preámbulo del «primer anuncio»

#### 2. EN LAS ENTRAÑAS DE «LA ACOGIDA» COMO PARTE DEL PRIMER ANUNCIO: CLAVES DE LA «ACOGIDA» PARA LA «NUEVA EVANGELIZACIÓN»

- 2.1. ¿Cómo hizo el «primer anuncio» Nuestro Señor Jesucristo?  
¿Cómo lo hizo a quienes siguen siendo los que mejor radares

tienen para darnos a conocer las necesidades fundamentales de los hombres?

## 2.2. Pedagogía de «la acogida»: paradigma que nos presenta Jesucristo

### 2.2.1. En la parábola del Buen Samaritano: Lc 10, 25-37

- preguntar a quien es paradigma de «la acogida».
- pregunta que todo ser humano realiza: «¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» ¿Qué tengo que hacer para ser feliz, para vivir realizándome en la vida? ¿Qué tengo que hacer para construirme construyendo a los demás?
- la respuesta de Jesús: amar a Dios con todo tu ser y amar al prójimo como a ti mismo.
- propuesta de Jesús: «haz esto y tendrás la vida».
- descripción de la pedagogía de la acogida:
  1. En el camino de la vida y de la historia encontramos muchos heridos, quizá hoy más que nunca
  2. En ese camino muchos pasan de largo, pues no les han dicho donde está la felicidad o no saben hacerlo o prefieren vivir para sí mismos, pero hay otros que se paran
  3. ¿Qué hace ése que se detiene?
    - a) deja de lado todas las demás preocupaciones, pone en el centro de su vida a quien se encuentra tirado
    - b) lo vio
    - c) le dio lástima, le conmovió el corazón, le miró con amor
    - d) se le acercó: la cercanía es esencial para que el tirado o herido sienta el amor del otro
    - e) le vendó las heridas: se puso manos a la obra, había que reconstruir a la persona tirada, con aceite y vino
    - f) lo montó en su propia cabalgadura, es decir, puso a disposición el medio que él tenía para ir de camino, se lo regaló
    - g) lo llevó a una posada y lo cuidó, lo que tenía de él lo puso a disposición del herido
    - h) mensaje y llamada al posadero: cuida de él, lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta, es decir,

nunca será abandonado y siempre recordará lo que debemos hacer con el otro

2.3. ¿Cuál debe ser la estructura interna del cristiano que acoge para poder hacer el «primer anuncio»? En la Santísima Virgen María encontramos el paradigma de esa estructura:

2.3.1. «La acogida» cristiana se realiza cuando hay una experiencia viva de haber acogido a Dios en la vida de uno. Solamente cuando acogemos a Dios en nuestra vida y dejamos que sea Él quien nos haga, tenemos capacidad para vivir acogiendo a los demás y a todos, Lc 1, 26-38:

- para Dios nada hay imposible.
- alégrate y llena la vida de la gracia de Dios.
- lo harás con la fuerza del Espíritu Santo.
- «hágase en mí según tu Palabra».

2.3.2. «La acogida cristiana» provoca con quienes estamos el reconocimiento de Dios. Llevando a Dios sentimos la necesidad y la urgencia de ir a acoger a los demás y provocar en esa acogida reacciones de experiencia viva de Dios, Lc 1, 39-56:

- «bendita tu entre las mujeres».
- reconocer en María la presencia de Dios: «la madre de mi Señor».
- reconocer la dicha de quien cree en Dios.
- reconocer lo que provoca llevar a Dios en la vida: «la criatura saltó de alegría en mi vientre».

2.3.3. «La acogida cristiana» provoca con quienes viven en la periferia, reacciones de asombro al ver manifestaciones del amor de Dios. Interesarse por las situaciones de quienes llegan a nosotros, no con el interés de la simple curiosidad, sino el interés por sus necesidades reales, Jn 2, 1-11:

- observar y darse cuenta de lo que necesitan: «no les queda vino».
- llevarles a quien puede dar solución a su situación: llevar a Jesucristo.
- proponer a Jesucristo: «haced lo que Él os diga».

**CONCLUSIÓN: «LA ACOGIDA», NECESARIA EN LA ACCIÓN EVANGELIZADORA E IMPRESCINDIBLE EN LA «NUEVA EVANGELIZACIÓN»**

En primer lugar quiero dar las gracias al Sr. Arzobispo de Santiago de Compostela, D. Julián, y a quienes han colaborado con él para preparar este Congreso, por esta invitación que me han hecho para participar en el mismo.

El título que me han dado para la conferencia y que me toca exponer es: «La acogida: Dad razón de la propia fe», que yo he subtítulo: «La acogida como dimensión esencial del primer anuncio». Tomemos conciencia desde el inicio de esta reflexión, que en la vida de la Iglesia, ya desde que se inicia la vida de la misma, vemos cómo los primeros discípulos del Señor hacen el primer anuncio, proclamando con alegría, manifestando y expresando que Cristo había resucitado; después, para aquellos que se interesaban y acogían en su vida a Nuestro Señor, la Iglesia preparaba también la catequesis para que conociesen cada día más y mejor a Nuestro Señor Jesucristo y la misión que como discípulos tenían.

Desde el primer momento la acogida era parte esencial del primer anuncio. Si recuerdan el libro de los Hechos de los Apóstoles, las personas, cuando veían a los cristianos cómo vivían, cómo actuaban, cómo se querían, nos dice el Evangelio que había muchos que al ver aquello se agregaban a la comunidad, es decir, se incorporaban a la Iglesia. En ese sentido, yo, les estoy hablando de la acogida, dad razón de la propia fe, pero la acogida como dimensión esencial del primer anuncio.

La exposición que voy a hacer, tiene una introducción, que intentaré que sea breve; una primera parte que es la acogida componente y preámbulo de lo que yo llamo, y de lo que llama la Iglesia, el primer anuncio, y que tanta importancia tiene en la vida de la Iglesia. Si se dan cuenta, en estos momentos tal y como el Papa Francisco, nos está diciendo tenemos que realizar y vivir tareas de primer anuncio, en esta sociedad en la que nos toca vivir y en las circunstancias que los hombres estamos viviendo y en la que estamos todos nosotros.

En una segunda parte, voy a hablarles de las entrañas de la acogida como parte del primer anuncio. ¿Cuáles son las claves de la acogida para la nueva evangelización?

En la tercera parte, intentaré llegar a una conclusión: La acogida necesaria en la acción evangelizadora e imprescindible en la nueva evangelización.

### **Introducción: la acogida, componente esencial de la misión**

Quiero dar una triple perspectiva en la que tiene que situar la Iglesia la acogida como componente esencial de la misión.

Acoger, cuando lo decimos referido a una persona, es admitir en su compañía, en su propia casa, a alguien; es admitirle entre nosotros, en el lugar que nosotros incluso apreciamos más en la vida. Esto a mí me parece que es esencial, así nos lo dice el diccionario.

La acogida lleva consigo la idea de bienvenida, de ser recibido, de hospitalidad, de un saludo, de una recepción cordial, de aceptación muy gozosa del otro... Son, en cambio, contrarias a la acogida: la exclusión, el rechazo. El acogedor siempre es agradable, siempre es amable, generoso, es hospitalario, es sociable. Acoger es siempre un acto de amor. La prueba es lo a gusto que se sentía la gente con Nuestro Señor Jesucristo. Al leer el Evangelio ¡cómo se vislumbra en las entrañas del Evangelio a las gentes que se encontraban con el Señor, qué a gusto se encontraban con Él, cómo buscaban al Señor siempre! Así ha pasado a través de la historia de la Iglesia con los santos, con todos los hombres y mujeres que han sido hombres de Dios. Estos hombres y mujeres de Dios han sido siempre acogedores. La acogida es una virtud o valor humano, de incuestionable importancia. Se puede nacer más o menos acogedor, pero también es un valor que se cultiva y que se educa. Por eso en la vida cristiana tenemos que educar ese valor que es esencial. La acogida siempre abre puertas, tanto en el que recibe como en el que es recibido.

En una de las cartas pastorales semanales que escribo en la Archidiócesis de Valencia, hablo de la acogida, que en el fondo es aquello que nos decía el Beato Juan Pablo II: «hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el tercer milenio que comienza» (NMI 43). Hoy, para la Iglesia es esencial, tiene que ser una Iglesia de puertas abiertas, una Iglesia donde la gente cuando se asome se sienta a gusto, que no sienta que la echamos, que la retiramos de nuestro lado. Eso no quiere decir que no digamos la verdad, pero la verdad se puede decir de muchas maneras. Nuestro Señor siempre dijo la verdad, pero con Nuestro Señor la gente estaba a gusto, se sentía sanada, se sentía querida, se sentía acogida y aquello provocaba la conversión. La actitud de disponibilidad para acoger encuentra su último y sólido fundamento en el valor de cada ser humano, en la igualdad de dignidad que tenemos todos los seres humanos, se acoge a la persona humana como tal, no importando la diversidad o las diferencias que la rodean, se la acoge a ella con sus características propias y distintas. Si se la excluye o rechaza por alguna de sus diversidades o diferencias, se cae siempre en algún tipo de discriminación, en una falta de justicia y, por supuesto, en una falta de amor. La tradición bíblica judeo-cristiana está fuertemente marcada por la enseñanza y la práctica de la acogida, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. El autor



de la Carta a los Hebreos nos recomienda: «No olvidéis la hospitalidad. Gracias a ella, algunos sin saberlo acogieron a los ángeles. No olvidéis la hospitalidad» (Hb 13, 2).

Ya Jesús, en su parábola —llamada por todos nosotros y por la Iglesia «del juicio final»—, afirmaba estas cosas: Era forastero, extranjero, y me acogisteis. Y al revés: era forastero y no me acogisteis. Dice las dos partes. Y le preguntaban: ¿Y cuándo fuiste forastero acogido y no acogido? Y Él respondía: Cuando lo hicisteis y dejasteis de hacer a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis, o dejasteis de hacerlo. Así nos lo dice el capítulo 25 de San Mateo.

La acogida vista así es una práctica de amor dentro de ese mandamiento nuevo de Cristo de amarnos los unos a los otros como Él nos amó. Pero la acogida no solamente es valor humano y cristiano, es un elemento sustantivo de la pastoral de la Iglesia. En este sentido la acogida es parte, por tanto de la vida de los discípulos de Cristo, de la Iglesia, de sus tareas, de la misión. La acogida aparece estructurada y organizada en la Iglesia en la pastoral ordinaria, no hay más que coger (no me voy a detener en ello ahora) todos los Rituales: el del bautismo, el del matrimonio..., todos los Rituales empiezan precisamente con la acogida. En cada celebración sacramental se explicita la acogida; se dirá que la Iglesia no quiso dejar al arbitrio del celebrante esta dimensión, que es importante, de la acción pastoral, y en cada rito da indicaciones precisas para que se haga y se diga cómo debe de hacerse esa acogida. Los rituales de la Iglesia que nos ofrecen sobre la acogida parecen recoger la mejor tradición de la Iglesia. Lo podemos ver nosotros, por ejemplo en la misma celebración de la Eucaristía, cuando el sacerdote en el mismo comienzo acoge y para ello dice: La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre... ¡qué hondura alcanza la acogida, cuando el sacerdote dice a la gente que asiste a la celebración esto, desear todo esto y descubrir que es Cristo el que lo dice a las gentes tiene una hondura especial que cuando la captamos vemos las dimensiones de esta acogida! Acoger es salir al encuentro del otro, así el celebrante se dirige a la puerta, o al atrio, o a donde estén las personas en la presentación de un niño que se va a bautizar o un adulto, o en la iniciación cristiana de los adultos, o en la celebración del matrimonio, o en la celebración de las exequias... Siempre acoger es salir al encuentro de otro. La acogida parte de la realidad concreta y de hechos positivos: reconoce éstos y los explicita. La acogida incluye un saludo sencillo, cordial, amable, afable, de bienvenida. Se emplea en todos los Rituales de la Iglesia. La acogida va acompañada de gozo y de alegría, según las circunstancias, y tiene una dimensión cristológica, en cada acogida Cristo acoge a las personas. Es Cristo mismo quien a través del sacerdote acoge.

Como os decía antes, en la celebración Eucarística el sacerdote, signo de Cristo cabeza, saluda primero al altar, representando a Cristo, besa el altar; y después al pueblo congregado, por medio del saludo manifiesta a la asamblea reunida la presencia del Señor. La acogida es un elemento sustantivo de la pastoral de la Iglesia.

Y en tercer lugar, la acogida es signo de catolicidad. El sentido de universalidad marca por definición a la Iglesia Católica, no sólo en el sentido de su extensión territorial, o de la multiplicidad étnica o cultural de sus miembros, o de su vocación misionera, sino también de su apertura universal a todo, concretizada en la frase: «Nada humano me es ajeno», o en aquella de San Francisco de Asís: «Dios mío, en todas las cosas».

De múltiples maneras el alma católica ha puesto en práctica el criterio paulino de discernirlo todo y de quedarse con lo bueno. Recordad aquí el texto de la primera carta de San Pablo a los Tesalonicenses: «examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1ª Tes 5, 21). De múltiples maneras se ha hecho esto. El reino que anuncia el Señor es vivido por seres humanos profundamente vinculados, por supuesto, a una cultura pero sin identificarse con ninguna de ellas; el Evangelio ha sido capaz de impregnar a todas las culturas, sin someterse a ninguna. Precisamente manifestar que acoge a aquellos que viven en esa cultura, y en esa condición, es lo que quiere hacer la Iglesia en nombre de Cristo. La acogida encierra un movimiento espiritual interior, en el que Dios acoge. Acogemos a Dios y estamos llamados a acoger a todo ser humano, como Él lo acoge. Es necesario que el discípulo de Cristo tome conciencia de esta dimensión del cristianismo, que se convierta a ella de corazón, crezca en ella, la perfeccione, haciéndola camino de santificación.

He tenido esta misma mañana una experiencia preciosa al celebrar la Eucaristía del Peregrino en la Catedral a las 12 de la mañana: Había peregrinos de todos los países y continentes. Es la Iglesia que acoge a todos: de todos los lugares, de todas las culturas, para todos los hombres vino Nuestro Señor Jesucristo.

No se puede perder de vista que el sentido de acogida intrínseco al cristianismo se ha de enseñar y se ha de educar en todo. Tiene que estar ya en el primer anuncio y tiene que estar por supuesto en la catequesis. Por eso, a mí me parece que la acogida hecha cultura llevará a todos a apreciar los valores auténticamente de los otros, más allá de todas las dificultades que comporta la convivencia con aquel que es diverso a nosotros. El objetivo final de esta convivencia es la comunión en Cristo, esa comunión que todos nosotros tenemos que vivir y rehacer permanentemente.

## 1. *La acogida, componente y preámbulo del primer anuncio*

Me gustaría decirles algo muy sencillo y muy breve de lo que a mí me parece que es el primer anuncio. ¿Qué es el primer anuncio? ¿Qué quiero decir cuando hablo del primer anuncio?

Hay algo que es importante distinguir y que va del nacimiento de la fe al crecimiento de la fe. Son dos momentos necesarios en la acción evangelizadora de la Iglesia. Pero es muy importante el nacimiento, el inicio.

Claro está, para muchos de los que estamos aquí, por la edad, ese nacimiento lo hemos tenido en nuestras propias casas, en nuestras propias familias, la misma cultura en la que nacimos nos lo entregaba; es decir, todo nos llevaba a meternos en el crecimiento directamente, casi no había distinción entre el nacimiento a la fe y el crecimiento de la fe. Pero la situación ha cambiado totalmente, no se pueden dar por supuestos muchas cosas, ya tenemos hombres y mujeres a nuestro alrededor, vecinos nuestros, que no crecen como nosotros crecimos; ya hay matrimonios y familias que no dan a sus hijos lo que a nosotros nos dieron; y hay gente de nuestra edad que ya lo está haciendo también, que lo ha hecho con sus hijos y lo sigue haciendo con sus nietos.

La metodología del crecimiento de la fe es la catequesis. Si observáis con atención en todas nuestras comunidades cristianas hay catequesis. Pero si os dais cuenta también en nuestras comunidades cristianas hay una especie de lamento permanente: «los padres no mandan a la catequesis a sus niños», «no viene la gente a la catequesis»... Hacemos y tenemos la tarea del crecimiento en la fe que es la catequesis pero, ¿y el nacimiento a la fe de muchos que no oyeron hablar de Cristo?

El crecimiento de la fe lo hacemos en la catequesis, y ha estado siempre y está presente en la vida de la Iglesia en todos los lugares de la tierra en los que se hace presente la misión evangelizadora. Pero sin embargo, la tarea del nacimiento a la fe, que es el primer anuncio, que es lo que hicieron los primeros cristianos, cuando salían a la calle y decían: ¡Cristo ha resucitado! ¿Tiene sitio y le damos importancia en nuestras comunidades cristianas?

El nacimiento a la fe es el primer anuncio. A veces, en lugares de tradición cristiana fue sustituida en la manera singular de hacerse, desde el nacimiento de la Iglesia, por otras estructuras que ayudaban a nacer a la fe. Nos ayudaban nuestras familias, nuestros padres. Hoy es necesario que las dos tareas, en su modo de hacerse desde los inicios de la misión de la Iglesia, se hagan presentes en la misión evangelizadora; también

el primer anuncio. No es una alternativa la que yo os presento cuando os hablo de la pastoral del crecimiento de la fe y la del primer anuncio. Son necesarias las dos para la evangelización. Pero sí hemos de decir que en el mundo y en la cultura que estamos, no bastan solamente tareas del crecimiento, que son las que normalmente hemos desarrollado en nuestra acción pastoral, ya que las del nacimiento a la fe nos venían dadas quizá por la familia, por la escuela, por la cultura... Hoy tenemos otra cultura, en la que incluso se discuten los valores cristianos, hoy tenemos otra familia, otra manera de vivir, y tenemos también otra escuela. En las escuelas de iniciativa estatal no se nos habla de nuestra fe. Por eso, hoy es urgente y es necesario incorporar de una manera nueva en la misión de la Iglesia la originalidad del primer anuncio que inició la vida de la Iglesia, precisamente, este primer anuncio: el nacimiento a la fe en la evangelización. Recordemos la descripción que nos hacía el Concilio Vaticano II de nuestro mundo. Este recuerdo y descripción lo hacía hace 50 años. Cuando leo la *Gaudium et spes*, en el número 7, que decía cómo estaba nuestro mundo hace 50 años, digo: ¡cómo no hemos reaccionado antes!

Fijaos lo que decía: «El cambio de mentalidad y de estructuras somete con frecuencia a discusión las ideas recibidas. Esto se nota particularmente entre jóvenes, cuya impaciencia e incluso a veces angustia, les lleva a rebelarse. Conscientes de su propia función en la vida social, desean participar rápidamente en ella. Por lo cual no rara vez los padres y los educadores experimentan dificultades cada día mayores en el cumplimiento de sus tareas. Las instituciones, las leyes, las maneras de pensar y de sentir, heredadas del pasado, no siempre se adaptan bien al estado actual de las cosas». Hay veces que están en contra de lo que nosotros entendemos qué es la persona humana, qué es el matrimonio, qué es incluso la vida..., están en discusión. «De ahí una grave perturbación en el comportamiento y aun en las mismas normas reguladoras de éste. Las nuevas condiciones ejercen influjo también sobre la vida religiosa. Por una parte, el espíritu crítico más agudizado la purifica de un concepto mágico del mundo y de residuos supersticiosos y exige cada vez más una adhesión verdaderamente personal y operante a la fe, lo cual hace que muchos alcancen un sentido más vivo de lo divino. Por otra parte, muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la religión. La negación de Dios o de la religión no constituye, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presenta no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo. En muchas regiones esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos —recordad que el Concilio

se hace cuando todavía estaba el telón de acero, por tanto, en el mundo marxista, pero hoy tenemos otras situaciones—, sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia y la misma legislación civil». Esta situación, es lo que nos decía el Concilio Vaticano II de cómo veía el mundo la Iglesia hace 50 años.

Hoy esta situación tiene un calado mucho más profundo. Por eso es necesario este primer anuncio. El primer anuncio está determinado por ese objetivo que es suscitar e incentivar el interés por Jesucristo, y generar un movimiento hacia la persona del Señor y hacia la adhesión a Él. Pero tiene que haber testigos que realizan tareas, y la acogida, en concreto, es una tarea del primer anuncio.

El RICA: el ritual de iniciación cristiana de adultos, que marca la meta a la que debe dirigirse el primer anuncio, que después tendrá que ser consolidado por el pre-catecumenado, dice: «De la evangelización, llevada a cabo con el auxilio de Dios, brotan la fe y la conversión inicial, con la que cada uno se siente arrancado del pecado e inclinado al misterio del amor divino. Por eso es importante que la acogida sea un componente y preámbulo del primer anuncio. Fijaos que el primer anuncio y la catequesis es diferente: uno nos hace nacer a la fe, nos abre a Nuestro Señor; y el otro nos prepara, nos hace crecer en el conocer cada día más a la persona del Señor, y el misterio de la Iglesia.

Estamos en una situación cultural nueva que necesita de este preámbulo que es la acogida. El Papa emérito Benedicto XVI, nos lo decía, como ahora nos lo dice el Papa Francisco. Nos lo está diciendo en las diversas intervenciones que ha tenido en este poco tiempo que lleva entre nosotros y muy especialmente con sus gestos que hace que las personas que los reciben se encuentren en la Iglesia como en su casa.

Pero el Papa Benedicto XVI nos insistía en una idea que a mí me parece fundamental y que él calificaba como «emergencia». «Hoy estamos en una gran emergencia». Esa gran emergencia la refirió a la situación educativa, y hablaba de la «emergencia educativa». Pero es verdad que hoy estamos en una emergencia. ¿Qué podemos hacer cuando hay una confianza ingenua en un desarrollo espontáneo de la persona, cuando hay una disminución de la autoridad, cuando hay un ambiente de dispersión y facilidad en el estilo de vida, cuando se manifiesta un desprestigio de los medios tradicionales: como la familia, la escuela, que no eliminaba el hablar de Dios? ¿Qué podemos hacer en estas circunstancias en que eso se elimina; y se dice que esa escuela no sirve, que esa familia que iniciaba en la fe a los hijos no vale? Cuando falta, ciertamente, trae

desconcierto, teórico y práctico, y los más perjudicados son los más jóvenes. Cuando faltan los criterios fundamentales de lo que hay que enseñar, transmitir, corregir, hay una desorientación generalizadora. En el fondo lo que realmente se está poniendo en juego es el concepto del hombre, la antropología, la ética y, por tanto, la moral que subyace en estos comportamientos. Esto es lo que se está poniendo hoy en cuestión. Por eso es muy importante en el primer anuncio la acogida. Acoger a la persona como hijo de Dios, como imagen de Dios que es y que constituye algo esencial en todas nuestras tareas.

Esta emergencia hace que sea posible hacer una propuesta radical de vida, dando noticia de Nuestro Señor con obras y con palabras. Fijaos que hoy la emergencia, como nos señalaba el Papa emérito Benedicto XVI, se encuentra en el relativismo; en una sociedad y en una cultura que con demasiada frecuencia tiene al relativismo como su propio credo, en la que el relativismo se ha convertido en una especie de dogma, falta la luz de la verdad; más aún, se considera peligroso hoy hablar de la verdad, se considera autoritario y se acaba por dudar de la bondad misma de la vida. Sí, en el fondo, la pregunta llega a ser ésta: ¿Es un bien hoy ser hombre? ¿Ser persona? ¿Es un bien vivir? Hay un encapsulamiento de la persona sobre sí misma, decía el Papa Benedicto XVI. Hay una raíz esencial que consiste en tener un falso concepto de autonomía del hombre; y ese falso concepto le lleva al encapsulamiento de la persona. Hay un ocultamiento de lo que es la naturaleza y la revelación, que se instauro con la dictadura del relativismo. En el fondo hay una desesperanza, que se mete en el corazón de nuestra cultura y de nuestro mundo. Por eso, los valores esenciales quedan aniquilados y perdidos. Desaparecidos los fines sobran las respuestas a los porqués del sentido. Por eso el Papa Benedicto nos dice que precisamente la esperanza cristiana hace que el hombre no se cierre al nihilismo, no se cierre a la nada, no le paralice, no le haga estéril, sino que le abra al compromiso generoso en la sociedad en la que vive para poder mejorarla. De ahí la importancia del primer anuncio, y la importancia que tiene la acogida en este primer anuncio. Atrevámonos a hacer de la Iglesia «la casa y la escuela de la comunión».

En la situación cultural que tenemos hay que buscar la pedagogía mejor para vivir esa acogida que es componente y preámbulo del primer anuncio. El beato Juan Pablo II, cuando comenzó a hablar de la nueva evangelización, nos decía que tenía que ser nueva en tres aspectos: nueva en ardor, nueva en método, y nueva en expresión. La nueva evangelización nos está llamando a realizar el primer anuncio, y la novedad del ardor tiene que estar en la fuerza contemplativa de quien anuncia; es

decir, mostrar con nuestra vida el testimonio de la realidad de Dios que ha entrado en mi vida; y porque ha entrado en mi vida yo lo manifiesto. Mostrar con nuestra vida el testimonio de la realidad de Dios: me ha hecho partícipe de su vida, se ha hecho fundamento de mi salvación, y se trata de hacer presente y casi visible al Dios cristiano. Se trata de que el cristiano secunde el testimonio de Dios, que Dios da de sí mismo en Cristo, y que haga ver que la intervención de Dios en la vida es lo que hace distinguir precisamente al ser humano.

Por eso, este nuevo ardor, método y expresión lo está pidiendo la misma situación que vivimos, y el beato Juan Pablo II lo describía de esta manera cuando hablaba a Europa, por ejemplo: «Muchos europeos —nos dice él en la Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*— creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y los signos..., especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús» (47). Es importante, decía el Papa, que los cristianos, que las comunidades sepan acoger a la persona, como expresión misma de Dios. Hoy se necesitan testigos y mistagogos, es decir, hombres y mujeres que dan testimonio de Cristo por la fe en Él y que saben conducir sus vidas más por el itinerario de conversión que por otros lugares que, ciertamente, no van a captar realmente lo que nosotros queremos decir.

Quien recibe este primer anuncio, ¿qué es lo que pide? Pues lo mismo que los primeros cristianos. Quien se siente acogido y ve lo que veían aquellos paganos incluso aquellos judíos en la primera comunidad cristiana, siguen queriendo decirnos a nosotros: ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué tengo que hacer para vivir así?

## 2. *En las entrañas de la acogida, como parte del primer anuncio*

¿Cuáles son las claves de la acogida para la nueva evangelización? Hay una manera singular en la que se concentra el contenido fundamental del primer anuncio de Nuestro Señor. Me quiero detener y hacer una referencia explícita a cómo hizo este anuncio ante una persona concreta Nuestro Señor, una persona que era joven, ya que nos puede orientar en aspectos esenciales para nosotros hacer el primer anuncio.

Recordad al joven rico, aquel encuentro del Señor con el joven rico: ¿Maestro, qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna? Jesús le contestó: Guarda los mandamientos. Esto lo hago ya. Jesús le

contestó: Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, da el dinero a los pobres, y así tendrás un tesoro en el cielo (cf. Mt 19, 16-22).

¿Por qué os presento este texto y esta conversación de Jesús? Esta mañana nos hablaban y comentaba ese análisis que han hecho los obispos franceses acerca de los jóvenes. ¿Por qué os presento esto? Porque los jóvenes son una especie de radar; tienen un radar especial para concretar lo que más necesitan, y lo que más necesitan también, precisamente es este primer anuncio.

Este coloquio de Jesús con aquel joven tiene cuatro partes muy diferentes:

1. Primero, el testimonio de Cristo que provoca que el joven se acerque. Hay algo que ha visto en el Señor y el joven se acerca a él. Tiene interés por su persona, y Jesucristo crea en el corazón de aquel joven una especie de simpatía y empatía, por eso se atreve a acercarse a Jesús, y se atreve a preguntarle y se atreve a abrirle el corazón.

2. Segundo, el testimonio hace sentir simpatía y deseos de hacer lo mismo. El joven ha visto que Jesús hace cosas buenas, y él quiere hacer lo mismo. Por eso la pregunta: Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna? ¿Por qué me preguntas qué es bueno? Podemos descubrir al joven haciendo preguntas morales, de tener un comportamiento bueno semejante al que veía en Jesús. Pero el Señor le quiere llevar no al terreno de los comportamientos, sino que se encuentre con quien hace posible que la vida cambie de tal manera, al entrar Él en ella, que es una vida nueva la que se vive. Por eso le dice: Uno solo es bueno. Y se refiere a Dios mismo. Y por eso añade: si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos. Este primer paso del Señor ha generado un interés por Dios. El testimonio, os decía, provoca el acercamiento. El testimonio hace sentir simpatía y deseos de hacer lo mismo.

3. Tercero: hay una mirada del Señor que es de misericordia y de amor; con una propuesta de vida. ¿Recordáis el texto de ayer, del domingo? Nos decía que el Señor nos conoce. Pero el conocimiento de Dios es un conocimiento de amor; conocer en la Biblia significa amar, es que nos ama. El Señor nos ama. Pero Jesús va a hacer algo especial con aquel joven, quiere que viva una comunión plena con él. Por eso, la descripción de lo que hace el Señor para conquistar su corazón es de una fuerza singular. Nos dice: poniendo los ojos en él, lo miró con la mirada de Dios, lo amó con el amor mismo de Dios, le hizo descubrir la ternura que se manifestaba en Jesucristo. El Señor quiso entrar en su vida con todas las consecuencias. El Evangelio nos dice que ante la respuesta del joven: ¿qué me falta? Jesús pone los ojos en él, le ama. Una cosa sola te



falta. Aquí en el Evangelio de San Mateo el interlocutor es el joven. Dios lo deja en libertad para tomar decisiones. Si quieres ser perfecto —y perfecto sólo es Dios— y a nosotros nos va llegando esa perfección en la medida que le dejamos entrar y ocupar la vida con todas las consecuencias, vende todo, vente conmigo... Mirada de misericordia.

4) Y cuarto: hay que tomar una decisión. Siempre en la vida hay que o dejarse mirar por Dios o vivir de su amor para tener camino, verdad y vida. El joven, ante aquella decisión que tiene que tomar, nos dice el Evangelio que se marcha, se dio la vuelta. Es la libertad en que nos deja el Señor a todos nosotros.

Lo que sí es verdad es que este anuncio que hace el Señor es el anuncio de la acogida. Nuestro Señor nos dice que hay que vivir las claves de la acogida como él las hizo con este joven. Hay más claves en el Evangelio. Yo os he propuesto este joven porque, en todas las épocas históricas, los jóvenes nos manifiestan ese radar que capta las ondas que nos indican por donde van las cosas. Y tenemos que estar atentos, no es cuestión secundaria. A veces, los que somos del año 68 queremos imponer las cosas nuestras del año 68. ¡Estamos perdidos! Vamos a hacer otra cosa distinta, pues no tiene nada que ver nuestra experiencia vital con lo que piensan los jóvenes hoy. Tenemos que tener el radar suyo, y ponerles a ellos para ver lo que captan, ya que si no estamos perdiendo el tiempo. Es necesaria la mirada del Señor.

¿Cómo hizo el Señor el primer anuncio? La pedagogía de la acogida es un paradigma para nosotros que nos presenta nuestro Señor. Recordad la parábola del Buen Samaritano (cf. Lc 10, 25-37). Es un paradigma de cómo tiene que ser la acogida. Es la acogida a la que nos está invitando el Papa Francisco, en estos momentos, cuando nos está diciendo que salgamos a las periferias. Y las periferias no son solo los arrabales de la ciudad, sino fundamentalmente los arrabales en los que está la existencia humana. La periferia es la situación que vive el joven que está en búsqueda o que se le está cerrando la dimensión trascendente de la vida, hay que salir a esa periferia, porque no hay derecho a que se le quite la dimensión esencial a la vida del ser humano. La periferia es salir a esos matrimonios que no han descubierto de verdad lo que significa ser una sola carne, que nos dice la Biblia, el olvidarse uno de sí mismo y el querer cada día más y llegar a ser una unidad tal que son inseparables, que muere uno y muere otro, porque no pueden vivir, son una misma persona. La periferia son las situaciones que está viviendo hoy la humanidad, de pobreza, de desencanto, de desesperanza, es decir, todas esas situaciones, los pobres que está produciendo la crisis en la que estamos viviendo, la tragedia del arrebato de Dios de la existencia humana.

Por eso la pedagogía de la acogida la descubrimos en la parábola del Buen Samaritano. Acordaos de aquel encuentro con el Señor: ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna? ¿Qué tengo que hacer en el fondo para ser feliz, para vivir realizándome en la vida? ¿Qué tengo que hacer para construirme construyendo a los demás? Y la respuesta de Jesús es proponerle esta parábola: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y se encuentra a uno tirado en el camino, uno que está en el suelo. Y la respuesta de Jesús es esta: ante ese que está tirado, deja todas tus preocupaciones, ¡todas! Acércate a él, no pases de largo, mira las heridas que tiene, cúraselas, si tú no puedes curarlas todas presta lo que tienes: tu cabalgadura, todo lo que tienes préstalo; llévalo a una posada, a un lugar donde a lo mejor lo pueden curar mejor, pero no te desentiendas de él. De tal manera que tú digas también lo que aquel hombre dijo: Cuídenle que yo volveré, y pagaré lo que adeude, según lo que haya necesitado para seguir curándole las heridas. Como veis la cuestión es clara: haz esto y tendrás la vida.

Es la descripción de la pedagogía de la acogida, en el camino de la vida encontramos heridos, hoy más que nunca. En ese camino muchos pasan de largo pues no les han dicho dónde está la felicidad, o no saben hacerlo, o prefieren vivir para sí mismos. Pero hay otros que se paran. ¿Qué hace el que se para? Deja todas las demás preocupaciones, pone en el centro de la vida a ese que se encuentra tirado; lo ve, le da lástima, le conmueve el corazón, lo mira con amor, se le acerca. La cercanía es esencial para que el tirado sienta el amor del otro. Es la pedagogía de la acogida. Le venda las heridas, se pone manos a la obra, reconstruye a la persona tirada, lo monta en la cabalgadura, lo lleva a una posada, lo cuida. Lo que gaste de más yo te lo pagaré. Es maravillosa esta manera de vivir. Esta es la gran invitación del primer anuncio, hay que hacer esta pedagogía, la podemos hacer con la fuerza del Señor. No se trata de darle una catequesis; a este que está tirado tienes que curarle, acercarte a él, acogerlo en tu vida. Pero lo pone todo, la gran catequesis es la que hace con su propia vida. Esto es lo que seguro conmovió y contesta a la pregunta que aquél le hacía a Jesús: ¿Qué tengo que hacer yo para heredar la vida eterna?

Os he dicho en primer lugar cómo hizo el anuncio el Señor, a través de aquel joven. Os he dicho cómo es la pedagogía de ese primer anuncio. Pero ¿cuál tiene que ser la estructura interna del cristiano que acoge, para poder hacer el primer anuncio? Lo descubris en la Santísima Virgen María. Hay tres páginas del Evangelio que a mí me ha parecido oportuno entregároslas precisamente en esta ponencia, para ver esto que os decía.

¿Cuál debe ser la estructura interna del cristiano para practicar la acogida del primer anuncio?:

1. Recordad la Anunciación (cf. Lc 1, 26-38). La acogida cristiana se realiza cuando hay una experiencia viva de la acogida de Dios en la vida propia. Es lo que hace la Santísima Virgen María, la primera cristiana. Solamente cuando acogemos a Dios en nuestra vida, cuando dejamos que Él nos haga, tenemos capacidad para vivir acogiendo a los demás y a todos. Porque cuando se acoge a Dios no tenemos razones para discriminar a nadie. Para Dios nada hay imposible. Dios alegra nuestra vida, nos llena a nuestros límites de su gracia, para hacer incluso más allá de lo que nosotros tenemos de límites. En el fondo, la acogida cristiana, las claves de la estructura de un cristiano para acoger es vivir una fuerte experiencia de Dios. Esta es la que tenían los primeros cristianos. Ante los primeros cristianos, los que les veían decían: Yo me voy a agregar a ese grupo. Y no habían oído hablar de lo que hablaba aquella gente, pero veían su vida.

2. Recordad la Visitación (Lc 1, 39-56). Otra clave de la estructura es la Visitación. La acogida cristiana provoca con quienes estamos el reconocimiento de Dios, llevando a Dios sentimos la necesidad y la urgencia de ir a acoger a los demás. La Santísima Virgen María marchó rápidamente a ver a su prima Isabel, que era una mujer anciana, que iba a tener un hijo, y provoca en esa acogida reacciones de experiencia viva de Dios. Su prima Isabel: Bendita tú entre las mujeres, reconoce en Ella algo distinto, la presencia de Dios; reconoce a la Madre de mi Señor, reconoce a la dichosa que ha creído. Reconoce la dicha de un creyente. Esto tiene una hondura singular. Cuánta gente la acogemos en nuestra vida y cuando tiene mucha confianza y se ha sentido a gusto contigo te dice: ¡ojalá yo pudiese creer como tú crees! Pero ya es un primer paso, reconoce lo que provoca llevar a Dios en la vida, que hizo saltar de gozo a un niño que aún no ha nacido, como así hizo la Virgen llena de gracia con su prima Isabel que llevaba en el vientre a Juan Bautista.

3. Recordad las bodas de Caná (Jn 2, 1-11). Otra clave de la acogida cristiana es que provoca a quienes viven en la periferia reacciones de asombro. Recordad el texto de las bodas de Caná. En las bodas de Caná, se da esto: asombro. Los que están no pudiendo hacer la fiesta, son los que se sienten acogidos. La única que descubre qué falta es la Virgen María. Y la única quien les hace descubrir quién se lo puede dar es la Virgen María: «haced lo que Él os diga». Sacar a quienes están en la periferia que fuere de apuros, es lo que provoca la acogida de quien tiene experiencia viva de Dios.

Creo que esta es la estructura fundamental interna del cristiano que tiene que hacer esta acogida y dar razón de la propia fe.

La acogida en la acción evangelizadora y en la nueva evangelización, como parte del primer anuncio, entiendo que es imprescindible y más en estos momentos. Es una necesidad, es un compromiso servir con nuestra vida la presencia del Señor. Es una responsabilidad que afecta a todos los bautizados. Este primer anuncio es cuestión de todos los bautizados. Para ser catequista, para el crecimiento de la fe hay que estar preparado; para hacer el primer anuncio lo puede y lo debe hacer todo cristiano, pues está preparado por el bautismo para mostrar la vida de Dios mismo a la que Cristo nos ha engendrado. Todos los cristianos podemos hacer experimentar la acogida de Dios. Y lo tenemos que hacer en este mundo en el que vivimos. Naturalmente que esto requiere una pedagogía que nos la da esta manera de vivir y estructurar nuestra vida tal y como os he dicho en esas tres páginas en las que la Virgen es protagonista especial: la Anunciación, la Visitación y las Bodas de Caná. En este mes de mayo hacemos lo que el Papa Francisco nos está pidiendo: Id a las periferias, a las necesidades mas grandes de los hombres entre las que se encuentra la más importante, la necesidad de Dios. Y así como la Virgen María, vio una necesidad y buscó el modo de darle solución; vamos a dar solución a las necesidades que los hombres tienen en estos momentos. Quizá viéndolas tengamos que decir con la fuerza de nuestra vida; «haced lo que Él os diga». Lo nuestro es lo mismo: provocar la acogida de Dios.

Nacer a la fe y crecer en la fe se manifiestan como las grandes tareas de la «nueva evangelización», son necesarias las dos. En un mundo donde hay tantos en las periferias, la acogida es una dimensión esencial del primer anuncio.

### **Conclusión: «la acogida», necesaria en la acción evangelizadora e imprescindible en la «nueva evangelización»**

– Una necesidad: para quien hace el primer anuncio, invocación, fe y anuncio tienen que ir unidos. Esto lo expresa muy bien el Apóstol San Pablo: «Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquél en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar? ¿Cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie? Y ¿cómo anunciarán si no los envían? Según está escrito: ¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Noticia del bien!» (*Rom 10, 14-15*).

– Un compromiso: servir con nuestra vida la presencia de Jesucristo. A mí siempre me impresionaron y ciertamente afectaron a mi vida, aquellas palabras del Beato Juan Pablo: «Los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy, no sólo hablar de Cristo, sino en cierto modo hacérselo ver. ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?» (Beato Juan Pablo II, *Carta Apostólica Novo millennio ineunte*, n. 16). Los cristianos debemos apostar por una noción de Dios que lo defina contemporáneamente como Logos, como Creador y como Amor. Dios es el Logos porque es el origen racional, el fundamento y el sentido de toda realidad, porque es la Razón Creadora por la que el mundo ha nacido y que aparece reflejada en dicho mundo. La fe en Dios Logos supone también la fe en la fuerza creadora de la razón. Dios es también Creador porque también ha creado al hombre a su imagen y semejanza haciéndolo partícipe de la inviolable dignidad de Dios. Es propio de la fe cristiana reconocer también que Dios es Amor: la expresión más alta es la Encarnación, Muerte y Resurrección del Hijo de Dios. El Amor que funda la reciprocidad de las tres Personas de la Santísima Trinidad es la causa primera y el fundamento originario de todo ser y de toda forma de vida. En síntesis: el Dios de los cristianos que es el Dios de la Razón (Logos), de la Creación (Creador) y de Amor (Amor) es también el Juez del mundo, el garante de la justicia y el corazón de toda la vida cristiana (Cf. J. RATZINGER, *Europa. Sus fundamentos hoy y mañana*, 85).

– Una responsabilidad: es y afecta a todos los bautizados. Tenemos que sostener la acción misionera, pues ha sido un mandato del mismo Jesús: «Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros» (Jn 20, 21). ¡Qué fuerza adquieren para todos los bautizados las palabras del Apóstol San Juan!: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con sus Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 1-3).

– Una pedagogía: hay que despertar el interés por Nuestro Señor Jesucristo y ayudar a que la fe alumbré a quien o a quienes se les despierta el interés. Todos los elementos o fundamentos de un mismo núcleo que constituye el «primer anuncio» están al servicio de la acción del Espíritu

Santo. Y este núcleo se constituye por la unificación en un mismo tiempo de estos elementos:

1. La presencia de los cristianos en esta historia, compartiendo la misma con todos los hombres y manifestando con su vida y sus palabras una presencia que se hace significativa.
2. El testimonio de vida que será significativo para sus contemporáneos si su vida es expresión viva de páginas del Evangelio.
3. Un diálogo abierto con todos los hombres, por el cual expresamos nuestras propias convicciones sobre Jesucristo y que da a conocer que Él es el tesoro por el cual apostamos y ponemos todo lo demás en última instancia.
4. Un anuncio explícito, claro, contundente de Jesucristo, ofrecemos un anuncio pero con todo lo que es nuestra vida.

Nacer a la fe y crecer en la fe, se manifiesta como la gran tarea de la «nueva evangelización». Y es que «el hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo...debe, por decirlo así, entrar en Él (Cristo Jesús) con todo su ser, debe apropiarse y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. Si se realiza en él este hondo proceso, entonces él da frutos no solo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo» (Beato Juan Pablo II, *Encíclica Redemptor hominis*, n. 10).

## **Bibliografía consultada**

BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*

G. SAUTER, «L'origine della Chiesa della parola e dallo spirito di Dio»

Constitución *Gaudium et Spes*, del Concilio Vaticano II

Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos

Jorge M. Bergoglio, Papa Francisco; *Mente abierta, corazón creyente*, Editorial Claretiana, Madrid 2013

J. RATZINGER, *Palabra en la Iglesia*

Benedicto XVI, Encíclica «*Caritas in veritate*»

Benedicto XVI, Discurso a la LVIII Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana, 19 de mayo de 2008

Benedicto XVI, Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, 21 de enero de 2008

Benedicto XVI, Discurso a los administradores del Lacio y de la provincia de Roma, 10 de enero de 2008

- Benedicto XVI, Discurso a la LXI Asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana, 27 de mayo de 2010
- Benedicto XVI, Discurso en la inauguración de la Asamblea Diocesana de Roma, 11 de junio de 2007
- Benedicto XVI, Discurso a la LXI Asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana, 27 de mayo de 2010
- Benedicto XVI, en la inauguración de la Asamblea Diocesana de Roma, 11 de junio de 2007
- J. Ratzinger, *Fe y futuro*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007
- Benedicto XVI, Discurso a la LXI Asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana, 27 de mayo de 2010
- J. Ratzinger, Discurso de apertura del cónclave en la misa «Pro eligiendo Pontifice», 18 de abril de 2005
- Benedicto XVI, Discurso en la visita a la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, 3 de noviembre de 2006
- J. Ratzinger, *La Europa de Benedicto en la crisis de las culturas*
- Beato Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*
- Beato Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*
- J. Ratzinger, *Europa. Sus fundamentos hoy y mañana*
- Beato Juan Pablo II, Encíclica *Redemptor hominis*

# «La hospitalidad monástica, reto para la hospitalidad hoy»

JOSÉ M. ANDRADE CERNADAS  
Universidade de Santiago de Compostela

El juego especular entre pasado medieval y presente, en lo que a la peregrinación atañe, es tan inevitable como complejo. La peregrinación compostelana nace y se consolida en la Edad Media y reaparece, vivificada y, en muy buena medida, reedificada hace unos treinta años. Es por eso que a muchas de las tradiciones y realidades de la peregrinación de hoy se les quiere buscar un precedente y un origen medieval, cuando esto no siempre es posible. Me atrevería a decir, además, que no siempre es siquiera deseable.

Hago esta introducción ya que, teniendo en cuenta el título de esta comunicación, estimo que, si bien en el plano ideal y religioso es lógico que haya quien desee tomar préstamos o inspiración en el pasado medieval, no lo es en el plano de su materialidad. Dicho más claramente: el esfuerzo y la realidad concreta de la hospitalidad contemporánea es incomparablemente superior a la de cualquiera de los períodos de la peregrinación en el pasado. En lo que a la materialidad de la hospitalidad con el peregrino se refiere, creo que no se puede decir aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Hacer de la hospitalidad un patrimonio exclusivo del mundo monástico es, sin duda alguna, una exageración y una injusticia histórica. Antes de que podamos hablar de la existencia de los cenobios, la hospitalidad con pobres y viajeros era ya una tradición virtuosa alabada y valorada, singularmente, en no pocos pasajes de ambos testamentos y una máxima moral de sólida raigambre en las sociedades del cercano Oriente.

Sentada esta afirmación, casi de Perogrullo, no es menos cierto que si hablamos del mundo de las peregrinaciones cristianas a lo largo de la historia, no poner al mundo monástico como hegemónico en esta práctica, sería, igualmente, faltar a la verdad. Y, si no lo hacemos al tratar las peregrinaciones en época medieval, sencillamente cometemos una aberración histórica.



En efecto, desde el origen del monacato, todas las reglas han hecho de la atención a pobres y peregrinos, entendidos tanto como viandantes fuera de su tierra como, principalmente, viajeros por motivos religiosos, una seña de identidad. Vamos a centrarnos, preferentemente, en las reglas más importantes en la historia hispana y con una huella más perdurable en los monasterios de Galicia.

Las primeras normas que, de modo más o menos integral, fueron seguidas por el cenobitismo gallego, son las reglas hispánicas, en especial la de Isidoro y la de Fructuoso. Ambas, como trasfondo común, encarnan el deber hospitalario como especialmente importante y hacen del peregrino o huésped una figura de fuerte carga simbólica.

Estas dos normas también coinciden en aspectos más particulares. Por ejemplo, cuando disponen que tanto la hospedería como la enfermería se sitúen en un lugar apartado para que, de este modo, se impida o dificulte la comunicación entre los forasteros y la comunidad. Por último, tanto Isidoro como Fructuoso especifican que los huéspedes han de recibir una habitación y el lavatorio de pies.

En el caso de la regla isidoriana se indica que, aunque todo huésped ha de recibir un trato esmerado, se ha de ser especialmente atento con los monjes viajeros. Precisamente, el capítulo que va a continuación del dedicado a la hospitalidad, trata de las salidas de los monjes de su claustro, testimonio de un modelo monástico y de una época que no había consagrado la clausura y el radical alejamiento del mundo como santo y seña nuclear de la vida cenobítica.

Destaca la prodigalidad que la norma fructuosiana reserva al huésped. Esto es muy llamativo ya que dicha regla se caracteriza por su carácter neta y radicalmente ascético. El hecho de que se dispensara a los huéspedes y peregrinos de un trato de favor y, a la vez, tan diferenciado del de la comunidad, no es sino la prueba del valor que se le daba a la asistencia hospitalaria. No en vano, Antonio Viñayo consideraba que la regla de Fructuoso definía la «prehistoria de la hospitalidad monástica en los caminos de peregrinación»

Pero es, sin duda alguna, en la regla benedictina donde la hospitalidad monástica alcanza su definición más clásica y de mayor calado en el conjunto del monacato occidental. Pese a haber sido escrita con anterioridad a las normas hispánicas, la menciono a continuación de éstas ya que su aplicación en el Noroeste peninsular fue tardío, no antes de fines del siglo XI, momento en el que, precisamente, las peregrinaciones a Compostela comenzaron a consolidarse como fenómeno religioso y social de primer orden.

Dos de los capítulos de la regla escrita por San Benito están dedicados, explícitamente, a la hospitalidad. El 61 trata de cómo han de ser recibidos los monjes peregrinos y el 53 los huéspedes en general.

Una selección de citas entresacadas de este último capítulo puede servir para comprobar el valor que, al menos teóricamente, se le daba a esta práctica:

*«A todos los huéspedes que vengan se les recibirá como a Cristo en persona»  
«En el mismo saludo se manifestará la mayor humildad a todos los huéspedes..adorando en ellos a Cristo que es a quien se recibe, con la cabeza inclinada o con todo el cuerpo postrado en tierra..»  
«Sobre todo se pondrá el máximo cuidado en el recibimiento a los pobres y a los peregrinos, ya que en ellos es recibido Cristo más todavía..»*

(Linage, A., *La Regla de San Benito, ordenada por materias, y su vida, en el español corriente de hoy*, Sepúlveda, 1989, 151-152)

La regla benedictina, además, pone especial atención en el trato diferenciado que también en el terreno alimentario, merecen los peregrinos. Para ellos que, como dice San Benito, pueden llegar en cualquier momento, habrá cocina aparte y, aunque sea época de ayuno se les eximirá de su cumplimiento.

Merece la pena comentar, igualmente, la preocupación hospitalaria de la denominada regla de San Agustín. Dicho texto fue, como es bien sabido, asumido como normativo por parte de los canónigos regulares así como por los premostratenses, quizá dos de los grandes olvidados entre los movimientos de reforma monástica que menudearon en la Europa de fines del XI y principios del XII. Y es importante mencionarlos porque, aunque no sean tan popularmente conocidos o mencionados como lo son los integrantes de otras órdenes, lo cierto es que su presencia a lo largo de la principal ruta de peregrinación a Compostela fue muy significativa en la Edad Media. Puede decirse, de hecho, que su huella jacobea fue al menos tan importante como la de los prioratos cluniacenses y considerablemente superior a la del Císter, cuyos monasterios tendieron a ubicarse espacialmente distantes del Camino Francés.

¿Fueron las reglas monásticas seguidas al pie de la letra en lo tocante a la hospitalidad? Es difícil de saber, en especial por la calidad de las fuentes que han llegado hasta nosotros, mucho más atentas a registrar incorporaciones patrimoniales y cuotas de poder que aspectos del día a día o de la espiritualidad.

Sin embargo, lo que sí es evidente es que en la mayoría de los monasterios gallegos de cierta importancia se documenta la existencia de

un hospital y de una alberguería. Esta duplicidad de lugares, con sus correspondientes oficiales monásticos, división de rentas y hasta de patrimonio adjudicado, podría responder a una doble realidad asistencial. La alberguería como el ámbito de atención a los pudientes y el hospital como aquel en el que se daba acogida a la gente común.

Otra realidad medieval que contrasta vivamente con la actual, es que el número de hospitales y de centros asistenciales a lo largo del principal camino de peregrinación, no era tan alto como cabría imaginar.

Vayamos a la considerada, con matices, principal fuente de información para conocer la peregrinación de los siglos centrales de la Edad Media: el *Liber Sancti Iacobi*, más conocido por su manuscrito más relevante, el famoso Códice Calixtino. En su libro V, la llamada «Guía del peregrino», se hace una relación de los hospitales que el peregrino se puede encontrar en su trayecto hasta Santiago. Sin embargo, de las 49 localidades citadas en el apartado dedicado a los hitos del camino principal, sólo en dos casos se especifica que cuentan con un hospital: el llamado hospital de Roldán, es decir el famoso y prestigioso hospital de Roncesvalles, y el no menos simbólico de O Cebreiro. Hay que recordar, sin embargo, que en este libro V más adelante se hablará de otros centros hospitalarios, como el existente en la propia Compostela y que vendría a estar situado, por cierto, más o menos en el mismo lugar en el que nos encontramos ahora.

Aunque eran pocos, los hospitales monásticos eran enormemente valorados por el peregrino medieval. En ellos podían encontrar cama, muchas veces compartida, y alimento con grandes variedades entre cenobios: del simple pan y vino, que parece haber sido lo más frecuente, a dietas más esmeradas y versátiles en las que el destaca el compango. Pero además, el peregrino acogido en un monasterio recibía atención espiritual y física. El cuidado físico en forma principal de cuidados médicos e higiénicos.

Esa combinación de atenciones hacía de los cenobios lugares seguramente anhelados por los peregrinos. En este sentido, es conveniente recordar las muchas denuncias que sobre la falta de hospitalidad o los abusos cometidos contra los peregrinos encontramos en muchos textos medievales. Pienso, sin ir más lejos, en el famoso y clave sermón *Veneranda Dies*, en el libro I del *Liber Sancti Iacobi*. Todas las denuncias y críticas tienen que ver con los posaderos, con los hospederos laicos, cuando no con los señores. Es decir, manejando terminología actual, con la sociedad civil, dejando el mundo monástico como un a modo de marco perfecto para la hospitalidad con el peregrino.

# Camino y parroquia rural

RVDO. D. MANUEL GONZÁLEZ  
Párroco de Hospital de Órbigo

Supongo que la encomienda de esta comunicación se debe a la antigüedad de la Parroquia de Hospital de Órbigo en este servicio de evangelización a los peregrinos, como enseguida indicaré.

Quiero, por ello, hacer de esta comunicación un homenaje a cuantas parroquias, con sus hospitaleros, vienen ejerciendo esta actividad de acogida, ahora y cuando sólo las parroquias, junto con los monasterios, ejercieron esta actividad de acogida cristiana, a lo largo de los siglos.

Enmarcaré esta comunicación, en cuatro breves epígrafes:

1. De qué ámbitos, situaciones y escenarios llegan los peregrinos que acogemos.
2. La búsqueda de los peregrinos como metáfora de la búsqueda antropológica del ser humano.
3. LA EVANGELIZACIÓN como identidad y medio de responder y «habitar» los nuevos escenarios.
4. Ayer y hoy de la evangelización en Hospital de Órbigo.
  1. ¿Cuáles son, pues, los ámbitos, situaciones y escenarios de los que llegan los peregrinos?

Por nuestra observación y, en coincidencia con certeros análisis que otros han realizado, los peregrinos llegan de un mundo globalizado que soporta sectores no creyentes; sectores de creencias muy diversas a la fe cristiana; sectores de cristianos que conforman la consabida apostasía silenciosa, producida por el secularismo al que ha llevado la autosuficiencia y el desinterés por la verdad y la moral, realidades que sólo pueden nacer y valorarse desde Dios, como origen y fuente de sentido. Ello ha llevado a una verdad pequeña, coyuntural que nace de lo que cada cual opina y no del reconocimiento de una verdad objetiva, universal, absoluta, divina... No faltan, por otra parte, sectores que buscan un plus de iluminación y fortaleza para vivir por encima del mencionado clima

ambiental e incluso para un discernimiento vocacional, logrado en muchos casos que conocemos.

2. De estos presupuestos surgen los interrogantes y búsquedas del peregrino, como metáfora de las búsquedas de todo ser humano insatisfecho, como en alguna ocasión ha señalado D. Julián, arzobispo de Santiago. Lo explicaba con mucha claridad, en un anterior Congreso en Ponferrada, D. Gonzalo Tejerina, como experto observador y estudioso del camino, buscando explicación al dato constatado de que, mientras el alejamiento de la Iglesia y de la fe decrece alarmantemente, aumenta considerablemente el peregrinaje...Y él respondía: *«El peregrino, al decidir peregrinar lo hace desde la conciencia de ser limitado e incompleto, por lo que se siente impulsado a buscar realidades de valor no poseídas que le enriquezcan ó le conformen como persona y le ayuden a colmar su propio yo».*

En esta misma línea el emérito papa Benedicto, al comentar este año el peregrinaje de los Reyes Magos dice que *«no hicieron su peregrinación porque fueran fantasiosos ni para saber más cosas, sino para saber lo que es esencial, por lo que, su peregrinación exterior era expresión de un estar interiormente en camino»...* *«Y, desde aquél comienzo —sigue diciendo— hombres de toda proveniencia, de todos los continentes y culturas y modos de pensar y de vivir, se han puesto en camino».* En el aeropuerto de Santiago afirmó también: *«En lo más íntimo de su ser el hombre está siempre en camino, en búsqueda de la Verdad... La iglesia participa de ese anhelo profundo del ser humano y ella misma se pone en camino, ACOMPAÑANDO AL HOMBRE, que ansía la plenitud de su propio ser».*

3. De este planteamiento surge la gran responsabilidad de la Iglesia, a la que pretendemos pertenecer de manera particularmente auténtica los que acogemos, de salir al encuentro y responder a las búsquedas y saciar la sed de tantos samaritanos de la vida que llegan a nosotros en concreto. Y, todo esto hacerlo, no como ha dicho ya el papa Francisco, *«como meras y piadosas ONGS, sino desde una honda evangelización que llega a lo hondo del corazón y la conciencia»*, donde, diría el Concilio, *se fraguan las grandes y certeras decisiones.*

A este respecto han dicho los Obispos Españoles en el Plan pastoral 2011- 2015 *«La Nueva Evangelización implica saber leer y discernir los NUEVOS ESCENARIOS que en estas últimas décadas han surgido, dentro de la historia humana, para HABITARLOS Y TRANSFORMARLOS EN LUGARES DE TESTIMONIO Y ANUNCIO DEL EVANGELIO».*

Se trata de escenarios sociales, culturales, económicos, políticos y religiosos, escenarios de la globalización, las migraciones...etc. HABI-

TAR, y transformar, en lugares de testimonio y anuncio del Evangelio, escenarios surgidos de la globalización, migraciones... dos características bien aplicables al Camino de Santiago y a los lugares de acogida con identidad eclesial.

4. En este contexto ha estado el ayer y está el hoy de la evangelización en la parroquia y Albergue de Hospital de Orbito.

Fue ya en el s. XII cuando la Orden de S. Juan de Jerusalén, hoy soberana Orden de Malta, vino y creó un Hospital para pobres y peregrinos, y, como les explico yo, cuando procede, sabían muy bien que las heridas interiores son más profundas y distorsionantes que las de los pies, y, por eso, frente al Hospital erigieron una Iglesia para sanación e iluminación interior. Por eso, cuando el pasado 9 de febrero de 2013, esta Soberana Orden, celebraba el IX centenario de la aprobación por el Papa Pascual II, entre otras cosas les dije que *«en este año de la fe también vosotros estáis llamados a profundizar en el conocimiento del Señor y HACER RESPLANDECER LA VERDAD Y LA BELLEZA DE LA FE, MEDIANTE EL TESTIMONIO DE VUESTRA VIDA Y VUESTRO SERVICIO EN EL HOY DE NUESTRO TIEMPO, ya que, por la fe, a través de los siglos, los miembros de vuestra Orden se han prodigado en asistir a los enfermos y en SOCORRER A LOS PEREGRINOS, expuestos, a veces a graves peligros, escribiendo así páginas brillantes de caridad cristiana y defensa del cristianismo»*.

Es hoy cuando con el magnífico grupo *italo-húngaro* de Hospitaleros, creado, pilotado y coordinado por el excelente y entusiasta Giuseppe Monsone, pretendemos reavivar aquel espíritu originado y cultivado durante siete siglos por esta Soberana Orden.

Muchos son los signos humanos, visibles e inteligibles por peregrinos de todo pueblo, lengua y nación, que venimos realizando en nuestro Albergue parroquial, en orden a responder a la misión que la Iglesia nos confía y los peregrinos y sus diversas situaciones nos demandan.



# Acogida en un Monasterio

SOR ERNESTINA ÁLVAREZ TEJERINA  
Convento de las Benedictinas – León

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento a los organizadores de este Congreso por la invitación a participar en el mismo y a todos ustedes por su amable atención y acogida.

El tema que se nos ha propuesto para esta comunicación es **«Acogida en un monasterio hoy»** y por ello me dispongo a compartir nuestra experiencia en la acogida de los peregrinos acompañada de algunas breves reflexiones a este respecto.

Desde nuestra ventana del monasterio les vemos partir hacia Santiago de Compostela. Han venido a nuestro albergue de todos los lugares y países, solos o en grupos, andando o en bicicleta... Son los peregrinos, «los que caminan por tierra extraña».

Han sentido dentro de sí una inquietud, un deseo de ir más allá de sí mismos. Les entendemos muy bien porque ese mismo sentimiento fue el que nos movió a las monjas a venir al monasterio y ponernos en camino buscando «algo más». Todos anhelamos ese encuentro definitivo.

*«Se dice que San Serapio yendo de peregrinación visitó a una famosa monja ermitaña que vivía en una pequeña habitación de la que no salía nunca. Él, que erraba siempre por valles y montes, no comprendía esa forma de vida y le parecía absurda. Cuando se encontró ante ella le preguntó: «¿Qué haces ahí sentada todo el tiempo?». Ella le respondió: «No estoy sentada, estoy en camino». (Apoteogmas de los padres del desierto)*

## 1. ¿Por qué acogemos nosotras a los peregrinos?

Porque somos monjas benedictinas.

Nuestra espiritualidad parte de los llamados Padres y Madres del desierto. Hombres y mujeres que poblaron los yermos de Egipto, Siria, Capadocia, Palestina..., buscando la unión con el Absoluto.

Para ellos era muy importante la acogida y nos sorprenden porque, a pesar de alejarse físicamente de la sociedad, o quizás gracias a ello, fueron especialmente sensibles a todos los problemas e interrogantes de



los hombres y supieron dar respuestas válidas no sólo para su época sino para todos los tiempos.

Valga como ejemplo de la importancia que daban a la hospitalidad, el caso que cuenta el monje Casiano en el libro de las Instituciones y que tuvo lugar en su recorrido por el bajo Egipto junto a su amigo Germán: *«Fuimos a ver a un anciano que nos dio de comer. Estábamos satisfechos pero nos exhortaba a comer más. Al decirle que ya no podíamos respondió: Esta es la decimosexta vez que preparo la mesa para hermanos que llegan e, invitándolos, he comido con ellos; y todavía tengo hambre.»*

San Benito recoge toda esta tradición y, en su Regla, hace hincapié en la hospitalidad, Quiere que se *«acoga al huésped como a Cristo en persona (RB 53, 1) y se ponga especial cuidado en la atención a los hermanos en la fe y a los peregrinos... adorando en ellos a Cristo que es a quien se recibe»*. (RB 53,2.7). Insiste de nuevo, en el mismo capítulo, en que *«se muestre la máxima solicitud en la acogida de los pobres y peregrinos»* y da sus razones: *«porque en ellos se recibe más a Cristo»*. (53,15).

También en el capítulo dedicado al mayordomo le dice que *«se preocupe con toda solicitud de los enfermos, niños, huéspedes y pobres»* (RB 31,9)

Hay constancia de que nuestra comunidad acoge peregrinos desde el siglo XV. En el pueblo de Carbajal de la Legua, donde vivimos desde el s.XII hasta 1.600, hay un documento del año 1490 que dice: *«Las monjas tienen un hospital»*, es decir unan hospedería, seguramente para atender a los peregrinos necesitados que transitaban por el Camino Francés. Carbajal, con su monasterio de benedictinas, era el primer pueblo poblado que, partiendo de León, encontraban los peregrinos.

Se conserva un escrito de 1590 que refleja cómo entre las personas a las que el monasterio pagaba salario, estaba la hospitalera.

## **2. ¿Cómo les acogemos en la actualidad?**

Siguiendo la tradición de nuestras hermanas, también la comunidad de Santa M<sup>o</sup> de Carbajal del siglo XXI quiere acoger a los peregrinos y por eso se abrió el albergue que, situado en el casco antiguo de León al borde del camino de Santiago, funciona desde 1994.

## **3. ¿Qué deseamos ofrecerles?**

Lo primero que constatamos en los encuentros que tenemos con los responsables de otros albergues es que hay diferentes formas de situarse ante esta realidad de los peregrinos y todas ellas se complementan.

Nosotras somos conscientes de que el talante contemplativo es importante para cualquier forma de acogida pero más importante aún, si cabe, cuando se trata de la acogida de peregrinos. ¿Por qué? Porque nos encontramos con personas muy diferentes que generalmente vienen cargados de heridas y son tremendamente vulnerables. Ello nos obliga a una especial delicadeza y atención para poder ayudarles, para acertar, en la medida de nuestras posibilidades en ofrecerles aquello que están realmente necesitando; para que nuestra acción hospitalaria sea en realidad una respuesta a sus necesidades.

Este talante contemplativo nosotras lo adquirimos manteniendo nuestra vida de silencio, oración y vida de comunidad. Al acallarnos a nosotras mismas nos hacemos capaces de dar entrada y acoger la realidad del otro. Creemos que sólo la calidad y profundidad de nuestra vida monástica aseguran la verdad de nuestro servicio a los peregrinos.

¿Y qué deseamos ofrecerles? Ante todo intentamos favorecer al experiencia cristiana, ser signo y señal que apunte a Jesucristo y, desde nuestro carisma, consideramos que es una comunidad que celebra la liturgia, la mejor forma de estimular el crecimiento de la relación con Dios de todo el que participa.

La liturgia es la primera y principal escuela de oración del cristiano y el ámbito donde se despliega habitualmente la vida espiritual. En la liturgia toda la oración cristiana encuentra su fuente y su término. (CIC 1073)

Nosotras creemos, y así lo venimos experimentando, que la celebración litúrgica no es un mero rito extraño a la vida del peregrino sino que va dirigida a dar respuesta a su demanda de sentido a menudo buscada en otros ámbitos. En la celebración litúrgica el Espíritu transforma verdaderamente a las personas y, con su gracia, las hace disponibles para acoger el momento de la salvación.

*«La Santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas a la cual tienen derecho y obligación en virtud de su bautismo todo cristiano porque es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano» (SC14)*

*«Así nosotras entendemos la liturgia, más que nunca, como el principal componente de la Nueva Evangelización mediante la cual la Iglesia manifiesta al mundo a Cristo. La liturgia no es sólo un anuncio sino acción que el Espíritu realiza por la presencia del Misterio salvífico de Cristo. Encontramos en el peregrino una necesidad cada vez mayor de signos que*

*lo introduzcan en el Misterio» (Rino Fisichella, Presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización del libro la Nueva Evangelización).*

En la acogida a los peregrinos y juntamente con la caridad, creemos que hay una propuesta que, como comunidad monástica, debemos ofrecer. Por la misión que nos ha confiado la Iglesia, estamos llamadas a prestar especial atención y cuidado de la dimensión litúrgica, nuestra tarea más importante y específica. Queremos manifestar a todos los peregrinos lo mejor de nuestra espiritualidad.

#### 4. ¿Cómo se concreta esta participación litúrgica?

Los peregrinos pueden acudir a nuestra capilla y a la Iglesia que permanecen abiertas todo el día y disponibles para orar desde las 6,30 de la mañana hasta las 10 de la noche. Se pueden incorporar a las celebraciones con la comunidad, y de hecho lo hacen, desde los Maitines hasta el rezo final de Completas. A la Eucaristía precedida de Vísperas a las 7 de la tarde, asisten bastantes.

Donde más personas se reúnen con nosotras es en la oración de Completas que va seguida de la bendición el Peregrino. Se les facilita un folleto en su propio idioma para poder seguir la celebración. Disponemos de folletos en 5 idiomas. Antes de comenzar una hermana hace una breve explicación de esta oración litúrgica y de su estructura. Al terminar la Madre Abadesa imparte la bendición acompañada de una breve reflexión sobre la peregrinación y su sentido cristiano. Estas palabras son traducidas por una monja del monasterio al inglés y al alemán.

Preparamos para los peregrinos dos celebraciones especiales una las primeras vísperas del día de Pentecostés y otra en la festividad de Santiago Apóstol. En ambos casos se hacen las lecturas y las preces en varios idiomas contando con una amplia participación.

También les invitamos a celebrar con nosotras el Triduo Pascual. En este tiempo de Semana Santa, los peregrinos pueden seguir las diferentes procesiones que tienen lugar en la ciudad de León, algunas de las cuales tienen los pasos recogidos en nuestro monasterio.

Los peregrinos pueden solicitar recibir el **Sacramento de la reconciliación** si así lo desean y les ofrecemos el compartir con la comunidad la **Adoración ante el Santísimo** que tenemos todos los jueves por la tarde.

## 5. Dificultades que tenemos

1. Es un albergue grande y no permite un contacto personal y pausado con cada peregrino.
2. Al ser León una ciudad con muchos lugares de gran valor artístico las personas emplean bastante tiempo en visitarla lo que supone un obstáculo a la participación en actividades espirituales que se organizan en el albergue.
3. Observamos que la motivación religiosa va disminuyendo

### Final

Cuando despedimos a los peregrinos por las mañanas sentimos que les hemos acogido como nos indica San Benito en su Regla: *«Con todas las atenciones de la caridad y llevándoles a orar con la comunidad (RB 53)*. No les podemos acompañar físicamente pero sí se ha establecido una comunión espiritual profunda con cada uno y deseamos y estamos seguras de que perciben, en su peregrinación, una presencia orante junto a ellos que les anima y les dice: *«Sigue hasta el final, no temas, adelante, arriba.»*



# Experiencia de acogida de los PP. Franciscanos Conventuales

FRAY JORDI ALCARAZ CUENCA, OFMCONV  
Delegado de Misiones de Justicia y Paz

## 1. Una propuesta largamente soñada

Nuestros orígenes en el Camino de Santiago se la debemos a hermanos de toda Europa que han recorrido como peregrinos el Camino de Santiago, tocados por una experiencia que consideran humana y espiritualmente rica, que expresaron el deseo de crear una presencia evangelizadora y de servicio a lo largo del Camino. Una presencia sostenida por las diferentes provincias franciscanas conventuales de Europa, ya que el Camino de Santiago, como recordó en varias ocasiones Juan Pablo II, es patrimonio universal y particularmente europeo.

El Camino de Santiago se ha convertido en un testigo privilegiado de las raíces cristianas de Europa, volviendo a ser, en muchos casos, un lugar de encuentro e intercambio de fe, de valores humanos y de culturas. Recorriendo el «camino» o simplemente acercándose a alguno de los lugares por los que transcurre, es fácil caer en la cuenta de hasta que punto han vuelto a recuperarse aquellas viejas rutas medievales que peregrinos y penitentes, venidos de todos los rincones de Europa, llenaron de densidad espiritual. Fruto de este movimiento, tuvieron lugar las primeras fundaciones de la Orden en tierras de España (provincia de Santiago). El «camino» que se recorre y que intensifica el día a día, se convierte con frecuencia en parábola de la propia peregrinación humana y creyente.

La Conferencia Episcopal Española y las diócesis por las que pasa el Camino de Santiago, salvando algunas excepciones, tienen una escasa propuesta pastoral de oración, acogida y espiritualidad para los peregrinos que llegan a pueblos, iglesias y monasterios. La experiencia de los que han hecho el Camino certifica que hay gran demanda de lugares de culto abiertos que posibiliten el silencio, la oración y la fraternidad. Espacios de sosiego para dejar que resuene lo que cada peregrino va madurando por dentro. Los peregrinos agradecen, aseguran muchos de los que han recorrido el «camino», la presencia de hermanos y sacerdotes que les pudieran escuchar y celebrar también la reconciliación con el Padre y con la comunidad cristiana.

Una primera toma de contacto y de diálogo fue con fr. Paco Castro ofm, que en la ciudad de Santiago de Compostela anima desde hace años una experiencia de estas características. Acogió con alegría nuestro proyecto, que quería concretarse en una colaboración en red y a través de la red, desde una única propuesta franciscana en lugares diversos del Camino.

a) En proyecto inicial tenía los siguientes puntos:

- El «proyecto de presencia fraterna-testimonial» ha de estar integrado por hermanos de todas las provincias y custodias de la CIMP (Conferencia Inter Mediterránea Franciscanos Conventuales), compartido también por jóvenes voluntarios de nuestros grupos y coordinado por la Provincia de España.
- En todo momento queda clara nuestra identidad de cristianos, de hermanos menores conventuales y la centralidad de nuestra propuesta de oración y de espiritualidad. El Camino de Santiago es por su presencia en el histórica en el tiempo, lugar de presencia franciscana.
- El proyecto se sostiene sobre tres pilares esenciales: fraternidad, acogida y presencia eclesial.
- Los hermanos compartirían periodos de permanencia con disponibilidad para la escucha de los peregrinos que llegan, celebración del sacramento de la reconciliación (sacerdotes)... Los laicos y religiosos colaborarán también en la acogida y en la intendencia.
- Los hermanos de la fraternidad interprovincial y los voluntarios tendrían un ritmo de vida interno, estable y con tiempos personales que les permitiese interiorizar la experiencia que están realizando, y al mismo tiempo renovasen sus fuerzas y motivaciones para responder a la misión que se les encomienda.
- Para esta experiencia de acogida se pensó en un lugar de tradición franciscana a lo largo del Camino. Pareció ser el más adecuado el monasterio de las hermanas Clarisas de Carrión de los Condes en Palencia (siglo XIII), que cuenta con un albergue para peregrinos. La elección la favorecieron dos motivos: cercanía a nuestra fraternidad de Palencia (30 kilómetros) y que nuestros frailes son los confesores actuales de las hermanas.
- Nuestra acogida como nos pide S. Francisco, ha de ser para todos sin excepción (cf. 1R 7, 14): creyentes, no creyentes, alejados, jóvenes, adultos...

## 2. Inicio de la experiencia y búsqueda

En el verano de 2008 hicimos nuestra primera experiencia de acogida en Carrión de los Condes (Palencia). Al año siguiente por diferentes motivos no fue posible repetirla en fraternidad, como era nuestra intención, y el ministro provincial, fray Joaquín Agesta, se brindó personalmente a colaborar en Castrojeriz como hospitalero, algunas semanas en verano, junto con otros voluntarios en el albergue de s. Antón, un antiguo monasterio de los monjes antonianos, hoy en ruinas. La experiencia fue muy enriquecedora aunque se siguió en búsqueda de un lugar que se ajustara mejor a las nuestras posibilidades.

En conversaciones con diferentes, congregaciones, delegados diocesanos del Camino, y obispos de los que en su diócesis pasa el Camino, se llegó a fijar un lugar interesante:

En la ciudad leonesa de Ponferrada, a casi 200 kilómetros de la meta jacobea, existe un albergue parroquial dedicado al santo eremita suizo Nicolás de Flüe capaz de hospedar cada noche a más de 250 peregrinos. El párroco, don Antolín Cela, actual delegado diocesano del Camino y rector de la Basílica de Nuestra Señora de la Encina y, buscaba una congregación religiosa que le pudiera echar una mano en la asistencia espiritual a los peregrinos y que cubriese todo el período veraniego de julio y agosto (junto a los agustinos, que ya desde hace años desempeñan este servicio en la primera quincena de agosto). Los caminos de la Providencia enlazaron esta petición de ayuda con la disponibilidad y el interés de los franciscanos conventuales de España. Se comunicó este proyecto a todos los conventuales del área mediterránea para enriquecer el servicio en Ponferrada con frailes de distintas nacionalidades y lenguas que pudieran garantizar una presencia lo más significativa posible para atender las necesidades de los peregrinos. Con sencillez y fraternidad, los frailes han compartido la vida cotidiana de oración y servicio, pasando los tiempos de descanso en un reducido apartamento puesto a su disposición por la parroquia ponferradina en los aledaños de la monumental basílica de Ntra. Sra. de la Encina. La gestión del albergue ha corrido a cargo de un grupo de laicos, los «Amigos del Camino», procedentes de todo el mundo, antiguos peregrinos que tras enamorarse de su propia experiencia han creído oportuno ofrecer algo de su tiempo vacacional al servicio de un voluntariado a favor de las necesidades de los albergues diseminados a lo largo del trazado jacobeo.

## 3. Nuestra tarea en la acogida

Como franciscanos, nuestra tarea fundamental es la atención espiritual a los peregrinos, aunque por las mañanas colaboramos también con



los hospitaleros en la limpieza y acondicionamiento del albergue, que abre sus puertas a partir de las 13:00 horas. Por la tarde, a medida que van llegando los peregrinos, se trata sencillamente de estar ahí, presentes y disponibles para que quien lo desee pueda acercarse a conversar un rato (algunos) o para la confesión sacramental (muy pocos). La jornada concluye con la celebración de la Eucaristía para los peregrinos, que se celebra cada tarde a las 20:00 horas y en la que suelen participar entre 20 y 30 personas, dependiendo de los días y de la ocupación del albergue. En la celebración, buscando siempre la colaboración de los participantes, hemos tratado de incluir cada día cantos, oraciones y textos en distintos idiomas. Especialmente emotiva resulta para muchos la bendición de los peregrinos al final de la celebración eucarística: «Te pedimos, oh Dios, que protejas a estos peregrinos que por amor de tu nombre se dirigen a Compostela. Sé para ellos compañero en la marcha, guía en las encrucijadas, aliento en el cansancio, defensa en los peligros, albergue en el camino, sombra en el calor, luz en la oscuridad, consuelo en el desaliento y firmeza en sus propósitos. Que con tu asistencia, Señor, lleguen felices al término de su camino, fuertes en la fe, alegres en la esperanza, generosos en la caridad, y puedan regresar santificados y sanos de vuelta a sus hogares». Para los que deseen un rato más de intimidad se ofrece seguidamente un tiempo de oración, en diferentes idiomas, partiendo de algún salmo y canto del estilo Taizé, sencillos y fáciles de seguir, unas peticiones y una bendición al peregrino personal y, a poder ser, en su propio idioma. Se cuida también el ritmo de la fraternidad con sus tiempos de oración comunitarios, los tiempos personales y los tiempos de descanso comunitario.

#### **4. Motivaciones diversas**

Hoy las motivaciones de quienes emprenden el Camino de Santiago son muy diversas y variadas. Para muchos es ruta turística, paisajística, artística, gastronómica, viaje cultural y folclórico, actividad deportiva, senderismo, vacaciones baratas en época de crisis... Nuestras administraciones públicas, españolas y europeas, lo han definido como «itinerario cultural europeo». Aunque el origen del Camino es religioso, en realidad siempre han transitado por él gentes de los más variados pelajes e intenciones. Salvando las distancias, la situación no debía ser muy distinta cuando, en el siglo XIII, el abad de Roncesvalles mandó esculpir estas palabras a la entrada de aquel hospital de peregrinos: «La puerta está abierta a todos enfermos y sanos, no sólo a católicos, sino también a paganos, judíos, herejes, ociosos y vagos; y más brevemente, a dignos y profanos». En otras palabras, a todos los que están en el Camino, sin

discriminación alguna. Ese mismo espíritu de acogida es el que se ha querido plasmar en la puerta de entrada del albergue San Nicolás de Flüe. Junto al símbolo de los hospitaleros voluntarios (una figura humana con los brazos abiertos), hay un cartel que traduce en distintos idiomas la frase latina *Porta patet, magis cor* («La puerta está abierta, más aún el corazón»).

## 5. Momento de búsqueda

Para algunas personas —pocas o muchas, no importa— el Camino de Santiago constituye también una ocasión y un momento de búsqueda, de crecimiento interior y de crecimiento en la fe. El Camino es ejercicio de austeridad y sobriedad: partimos con lo necesario y prescindimos de lo superfluo, y todo lo que necesitamos cabe en una mochila. Es experiencia de la limitación: cansancio, sed, dolor. Es una prueba de humildad y nos da una visión realista de nuestras posibilidades. Es soledad, silencio interior, mirada hacia uno mismo, esfuerzo y ascesis que robustecen la voluntad. El Camino es también comunión con la naturaleza: paisajes, amaneceres, ocasos, ríos, secarrales, valles, montañas...; y comunión con los demás: las gentes del Camino, las huellas de otros peregrinos, los hospitaleros... Es ocasión para ejercitar la capacidad de admirar y agradecer, llevando los ojos, los oídos y el corazón abiertos y dispuestos a dejarse sorprender. Y el Camino es asimismo búsqueda espiritual, espacio y tiempo para la apertura a la trascendencia: somos éxodo desde el nacimiento a la muerte (*homo viator*), «peregrinos y forasteros» —como amaba repetir Francisco de Asís— que se encaminan hacia la casa del Padre, nuestro hogar definitivo. Es ocasión para arrojar el lastre de nuestras miserias y nuestro pecado (sentido penitencial del Camino), ocasión de conversión al Señor: frente al hombre extra-viado, el hombre en-caminado.

## 6. Transformación interior

Cuando se afronta con esas actitudes, el Camino se convierte también en itinerario de transformación interior: el Camino se va haciendo y nos va rehaciendo por dentro. Peregrinar es estar siempre en búsqueda, el peregrino es un buscador: de paz, de luz, de conocimiento, de fe... Y ahí se inserta nuestra presencia y nuestra labor pastoral en el albergue, especialmente por tratarse de un espacio de acogida de la Iglesia, heredero de la larga tradición de los monasterios y otras instituciones eclesiales, tan presentes en la historia del Camino de Santiago.

Respetando las motivaciones y los procesos personales de cada uno, se trata de ayudar a que el Camino sea también experiencia de fe, oración, contemplación, de manera que no desaparezcan el sentido cristiano de la peregrinación ni los signos de identidad del Camino de Santiago. No importa sólo caminar, sino cómo se camina, cuáles son los motivos al caminar. No importa tanto haber caminado, sino haber sabido caminar para no perdernos nada del Camino: paisajes, gentes, arte, cultura... y fe. Pisando sobre las huellas de millones de pies que han recorrido antes que nosotros este mismo Camino, unidos —como un eslabón— a otros muchos en la larga cadena de la fraternidad jacobea a lo largo de los siglos, herederos y continuadores de una tradición milenaria, repetimos también nosotros el viejo lema jacobeo: *Ultreia et suseia, Deus adiuva nos* («Siempre más lejos, siempre más arriba; Dios, ayúdanos»).

## 7. Balance de los cinco años de experiencia

La experiencia ha sido desigual en su modalidad y en su ubicación en los dos primeros años del resto del tiempo (Carrión y Castrojeril).

La siguiente presencia ha sido más estable en Ponferrada (León), La valoramos muy positivamente; por la posibilidad de convivencia interprovincial que nos brinda, por la posibilidad de cercanía a peregrinos de toda condición y por el testimonio y acompañamiento espiritual y vocacional que ofrece. El enclave del albergue, tan sólo a 200 km. de Santiago, permite el contacto con muchos peregrinos: desde los que comienzan etapas, que llevan sus preguntas y su propia vida para dejárselas cuestionar, hasta los que llevan muchas etapas donde las dificultades del camino hacen su mella y también se abren a mirar su vida desde la contemplación, la gratuidad y a la acogida.

El albergue y el lugar diferenciado donde reside la comunidad de frailes, permite una autonomía importante para llevar un ritmo equilibrado de comunidad. También nuestro agradecimiento a la acogida por parte de la Diócesis de León, en especial por D. Antolín de Cela (delegado diocesano del Camino y rector de la Basílica Ntra. Señora del a Encina), al actual párroco D. Miguel Ángel Pérez, fraile palotino, actual párroco y capellán del albergue: Ellos se mostraron disponibles y abiertos a nuestras necesidades como pequeña fraternidad provisional en los meses de verano,

Como dificultad en Ponferrada encontramos que es un albergue muy grande, y masivo por ser el único público de la ciudad (unos 200 peregrinos al día), donde se hace difícil personalizar. La gestión no es nada

fácil y requiere mucho voluntarios cada día, difícil de cubrir con frailes y jóvenes de nuestras comunidades. De hecho, la Asociación Amigos del Camino aporta los hospederos para casi todo el año, y agradecidos. Estos hospitaleros suelen ser generosos con su tiempo y respetuosos con las propuestas explícitas de fe, pero no siempre se implican o no las sienten como propias. Al ser tan grande el albergue se hace difícil hacer una propuesta a todos los peregrinos de cena compartida o de un tiempo de oración compartido. En albergues más pequeños se hace más fácil este tipo de propuestas. La asistencia a la celebración de la Eucaristía y oración de bendición suele ser un décimo parte. Es una propuesta un poco a la carta.

A nivel interno, de los Franciscanos Conventuales queremos compartir con algunas Provincias que aún no han participado en esta iniciativa, que a nuestro juicio abre una nueva posibilidad de evangelización con modalidades de presencia y encuentro nuevos. El Ministro general y el Gobierno de la Orden han alentado siempre el intento y han sido siempre informados de los pasos que hemos ido dando.

Ofrecemos a los formadores de las casas de formación de Europa fundamentalmente, que oferten a los hermanos en formación inicial la posibilidad de colaborar en la acogida a los peregrinos del Camino de Santiago y en una vida fraterna sencilla y en misión que en esta experiencia les podemos ofrecer.

Por el momento vemos necesario y sensato permanecer en el enclave de Ponferrada (León) para seguir realizando este ministerio, acomodando los espacios de la parroquia con el fin de poder acoger entre nosotros algunos voluntarios de nuestros grupos juveniles, también con un objetivo vocacional (compartir un modo de vida sencillo y misionero).

Queda como reto para el futuro poder gestionar nosotros una acogida física, tiempos de celebración, oración, servicio y diálogo en grupo y personalmente. Nuestra disponibilidad limitada no consiente mayor compromiso con posibilidades más amplias en la profundización de la experiencia.

## **8. Algunas determinaciones para el futuro de nuestra presencia son**

- Seguir alentando la experiencia interprovincial fraterna de estos años, en la convivencia de hermanos de las distintas provincias al servicio de peregrinos de todo el mundo.
- Incorporar jóvenes voluntarios creyentes de nuestros grupos a la experiencia, con un objetivo incluso vocacional.
- Cuidar la estabilidad que ya hemos conseguido en Ponferrada, hasta que encontremos una alternativa que nos satisfaga mayormente.

- Explorar la posible acogida y servicio de voluntarios nuestros en la casa de los pobres, dependiente de la Basílica en Ponferrada.
- Propuesta de gestionar algunas semanas en verano todo el albergue de Ponferrada nosotros, con una doble experiencia que reparte los posibles voluntarios: una semana camino de Santiago y la otra servicio en el albergue.

## 9. Por que seguir en el camino

Nuestro modo de ser, franciscanos, encaja muy bien con la espiritualidad del Camino. Nuestra vocación primera es la de ser «hermanos», y en el Camino los peregrinos experimentan el valor de la fraternidad, el valor del compartir sea cual sea la condición de que se parte, en el cansancio y las dificultades nos unimos cuando no hay un afán competitivo. El camino ofrece sentirse hermano sea de tu mismo país u otro, sea desde una motivación u otra, y permite sentirse hermano con la creación, los paisajes, las criaturas, el silencio, que permiten reencontrar esa relación rota con todo lo que Dios nos confió. Lo siguiente a «hermanos» es ser «menores», el Camino posibilita relaciones de iguales, sin luchas de poder, relaciones de servicio, de acogida, la desapropiación.

S. Francisco decía que el claustro de los frailes debían ser los caminos, plazas y calles de los pueblos. Hoy en día estamos llamados a una Nueva Evangelización, concretamente en una Europa que va perdiendo sus referentes cristianos, en un entorno donde las iglesias se van vaciando gente, y cada vez acuden menos a las parroquias. Hoy se hace necesario volver a salir a los caminos y que mejor que uno que ya tenemos desde hace siglos: El Camino de Santiago, y que ya desde nuestros orígenes en el Siglo XIII, tenemos presencia. El Camino posibilita el encuentro con gentes que difícilmente acude a nuestras iglesias, a nuestras propuestas.

El camino se ofrece como lugar de búsquedas, Además se hace necesaria una propuesta explícita y clara de nuestra fe, como Iglesia, nuestro tesoro, porque si no lo ofrecemos nosotros, otros ofrecerán otras propuestas que a lo mejor no son tan humanizadoras o liberadoras.

A pesar de nuestra modesta presencia, nuestra acogida la hacemos como fraternidad, pero a la vez nos sentimos unidos a toda la familia franciscana a lo largo del camino, y todos los que ofrecen una acogida cristiana a los peregrinos. Acogiendo al peregrino acogemos al mismo Cristo, él que se hizo peregrino para mostrarnos el verdadero rostro de Dios. Y en definitiva nos sentimos en comunión con toda Iglesia de seguir mostrando el rostro de Dios.

# Experiencias en la Peregrinación

MUNDO NUEVO  
Parroquia de Santiago de San Sebastián

Sres. y Sras. Congressistas:

Ante la imposibilidad de trasladarnos a Compostela para participar en el I Congreso Internacional sobre Acogida Cristiana y Nueva Evangelización en el Camino de Santiago, enviamos esta sencilla comunicación.

Esta comunicación quiere ser un mensaje de esperanza, de ilusión, de entusiasmo evangélico, para todas aquellas personas que desean realizar y revitalizar una pastoral Evangelizadora a través de los Caminos de Santiago.

Este mensaje se fundamenta en nuestra experiencia a través de 47 años en el Movimiento Mundo Nuevo, ubicado en la ciudad de San Sebastián, Guipúzcoa y más concretamente en el Barrio de Amara y dentro de la jurisdicción de la Parroquia de Santiago Apóstol.

## Mundo nuevo

Es un Movimiento que, a través de la animación social, cultural, religiosa cristiana católica, intenta ser un puente entre la Iglesia Católica y los ambientes populares apartados de la Iglesia, con el fin de evangelizar.

El proyecto educativo-pastoral evangelizador, se fundamenta en un itinerario centrado en la vida como peregrinación hacia el encuentro con Jesucristo, que nos guía hasta el abrazo definitivo con el Dios Amor.

Dentro de ese itinerario se incluyen los siguientes objetivos jacobeos:

- Ayudar a conocer la persona de Santiago Apóstol y fomentar su devoción y culto, en cuanto Protector e Intercesor ante Jesús.
- Dar a conocer la historia y el arte surgidos como expresión de la fe que nos transmitió Santiago, con el fin de impulsar la reflexión cristiana.
- Fomentar la Peregrinación al Sepulcro del Apóstol Santiago con espíritu penitencial, de acción de gracias y de petición.

Como medios para cumplir los objetivos propuestos, se realizan diversas actividades a través de cada etapa o curso pastoral.

**PEREGRINACIÓN AL SEPULCRO.** Desde el año 1965 se vienen realizando Peregrinaciones a pie, a Santiago con jóvenes y en autobús con adultos.

Estas Peregrinaciones son un medio formidable para profundizar en las raíces de nuestra fe cristiana y para reflexionar sobre lo que ha supuesto la Fe y la devoción jacobea en nuestra cultura y arte.

Este aspecto es de gran importancia en nuestra sociedad arreligiosa, que manipula y tergiversa la historia.

Y, fijándonos especialmente en la infancia y juventud, en quienes se encuentra el porvenir fraterno de los pueblos de España y de la Iglesia, tiene capital importancia la aventura misionera de Santiago en Hispania, que trasciende a su muerte, a través de su Sepulcro en la Catedral Compostelana.

En este tiempo, en que la juventud vive, en general, una falta de ideales y de perspectiva ilusionante, la figura de Santiago y la Peregrinación, tienen una gran atracción, si sabemos presentar con ilusión y vida.

**AUTOS SACRAMENTALES.** El cuadro escénico de Mundo Nuevo representa los Autos sacramentales «Escenas del Camino» y «Santiago Boanerges».

A lo largo de la geografía del Norte de España, Zaragoza, Madrid y Lourdes (Francia), ya ha tenido más de cien actuaciones.

**CELEBRACIONES LITÚRGICAS.** Con motivo de la Fiesta de Santiago, de la Traslación de sus restos y en diversas circunstancias.

**ENCUENTROS.** De preparación espiritual y cultural-histórica, con quienes se disponen a peregrinar a Santiago, por el medio que sea.

**ATENCIÓN.** Espiritual y sellado de la credencial a peregrinos que marchan por el Camino de la Costa: Charlas, conferencias, mesas redondas sobre diversos temas jacobeos.

**CONCIERTOS.** De canciones jacobeadas y de Peregrinación, algunas muy antiguas, que ofrece el grupo Ultreia de Mundo Nuevo.

**EXPOSICIONES.** Con fotografías y paneles, que explican sobre «Guipúzcoa y Santiago»; «La Casa del Apóstol»; «Santa María, en los Caminos de Santiago».

«Del Camino Francés», con detalle de todo lo artístico e hitos en cada provincia del Camino.

MUESTRAS DE RELATOS de Peregrinos, a lo largo de siete años, desde el año 2001. Llegaron relatos desde los puntos más distantes.

SEÑALIZACIÓN. Con baldosines del Camino, a su paso por el Barrio de Amara en San Sebastián.

PUBLICACIÓN. De un boletín de información jacobea.

IMPRESIÓN y reparto de pegatinas, pañoletas, carpetas, etc...

PARROQUIA DE SANTIAGO

Y con el fin de recuperar la Tradición de la relación de la Guipúzcoa antigua con Santiago Apóstol, el Templo de la Parroquia de Santiago se ha ornamentado con símbolos e imágenes que recuerdan dicha relación.

Como conclusión a esta comunicación, podemos afirmar que la implicación de lo jacobeo en nuestro proyecto educativo pastoral evangelizador, a través de estos 47 años ha sido y continúa siendo totalmente positivo.

Lo que hace falta es superar la rutina, el cansancio, otros intereses, poner ilusión, sacrificio, esfuerzo y no reducir lo jacobeo a una faceta meramente cultural y espiritual sincretista.

Lo demás, se nos dará por añadidura.

María y Santiago interceden constantemente ante el Señor y nos ayudan en nuestro camino. ¡ULTREIA!





# El Centro Europeo de Peregrinación Juan Pablo II

ROMÁN WCISLO  
Orden religiosa de La Saleta

Nuestro albergue está situado en el Monte del Gozo entre el Monumento de los Peregrinos y el camping. Inaugurado en el 1993 cumple 20 años al servicio de los peregrinos. Desde el año 2002 el Centro está atendido por los Misioneros de Nuestra Señora de la Saleta.

Los peregrinos que vienen a nuestro albergue disponen de salas con literas, habitaciones, cocina donde pueden preparar sus platos, restaurante y dos capillas internas. También hay una pequeña biblioteca y acceso a internet.

### **Voluntariado**

Pensando en la acogida cristiana, primero hay que hablar de los que acogen o sea de los hospitaleros. Desde hace 4 años el Centro en colaboración con la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Polonia cuenta con la ayuda de los voluntarios que vienen a partir del mes de mayo hasta el octubre. La condición para poder ser voluntario en nuestro Centro es haber hecho previamente el Camino de Santiago lo que asegura que las personas que se apuntan al voluntariado conocen el amplio abanico de las necesidades de los peregrinos que se alojan. Los voluntarios ayudan en todo lo relacionado con el funcionamiento del albergue.

Por otro lado hay también una atención espiritual hacia los voluntarios, ya que durante su estancia en el Centro están integrados en nuestra pequeña comunidad religiosa, compartiendo el tiempo y espacio con nosotros, lo que crea un ambiente familiar que después se transmite a los peregrinos. El punto fuerte de cada día es la oración por la noche que nos reúne en la capilla. De vez en cuando también celebramos la Eucaristía para los voluntarios.

## Acogida a los peregrinos

Nuestro albergue funciona sumergido en una doble realidad. Por una parte, es la última parada para los peregrinos antes de llegar gozosamente a la meta de su andadura y venerar los restos del Apóstol Santiago que descansan en la catedral. En este sentido aun somos un albergue en el Camino. Y por otra parte, para la mayoría que se alojan en nuestras instalaciones, somos ya el albergue final, donde los peregrinos pueden permanecer varios días esperando la fecha de su retorno a casa. Aquí hay que destacar que somos prácticamente el único sitio de Santiago que recibe a los peregrinos a base del donativo, que hace de él un espacio donde los más pobres, que al final del Camino se encuentran sin recursos, pueden encontrar un techo y un plato caliente.

Las dos capillas ubicadas en el Centro están a disposición de los peregrinos. Todos los días en una de ellas se celebra la Eucaristía. Muchos peregrinos aprovechan también la estancia en nuestro albergue para recibir el sacramento del perdón. Por las mañanas invitamos a todos los que lo deseen a un momento de meditación delante del Santísimo. Para esto disponemos de la Sagrada Escritura en varios idiomas.

Un momento importante de cada día es lo que llamamos la sopa del peregrino que se sirve a las 8:30 de la tarde. Se empieza con una breve oración y a continuación se sirve la sopa creando un espacio y un tiempo donde los peregrinos pueden compartir sus experiencias, vivencias relacionadas con el Camino. Es un momento muy valorado por todos los peregrinos y muchas veces se convierte en una larga tertulia.

Al estar al final del Camino tenemos suerte de recoger todas las experiencias que los peregrinos acumulan durante su andadura. No hay duda que lo que más valoran en los albergues de la Iglesia es calor humano, acogida cordial, capacidad de escucha, ambiente familiar y también las propuestas que hacen estos albergues a nivel espiritual.

## La capilla de San Marcos

La capilla de San Marcos en el Monte del Gozo permanece abierta desde el mes de abril hasta el octubre. También en este periodo del tiempo se celebra la misa para los peregrinos todos los días de la semana, siempre con la bendición del peregrino al final. Dado que en la Eucaristía participan los peregrinos de varias nacionalidades, nuestra intención es hacer la celebración cuanto más participativa, introduciendo otros idiomas en diversas partes de la misa. Antes o después de la misa los peregrinos tienen también la posibilidad de confesarse.

## EL ENCUENTRO HECHO FIESTA EN LA CELEBRACIÓN

JULIÁN LÓPEZ MARTÍN  
Obispo de León

### Introducción

«¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor! Ya están pisando nuestros pies, tus umbrales, Jerusalén!» (Sal 122,1). He querido comenzar con estas palabras del más célebre salmo de las subidas a Jerusalén porque expresan perfectamente lo que, según entiendo, se me ha pedido en esta conferencia, dentro del I Congreso Internacional «Acogida cristiana y Nueva evangelización en el Camino de Santiago». En efecto, el salmo es un himno bíblico que, según una afortunada musicalización realizada en los comienzos de la reforma litúrgica en España, se ha popularizado de tal manera que es elegido con frecuencia como canto de entrada de muchas celebraciones.

Este primer versículo ofrece letra y melodía a quienes como los peregrinos de Santiago, al divisar en el Monte del Gozo las torres de la catedral compostelana, dan rienda suelta al júbilo y a otras expresiones del sentimiento humano y religioso. Jerusalén es aquí no sólo la referencia simbólica de la meta ansiada y procurada por los peregrinos —me estoy refiriendo al salmo como canto de entrada de la liturgia eucarística— sino también el *ámbito de la celebración* en la que va a culminar la experiencia de todo el que se pone en camino con las actitudes, entre otras posibles, del hijo pródigo hacia la casa del Padre, movido por un deseo o un propósito de conversión, de renovación interior o, sencillamente, de encuentro con Dios en Jesucristo.

En el comienzo del salmo se funden dos momentos intensamente vividos por el fiel creyente que accede a la celebración: el día o el instante en que escuchó la invitación a *acudir a la casa del Señor* (v. 1), y el lugar de la celebración, la iglesia normalmente, y el momento, día o instante de la gozosa llegada o entrada dentro de los *umbrales* de Jerusalén (cf. v. 2). Estas dos sencillas referencias son suficientes para cumplir la finalidad del canto que abre una celebración litúrgica, a saber, «*fomentar la*

*unión de quienes se han reunido e introducirles en el misterio del tiempo litúrgico o de la fiesta y acompañar la procesión de sacerdotes y ministros»* (IGMR 47; cf. 46).

El canto de entrada se interpreta por la asamblea, normalmente de pie, mientras se efectúa la procesión de entrada, como acabo de indicar. En la Misa el pueblo de Dios es congregado bajo la presidencia del sacerdote que actúa en la persona de Cristo, produciéndose entonces el hecho de que esa la asamblea reunida sea signo y manifestación de la Iglesia de Cristo, cumpliéndose la promesa del Señor: «*Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (Mt 18, 20; cf. IGMR 27; 91). Nada impide que, con los ministros y el celebrante principal, caminen o avancen hacia el altar una representación de la comunidad reunida. De hecho en grandes concentraciones son incluso grupos representativos de diversos lugares y procedencias los que avanzan portando banderas o enseñas. Lo que quiere decir el versículo del salmo es claro: los pies ya *pisan*, por fin, la tierra santa, soñada y amada. Este momento es clave para todo lo que va a venir después, porque, mediante el canto, los labios se abren para elevar un himno de fiesta en honor del Señor, anticipando ya el encuentro gozoso con él y con todos los que han acudido a la convocatoria festiva, cargada precisamente de profundo significado espiritual.

En esta aportación al I Congreso Internacional sobre «*Acogida cristiana y Nueva evangelización en el Camino de Santiago*» quisiera analizar, en una perspectiva propia de la liturgia y teniendo en cuenta la relación mutua de esta con la piedad popular, los tres conceptos básicos que se mencionan en el título que me ha sido dado para esta conferencia: «*El encuentro hecho fiesta en la celebración*». Trataré de mostrar cómo la celebración es, efectivamente, el *lugar* y el *ámbito* privilegiado para el *encuentro* convertido en *fiesta* para una asamblea y para cada persona que se integra en ella, si se cumplen los postulados de carácter antropológico-religioso y litúrgico-pastoral que voy a tener en cuenta. De este modo se hará realidad la meta ansiada por el peregrino, cumpliéndose a su llegada al santuario aquella palabra del Señor: «*el que busca encuentra y al que llama se le abre*» (Mt 7, 8).

## **I. Los conceptos «encuentro», «fiesta» y «celebración»**

Estos tres conceptos tienen mucho en común, de manera que se interconectan fácilmente, desde el momento en que nos proponemos reflexionar sobre una realidad tan importante en el ámbito de la vida de los creyentes en Jesucristo como es la *celebración litúrgica*. Esta es una realidad humana y cristiana en la que Dios viene realmente a nuestro encuentro y actúa con el poder de su Espíritu Santo, sin desdeñar la contribución del hombre. Más aún, asumiéndola, suscitándola y eleván-

dola para que se convierta realmente en un acto de culto espiritual y verdaderamente fructífero y santificador para quienes participan en él. En este sentido la reflexión que deseo hacer se mueve casi a la vez en varios campos que sería necesario distinguir y precisar muchos más de lo que se puede hacer en una breve disertación, a saber, el de la antropología cultural y religiosa, en el de la psicología de la religión, en el de lo que conocemos hoy como *piEDAD popular* y no sólo como «religiosidad popular» y en el de la teología y la pastoral litúrgicas.

## 1. El encuentro

El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, en segunda acepción, define el encuentro como «*el acto de encontrarse o hallarse dos o más personas*»; también y posteriormente, como la «*entrevista entre dos o más personas, con el fin de resolver o preparar algún asunto*». Estas indicaciones asépticas nos abren, no obstante, a significados más ricos y sugerentes, pero en el campo bíblico, litúrgico y religioso popular.

### a) *En la Biblia*

En términos bíblicos el «encuentro» no representa en sí una categoría específica sino que está ligado a otros «temas» como el rostro de Dios, la presencia divina, el buscar, el ver, la comunión, etc. En este sentido el Señor no sólo no es un ser lejano sino que se manifiesta continuamente al hombre, lo busca y lo envuelve con su amor; quiere comunicarse con él y que este, a su vez, lo busque y lo encuentre.

De ahí la importancia de *los signos* de esa presencia divina, de la palabra de los enviados de Dios, de las invitaciones a la conversión y a la comunión con Él y entre nosotros. Esta realidad, que alcanza también al pueblo y a la comunidad, llega a su culminación en Jesucristo durante su vida terrena y una vez glorificado. La gran expresión del encuentro entre el Señor resucitado y los suyos, de la que constituyen una revelación profética, los relatos evangélicos de las «apariciones», es la *fracción del pan* que más tarde se llamará —en el ámbito de las comunidades cristianas de lengua griega— la *eucaristía*. En el curso de estas manifestaciones los discípulos, significativamente en común, reconocen al Señor porque «*se les abren los ojos*» (cf. Lc 24, 31). En esta perspectiva la aparición del Resucitado a los discípulos de Emaús se ha convertido en un verdadero *icono* o, si se prefiere, en una *parábola* de la vida como peregrinación —empleo esta palabra prácticamente siempre en sentido religioso— hasta el encuentro en plenitud con el que puede colmar todas nuestras aspiraciones y las de todos los hombres. Porque, no se olvide, en estos

«encuentros», la epifanía o revelación de Dios en Jesucristo, se produce muchas veces dentro de una perspectiva comunitaria, si no de manera directa, al menos con referencia a una comunidad.

b) *En la liturgia y en la piedad popular*

En términos litúrgicos pero también de la piedad popular, para hablar de la celebración, categoría inseparable aunque no exclusiva de la liturgia, conviene acudir a la fiesta del 2 de febrero en la liturgia bizantina, denominada del *Hypapante* que coincide con la nuestra de la *Presentación del Señor* (2 de Febrero), en cuanto conmemoración del «encuentro» del Mesías con su pueblo, representado en Simeón y Ana, y ocasión de la profecía de Simeón. La procesión con las candelas encendidas rememora precisamente la entrada de Jesús en el templo y su encuentro, ante todo con Dios Padre, en cuya morada entra por primera vez, después con Simeón y Ana (cf. DPPL 120). A partir de este episodio de la infancia de Jesús que supuso acudir a Jerusalén al cumplirse los días establecidos por la ley de Moisés, es fácil también percibir las condiciones propias de una peregrinación y especialmente el gozo del que se hace eco, por ejemplo, la anciana que junto con Simeón, acogió al Niño, a María y a José a su llegada al templo (cf. Lc 2, 22-38).

En este mismo ámbito, más de la piedad popular que de la liturgia, pero bellísimamente ligada a ella, se celebra en todos los pueblos de sojera cristiana la procesión del «*Encuentro*» el domingo de resurrección. Nótese que normalmente se hacen dos cortejos que, después del momento cumbre en que se produce aquel, se funden en uno solo como recuerda el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*: «*La afirmación litúrgica de que Dios ha colmado de alegría a la Virgen en la Resurrección del Hijo, ha sido, por decirlo de algún modo, traducida y representada por la piedad popular en el Encuentro de la Madre con el Hijo resucitado: la mañana de Pascua dos procesiones, una con la imagen de la Madre dolorosa, otra con la de Cristo resucitado, se encuentran para significar que la Virgen fue la primera que participó, y plenamente, del misterio de la Resurrección del Hijo*» (DPPL 149). Por cierto, en algunos lugares, en lugar de la imagen del Señor resucitado, el sacerdote lleva el Santísimo Sacramento, verdadero preludeo y cargado de significado pascual y eucarístico de la celebración de la solemnidad del *Corpus Christi*. Y como testigo y participante el pueblo, los naturales y los forasteros, que manifiestan su júbilo entre aplausos, música, cohetes y suelta de palomas.

Cincuenta días después, en Pentecostés, se reconoce al Espíritu Santo la tarea de abrirnos «*a la comunión con Dios en la oración, el Espíritu*

*Santo nos mueve hacia el prójimo con sentimientos de encuentro, reconciliación, testimonio, deseos de justicia y de paz, renovación de la mente...»* (DPPL 156). Muy importante, en este ámbito de la piedad popular, es la *dimensión cultural* entre otras dimensiones análogas en las que se manifiesta la alegría aludida en el salmo 122,1 citado al principio. En efecto, *«la peregrinación es esencialmente un acto de culto: el peregrino camina hacia el santuario para ir al encuentro con Dios, para estar en su presencia tributándole el culto de su adoración y para abrirle su corazón»* (DDPL 286). Esta dimensión se relaciona con otros aspectos que ahora no es posible mencionar. Entre ellos está también la dimensión comunitaria o «encuentro» con los otros, idea que en el fondo subyace en el término «asamblea», «comunidad» en sentido primario, pueblo reunido, etc., que se hace «asamblea santa» en cuanto comienza la celebración.

Como conclusión de este apartado relativo a la liturgia y a la piedad popular cabe recordar también cómo la Eucaristía, en cuanto celebración, *«es la culminación y como el cauce de toda la acción pastoral de los santuarios; es preciso, por tanto, prestarle la máxima atención, para que resulte ejemplar en su desarrollo ritual y conduzca a los fieles a un encuentro profundo con Cristo»* (DDPL 268).

## 2. La fiesta

Antes de referirme a la fiesta en relación con el encuentro en la celebración, quiero precisar que utilizo esta palabra no tanto como un *tiempo especial*, llámese sagrado, litúrgico o como se prefiera, pero señalado en el calendario o determinado por la voluntad de un pueblo o de un grupo de personas en el que se realizan determinadas acciones indicativas de la ruptura con el *tiempo vulgar* o meramente *cronológico* en el que no sucede nada que merezca ser celebrado. Sin descartar este significado deseo referirme más bien a la fiesta como *ambiente festivo* en el que se vive y se celebra algún acontecimiento que, de suyo, supone ya esa cierta ruptura con el resto del tiempo, el que llamamos corriente y en el que no sucede nada desde el punto de vista celebrativo. De cara a nuestro tema: *El encuentro como fiesta en la celebración*, me parece que tiene más interés el profundizar en aquello que hace que se manifiesten las notas o características propias del *tiempo festivo*.

### a) *Significado humano y religioso de la fiesta*

Para comprender mejor lo que significa hacer fiesta, sea o no día «festivo» en el calendario, es preciso ir más lejos de la simple apreciación de la costumbre o del hábito marcado por aquel. En este sentido habría



que recuperar cierta producción bibliográfica de la década de los setenta del siglo pasado muy centrada en *la fiesta como «juego»*, o en los aspectos lúdicos de la vida y, por supuesto, de la celebración en general y de la liturgia en concreto. Ideas como la gratuidad, la exuberancia en los gestos y en las manifestaciones, el derroche, una cierta irracionalidad, el caos incluso, etc. Todo en nombre de la libertad absoluta... Pero no es necesario apelar a estos extremos para destacar que «lo festivo» comprende también, y de manera probablemente más auténtica, el gozo interior y la alegría compartida, el gusto por ciertos valores sencillos como el no tener prisa, el disfrutar de la cercanía de las personas o de la contemplación de la naturaleza, la serenidad, el estar juntos, el compartir, etc. Estos aspectos se dan también y no deben descuidarse en la fiesta como tiempo especialmente señalado, pero pueden darse y procurarse al margen del calendario, sencillamente, cuando se tiene oportunidad para ello, como sucede, si nos lo proponemos en el encuentro y en la celebración.

Por eso, lo que quiero decir se mueve en la antinomia *fiesta-tiempo* y *fiesta-ambiente*. No hay contradicción entre estas dos realidades que se implican mutuamente, sino invitación y hasta una cierta exigencia de complementariedad: porque puede haber tiempos festivos vividos de manera insignificante y rutinaria, y puede haber tiempos y momentos que se convierten en verdadera fiesta a causa de los valores que entran en juego. Se pueden enumerar algunos, desde los puramente humanos: el disfrutar de las cosas sencillas, el estar juntos, etc., hasta los religiosos y cristianos: la fe, la alegría, el perdón, el encuentro, la celebración, etc.

#### b) *La fiesta en la vida y mensaje de Jesús*

Bastaría contemplar a Jesús según lo que nos dicen los evangelios: el júbilo de Jesús cuando los discípulos vuelven eufóricos de una primera experiencia misionera y Jesús dice: «*Te doy gracias, Padre..., porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños*» (Mt 11, 25). O cuando invita a contemplar las aves y los lirios del campo (cf. Mt 6, 26-31), o cuando en la sinagoga de Nazaret, leyendo a Isaías, dice: «*El Espíritu de Dios está sobre mí...; él me ha enviado para proclamar la libertad a los cautivos, para abrir los ojos a los ciegos..., para anunciar el año de remisión del Señor*» (Lc 4, 18). Este es el tipo de fiesta que promueve Jesús, anunciando el día de la plena remisión, el *año jubilar* interminable o ilimitado de perdón, de abono universal, de hermandad y de esperanza. Se podrían citar también la fiesta que sigue al retorno del hijo pródigo (cf. Lc 15, 22-24. 31), o a alegría de la mujer que encontró la moneda que se le había perdido (cf. Lc 15, 8-10), o a la

referencia a la alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitaban conversión (cf. Lc 15, 7), etc.

La alegría y la esperanza que suscita Jesús y que se distingue muy fuertemente con respecto a las actitudes que provocaba Juan el Bautista, están precisamente en esto: en la capacidad de entusiasmo que Jesús levantaba, en la admiración de las gentes sencillas, en el gozo de los pobres, en la alegría de los hombres liberados, curados, etc. Por eso los encuentros con Jesús son «tiempos» cargados de salud, de alegría, de esperanza (cf. Mt 14,13s; 15,32s). Las parábolas de los banquetes que hacen alusión a la invitación a la gente que pasa en los cruces de los caminos de la vida, etc., son llamadas a entrar en la fiesta; ciertamente, con el vestido adecuado, pero no por razones de etiqueta sino de sintonía con la generosidad del que invita (cf. Mt 22, 14; etc.). Jesús abre a todos las puertas de su compasión y de su amor, con una preferencia por los pobres, los pecadores, los olvidados, etc. Recuértese, por ejemplo, el banquete en casa de Zaqueo con lo que sucedió allí a partir del gozo del publicano que abrió a Jesús su casa y su corazón: «*hoy ha sido la salvación de esta casa*» (Lc 19, 9). La cumbre de esa apertura será la última pascua que el Señor celebró con los discípulos antes de padecer, cuando hizo entrega de su cuerpo sacrificado y de su sangre derramada (cf. 1 Cor 11, 23-25 y par.).

Por eso, cuando los discípulos, después de la resurrección, se reúnen y advierten su presencia, cada encuentro se convierte en una fiesta de gozo y de esperanza (cf. Jn 20, 20; etc.), de manera que en el *Libro de los Hechos de los Apóstoles* se narran las primeras eucaristías, llamadas *fracción de pan* como ya he indicado, advirtiendo el lector cómo «*partían el pan por las casas con alegría y sencillez de corazón*» (Hch 2, 46; etc.). Desde entonces, como consecuencia muy probablemente de este ambiente festivo del *encuentro con el Señor* a través del signo por excelencia que nos dejó, la *fracción del pan*, el «día después del sábado» o «día primero de la semana» de convirtió en el día dominical o «día del Señor» (cf. citas), la fiesta cristiana por excelencia también. Los discípulos son, efectivamente, los «*amigos del Novio*» que se alegran porque han recuperado su presencia (cf. Mt 9, 15).

### c) *La fiesta de los cristianos*

Y ya, dando un salto en el tiempo, podemos recordar cómo la liturgia cristiana y la piedad popular han convertido y convierten aún en fiesta cualquier día en el que los cristianos se encuentran, haciendo memoria

de Jesucristo resucitado de entre los muertos o del triunfo de su resurrección en los santos, hombres y mujeres que se dejaron seducir por Él y le imitaron plenamente hasta el punto de convertirse en referentes de su Señor y Maestro y de su mensaje. Por eso, la fiesta cristiana, más allá también de la fenomenología y de la antropología cultural y religiosa, es cualquier día que se celebra con más solemnidad que otros desde un punto de vista integral. Más aún, para los creyentes en Jesucristo, no hay día que no sea ocasión para el encuentro con el Señor y Amigo cuya delicia es estar con los «*hijos de los hombres*» (cf. Prov 8, 31); y para el encuentro con los santos, entre los que sobresale indudablemente la Santísima Virgen María.

Por eso la palabra *fiesta*, en el vocabulario cristiano —entiéndase una vez más liturgia y piedad popular— tiene varias acepciones equivalentes, casi todas relacionadas con el celebrar, conmemorar, recordar, dar culto al Señor, etc. Insisto en la importancia del ambiente festivo aun sobre la fecha del calendario. Esto no obsta tampoco para que existan los días de fiesta marcados en el calendario litúrgico y en el religioso-popular, y para que los «días festivos» entre los que sobresalen el domingo y las solemnidades del Señor, de la Santísima Virgen y de los Santos, tengan sus días de preparación y su prolongación en algunos casos como ocurre, por ejemplo, en las octavas de algunas solemnidades litúrgicas. El aspecto más sobresaliente de todas las fiestas es su dimensión religiosa, más o menos sentida, dado que es la más ha contribuido a forjar las tradiciones peculiares de una determinada comunidad o pueblo.

Como síntesis de todo cuanto he señalado, reproduzco el siguiente párrafo del *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*: «El 'día del Santo' tiene un gran valor antropológico: es día de fiesta. Y la fiesta, como es sabido, responde a una necesidad vital del hombre, hunde sus raíces en la aspiración a la trascendencia. A través de las manifestaciones de alegría y de júbilo, la fiesta es una afirmación del valor de la vida y de la creación. En cuanto interrumpe la monotonía de lo cotidiano, de las formas convencionales, del sometimiento a la necesidad de ganancia, la fiesta es expresión de libertad integral, de tensión hacia la felicidad plena, de exaltación de la pura gratuidad... En cuanto momento de socialización, la fiesta es una ocasión de acrecentar las relaciones familiares y de abrirse a nuevas relaciones comunitarias» (DDPL 232). Es decir, es un gran momento de comunión y de encuentro.

### 3. La celebración

De entrada, yendo directamente al concepto litúrgico de *celebración*, conviene recordar que la celebración constituye el momento comuni-

tario, expresivo, simbólico, ritual y sacramental de la liturgia; es decir, el acto que evoca y hace presente, mediante *palabras y gestos*, la salvación realizada por Dios en Jesucristo con el poder del Espíritu Santo, habitualmente en el marco de una comunidad. Lo primero que salta a la vista en este concepto es el carácter de acto, de acción significativa y eficaz para vivir la celebración como *un encuentro festivo* o, si se prefiere, haciendo del encuentro *la fiesta* en la que, según las características apuntadas antes acerca de esta, se hace presente y vivo el acontecimiento del *encuentro*. En el ámbito de la liturgia este momento no puede sino ser encuentro gozoso y saludable con Dios en Jesucristo y, por tanto, un tiempo de gracia y de salvación, sin dejar de ser también un encuentro humano y comunitario.

Conviene profundizar un poco en lo que significa este encuentro con Jesucristo en la perspectiva de lo que se ha llamado la *estructura de la memoria y de la celebración en relación con la fe cristiana* que se basa en la conciencia de que la salvación se ofrece a la vez en forma de *palabra* y de sacramento. Esta idea tiene aplicación también a la *celebración* en cuanto *encuentro festivo*. Dejando ahora lo que supone y exige hacer memoria sobre la base de la proclamación de la Palabra de Dios<sup>1</sup>, aunque se trata de un aspecto muy importante de la celebración y que guarda relación con el acontecimiento que la motiva y de alguna manera se actualiza en ella, voy a fijarme tan sólo en el significado del *celebrar* o de la *celebración en acto*.

#### a) *Qué significa celebrar*

Efectivamente, *celebrar* implica la referencia a un acontecimiento que provoca un recuerdo o un sentimiento común, generalmente de carácter religioso. Celebrar supone siempre hacer, actuar, realizar determinados gestos o acciones, proclamar, alabar, recitar plegarias y cantar himnos u otras composiciones adecuadas al momento y, ciertamente, tomar parte en el acto social y comunitario que se inicia en el gesto de acudir o peregrinar a un mismo lugar reuniéndose en el lugar indicado. En el caso de las fiestas cristianas, en la iglesia o en el santuario o en otro espacio adecuado para honrar al Señor al llegar el domingo o la solemnidad o

1 *Hacer memoria* es un modo de evocar y de hacer presente a una persona o unos hechos que esta ha protagonizado. Una «idea» difícilmente puede ser objeto de una celebración. En cambio la persona, especialmente cuando se trata de Jesucristo y de los hechos en los que se manifestó como nuestro Salvador, sí puede ser objeto de memoria agradecida y de celebración actualizadora. Sirva esta breve indicación al servicio de lo que quiero decir.

memoria de un santo, o un acontecimiento o aniversario gozoso. Desde el punto de vista litúrgico celebrar es también *dedicar al Señor un espacio de tiempo determinado y significativo*, como los días ya apuntados o las horas de plegaria, y realizar una actividad cultural o ritual en su honor dentro de ese tiempo.

b) *Dimensiones de la celebración litúrgica*

La *celebración* litúrgica, así entendida, tiene varias dimensiones: una dimensión dinámica, participativa, esencialmente *comunitaria y eclesial*, porque la celebración es acción de Cristo y del pueblo de Dios jerárquicamente ordenado, poniendo de manifiesto a la Iglesia (cf. SC 41-42); una dimensión *significativa y simbólica*, es decir, *representativa* mediante palabras, gestos y símbolos, ambiente, tiempo, etc., que hacen referencia, cada uno a su modo, al objeto, misterio o contenido de la celebración; una dimensión *actualizadora* de la salvación, que comunica la vida divina a los participantes precisamente a través de los signos y símbolos de la celebración; y una dimensión *escatológica*, de manera que la presencia de la acción divina convierte la celebración en un hecho salvífico haciendo de ella un anticipo de la posesión plena de los dones de Dios más allá de los límites de este mundo (cf. SC 8). Por todo esto la celebración no es un simple recordar, ni un simple representar, sino actualizar una presencia, la presencia prometida por Jesús (cf. Mt 18,20; 28,20), que adquiere diversos grados de intensidad en la vida de la Iglesia, especialmente en la liturgia (cf. SC 7; 33).

La *dimensión representativa* de la celebración está unida a la dimensión significativa, pero comprende la idea de actualizar o de hacer presente la realidad significada. Según esto la celebración hace presente de nuevo —*re-presenta*—, los misterios o acontecimientos de la salvación mediante la proclamación de la Palabra de Dios y la realización de los gestos sacramentales. De ahí la importancia de la Sagrada Escritura en general y del *Leccionario* en particular para toda celebración (cf. SC 24; 35; 51; etc.). No se puede olvidar que la liturgia de la Palabra expresa en su estructura y desarrollo ritual el diálogo entre Dios y su pueblo de manera que en las lecturas el Señor habla a la comunidad reunida y esta, y cada uno de los fieles, le responde con el canto, el salmo principalmente, y la oración (cf. IGMR 29; 55; 61). Después de la proclamación de las lecturas se pasa al rito o *liturgia del sacramento*. Esta es la estructura aludida antes de *hacer memoria y celebración* del misterio de Cristo sobre la base de los dos grandes momentos de la celebración litúrgica: *la Palabra de Dios y el sacramento*. Las lecturas bíblicas evocan «*los hechos y palabras*» de la salvación y anuncian su nuevo cumplimiento en la

acción ritual que va a venir. Poner de relieve este aspecto es una de las funciones esenciales de la *homilía* (cf. SC 52).

Un aspecto que no se puede descuidar de la celebración es la dimensión comunitaria de un *pueblo en fiesta*. En efecto, la comunidad que ha sido convocada y que, en el acto de reunirse y mediante el canto de entrada y la acogida y saludo del que preside, se convierte en *asamblea cultural*, no es una agregación de personas, ni una masa por muy numerosa que sea sino que es un pueblo unido que vibra gozoso ante el acontecimiento que celebra y con el que se identifica. Esta comunidad, dotada de una estructura interna que se manifiesta en el ejercicio de diversos dones y funciones, aparece como un organismo vivo y complejo, lleno de vitalidad, en el que cada persona saliendo de su individualismo se encuentra con los demás hermanos, se comunica con ellos y participa festivamente en la celebración.

Por eso la situación festiva es algo más que el día (festivo) en que tiene lugar la celebración. Es, ante todo, el ambiente que impregna y caracteriza tanto a la comunidad que celebra, como a los actos rituales de la acción común. Esta situación se manifiesta en el ornato de la iglesia (cf. IGMR 292), en los gestos y posturas (cf. IGMR 42; 82), los vestidos y los colores litúrgicos (cf. IGMR 335 y 346) y, muy especialmente, en el canto, «*señal de la euforia del corazón*» (IGMR 39; cf. 47 —el Introito—; 53 —el Gloria—; 62 y 132 —el Aleluya—; 79 —el Santo—), etc., y forma parte del mensaje liberador del acontecimiento de salvación. Significativo es también el signo de paz que los fieles, a indicación del sacerdote, intercambian con el que está al lado (cf. IGMR 82). La participación en la comunión sacramental, tanto en el modo de hacerla como en la actitud interior, se mueve en esta misma perspectiva gozosa y abierta a la presencia del Señor y a la acogida de los hermanos (cf. IGMR 84-87). Es significativo también el gesto de los fieles de otras confesiones cristianas que se acercan al ministro y hacen una reverencia sin recibir el pan eucarístico.

### c) *Dimensión existencial de la celebración*

La celebración no solamente hace participar a una comunidad o unas personas en un acontecimiento de salvación, también se convierte en un programa de vida, más aún, se manifiesta como un motivo de compromiso vital. Esto quiere decir que los creyentes viven lo que han celebrado, porque la celebración posee una fuerza capaz de transformar interiormente a los hombres, y no sólo en el momento de la celebración, sino para siempre. Esto tiene mucha importancia también para que la

celebración sea un encuentro festivo que permanezca en sus frutos en la comunidad y en los fieles participantes, en sus vidas, familias y ambientes. Se trata de que lo que se vive y goza en el ámbito de la liturgia trascienda después a la vida ordinaria. De ahí que puede decirse que la celebración empieza realmente cuando, concluido el rito, llega el momento de la misión, de traducir en la existencia cotidiana lo que ha sido objeto de la celebración.

Si la liturgia cristiana se caracteriza por hacer de toda la existencia un acto gozoso de culto al Padre en el Espíritu Santo y en la verdad (cf. CITA), el momento celebrativo y ritual de ese culto ha de constituir el punto de encuentro decisivo y santificador para el hombre y para toda la comunidad con el Dios que salva en Jesucristo.

Por otra parte, esta inmersión en la existencia, que es toda la celebración, proyecta la vida humana hacia la perfecta consumación en los cielos nuevos y en la tierra nueva (cf. Ap 21). Los que toman parte en la celebración viven ya, anticipadamente y en esperanza, la realidad plena de una salvación que ahora se ofrece bajo el velo de los signos y con las limitaciones de todos los actos humanos.

#### d) *Referencia esencial al misterio pascual de Jesucristo*

Ahora bien, en la liturgia los acontecimientos conmemorados y representados mediante el ritual simbólico, se refieren de una manera o de otra y están como condensados en el *misterio pascual de Jesucristo*, verdadero centro y culminación no sólo de la vida histórica del Señor sino también de toda la historia de la salvación. En este sentido debe interpretarse la necesidad de no perder de vista nunca que en el centro de toda celebración ha de estar el misterio de Jesucristo desde la encarnación hasta la glorificación.

Por otra parte la celebración, al actualizar los acontecimientos salvíficos haciéndolos presentes para quienes los celebran, produce una cierta *contemporaneidad del acontecimiento celebrado*. ¿Cómo lo consigue? Fundiendo en la dimensión de eternidad el pasado, el presente y el futuro. Es decir, haciendo confluir los tiempos de la celebración con el tiempo meta-histórico y eterno de Dios, en el que está Cristo glorioso, Señor de la historia, «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8; cf. Ap 1,18; etc.). En efecto, Cristo, nuestro Sumo Sacerdote y Mediador, sigue actuando en el tiempo a través de la acción litúrgica y sacramental de la Iglesia, haciendo partícipes a los hombres de la oblación de su Sacrificio redentor y de su perenne intercesión ante el Padre por nosotros (cf. Jn 14, 16; 1 Jn 2, 1-2; etc.).

Existe, pues, una relación entre el acontecimiento salvífico y el rito memorial que lo proclama y actualiza, basada en la fuerza del acontecimiento celebrado. Este es siempre el fundamento de toda *celebración* y de lo que ésta lleva consigo. En este sentido los domingos y todas las fiestas del calendario cristiano tienen su razón de ser en el acontecimiento de la encarnación, comienzo de la presencia salvadora del Hijo de Dios en medio de los hombres, y su cumbre en el *misterio pascual de Jesucristo*, presente en las celebraciones de la Iglesia y en el curso del año litúrgico o *ciclo anual de los misterios del Señor*.

#### e) Siguiendo el desarrollo del año litúrgico

En efecto, no se puede olvidar que el año litúrgico ofrece a los fieles la posibilidad de ponerse en contacto con estos misterios y beneficiarse con la gracia de salvación que poseen (cf. SC 102). Por este motivo, toda celebración litúrgica se convierte en una epifanía y en un signo del «*año de gracia del Señor*» según el anuncio de Jesús en la sinagoga de Nazaret (cf. Lc 4, 16-21), realización de todas las promesas a favor de los hombres.

Evocar el año litúrgico y, dentro de él, su cumbre, la Pascua del Señor, significa reconocer que Jesucristo está en el centro de toda celebración de los cristianos y así ha de ser puesto de relieve siempre. No en vano «*Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre*» (Hb 13, 8). Este versículo que tiene eco en las palabras del sacerdote mientras hacen las incisiones en el cirio pascual en la noche santa de la Pascua, procede de la *Carta a los Hebreos* y debe resultar resulta familiar. La expresión, probablemente una aclamación litúrgica de las primeras comunidades cristianas, quiere decir en el contexto inmediato de la mencionada carta, que la fe que nos ha sido anunciada por los Apóstoles (cf. Hb 13, 7), tiene un fundamento muy sólido y estable en la persona misma de Jesús. En efecto, Jesús es alguien verdaderamente digno de fe y al que podemos adherirnos totalmente, porque permanece siempre «el mismo», tanto en lo que toca a Dios, es decir, en su obediencia oblativa y sacerdotal (cf. 2, 17; 5, 7-9), como en lo que nos afecta a nosotros, es decir, en la capacidad de compadecerse de sus hermanos (cf. 2, 10, 17-18).

## 2. Para que el encuentro en la celebración sea una fiesta

Finalmente, a modo de síntesis, quiero referirme a lo que constituye realmente el núcleo de la *celebración* cristiana, para que el *encuentro* en su dimensión humana y religiosa sea verdaderamente una *fiesta* integral y saludable desde el punto de vista de la obra de nuestra santificación, finalidad esencial de toda acción litúrgica y, por extensión, piadoso-popular junto con el culto a Dios en el Espíritu Santo y en la verdad



(cf. Jn 4, 23). Estoy aludiendo a la presencia de Jesucristo tal y como lo sugiere el *Catecismo de la Iglesia Católica* al afirmar: «*Toda celebración sacramental es un encuentro de los hijos de Dios con su Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo, y este encuentro se expresa como un diálogo a través de acciones y de palabras*» (CCE 1143).

¿Qué quiere decir esto? En primer lugar que todas nuestras celebraciones, más allá de su desarrollo ritual y festivo, han de ser verdaderas ocasiones y motivos para que cada persona participante, individualmente o formando parte de un grupo o de una comunidad, tome conciencia de que está como Moisés en el episodio de la zarza ardiendo (cf. Ex 3, 4-6), en la presencia de Dios que le llama por su nombre y le invita no tanto a descalzarse como a entrar en comunión con Él, a encontrarse con Él, a mantener una relación de amistad inconcebible e imposible para el hombre si Dios mismo no la suscita y alienta: «*El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con un amigo*» (Ex 33,11). De ahí que la primera condición para todo encuentro religioso sea la apertura del hombre a la acción de Dios por medio de Jesucristo que se hace presente entre los suyos según su promesa (cf. Mt 18, 20). No es el momento de analizar los modos de la presencia de Cristo, principal pero no exclusivamente en la acción litúrgica, puestos de relieve por la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (cf. n. 7), pero sí para advertir que esta presencia no deja fuera jamás la dimensión horizontal de la unión con Dios, es decir, el encuentro y el amor con los hermanos como se subraya en tantos textos del Nuevo Testamento (cf. 1 Jn 4, 19-21; etc.).

Por tanto, el primer requisito para una buena celebración litúrgica o popular piadosa que se realice y manifieste como encuentro festivo entre los hombres, es que sea encuentro con Dios, conversación con Dios, sobre todo escuchando y por lo tanto respondiendo a quien nos habla y nos acoge como somos para transformarnos. Del mismo modo debemos acogernos los unos a los otros en Cristo y por Él y con Él con todos los hermanos. Por eso es importante que exista una verdadera correlación entre lo que decimos y expresamos con nuestros gestos, palabras y cantos y lo que realmente llevamos en el corazón. Cuando vivimos una celebración con estas actitudes de fondo, hacia Dios y sin olvidarnos de quienes están con nosotros y a nuestro lado, se realiza la primera y fundamental condición para la fiesta compartida, el encuentro en su dimensión más rica y plena.

De este modo nuestra peregrinación en esta vida culminará un día en la fiesta que no tiene fin en el reino del Padre donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de su amor.

## EL CAMINO COMO PEREGRINACIÓN INTERIOR: ENCUENTRO Y COMUNIÓN CON CRISTO

D. ANTOLÍN DE CELA

Rector de la Basílica de la Encina en Ponferrada y  
Delegado del Camino en la Diócesis de Astorga

Un buen día, casi de repente, te ves metido en el Camino de Santiago haciendo la peregrinación, como si esa decisión la hubieses tomado como cosa del destino, de la moda o las tendencias, o del deseo de correr una aventura personal.

He tenido la oportunidad de acceder a una importante estadística sobre las motivaciones que han llevado a los peregrinos a hacer el Camino de Santiago a su paso por Castilla y León y compararlas con las de la Oficina de Compostela. El resultado es obvio. **Cuanto más se acercan los peregrinos a la meta más clara aparece la motivación religiosa.**

Y es que el peregrino nace y vive en el seno de una familia, con una vida concreta, en medio de dudas, debilidades y esperanzas. Descubre y toma conciencia de que tanto las cosas como él mismo «están de paso». Y él busca metas y caminos. El hombre es un buscador de sentido. Necesita buscar razones auténticas para vivir y para morir.

Perdonen por la extravagancia literaria pero yo creo que así como a algunos animales del mundo irracional la genética los ha marcado a la hora de transmitir a toda su especie la manera de cazar o de defenderse, así el ser humano recuerda en su «adn» los paseos que hacía al atardecer con su Creador por el Paraíso terrenal. Y eso es hacer el Camino de Santiago: **ir al Camino** (que es la vida), **buscando el sentido de la existencia y el encuentro con Dios, su origen y fuente.** Porque el hombre fue expulsado del Paraíso por extraviarse (extra-viam) (por no aceptar y reconocer a su Creador y querer él ser Dios), pero Dios siempre ha caminado junto a él en la historia. Especialmente cuando le busca en el Camino. La Biblia es el testimonio escrito de una peregrinación que marca el camino del hombre hacia la felicidad: destino para el que Dios le ha creado.

Un peregrino puede venir a hacer el camino más o menos irresponsablemente, porque está de moda, porque trata de aprovechar un turismo barato, o porque le interesa saber si aguanta «su cuerpo serrano» haciendo a pié o en bici tantos kilómetros. Pero detrás de todas estas motivaciones hay siempre una razón más importante y esencial que el Camino puede ayudarte a descubrir. Puede haber peregrinos que preparen bien su peregrinación, leyendo, reflexionando, documentándose o incluso recibiendo el Sacramento de la Penitencia antes de salir de sus casas. Pero también los hay que ni siquiera saben por qué lo hacen. Sin embargo, debajo de esa iniciativa está el Señor que los busca y están ellos que necesitan la mediación de la Iglesia para encontrarlo. El destino del hombre no es puro azar o absurda casualidad. No estamos abandonados a nuestra propia suerte y condenados sin más a repetir nuestros fracasos y debilidades. Nuestro vivir no es un «mero vagar» para acabar en el vacío y la nada. **Peregrinamos acompañados por el amor gratuito y libre de Dios. Siempre hay Alguien que se preocupa y peregrina con nosotros.**

En nuestro caso, peregrino es aquel que marcha lejos, que se dirige a un país extraño, que permanece con la añoranza de la patria. Es alguien que se despoja de su patria y de sus cosas para marchar, obedeciendo a Dios, hacia lo desconocido. Su patria está en el Cielo, en la Jerusalén celeste.

En el mundo de la Biblia tenemos ampliamente documentadas y felizmente vividas cuatro tipos de peregrinación:

1. En el libro del Génesis, 12,1, se le pide a **Abraham**, ya mayor, «sal de tu tierra y de la casa de tu padre y vete a la tierra que yo te mostraré». La actitud de Abraham es **modelo de fe, libertad y disponibilidad para todos los creyentes**. Él se fía de Dios.

2. En Dt. 15, 13, el Señor eligió a **Moisés** para liberar al Pueblo de Israel, esclavo en Egipto, y lo llevó peregrino por el desierto camino de la Tierra Prometida. Durante el recorrido, como en toda peregrinación, hubo teofanías, mediaciones, tiempo para conocerse, para la desobediencia, la rebeldía y el pecado; para la Ley y los Mandamientos, la Alianza y la misericordia... **El pueblo se va construyendo y descubriendo en la peregrinación**. Ahora es un pueblo libre.

3. El **pueblo de Israel y Jesús peregrinaban cada año al templo** al encuentro con la Ley y el Arca de la Alianza. Jesucristo no rechazó estos ritos y mediaciones del Antiguo Testamento, al contrario, en Mt.5, 17, después de la proclamación de las Bienaventuranzas, dice que no ha venido a abolir la Ley sino a perfeccionarla.

De tal suerte que los primeros cristianos continuaron viviendo este sentido respetuoso de las peregrinaciones al templo y asumiendo la espiritualidad del Éxodo, la del hombre que experimentando la liberación del pecado o de la esclavitud que le oprime peregrina para llegar con Dios a la meta de la Tierra de Promisión.

De manera especialmente bella lo ha expresado el Discurso de Diogneto: «Los cristianos habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria y toda patria tierra extraña».

Jesús peregrinó con sus padres al templo de Jerusalén pero también dejó claro que el verdadero templo y el lugar de encontrarse con Dios no queda limitado a un edificio físico sino que el mismo **Jesucristo en persona se identifica como «Templo, Sacramento y Camino para encontrarse con Dios.»** «Destruid este templo y en tres días lo reedificaré». «Nadie va al Padre sino por Mí». Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida que se encarnó en la condición humana. Siendo Dios hizo el camino de los hombres para que los hombres en Él hicieran el camino que los lleve a Dios y les dé razones para amar, vivir y pregonar ya aquí la salvación. Es **en la Pascua cristiana donde Cristo emerge como Señor, vencedor del pecado y de la muerte.** Él es el Centro y el Señor del tiempo y de la historia. Por eso los peregrinos acuden al Santuario de Santiago donde está la meta y se encuentra el Sepulcro del Amigo de Jesús para encontrarnos con el Señor. Es un Camino que llega a la tumba de un apóstol que trajo la Buena Noticia de Jesús, liberación definitiva de los obstáculos —insalvables para el hombre—, que nos impiden ser felices.

Cristo es la «piedra angular» y los peregrinos las piedras vivas con las que se construye la iglesia de hoy y de siempre.

Poco a poco el peregrino pasa existencialmente de centrar su atención en las ampollas y ligeras heridas de sus pies en el inicio a pasar de ellas y pensar en su propia vida; de quejarse de lo duro que está el colchón de la litera a rezar algo por las noches mientras logra conciliar más temprano el sueño; de experimentar una vida sin televisión y noticias en la que la salida o la puesta del sol lo miden todo y hay que acostumbrar nuestra cabeza de «urbanitas de la modernidad» a sencillos peregrinos que miden las distancias a razón de unos cinco kilómetros a la hora...

Todo un mundo nuevo va apareciendo ante nosotros: los pueblos, las buenas gentes que te saludan o te ofrecen agua y te piden que al llegar reces por ellos al Apóstol, el recuerdo de los tuyos (padres, hijos, esposas, maestros, amigos, a veces ya ausentes); las necesidades de supermercado

anteriormente creadas, pero en el Camino no existe el supermercado y tiene que aprender que para peregrinar no hace falta muchas cosas porque todo pesa... Los pensamientos te retrotraen hasta tu propia infancia. Un buen día, ya casi aburrido de la contemplación de las piedras y los Monumentos del Camino el peregrino se sorprende mirando con entusiasmo la pila de bautizar de una humilde y aldeana parroquia. Ésta le hace interrogarse por cómo sería la que utilizaron para su bautismo, por cómo estarían allí sus padres y padrinos que lo presentaron, hoy difuntos. Piensa en su experiencia de la Primera Comuni3n y en lo abandonado que tiene hoy el «proyecto de su fe» que celebra sólo en contadas ocasiones. Tanto tiempo caminando con uno mismo da para mucho. Algunos reconocen que el Camino les ha traído pensamientos de la niñez y de la adolescencia que hacía años que ni siquiera recordaban.

El silencio y el sacrificio que suponen cubrir a pie la etapa de cada día ayudarán a ir entrando poco a poco en ese «Camino Interior» que supera la ruta física. A modo de homenaje citaré aquí aquella frase del celoso y trabajador can3nigo compostelano D. Jaime García Rodríguez: «**No existe un Camino de Santiago maravilloso, decía él, sino peregrinos que hacen el camino maravillados**».

Una de las tentaciones más usuales hoy en día por parte de quienes hacen el camino desde una mera lectura física y deportiva o bajo la presi3n de la urgencia y la falta de tiempo es que pasan por el camino pero el camino no pasa por ellos. Son un poco como esos cristianos aparentemente ilustrados que se saben perfectamente las verdades del Credo y el Catecismo de la Iglesia Católica pero nunca han tenido un encuentro profundo y sincero con Jesucristo y carecen de fe por falta de experiencia religiosa.

Mientras realiza el Camino el peregrino vive una serie de experiencias, que en este marco cobran una vivencia y un sentido nuevos y que van conformando su espiritualidad:

**1. En primer lugar se encuentra con la naturaleza** en toda su variedad y sus muchas caras: Unas veces gozosa y digna de ser disfrutada como el «regalo de las criaturas que Dios nos hace», y otras, en las que es necesario luchar contra ella para superar diversas adversidades.

El peregrino va templando su espíritu en contacto con el camino, descubre las huellas de otros que pasaron antes que él y con los que se siente solidario, cruces, iglesias, monasterios, tumbas y detalles de quienes quisieron expresar su fe y devoci3n. Por eso el peregrino deberá abrir muchas veces su coraz3n a las criaturas que le hablan de Dios y que en ning3n caso le dejarán indiferente.

## 2. También debe valorar el peregrino su encuentro con los otros.

Para hacer la peregrinación él rompe su relación con las personas con las que convive habitualmente, y encuentra a lo largo del camino otras personas que son, en cierto modo, desconocidas.

El Camino crea un clima propicio y fácil para la acogida y el diálogo, para el compartir y el servicio. Allí se aprende a valorar las personas, a acoger como compañero (**cum- panis**) de camino, a preguntar y a respetar los silencios, a comunicar problemas y a aceptar respuestas, a compartir sentimientos y esperanzas, a ofrecer un alimento e incluso a pedir oraciones. Es ruta de fraternidad donde se aprende a compartir y con frecuencia te regalan una amistad sincera que supera el tiempo. Los que peregrinan experimentan como un valor el don de la hospitalidad. Si ésta nace como dimensión esencial y distintiva de la caridad cristiana, mucho mejor. En el peregrino se acoge al mismo Cristo. En su encuentro con los otros los peregrinos son capaces de descubrir y proclamar la gran lección del amor y de la caridad (acogida gratuita, lavar los pies, tocar al peregrino perdido, darles vino caliente etc...

3. Si leemos los relatos y diarios de peregrinación todos los peregrinos coinciden en una misma experiencia: **el camino entra en el interior del peregrino y sin saber muy bien cómo, siente cómo le va cambiando por dentro.** Todos afirman, sin titubear, que cuando llegan a la meta no son los mismos que cuando comenzaron el camino. Aquel «hacer el camino de Santiago» sin especiales motivaciones se ha ido convirtiendo en «senda interior» en la que nos ha salido al encuentro el mismo Dios que a través de diversas mediaciones hemos descubierto purificando nuestra vida, aceptando la conversión ante la Tumba del Apóstol y recuperando la fe perdida u olvidada.

Por eso el peregrino experimenta que durante el camino, el silencio y la reflexión, el contacto con la naturaleza y el encuentro con los demás se convierten en oportunidades para el encuentro con Dios. Un Dios que nunca fue un rival del hombre, ni un extraño que intenta expulsarlo del festín de la vida sino que se le manifiesta como Alguien que ha estado presente en él desde siempre y le llama a la conversión festiva de la misericordia para vivir en libertad y felicidad verdaderas.

A diferencia del mundo irracional el hombre es un ser abierto y relacional y todos los enigmas que configuran el sentido de la vida, incluso el problema de Dios, se le plantean en el Camino de Santiago, que es la vida.

**Este camino**, pese a lo que muchos quisieran, sigue manteniéndose hoy como **el foro cultural y socioreligioso más importante y concurrido del mundo occidental por jóvenes y adultos de muchas naciones.**

Estamos en el **Año de la Fe** y se nos encarece a trabajar con nuevo ímpetu y ardor en la **Nueva Evangelización**. La Carta Apostólica «**Porta Fidei**» de Benedicto XVI nos invita también a una renovada conversión. Los cristianos tenemos clara una certeza que no podemos poner en duda: Sólo en Cristo se revela la verdad y la felicidad plena del hombre. En Encarnación es la suprema afirmación de la dignidad humana. Con Él ya ha comenzado el «**homo viator**», el ser humano que no tiene en este mundo ciudad permanente porque es ciudadano del Cielo donde está el futuro.

Hablar de Nueva Evangelización no es utilizar «un término de moda» sino situarse ante el desafío actual de nuestra Iglesia. Tenemos la invitación del Papa Benedicto a hacer de la Nueva Evangelización la vida de la Iglesia. «**Id por todo el mundo y haced discípulos míos a todas las gentes**», fue el mandato del Señor en Pentecostés. Esto se ha hecho siempre en el Camino y en la Iglesia y no es nada nuevo. Hemos hecho misiones, catequizado, dado testimonios de vida, etc... Pero ahora se nos pide nuevo ardor, lenguaje renovado y nuevas formas. No se trata de reevangelizar ni de hacer ahora bien lo que antes hemos hecho mal. No vamos a encerrarnos con los cuatro adeptos peregrinos convencidos que ahora nos llegan. Tampoco vamos —por más que nos guste—, a pescar en pecera sino a remar mar adentro. Vamos a abrirnos al Camino por el que fluyen todo tipo de gentes y a entrar en contacto con ellas dando testimonio y buscando la transformación interior. El Camino es el mejor patio de gentiles. Hay que hacer lo que siempre hemos hecho pero en un mundo y escenarios distintos:

- Porque el Camino se está secularizando y dejando de lado a Dios. Lo hago por deporte o por espiritualidad pero no cristiana. Se está encalleciendo la sensibilidad: hay quienes no aguantan el silencio ni la soledad y ya la vida entera es un desenfoque de ruidos externos. No creen en la oración ni existe trascendencia. Los dioses ocupan el sitio de Dios.
- Por hoy vivimos una nueva configuración social: mezcla de culturas y religiones, flujos migratorios, globalización e influjo de los «mass media».
- Por la influencia que en la vida tiene la economía, el consumo, la pérdida de los valores esenciales de la peregrinación: peregrinos con coche de apoyo, taxi para transporte de mochilas, centros comerciales, TV...

Nuestra llamada se dirige a estos escenarios. ¿Cómo promover en los peregrinos la experiencia de la fe?

Necesitamos en el Camino Albergues de Iglesia que ofrezcan **Comunidades acogedoras que enseñen a rezar, que recuperen experiencias de fe y ámbitos de oración... Que se conformen con el donativo y se note que la acogida brota del amor.**

Necesitamos que los **hospitaleros** que atiendan estos albergues **sean cristianos y estén por la tarea de trabajar también pastoralmente.**

Nuestras Comunidades con frecuencia no ofrecen mas que sacramentos y los que buscan espiritualidad ya no van a nosotros. Muchos de los peregrinos buscan maestros espirituales para tener una experiencia de fe.

Por eso tenemos que pensar en nuestro **Plan Pastoral para el Camino y ofrecerles un Itinerario Católico** si bien esto debe de implicarnos tanto a la meta como al Camino, tanto a las diócesis situadas a la vera de esta ruta de fe como a todos los demás Obispos de las Iglesias que peregrinan a través también del liderazgo de la Conferencia Episcopal. Especialmente el Camino debe de implicarse con comunidades vivas que sepan acoger a nuevos hermanos. A veces las nuestras son refractarias: pasan peregrinos y nos faltan contactos con ellos aunque sólo sea para ofrecerles el baño María de la amistad y el cariño que les anime a recibir en Compostela la gran perdonanza.

Hoy, muchos de estos peregrinos vienen de ambientes en los que no se les ha transmitido bien la fe. O bien las familias o las parroquias no han funcionado y no han sido evangelizados. Falta, incluso la formación más elemental como lo es saber quién fue el Apóstol Santiago. Y nuestras iglesias existen para evangelizar y así hemos de hacerlo orientados por el Espíritu Santo e impulsados por la Caridad.

**¿Cómo?** Iniciando en la fe y en la vida cristiana, dejándose renovar por Cristo que nos pide adhesión, abandono y confianza en Él. Cristo nos enriquece pues evangelizar no es transmitir una ideología sino dar a conocer a los hombres al único Salvador que puede iluminar sus aspiraciones más profundas. Debemos ser y actuar más como testigos de Jesucristo que como maestros.

Después de todo la vocación última y radical del peregrino es sólo una: «**Dios en Cristo**». **Llegar a Cristo para en Él encontrar el Camino de la Salvación.** Pero insisto en que para conseguir que el Camino al Sepulcro del Apóstol Santiago concluya en la conversión y en la confesión de la fe, tenemos que ofrecer un rostro nuevo de una renovada Iglesia en



el Camino y en Compostela: **UNA Iglesia más implicada, oyente acogedora, más cercana y entusiasmante y más dedicada a ofrecer a los que peregrinan el ministerio de la reconciliación y de la penitencia.** (Por favor, cuidemos más este sacramento tanto en las iglesias del Camino como en la Catedral de Santiago) No os podéis imaginar la alegría que te produce el poder prestar a la Iglesia tus miserables manos para perdonar a un notable peregrino que un día comenzó el Camino como ruta gastronómica y tocado por la gracia de Dios en el Camino llegó llorando a tu confesionario para que le perdones, prometiendo apartarse para siempre de ese mundo, su cooperación y participación activa en más de diez abortos. Le pesaban ya tanto las cadenas del alma que ya no había forma de llegar a Compostela... Había concluido su peregrinación interior.

# La Palabra, que interpela y alienta al peregrino

MADRE PRADO, O.S.A.  
Monasterio de la Conversión. Sotillo de la Adrada (Ávila)

### 1. «En el principio era el camino»<sup>1</sup>

Somos seres traídos a la vida por un acto de creación que es puro don de Dios ofrecido sin anterior reclamo, sin mérito alguno, sin el apremio de ninguna deuda. «Hagamos al hombre» es la Palabra de Dios que crea al hombre donándole a sí mismo como don referido a Otro, en el que encuentra su origen, su destino definitivo. Somos seres traídos por Dios Amor a la existencia.

Y porque el amor de Dios se instaura en nuestra vida como fuerza gravitatoria somos también seres atraídos por Él y hacia Él. Fuimos alzados sobre la horizontalidad para atisbar un horizonte de gracia, nuestra Casa última, el descanso sin ocaso. Novalis, en su novela *Offerdingen*, pone esta pregunta en boca de Enrique: «¿Adónde os dirigís?», y escucha esta respuesta «Siempre a casa». Nuestros pasos se dirigen siempre a una única meta, al Dios del que partimos, de quien somos, en el que nos movemos y existimos, nuestra casa y nuestra patria definitiva. Hemos sido creados para un encuentro y nuestro corazón estará inquieto hasta que llegue ese momento pleno de sentido<sup>2</sup>.

Creados y orientados explican las grandes preguntas que emergen del corazón del hombre: ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Quién mira por mi vida? Y es la urgencia de respuestas, la resistencia a la muerte sin haberlas resuelto y el encuentro con Aquél que justifique por qué estamos aquí, lo que nos hace caminar. Esta es la inquietud humana que nos hace homo viator. Al final perseguimos una Palabra que nos salve, una Presencia que responda, un Amor que confirme el sentido de nuestra vagarosa existencia.

1 BÉDIER, Joseph, *Les légendes épiques*, París, Champion, 1929.

2 SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, 1,1,1.

## 2. «En el principio era la Palabra» Jn 1,1

Se empieza una peregrinación porque ha habido una Palabra que nos ha apelado y nos ha urgido a salir, a iniciar un éxodo. Y se empieza una peregrinación porque necesitamos la Palabra que nos ilumine la oscuridad en la que nos movemos, la penumbra en la que discurre tantas veces la vida. La experiencia de diálogo con el peregrino nos descubre la necesidad que tiene el hombre de responderse a sí mismo, de encontrar una respuesta, de poder leer y comprender la vida con sus enigmas y cifras, a menudo indescifrables. Hacer la Lectio de la propia existencia es un trabajo ímprobo para cualquiera de nosotros. Es la lectio difficilior, que requiere condiciones muy especiales, personas que acompañen, una gracia de lo alto que ilumine hasta eliminar sombras. Cuántos hombres y mujeres comienzan a caminar porque no comprenden un dolor, un sufrimiento, el vacío, la misma existencia con sus días y sus noches, la soledad...

Otros emprenden el Camino como peregrinación porque sintieron la llamada a un encuentro del que tenían pocos o muchos datos. En su intimidad oyeron la voz que les decía ponte en camino. Me gustaría leerles un pequeño cuento de Kafka que ilustra este inicio que parte de una voz interior que ordena imperiosamente partir. «Ordené que trajera mi caballo del establo. El criado no me entendió, así que fui yo mismo. Ensillé el caballo y lo monté. A la distancia oí el sonido de una trompeta y pregunté al mozo su significado. Él no sabía nada; no había oído sonido alguno. En el portón me detuvo y preguntó: ¿Hacia dónde cabalga, señor? —«No lo sé», respondí, «sólo quiero partir, sólo partir». —«¿Entonces conoce usted la meta?, preguntó él—. «Sí», contesté, «ya te lo he dicho. Partir, ésa es mi meta»<sup>3</sup>.

Por apelación o por oscuridad, por oscuridad y por apelación, el caso es que este grito del corazón nos arranca del lugar en el que estamos y partir para lo cual se necesita mucha fe porque no se parte con garantías o seguridades sin asfixiar la fe misma. Partir tras haber escuchado la trompeta o la voz o la palabra es un acto de confianza y de libertad, de amor y de responsabilidad, pues partir ya es un modo de responder a la Palabra que nos llama.

Lo cierto es que, por la razón que sea, Dios ha visitado al hombre y como al inicio de la historia de la fe le dice: «Sal de tu tierra y ve a la tierra que yo te mostraré» (Gn 12,1-8). Un imperativo muy fuerte nos

3 KAFKA, Franz, *La muralla china y otros relatos*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, pág. 69.

hace peregrinar y el anhelo de una promesa, de un descanso, de un encuentro nos alienta para iniciar la marcha y para sostenerla. Abrahám es el modelo de peregrinación en la fe porque en ella se tiene la certeza de que la iniciativa parte de Otro, el que llama y empuja al Camino y es la referencia a este Dios que nos apela y nos saca de nuestra tierra la que da el sentido mismo de la Peregrinación cristiana. Es en esta iniciativa de Dios que atrae al hombre hacia sí por medio de una Palabra provocadora donde el hombre apoya su esperanza porque es certeza de que es Dios quien guía la historia y no el propio hombre el que maneja los hilos de su vida en una autonomía total. Por esto mismo peregrinar no es viajar, no es hacer turismo.

Acoger esa iniciativa ajena al propio yo y secundarla sin resistencia es obra de la gracia que dispone al hombre a la acogida y a la apertura a una novedad que ni él mismo conoce ni puede controlar. Porque si el peregrinar es confesar, al inicio de todo, que es Dios quien quiere algo del hombre también es, desde el inicio de todo, confiar en Él y en sus promesas bajo el signo de una bendición. Hay en el hecho de peregrinar un abandono feliz a la concesión de una dádiva de parte de Dios. Si el primer momento nos parece una ruptura en algún punto dolorosa y sangrante también hay que decir que ponerse en camino por su Palabra («En tu Nombre echaré las redes» Le 5, 4) es un acto de libertad recompensada en la que el ser humano percibe ese horizonte de gracia abundante que tiene toda llamada de Dios, toda misión, toda vocación, toda presencia de Dios.

Dios llama al Camino y desde el inicio nos hace una promesa y es ésta la que nos hace caminar. Búsqueda a veces inquieta y angustiada que no deja de tener una expectativa esperanzada en lo que ha de venir.

Se inicia el Camino por Alguien (Mt 19, 21) y por algo que sentimos puede sernos de vital importancia. Todo ello da a la persona humana una confianza básica y una alegría que se pone de manifiesto en todo acto de peregrinación. Se parte con dificultad pero con esperanza y confianza.

### **3. La Palabra en el Camino**

Dios se nos hace presente en el Camino. Él es el Camino, el Caminante, el Compañero, la Patria misma. Toda peregrinación es un encuentro, desde el primer instante, con el Santo Peregrino, con la Palabra de Dios que nos salva. Quisiera hablar de varios elementos que propician el encuentro vivo con la Palabra de Dios, como son los umbrales a

la Palabra que el Camino aporta de manera radical; la obra interna que el Camino realiza en la persona que lo hace, y la presencia humana en la comunicación.

a) Los umbrales que preceden a la Palabra

### *La atención*

El alzamiento del hombre sobre sí mismo revela esa llamada interior del hombre hacia el mundo y los otros seres, una llamada especial de lo alto, que le obliga a alzarse y a abrirse. No es tanto un gesto de reafirmación sobre el mundo, es un acto de apertura a un encuentro para el que se siente el hombre llamado poderosamente. Y algo aún más importante o que dimana de lo anterior: la realidad, para el hombre en pie, no es una amenaza como puede serlo para el animal, la realidad para el hombre erguido sobre sus cuartos traseros es un espacio de confianza, se la siente como suelo firme, como lugar que nos da, que se nos ofrece. Esa gran realidad que va desde el entorno humano que nos acoge al nacer hasta el entorno físico, biológico, es algo que ya estaba, que precede a mi existencia y que la acoge de tal modo que el hombre es en cuanto que está rodeado de aquello. La realidad revela una presencia por eso el hombre dirige hacia ella no sólo la mirada sino también sus pasos, su atención. El hombre es *Homo Viator*, es un ser llamado que sale de sí para dirigirse a lo otro y así, por tanto, es un buscador.

La peregrinación nos abre a la atención que revela la actitud de abrirse a lo otro para escuchar su palabra propia. La persona es un ser abierto por lo tanto atento. *Adtendere*, tender hacia, volverse a lo otro, mirar y ver<sup>4</sup>. Cualquier acercamiento a lo otro, a los otros, al Otro, deberá estar precedido de esta atención primera.

Pero atiende también porque esa realidad le promete un advenimiento, le ha llamado porque tiene algo que ofrecer, algo está por llegar, por mostrársele y entonces atalaya, mira, observa, se acerca... Atalayar es oficio que requiere mucha atención y vigilancia para atisbar a lo lejos lo que se espera. Nos volvemos hacia lo otro prestándole nuestra atención porque escuchamos una llamada —en el silencio nocturno se oye bien— que nos requiere, avisa o anuncia algo. Todo nuestro ser se vierte hacia el horizonte, todo el ser: Somos en ese instante un órgano capaz de recoger el más mínimo movimiento, ruido, luminosidad, olor... Todo

4 Como decía Hans Joñas, el filósofo que ha convertido el ver a los otros en la fuente de una cultura de la sensibilidad como nueva forma de moral universal o de ética.

está alerta y sensible al advenimiento que se anuncia a sí mismo con una llamada. El ser humano se hace caja de resonancia para que no se escape lo esencial. Y así comienza la espera.

No se puede caminar sin aguzar la atención. En el Camino se aprende a prestar atención al cosmos que nos rodea, al cielo y a la tierra al paisaje con sus diferencias. Por la atención el caos se transforma en cosmos, esta magna casa que recoge lo más mínimo y lo más grande, ¡Cuan poco sabemos de este macro cosmos que nos rodea, qué poco sabemos de nuestro papel irremplazable en él, cuánto compromiso con la Creación surgiría de esta atención!

Pero el Camino también nos presenta a la persona. El otro es también un acontecimiento que pide ser esperado, atendido. «Siéntate aquí en este asiento del autobús desde donde se divisa todo el que sube a la guagua u mírales a la cara; verás qué fácil es quererles»<sup>5</sup>. La atención ética nos orienta hacia el hombre y nos hace entreverarnos con esa vida que nos pertenece y a la que debo servir y amar con predilección.

El Camino nos abre a un espacio poco transitado: nuestro interior, allí se escucha la voz del Maestro interior, la voz de mi conciencia, la voz de toda mi persona que clama con gemidos inaudibles tantas veces, con vocablos que a mí misma me cuesta descifrar.

El cristiano encuentra en el Camino a Dios, revelado en Jesucristo, mis ojos se vuelven a la Palabra como al lugar donde atisbo su presencia y su don, a la eucaristía, espacio de misterio de amor y de vida y, en la más callada oración y la más comunitaria, mi pequeño ser se dilata atendiéndole a Él y a todo lo suyo.

La atención a la que nos invita la peregrinación nos prepara para una actitud de apertura y disponibilidad a la presencia de Dios, hecha Palabra y gestos.

Esta fidelidad a la realidad me descentra y me centra procurando una cercanía a todo lo que me rodea sin exclusiones.

### *El silencio*

El hombre es un animal loquax y taciturnus, habla y calla por propia voluntad y es peregrino, un buscador y como tal se acerca a la realidad dándole nombre y callando. Este Homo Viator que somos necesitamos del silencio mientras vamos de camino. Peregrinatio es tacare. Peregrinar es callar. Por dentro y por fuera.

5 Lo cuenta Joaquín García Roca sobre Jon Sobrino en «Qué talentos, qué cultura y qué fe para la transformación social». RFS, 55 (2000), 539-561.

Nuestro mundo está contaminado de ruido. Nos sorprende la peregrinación porque en ella desaparecen los ruidos urbanos pero aparecen otros que desconocíamos. A nuestro cotidiano vivir le sobran muchas palabras: leídas, escuchadas, dichas... libros, letreros, conversaciones... Nos sobran las palabras, interiores y exteriores.

Es la atención misma la que urge un silencio, previo incluso a una escucha o, al menos, sustentador de ella. Colocado ahí, a medio camino entre la atención y la escucha, es un umbral básico. Como urgencia es una disciplina, algo que no se tiene por costumbre y que requiere un adiestramiento, un itinerario y una reiteración para convertirlo en hábito, en algo adquirido sin resistencias ni rechines constantes. Como necesidad es algo que se busca, se aprecia, se realiza en la medida en que la misma disciplina hace de ello.

La peregrinación es una escuela de ese silencio necesario, exterior e interior, en el que pueden hablar las palabras y la Palabra, en él emergerán los gritos y susurros de nuestro yo y de nuestro mundo más cercano y la Palabra de Dios sanadora y reveladora de una vida que quiere abrirse paso a medida que vamos caminando.

### *La escucha*

Aplicamos el oído a la vida para escuchar y escuchar y escuchar. El mundo, la vida, se nos presenta a menudo con su carga imperdonable de absurdidad. No entendemos nada. Absurdo tiene relación con sordo, es decir, con palabra, mudez, diálogo, sinsentido, silencio<sup>6</sup>... absurdo es el fruto de una sordera así puede proceder de que habiendo ruido o palabras no llegan a oírse o que se oigan distorsionadas, al revés, o que existe una mudez que impide expresarse y, por lo tanto, nadie comprende, nadie sabe lo que en realidad pasa...

Nos sentimos en un universo sin sentido, que no comprendemos ni sentimos que somos en él comprendidos. Si no llega a ser absolutamente trágica la situación, sin embargo, es cierto que la incapacidad para comprender y comprendernos es a menudo muy dolorosa y nos rompe.

6 Quizás el referente de esta verdad es la crisis de lenguaje que inauguró el mismo s. XX, crisis que era también, y es, del propio sujeto, del yo, del hombre. La desintegración del signo ha inaugurado un pensamiento y una estética donde el absurdo, el hermetismo, la deconstrucción son los nuevos lenguajes que o no tienen sentido o lo ocultan como un modo contracultural de revelar la nueva humanidad o de ir contra ella.

Babel no es una leyenda primigenia, de los orígenes ancestrales, totalmente ausente de nuestro momento actual. Babel revela la amenaza continua de incomunicación y de soledad que acecha al hombre, a las comunidades, a las sociedades, al mundo que habitamos.

Ante tanto ruido y tanta mudez no sólo basta callar, silenciar, vivir el silencio, sino escuchar, que es una actividad, como el silencio, que nace de dentro de la persona y que hace de ésta un continente, un recipiente, una cavidad.

La escucha requiere pararse, callar, atender el murmullo de la vida, propia, ajena, natural, cósmica, universal... no sea que se nos escape la verdadera palabra de lo creado. Nuestro oído, el interior y el exterior, puede estar más afinado para los estruendos que para el flujo silencioso que recorre todo<sup>7</sup>.

No podemos marchar de este mundo sin escucharlo, sin conocerlo para amarlo, porque se nos preguntará sobre ello. Nos envuelve una sinfonía de voces que están ahí para ser escuchadas: voces de hombres, mujeres y niños, ancianos o jóvenes, pobres y menos pobres, dolientes o felices, marginados o libres... una naturaleza que agoniza y no oímos sus estertores de muerte o de enfermedad... un mundo que camina a nuestro flanco sin que me preocupe su destino...

Dios en el Camino nos lanza la llamada a la escucha de su Voz y de su Palabra: «Shema, Israel» (Dt 6, 4). Esta disciplina peregrina nos abre a la Palabra de Dios que quiere comunicarse con nosotros y entrar en comunión. La peregrinación es un camino hacia un Pentecostés del Espíritu que nos trae una verdadera comprensión de lo vivido y de lo que Dios quiere que vivamos, como el discipulado que comenzó a entender por obra del Espíritu, el Evangelio de Jesús, el Cristo, y fue esa escucha tan plena que se produjo una explosión de Vida que lo invadió todo.

## b) La tierra sobre la que cae la Palabra

El Camino transforma el corazón del peregrino para acoger la Palabra. Los largos trayectos, el tiempo dilatado, el silencio, la soledad, la escucha, la atención prestada a la realidad que le rodeas y envuelve, van tallando el ser del peregrino, su corazón, su vida. Son golpes de gubia temporal en manos del artista divino.

Pero, sobre todo, lo que prepara la tierra para que la Palabra caiga y no se ahogue o se pierda o se malogre, es la fatiga, el cansancio, la dureza misma del camino, el sufrimiento, el dolor. «Sufrir para comprender»<sup>8</sup>, cierto.

7 Dice un adagio chino que «hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece».

8 ESQUILO, *Agamenón* vv. 177-180



La Palabra está ahí, en cualquier instante y en cualquier lugar Dios se nos presenta y nos habla, pero han de estar los ojos limpios, el oído atento, el corazón libre... y esa disposición imprescindible la prepara minuciosamente la fatiga del camino. Para comprender esto tal vez sea necesario recordar nuestra propia experiencia de peregrinos. Mientras vamos de Camino van cayendo las máscaras, las defensas, las armas... porque el Camino y sus intemperies nos despoja de todas tus trincheras; van remitiendo nuestros bloqueos, nuestras durezas, nuestras agresividades... porque el Camino y su especial dureza, paradójicamente, nos ablanda. El Camino no sólo nos deja al aire libre sino en la desnudez más rabiosa que se pueda experimentar en la vida cotidiana. Y no solo nos deja en desnudez espiritual sino que nos hace vulnerables, sumamente sensibles, porque el Camino duele y nos hiere benéficamente, pero hierre. Por todo ello es en la Peregrinación cuando cualquier palabra nos cala hondo, llega amplificadas, nos arrebatan la atención, nos ofrece una luz desconocida y, sobre todo, la Palabra de Dios encuentra el medio de tocarnos y llegar hasta el centro mismo de nuestro ser.

La fatiga, que es el salario de final de jornada de todo peregrino, nos hace muy vulnerables y muy sensibles a lo que sucede en el interior y en el exterior, preparándonos para acoger una verdad, aquélla que esperábamos, la que, tal vez sin saberlo, salimos a buscar.

La fatiga provoca una catarsis que nos abre sin resistencias a la acción de Dios, a la gracia, haciendo posible una metanoia, una conversión, una vuelta a Dios, la apertura de un diálogo cara a cara con Él, el encuentro religioso más vivo y sincero. Porque en esa pobreza y menesterosidad el hombre se reconoce como tal y deja a Dios ser Dios. Pero además, eso es lo que nos abre a la compasión con el otro, al encuentro con la persona humana<sup>9</sup>.

### c) La Compañía del Camino

Es en este punto cuando la Palabra de Dios pasa de ser la que abre un espacio de posibilidad de encuentro entre el hombre y Dios atrayéndole con una llamada a sí a convertirse en Palabra Compañera. La Palabra de Dios se hace compañía en el Camino, se hace pan de cada día, alimento

9 «No oyes el río de las lágrimas porque no has llorado. El día que nosotros lloramos, caímos en la cuenta de que otros también lloran». Así empezaba su homilía Monseñor Arturo Lona en la masacre de Chiapas, donde mataron a adultos, mujeres y niños en la Navidad de 1998.

en un camino que nos supera. «Levántate y como que el camino es superior a tus fuerzas».

Quiero pararme en dos palabras que consideramos compañías indiscutibles de la peregrinación cristiana: la Palabra de Dios y la Palabra del hombre.

### *La Palabra de Dios*

Dios habla (loquitur) y conversa (colloquitur)<sup>10</sup> con el hombre y esa es la experiencia o vivencia más fuerte del Camino porque está cerca mientras vamos de Camino. El Señor no es sólo la meta del Camino. Porque está al principio puede estar al final, pero por lo uno y lo otro, siempre está a lo largo del trayecto. Es el Compañero de Camino, por eso el Camino es un espacio de encuentro espiritual y religioso de primera categoría. Hay una compañía feliz, dichosa, de la Palabra, en la que sentimos que Ella nos acompaña «como un padre a su hijo mientras dura su camino» (Dt 1, 31). Es la certeza del creyente que, en medio de la noche, en el espesor de los bosques, en las tinieblas de las bajuras, Dios está al lado. Esta Palabra compañera da fuerza a cada paso, ilumina cada oscuridad, nos abre al asombro y a la alabanza, llena de alegría la etapa diaria...

La Palabra tiene otros modos de acompañar haciéndose presente en el dolor. «¿De qué hablabais mientras ibais de camino?» (Me 9, 33; Le 24, 14) El camino tiene una dimensión agónica, de lucha titánica porque todos los umbrales han hecho su oficio, la atención, el silencio, la fatiga y comienza a emerger la voz herida del propio yo y, a la vez, comienza a escucharse la Voz de Dios con su promesa, con su verdad salvadora, estableciéndose una suerte de contienda que desgarrará al peregrino.

Así comienza el diálogo entre el hombre sumergido en el río de lo temporal y el Dios que entra con nosotros en el río entablando un diálogo. «¿De qué hablabais mientras ibais de camino?». Éste es el enclave crucial en el que Dios y hombre se encuentran. Yo distingo varios momentos en este espacio o hito de la peregrinación:

El Señor entra con su Palabra a acompañarnos y no desatiende ni desoye nuestras quejas y quebrantos, nuestra desdicha y opresión, nuestras lágrimas y llantos<sup>11</sup>. En este momento se alterna la luz y las sombras, como cuando caminas en primavera entre pasajeros chubascos y

10 Constitución Dogmática *Del Verbum* 8.

11 BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* 23. Por la lectura (de la Palabra de Dios) «nos comprendemos a nosotros mismos y encontramos respuestas a las cuestiones más profundas que anidan en nuestro corazón».

espléndidos huecos de sol. Es el hito de la soledad dialéctica, de la exposición dolorosa de uno mismo a otro, que acontece en algún momento a todo peregrino. Los dos a solas y sin testigos, como amigo con amigo, como en el principio de la relación, en un cara a cara para el que estamos hechos, *un fianco a fianco*, que es el modo de dialogar mientras se va de camino, pero aún viviendo un contraste, una distancia, una diferencia dolorosa, un desencuentro.

El Señor, entonces, se hace respuesta, leyéndonos la vida desde la buena nueva, desde la esperanza, la fe, el amor. Es una experiencia teológica que posibilita una renovación de la vida, porque el Señor va descifrando los enigmas que nos han urgido a partir o su silencio y su compañía, al menos si no desvela, tiene un poder identificador. El Señor se hace para mí un Tú que me acompaña realmente y, más, llega a asumir mi propio Yo.

Y hay otro hito: la fuerza soberana de su Palabra. Ante nuestras palabras se impone la verdad de sus Palabras, que empiezan a entrar en nosotros y quedarse en lo más íntimo. Esta experiencia con la Palabra de Dios en el Camino tiene muchos modos: es la Palabra performativa, que hace lo que dice e inicia una transformación interior; es la Palabra antirrética que contradice lo que vivo o pienso; es la Palabra que, al ser rumiada, va sanando el corazón; es la Palabra de Luz que alumbra el paso nuevo que ha de darse; palabra sanadora, que restaña una herida; palabra confirmadora que me lleva a comprender el sentido de mi vida desde el fundamento de su Amor...

Esta Palabra llega a mí a través de la oración silenciosa, de la lectura de la Palabra de Dios, de la Lectio diaria, de la Liturgia de las Horas, de la liturgia eucarística... que actúan como mediaciones en el Camino, presencia sacramental en el Camino, Dios vivo que nos habla hasta hacer arder nuestro corazón, y está con nosotros «al partir el Pan» (Le 24, 32), hasta llegar a reconocerlo con los ojos de la fe. Por esto el Camino es un espacio de evangelización en el que no puede quedar una pastoral sin hacer.

A la llegada a Santiago el hombre dice su última palabra con el Apóstol: Creo... porque en la peregrinación se desvela el carácter responsorial de la vida. Se pide una respuesta a Dios, a un Dios que requiere una respuesta del hombre.

Hago aquí una llamada urgente a los albergues cristianos, a las parroquias, a las comunidades religiosas, para que ofrezcan esta Palabra de Dios que, en sus espacios de acogida ofrecida a los peregrinos, fundamentalmente interpela y alienta. Con estos dos oficios primordiales: ser un toque de gracia hasta llegar a cuestionar, a hacer brotar una pre-

gunta, hasta interpelar y, segundo, alentar en el camino, dando fortaleza, sentido y gracia. Es a Cristo a quién tenemos que mostrar, el Rostro que busca los que peregrinan y es a Cristo a quien servimos en el peregrino que llega al albergue «Todo aquel que os dé de beber un vaso de agua por el hecho de que sois de Cristo, os aseguro que no perderá su recompensa». Marcos 9,41. Este es el centro y culmen de nuestra acogida cristiana. Por esto es vital que por el Camino transite la Gracia a compás del hombre, estén asequibles las iglesias, haya en ellas liturgias que permitan encontrarse con el Sacramento, Comunión y Reconciliación, que haya espacios de oración cristiana, que haya Biblias o Evangelios en nuestras estanterías, que los hospitaleros sean testigos y apóstoles de la Palabra para que la Palabra haga el Camino con el peregrino.

La Iglesia, tantas veces, ha salido del Camino y ha dejado que sea un espacio de «museo», de arqueología, de turismo, de ocio... Habrá muchas motivaciones para hacer el Camino pero el Camino lo trazó un testimonio de fe, una confesión de fe, un apasionado deseo de encuentro con Dios. Y esto es lo único que no puede faltar.

### *La Palabra de hombre*

*La palabra propia.* En el Camino se revela nuestra propia palabra, la personal palabra que dice de mí a mí misma, a los demás, a Dios, porque se da una emergencia del Yo de manera espontánea y radical. Hay un camino de autoconocimiento profundamente humano que se desarrolla en la peregrinación y que de este modo también es profundamente espiritual y religioso. Porque ese autoconocimiento se resiste a aferrarse a un solipsismo del yo que no conduce a ninguna parte y busca la referencia última y definitiva a Alguien que diga bien de mí, me bendiga, me confirme, me ame, se fie de mí, a Quién estoy ligada y al que acudo como interlocutor verdadero y Señor de mi vida. «Conózcame a mí, conózcate a ti»<sup>12</sup>.

*La palabra de los otros.* Pero el Camino también nos revela la palabra del hombre, de todo hombre, la que porta como una riqueza donada por Dios y que ha de ser descubierta y la que ofrece a otros como compañía en el camino. Quiero destacar la importancia de las palabras de los otros en el Camino.

- En la hospitalidad. La Palabra samaritana. La cercanía de Dios se percibe en todo gesto de cercanía del hombre hacia su hermano. A través de los testigos de su presencia el Señor se sigue acercando al

12 SAN AGUSTÍN, Soliloquios II, 1.

hombre, le salva y le bendice<sup>13</sup>. Los albergues del Camino no suelen atender al hombre en las necesidades más personales, apenas llegan a cubrir las más perentorias: limpieza y descanso, a veces, un poco de comida; en los más sofisticados el descanso llegar a ser lujoso, incrementado con terapias o con cuidados del cuerpo como masajes... Yo me dirijo especialmente a los albergues de orientación cristiana. En ellos la palabra es fundamental porque es la que posibilita un vínculo de encuentro de persona a persona que es en realidad lo verdaderamente necesario. Desde el saludo a la llegada, dirigiendo la palabra y toda la atención al peregrino que viene cansado de la etapa, al que se le ofrece una silla, un refresco, agua o té frío en verano, algo caliente en los días destemplados, al que se le pregunta por su origen, procedencia, por su peregrinación... al que se le indica cómo descansar, dónde comer, lavar... al que se le propone, tras el descanso, un espacio de encuentro... Hasta la partida final o despedida en el que se le ofrece una palabra de aliento y de humilde sabiduría para continuar el camino iniciado, o la Palabra de vida que le dé aliento o luz. Los albergues son espacios privilegiados de acompañamiento inicial. Muchas personas llegan deseando comunicarse, hablar de sus pesos y sus motivaciones y agradecen la presencia de una persona que esté, que escuche y les pueda responder a sus interrogantes. Por eso el hospitalero/a es una mediación en el largo camino que va de la propia casa a Santiago, una presencia vicaria del Dios cercano.

Muchas veces este rápido y fugaz contacto crea una relación, un acompañamiento tras la peregrinación porque el corazón del peregrino no olvida el vaso de agua que se le da a beber.

- En el camino. La Palabra hermana. Los que caminan junto a nosotros también nos ofrecen su palabra que es compañía y comunicación. En el Camino se engendra una fraternidad muy singular: los que nunca nos hubiéramos relacionado en nuestra vida real aquí nos hacemos compañeros de camino, contamos nuestra vida, a menudo más allá de lo normal, a aquellos a los que apenas acabamos de conocer, porque el Camino es un espacio de comunicación que a menudo ahonda hasta niveles que no solemos abrir o llegar en lo cotidiano. Es una comunicación fruto de la inmediatez y de la cotidianeidad de la peregrinación que tiene un valor profundamente humano y que revela la íntima y urgente necesidad que tiene el hombre de ser lenguaje, hacerse comprender, querer comprender a otros, compartir. Todo ello revela la riqueza social del Camino, su capacidad para ser

13 BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Encuentro, Madrid, 2011, pp. 338-339.

espacio de encuentro más allá de culturas y niveles sociales. Peregrinar con otros por esto es un medio de comunicación, de diálogo, de comunión que permite entrar en los ámbitos de la fe sin filtros y sin resistencias.

#### 4. Conclusión. El Encuentro definitivo

La traditio silenciosa del Apóstol arranca nuestra *Confessio fidei* a la llegada. Al final del Camino el peregrino entra por el Pórtico de la Gloria al Santuario donde se veneran las reliquias del Testigo, del Amigo del Esposo, del Mártir, del hermano que nos ha precedido en la fe. Es como un canto de triunfo, de gloria. El Señor ha vencido a la muerte, al cansancio, a la fatiga, al sinsentido. Se entra por esta Sagrada Puerta con un «¡Amén! ¡Aleluya!» (Ap 19, 4), que es una palabra de resurrección y de plenitud.

En el antiguo Pórtico estaba representada la Transfiguración. La vida del peregrino que llega a Santiago se ve también transfigurada, sus pobres ropas, polvorientas y desgastadas, se tornan blancas y luminosas en ese milagro de conversión y de encuentro con Jesucristo, el Compañero que ahora sale a recibirnos. El peregrino experimenta un cambio y una novedad.

«He aquí que yo hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5). A la vuelta se sentirá esta novedad del Camino en nuestro modo de percibir la creación, la vida cotidiana, los dones de cada día, las personas con las que nos cruzamos o con las que convivimos...

El Camino nos ha abierto una vía de acceso a nuestro yo más íntimo, a los hermanos, a Dios. Volveremos al día a día pero una palabra nos habrá sellado: la gracia ha hecho de nosotros un Hombre nuevo, como esa tierra nuestra es también la Tierra nueva, y esos cielos llenos de estrellas o iluminados por el sol son también los cielos nuevos.

Y todo es obra de la gracia, de Jesucristo, que con su Palabra nos ha ido moldeando, nos ha leído el texto indescifrable de nuestra vida, rompiendo los sellos y derramando gracia tras gracia, mientras íbamos de camino.

La peregrinación es una experiencia teologal, religiosa, espiritual, tejida de muchas palabras y de muchos encuentros, por eso es también un espacio privilegiado de nueva evangelización, de primer anuncio, de iniciación a la vida de la fe o de avivamiento de ella, de sanación a través de la palabra itinerante, de acompañamiento en la fe. Es un generoso y virgen espacio en el que el Señor, que va delante, abre las puertas y ven-

tanos, los lugares más oscuros y escondidos, se hace en ellos presente y nos invita a seguirle.

La gran sorpresa del peregrino que iba en su busca es que es Él el que ha acudido a su encuentro, el que ha venido a él y ha hecho morada en él, el que le ha llevado al Padre, el que le ha llamado «Compañero de Camino». Por eso será imposible olvidar las Palabras recibidas mientras íbamos con Él.

«El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

# La Acogida en los albergues

LEO VAN STAVEREN

Peregrina y Hospitalera voluntaria en el Camino de Santiago

Queridos amigos, voy a compartir algo de mi experiencia como hospitalera voluntaria. En el año 2011 comencé el Camino; esa vez decidí interrumpirlo antes de llegar a Santiago. Aun no habiendo terminado el Camino, viví una experiencia espiritual muy fuerte, por lo que decidí volver y quedarme en un albergue, como una forma de devolver algo de lo recibido. Volví al albergue de Carrión de los Condes, de las hermanas agustinas, para vivir la experiencia de ser hospitalera durante una semana. Desde entonces, he vuelto a vivir esa experiencia tres veces, a dar a otros lo que la acogida cristiana me había dado aquel año en el que fui peregrina.

¿Qué me ha dado la acogida cristiana? Hay cuatro cosas que creo que me ha dado:

**1. Atención personal.** Cuando llegas a un albergue como el de Carrión de los Condes, vives una acogida tan cariñosa, tan personal, que te hace sentir persona de una manera muy especial... y ¡tantas veces en tu vida no te sientes así!

**2. Comuni3n.** En el Camino muchas veces se forman grupos de peregrinos y esta dimensi3n que te ofrece el Camino es muy importante. Los grupos a veces se forman caminando, pero especialmente se forman en los albergues, durante una cena compartida, un momento de encuentro, una misa... All3 se crea comunidad, comunidad de peregrinos que disfrutas durante todo tu Camino.

**3. Identidad de peregrina.** Antes de hacer el Camino nunca me llam3 a m3 misma «peregrina». Dec3a «he hecho un viaje», pero no «he hecho una peregrinaci3n». Con la acogida en los albergues religiosos me he sentido cada vez m3s y m3s peregrina.

**4. Lugar espiritual.** La atenci3n recibida transforma el Camino en un lugar espiritual. La espiritualidad vivida en los albergues ha hecho de mi caminar un tiempo de oraci3n y reflexi3n.



Estas son las cosas que recibí en el Camino, y yo quería darlas a otros siendo hospitalera. ¿Cómo se puede hacer esto? Todos los que estamos aquí creemos que tenemos algo que podemos transmitir, algo indispensable, un mensaje de Dios Amor, el mensaje de nuestra Fe. Podemos hacerlo en tres pasos: identificar, vivir y comunicar.

**Identificar:** Si queremos transmitir algo, lo primero es identificar qué es lo que queremos transmitir. Nosotros ¿sabemos bien qué es lo que nos ha dado la fe en Jesucristo?; ¿sabemos bien qué significa esta fe para nosotros?; ¿en qué consiste esta fe?; ¿sabemos qué es peregrinar, hacia dónde peregrinamos, por qué y para qué peregrinamos?

En Carrión lo hacemos de una manera muy cotidiana; tenemos tiempos de formación para hospitaleros y religiosas en los que reflexionamos sobre nuestro trabajo, pero también sobre qué es peregrinar; leemos juntos temas que luego reflexionamos y compartimos, para profundizar en aquello que queremos transmitir.

**Vivir:** Antes de transmitir algo, antes de comunicarlo, tenemos que vivirlo. Tenemos que vivir nuestro mensaje, nuestra fe. Como hospitaleros tenemos que tener una vida de oración, alimentarnos a nosotros mismos. En Carrión, comenzamos el día rezando Laudes y rezamos juntos en otros momentos del día; algunas veces las Vísperas las rezamos con los peregrinos. Participamos en la eucaristía y, si el trabajo nos lo permite, tenemos nuestro momento de oración personal. Así, profundizamos en nuestra fe y vivimos la espiritualidad que queremos transmitir.

Tenemos que vivir nuestro mensaje, nuestra religión. La palabra religión viene del latín *religio* —formada por el prefijo *re-* (indica intensidad) y el verbo *ligare* (ligar o amarrar)— y el sufijo *-on* (acción y efecto). Por tanto, «religión» significaría algo así como «acción y efecto de ligar fuertemente (con Dios)». Así, religión no es teoría, es acto; tenemos que vivir nuestro mensaje antes de comunicarlo.

**Comunicar:** En Carrión, cuando nos reunimos con los peregrinos al finalizar el día, hablamos, cantamos e incluso una de las hermanas da un pequeño mensaje sobre el sentido del camino, la meta —que es el corazón de Dios— y la luz que nos guía en nuestras vidas. El mensaje debe ser sencillo y breve; cito unas palabras atribuidas a San Francisco que tratan el tema de comunicar la fe: «Predica el evangelio siempre; cuando sea necesario, usa palabras». Las palabras son importantes, pero lo esencial es el ejemplo.

En el Albergue de Carrión, aprendí a comunicar de esta forma el mensaje de Dios Amor a los que vienen a nuestra casa. Así lo hacemos allí.

Nos queda el riesgo de que lo que queremos transmitir no entre en los corazones de los demás. Muchas veces echamos la culpa a los demás porque decimos «no están abiertos a nuestro mensaje». Yo creo, sin embargo, que esta perspectiva no es muy provechosa. Es mejor construir un puente entre el hombre de hoy —con todas sus preguntas, sus preocupaciones, sus tristezas, sus alegrías— y el Dios Amor, el Dios padre que ama a sus hijos, el Buen pastor que conoce a sus ovejas en todas sus circunstancias. Así, sólo así, podemos ser productivos y llevar al hombre a Dios.

La clave está en otro verbo: «escuchar»; escuchar al peregrino que viene. Muchos llevan en sus corazones muchas cosas, experiencias, circunstancias, dudas, tristezas... que pesan más que sus mochilas. Acoger al peregrino significa también acoger su historia, sus preguntas, sus dudas, sus felicidades... Si estamos verdaderamente dispuestos a escuchar, si animamos a los peregrinos a hablar y compartir, podremos aliviarles un poco del peso y darles la oportunidad de que vean con más profundidad sus motivos y experiencias.

El año pasado, en el encuentro de ACC en León, la hermana Carolina —de las agustinas de Carrión— nos hacía reflexionar sobre los discípulos de Emaús. Los discípulos de Emaús, como los peregrinos que vienen a nuestros albergues, se pusieron en camino llenos de preguntas y de dudas existenciales. El Señor Resucitado salió a su encuentro en medio de su *camino* y allí no comenzó a predicar inmediatamente. Los encontró en su realidad, en su emoción; los aceptó así y los escuchó. Siguiendo este ejemplo, comprendemos que escuchar es la tarea más importante en nuestro trabajo de acogida, en nuestro trabajo pastoral.

Surgen dos retos a la hora de escuchar a los peregrinos. El primero, el tiempo. Muchas veces nos falta tiempo para la atención personal, ¡no tenemos tiempo! El segundo, los idiomas. No es sólo que los peregrinos no nos entiendan a nosotros o que no puedan rezar en nuestras misas en español; es que nosotros no podemos entender lo que nos cuentan los peregrinos de todas las partes del mundo.

Merecerá la pena invertir en solucionar estos retos —tiempo e idiomas—, *porque no es imposible que sea posible.*



# Acogida cristiana y Nueva Evangelización en el Camino de Santiago: Acogida que sana y salva

RVDO. D. JAUME ALEMANY  
Delegado de Pastoral Penitenciaria de la CEE

### Introducción

Mi comunicación se va a centrar en una experiencia que llevamos haciendo ya desde años atrás en el Centro Penitenciario de Mallorca. Se trata de caminar unas etapas del Camino de Santiago con un grupo de internos e internas de dicho centro.

Esta experiencia se ha compartido con otros centros penitenciarios de tal forma que ya llevamos tres ediciones de lo que hemos convenido en titular: « Caminos de Libertad»: Grupos de internos de distintos centros penitenciarios caminamos hacia Santiago por distintos caminos, encontrándonos en la Catedral, meta conjunta /común del Camino.

La responsabilidad de la organización, realización, evaluación, etc. corre a cargo del Secretariado de Pastoral Penitenciaria.

### La Pastoral Penitenciaria: pastoral de Justicia y Libertad en el marco de la Nueva Evangelización

La Pastoral Penitenciaria tiene el encargo de la Iglesia Diocesana de acompañar a los privados de libertad en su etapa de reclusión y en su posterior reinserción.

Acompañamiento que no se limita a la atención religiosa y sacramental del interno, sino más bien pone su acento en el anuncio del mensaje cristiano, acercándoles a Cristo, el Hombre Libre, el Resucitado, Aquel que nos ha liberado de toda esclavitud.

El VI Congreso Nacional, en su declaración final, apostaba por una «Pastoral de Justicia y de Libertad, encarnada *“entre los más pobres de entre los pobres”*, capaz de prevenir las causas económicas, sociales, educativas y laborales del delito, implicada en la defensa de los derechos fundamentales de

*las personas que padecen la precariedad y la exclusión social, comprometida con las personas privadas de libertad, defensora de sus derechos, buscadora de alternativas a la cárcel, corresponsable del proceso de integración social y la plena normalización de vida, sin estigmas de las personas liberadas»<sup>1</sup>.*

Ante la magnitud de tal apuesta se hace imprescindible un trabajo programado, en equipo, con participación de profesionales de las ciencias humanas, de la comunicación, de la educación. Y todo ello sin descuidar la gran aportación del voluntariado social y, más específicamente, la del laicado cristiano, que aporta experiencia vital, tiempo, posibilidades, ilusión, diversidad de actividades, programas, talleres, etc.

Todo ello nos estimula y posibilita para responder a la diversidad de situaciones que se viven en prisión y en el entorno del preso. «Dar testimonio del Evangelio no es privilegio exclusivo de nadie. Reconocemos con gozo la presencia de tantos hombres y mujeres que con su vida son signos de Evangelio en medio del mundo»<sup>2</sup>.

De esta forma, intentamos continuar una labor que siempre ha sido prioritaria en la historia de la Iglesia y que hoy, inmersos en la persistente y grave crisis económica, que afecta muy directa y dramáticamente a los más pobres se hace especialmente urgente: «La opción preferencial por los pobres nos impulsa a salir a su encuentro y trabajar para ellos, para que puedan sentirse en la Iglesia como en casa»<sup>3</sup>.

En el ámbito de la atención a los privados de libertad, ya en los inicios del cristianismo encontramos testimonios ejemplares de cercanía al perseguido y al encarcelado siguiendo la rica tradición veterotestamentaria.

Por emblemática y precursora del texto que llamamos el juicio final<sup>4</sup> fijamos nuestra atención en la requisitoria de Isaías: «*El ayuno que he escogido, ¿No es más bien romper las cadenas de injusticia y desatar las correas del yugo, poner en libertad a los oprimidos y romper toda atadura? ¿No es acaso el ayuno compartir tapan con el hambriento y dar refugio a los pobres sin techo, vestir al desnudo y no dejar de lado a tus semejantes?*

*Si así procedes, tu luz despuntará como la aurora, y al instante llegará tu santidad; tu justicia te abrirá el camino, y la gloria del SEÑOR te seguirá. Llamarás, y el SEÑOR te responderá»*

1 VI Congreso Nacional de Pastoral Penitenciaria. Actas. Madrid 15 - 17 Septiembre, 2000.

2 Mensaje del Sínodo sobre la Nueva Evangelización. N° 8.

3 Sínodo Episcopal para la Nueva Evangelización. Propuesta. 31.

4 Mt, 25.

Hoy nos encontramos con *«nuevas e inéditas formas de pobreza que abren espacios inéditos al servicio de la caridad: la proclamación del Evangelio compromete a la Iglesia a estar al lado de los pobres y a compartir con ellos sus sufrimientos como hacía Jesús»*.<sup>5</sup>

Los presos, salvo contadas excepciones, son pobres. (Los que no lo son económicamente hablando, lo son en muchos otros aspectos). En la prisión conviven enfermos, discapacitados físicos y psíquicos, ancianos, afectados por drogas, adictos al alcohol, extranjeros sin papeles, jóvenes provenientes de centros de reclusión de menores, maltratadores, mujeres maltratadas... muchos de ellos carentes de recursos elementales y básicos en educación, sanidad, vivienda, etc.

En la prisión se detecta con facilidad carencias afectivas significativas, rupturas familiares especialmente dolorosas, experiencias de fracaso, de exclusión, etc. Experiencias vitales que se padecen en soledad, con el agravante de sentir el rechazo de una sociedad que ignora su sufrimiento y con demasiada ligereza, reclama, exige condenas más duras y cumplimiento íntegro de las penas.

Hoy las prisiones siguen siendo templos del sufrimiento y espacio privilegiado de evangelización. Ámbito donde la Iglesia está llamada a ejercer su «ministerio de reconciliación con serenidad y firmeza... Fiel al mensaje de Jesús la Iglesia tiene que esforzarse para derribar los muros que separan a los seres humanos».<sup>6</sup>

En este templo del dolor, donde Dios llora, Jesús nos sale al encuentro en la persona del preso, convirtiéndose en sacramento del Señor. Él se identifica con los que tienen hambre, sed, falta de hospedaje y de libertad.

Finalmente, quiero destacar lo que supone de oportunidad evangelizadora la presencia de la Iglesia entre los muros de las prisiones como lo fue para el Apóstol Pablo estando preso en Éfeso.

En la dramática situación que sufría no dejó pasar la oportunidad de hacer apología del Evangelio ante el tribunal que le juzgaba; como tampoco dejó pasar la ocasión de devolver como hermano al esclavo Onésimo a quien había sido su amo, Filemón, cuando aún no conocía el Evangelio<sup>7</sup>.

5 Mensaje del Sínodo sobre la Nueva Evangelización. N° 6.

6 Sínodo Episcopal para la Nueva Evangelización. Propuesta 14.

7 Fil. 1,8-21.

## El Camino de Santiago acoge al privado de libertad

El programa antes mencionado «Caminos de Libertad» pretende ofrecer un espacio favorable para que el preso experimente un estilo de vida, que aunque excepcional y limitado en el tiempo, le abra a planteamientos nuevos ante su presente y su futuro en libertad.

En el transcurso de esta actividad el preso/a vivirá en un entorno social normalizado; tendrá ocasión de estar en contacto con el arte, la historia, la geografía de un recorrido de gran interés cultural; mantendrá relaciones positivas con los demás internos, sus acompañantes educadores y voluntarios,... El Camino sin duda favorece/posibilita/fomenta actitudes de ayuda mutua, tolerancia y convivencia con los demás. Y, naturalmente, ofrece la posibilidad de experimentar la naturaleza como alternativa para realizar actividades de ocio y tiempo libre en un ambiente saludable, etc.

Estas posibilidades que el camino ofrece a todos los que nos decidimos a emprender la peregrinación, en el caso del preso, adquieren un valor cualitativamente superior.

El hecho de acceder al programa se vive como una oportunidad única y excepcional. Ser elegido de entre 1500 candidatos se vive cómo una suerte y una gracia que, naturalmente, se convierte en compromiso al que no se puede fallar.

Los participantes seleccionados se sienten depositarios de una confianza que no podrían defraudar, lo cual provoca en ellos un plus de autoestima. (Quiero hacer notar que en los criterios de selección no se prima a los internos que podríamos llamar «ejemplares», como recompensa a su buena conducta. Por supuesto que se valora la trayectoria positiva del candidato, pero en la medida que nos permite la Ley General Penitenciaria y el Reglamento penitenciario, se ofrece la oportunidad al interno que se muestra dispuesto a empezar un proceso de cambio profundo, un replanteamiento de vida para su futuro, cualquiera sea el delito por el que cumple condena).

En el Camino el preso sale del lugar marginal, de exclusión que vive en la prisión, para integrarse en un grupo y un proyecto.

El preso se convierte en peregrino, se siente protagonista de su vida de su camino, se siente activo, vivo: no sólo porque tendrá que caminar —algo que en la prisión sólo puede hacer en el pequeño espacio de un patio, sin perspectiva— sino también, porque tendrá ocasión de decidir, de aportar iniciativas, asumirá responsabilidades, etc., actividades todas ellas que en prisión, tampoco puede llevar a cabo.

El camino saca al preso de una vida marcada por la pasividad del saberse «aparcado/apartado» y le pone en marcha, activo, permitiéndole sentirse y saberse en «circulación».

El camino marca etapas con objetivos concretos que se evalúan al final de cada día. El camino propone una meta hacia la que apuntan los esfuerzos de cada uno.

Una meta que da color y estilo al itinerario: el color de la esperanza y el gozo de conseguir aquello que se ha propuesto; el estilo austero, decidido, constante, peregrino del Apóstol que espera su abrazo en la Catedral.

El preso/peregrino camina acercándose, contagiándose de la alegría de los personajes del Pórtico de la Gloria, preparando el abrazo de reconciliación y disponiéndose a compartir la fraternidad universal en la Eucaristía.

## **Desarrollo del programa**

*A nivel «burocrático»:*

El programa se inicia con la propuesta de los miembros del grupo, entre 12 y 15, seleccionados a partir de las propuestas de los distintos agentes de Pastoral penitenciaria presentes en todos los módulos del Centro.

Los profesionales: educadores, psicólogos, trabajadores sociales, funcionarios, etc... aportan sugerencias a partir del conocimiento y seguimiento que llevan a cabo de forma habitual a todos los internos.

Finalmente, la dirección del Centro propone a Instituciones Penitenciarias la composición del grupo para que autorice su participación en el programa.

En el momento de iniciar la actividad, el Juez de Vigilancia Penitenciaria tendrá que manifestar su aprobación.

*A nivel «pedagógico»:*

Durante el curso se realizan actividades de tipo informativo: charlas, videos, coloquios entre los candidatos y los internos que han disfrutado de la experiencia en años anteriores. El objetivo: que tomen contacto con la historia, geografía, cultura... (y otros muchos elementos) y así optimizar al máximo los días del camino. Por supuesto destacamos su origen cristiano y todo lo que supone la peregrinación Jacobea.



En el campo más estrictamente personal, se trabaja con cada uno de ellos y en grupo la oportunidad que van a tener de replantearse la vida, de rectificar, de dejar que afloren tantos valores ocultos en el fondo de su corazón, que dejen que se manifieste su núcleo de bondad original, aquello que les hace semejantes a su creador, etc.

También, y para no dejarlo a la improvisación, se realizan prácticas de iniciación a la contemplación, la plegaria, la interiorización, la capacidad de escucha respetuosa del compañero...

Solo faltará hacer unas salidas del Centro para verificar la capacidad para caminar de cada uno, para después poder caminar cada día una media de 25 kilómetros.

### **Los días de camino**

En cada etapa de camino, por la mañana, el grupo recibe unas orientaciones que le van a ayudar a interiorizar, a ponerse en situación para vivir con la máxima profundidad la peregrinación.

Se proponen momentos de silencio, momentos de compartir, también tiempo para contactar con otros peregrinos, etc.

Participan todos en las tareas del día a día: comprar, cocinar, limpiar en los albergues, elaborar un diario del Camino, etc.

Todo ello se evalúa por la noche y se comparten sentimientos, impresiones, con total naturalidad.

**Mención especial merece la llegada a la Catedral y la Celebración de la Eucaristía.** Supone la consecución de la meta propuesta. Comparable a la experiencia de un sueño. Muchos manifiestan la sensación nunca experimentada de gozo profundo, alegría mezclada de nostalgia por la lejanía de los suyos, impresión de haber desperdiciado tantas oportunidades que la vida les había ofrecido, etc.

Con distintas palabras, pero con el mismo sentido, es habitual escuchar esta afirmación: *«Si yo hubiera tenido esta experiencia antes, hoy no estaría en la cárcel».*

**Los privados de libertad, en el camino, son invitados a identificarse con personas —muchos de ellos con una problemática semejante a la suya—, que se encontraron con Jesús y se vieron curados y salvados.**

Los textos que con más frecuencia nos han ayudado son:

### *Zaqueo<sup>8</sup>: el corrupto confeso y arrepentido generoso*

El jefe de publicanos y rico Zaqueo siente curiosidad por ver a Jesús que pasa. Se tiene que abrir paso entre la muchedumbre que le ignora, no le deja hueco, muestra de la poca consideración que sienten por él. Con su riqueza se ha ganado el menosprecio de sus vecinos. Su baja estatura va pareja con su nula consideración popular.

Jesús al verle se auto-invita a comer en su casa provocando la nada extraña reacción de los presentes. Este encuentro de miradas y esta invitación resultan salvadoras para Zaqueo que implícitamente acepta su condición de corrupto decidiendo devolver el doble de lo que la ley obligaba a los defraudados. Es más, decide dar la mitad de sus bienes, se supone de los adquiridos de forma honrada, a los pobres: Justicia y Generosidad. Restitución con creces y gozo por haber acogido la salvación que Jesús ha traído a su casa.

Resulta un buen icono para aquellos que aceptando su delito desean rehacer su vida: por justicia restituir lo sustraído y para ganarse el aprecio perdido, practicar la generosidad en la medida de lo posible.

### *La Samaritana<sup>9</sup>: la ex mujer de 5 maridos, sola y vacía*

Cuántos hombres y mujeres no nos encontramos junto al pozo de Sincar, vacíos, con ansias de plenitud, con sed abrasadora buscando el agua capaz de calmar las ansias más profundas de sentido y felicidad.

Entre la población marginal, excluida y en especial en los reclusos fácilmente descubrimos experiencias de haber equivocado el agua para calmar la sed. El agua que han probado estaba contaminada. No ha calmado la sed sino al contrario, la ha hecho más abrasadora.

La sed, el cansancio, el calor, las inclemencias que con frecuencia nos brinda el Camino es motivo elocuente para una profunda reflexión sobre nuestras carencias más profundas. Sobre los sufrimientos que hemos vivido y la forma como hemos intentado superarlos.

El agua de cualquier fuente se convierte fácilmente en sacramento de la salvación que Jesús nos ofrece. Una salvación que llegará al núcleo más profundo de nuestro corazón ansioso de plenitud.

8 Lc 19, 1-10.

9 Jn 4, 11-43.

### *El ciego Bartimeo<sup>10</sup>: marginado por su falta de visión*

El hijo de Timeo, se encuentra al margen del camino. Parado, sentado, ciego, ignorado de los demás hasta que por sus gritos recibe amonestaciones para que se calle.

Consciente de su ceguera grita insistentemente para no dejar pasar la oportunidad de que Jesús le cure.

No les resulta difícil a muchos de los peregrinos de nuestro grupo verse reflejados en la situación de Timeo. Muchos se han visto cegados por falsas expectativas de felicidad barata. Se han visto al margen de cualquier salida. Frecuentemente ignorados, acallados ante cualquier intento de reacción.

La propuesta se hace evidente: Hay que empezar por querer salir de la situación marginal, gritando si hace falta. Habrá que reconocer que llevamos muchos velos que nos impiden ver. Identificarlos y arrojarlos como hizo Timeo con su manto será el inicio de una nueva visión. Siguiendo a Jesús encontrará el camino a seguir, curado, salvado.

La experiencia del camino se ofrece como una auténtica oportunidad para optar por esta oferta salvadora.

### *La mujer adúltera<sup>11</sup>: humillada, condenada a muerte y perdonada*

Una mujer hallada en flagrante adulterio a punto de ser apedreada. La Ley así lo determinaba. Del cómplice varón nada se sabe. Ella experimenta la humillación de verse en medio de unas miradas masculinas acusadoras, ávidas de condena y de muerte, miradas hipócritas como se verá al escuchar de Jesús su sentencia: ¡El que esté libre de pecado...». Ninguno lo estaba. Se retiran uno tras otro. La justicia de la Ley condena y mata. La justicia de Dios contempla el perdón, porque Él es Misericordia.

Todavía hoy muchas mujeres se ven humilladas, sometidas, utilizadas. Mujeres repudiadas, con niños a su cargo, víctimas de abusos, abocadas al tráfico de drogas, a la prostitución, si no legal, sí consentida y hasta permitida, con la que algunos atesoran grandes fortunas y cometen los peores crímenes.

De ahí a la cárcel hay un pequeño paso que frecuentemente acaba dándose. «Yo tampoco te condeno». De nuevo Jesús rescata de la muerte y ofrece el gozo del perdón a quien injustamente es condenado.

10 Mc 10, 46-52.

11 Jn 8, 3-11.

No falta nunca en nuestros grupos de presos peregrinos la presencia de algunas mujeres, que son invitadas a ver en Jesús al mejor abogado defensor que pudieran haberles asignado en sus diversos conflictos con la ley.

*El buen ladrón*<sup>12</sup>: que regaña a su compañero de condena por reprender a Jesús

Los dos comparten el mismo suplicio que Jesús. Uno lo acepta como consecuencia de sus actos. Al tiempo que declara inocente a Jesús y reprende al compañero que reta a Jesús a que baje de la cruz y les salve también a ellos.

Dos formas tan distintas de afrontar una situación indeseada, crucial.

No resulta fácil aceptar la propia realidad cuando es tan cruel. En la cárcel con mucha frecuencia hay que acompañar procesos de aceptación de la realidad. Aceptación que pasa por dejar de lado excusas, victimismo, mentiras, que hacen más amarga la condena e inútil cualquier intento de cara al futuro. Hace falta coraje y ayuda para creer que de ahí puede nacer algo positivo.

Nuestra acción pastoral tiene muy en cuenta esta situación y estimula la esperanza en un mañana distinto. La esperanza que nace de la fe en la Misericordia de Dios.

«Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso». Morir en los brazos acogedores de Dios. Vivir la condena con la dignidad de ser y vivir como hijo de Dios.

Cualquier cruceo del camino nos recuerda esta escena y nos proyecta hacia un futuro de vida más allá de la situación actual, puntual, y nunca definitiva de una vida privada de libertad.

## Conclusión

La Pastoral Penitenciaria con su presencia activa y comprometida junto a los que sufren marginación, exclusión, privación de libertad, invita a acoger la salvación que sólo Jesús puede dar.

Practicando la acogida al que se encuentra en alguna de estas situaciones, pretende activar procesos de curación que normalmente pasan por la reivindicación del respeto por sus derechos, la exigencia de una justicia más humana, recuperar la dignidad herida, la autoestima mer-

12 Jn 23,39-43.

mada, etc. acompañando y reforzando sus itinerarios de normalización, de inclusión, de liberación.

El Camino de Santiago nos ofrece una oportunidad excepcional para poner en práctica esta acogida y acompañamiento que sana y salva.

La Peregrinación se convierte en paradigma y en vehículo de inclusión, oportunidad de reconciliación, avance de la deseada re inserción.

## PEREGRINACIÓN JACOBEA DEL S. XXI: DE LA PIEDAD POPULAR A LA NUEVA BÚSQUEDA ESPIRITUAL

PROF. GONZALO TEJERINA ARIAS  
Universidad Pontificia de Salamanca

Comenzamos esta reflexión precisando el marco primero de la religiosidad popular dentro del cual hay que considerar la peregrinación. Descrito este fenómeno amplio, veremos cómo es la pertenencia a él de la peregrinación, como ésta se cultiva dentro de esa forma peculiar de experiencia de la fe cristiana que es la religiosidad popular. Tras colocar y observar dentro de este paradigma religioso, el fenómeno de la peregrinación jacobea, nos preguntaremos cómo y hasta qué punto ésta sigue perteneciendo hoy al fenómeno de la religiosidad popular, si los rasgos propios de este modo de vivir la fe católica siguen de hecho caracterizando de modo suficiente o certero la peregrinación a Santiago en nuestro tiempo o si debemos sumar a estudio otras perspectivas. Evidentemente, el esfuerzo que hagamos por contemplar el Camino a Santiago dentro del paradigma de la religiosidad popular o dentro de otro cualquiera no tiene más finalidad propia que el planteamiento de los mejores modos de hacer una oferta pastoral que esté rectamente orientada a lo que sea de hecho la verdadera fisonomía religiosa o espiritual de la actual peregrinación jacobea.

Queriendo, entonces, en primer lugar, trazar el marco socio-religioso que es la religiosidad popular, tenemos especialmente a la vista el documento oficial de la Iglesia más importante sobre este asunto que es el *Directorio de Piedad popular y liturgia*, publicado, hace poco más de 10 años, por la Congregación para el culto divino y que sobre este asunto goza de una merecida consideración. Y con él, el documento pastoral «*Evangelización y renovación de la piedad popular*» elaborado por la Comisión Episcopal de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española

y publicado en 1987 que, más circunscrito al contexto socio-religioso español, sigue conservando pleno valor y vigencia<sup>1</sup>.

## 1. El marco de la religiosidad popular

Siguiendo, tanto el Directorio de la Congregación para el Culto divino como el Documento de la Comisión Episcopal de Liturgia de España hablaremos «Piedad popular» y no religiosidad popular para describir este modo de vivir la tradición católica por parte de la fe sencilla del Pueblo de Dios<sup>2</sup>. Teniendo a la vista ambos documentos, por Piedad popular, podemos entender el modo peculiar de la gente sencilla de vivir y expresar su relación con Dios, con Jesucristo, la Virgen o los santos, profundamente encarnado en el marco cultural correspondiente<sup>3</sup>, aunque no pueda ignorarse que el clero y los representantes más altos de la jerarquía eclesial han participado siempre en los ritos de la Piedad popular<sup>4</sup>. Más en particular, «Piedad popular» designa las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan, principalmente, no con los modos de la sagrada Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas del genio de un pueblo o de una etnia y de su cultura<sup>5</sup>. De este modo, la Piedad popular se remite muy principalmente al elemento cultural o celebrativo de la fe, a escala individual o comunitaria, que sin embargo se desarrolla por un camino propio, distinto y paralelo a los modos de la liturgia

1 Haremos referencia, dentro de la enseñanza del Magisterio de la Iglesia, sólo a estos dos documentos; sobre pronunciamientos anteriores puede verse A. Verwilghen, «La religiosité populaire dans les documents récents du Magistère», en *Nouvelle Revue Théologique* 109 (1987) 521-540.

2 Se prosigue así la terminología más frecuente en el Magisterio eclesiástico que ya desde la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI de 1975 hablaba de piedad popular entendida como «religión del pueblo», en lo que vemos un acento sobre la realidad dada y no sobre la potencialidad que podría evocar más bien el término «religiosidad»: «La llamaremos gustosamente 'piedad popular', es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad», EN, 48. En este sentido creo que se mueve la definición de religiosidad popular que presenta el n° 10 del *Directorio*.

3 *Directorio*, 9; *Evangelización y renovación de la Piedad popular*, 3; el calificativo popular se toma «en un sentido usual, es decir, como sinónimo de lo que pertenece a la gente sencilla», *Id.*, 12, pero siendo siempre el Pueblo de Dios el sujeto de esta religiosidad popular, *Id.*, 13. El carácter más sencillo, directo o inmediato, de la relación con lo divino es señalado a propósito de la religiosidad popular también por otras ciencias humanas: L. Maldonado, *Para comprender el catolicismo popular*, Estella 1990, 16.

4 G. PANTEGHINI, *La religiosità popolare. Provocazioni culturali ed ecclesiali*, Padova 1996, 20.

5 *Directorio*, 9; L. Maldonado, *O. c.*, 19.

oficial de la Iglesia, camino propio forjado con el concurso de los elementos de la cultura correspondiente, de lo que se sigue que la Piedad popular revestirá formas muy variadas según la tradición cultural a la que pertenezcan las gentes que la viven.

Como es bien sabido, con suma frecuencia en los estamentos más ilustrados de la sociedad y de la misma Iglesia, la Piedad popular ha sido tenida en poca estima. Desde el desarrollo en la cultura de la mentalidad racionalista e ilustrada que manifiesta una alergia intensa hacia todo lo sobrenatural y hacia toda apelación espontánea, no crítica, a ese plano de sobrenaturalidad, la piedad popular entró en grave descrédito, como de hecho y en particular ocurrió con la peregrinación a Compostela que decae profundamente a partir del siglo XVIII. En el terreno de las iglesias protestantes, se rechaza asimismo, todo el complejo de prácticas de la tradicional piedad de los cristianos sencillos, entre ellas la peregrinación. Estas posiciones negativas, penetraron y prosperaron en el mundo católico por el deseo de modernizar la vida cristiana, de apearla de un sentido sobrenaturalista y milagrero ingenuo, o bien por la preocupación por intensificar mucho el compromiso de transformación histórico-social dejando a un lado estos ejercicios de devoción que poco poder de transformación tenían, obrando más bien como rémora en contra de una fe crítica y liberadora. Así se sustancian los reproches a la piedad popular de esterilidad, conjunción de magia y superstición, alentadora de una mentalidad fatalista y resignada, lejana de las responsabilidades históricas, etc.<sup>6</sup>. En definitiva, la piedad popular fue considerada de baja calidad o autenticidad cristiana, muy ingenua o primaria, demasiado dependiente de la religiosidad natural del hombre, hasta el punto de que para muchos, eso justamente, sería en gran medida la piedad popular, la religiosidad natural de los hombres revestida de algunos elementos superficiales de la fe cristiana.

Sin embargo, como se conviene en señalar, en los años del Postconcilio se va abriendo camino otra valoración mucho más positiva de la piedad popular<sup>7</sup>. En la fe más ilustrada brota la tendencia a reconocer que,

6 R. CALVO PÉREZ, «De lo tradicional y lo comunitario a lo eclesial. Sobre el desarrollo de la eclesialidad de la religiosidad popular», en G. Tejerina Arias (Dir.), *Sacramentalidad de la fe y religiosidad popular*, Salamanca 2012, 48. Ver la relación de los elementos defectuosos de *Evangelización y renovación de la Piedad popular* n° 10 y más en concreto lo dicho en el n° 27 sobre sus dos grandes deficiencias, el fatalismo y la privatización.

7 *Evangelización y renovación de la Piedad popular*, 4; L. DUCH, «El fenómeno de la religiosidad popular», en J. RAMOS GUERREIRA - M. A. PENA - F. RODRÍGUEZ PASCUAL (Eds.), *La religiosidad popular. Riqueza, discernimiento y retos*, Salamanca



si debe ser adecuadamente evangelizada en muchas cosas, son también muy notables sus valores, por lo cual, de ninguna manera merece ser despreciada, sino acogida también, para desde esa aceptación positiva, introducir las correcciones que proceda o ayudar a su maduración cristiana. Progresivamente, la Piedad Popular ha ido ganando el reconocimiento de un fenómeno de amplia resonancia cultural, social, religiosa y pastoral, convirtiéndose en objeto de estudio por parte de distintas ciencias humanas, la filosofía y la teología<sup>8</sup>, como de hecho ocurre en concreto, desde hace años con el fenómeno de la peregrinación y en particular del Camino de Santiago. En el seno de la teología, la espiritualidad y la pastoral católica, han sido las Iglesias de Iberoamérica, desde esas fechas de finales de los 60, primero en la conferencia del CELAM de Medellín, de 1968, y luego en la siguiente de Puebla, de 1979, quienes seguramente primero han visto en la Piedad popular un punto de partida para una nueva evangelización, pues en ella están presentes elementos válidos de una fe auténtica que busca ser purificada<sup>9</sup>. En esa perspectiva de evangelización, es tratada también por la *Evangelii Nuntiandi* de 1975. En los países europeos, a medida que iban entrando en crisis, en las últimas décadas del siglo XX, la seguridad que prometía la cultura secularista con sus propósitos de deslegitimar o marginar la dimensión religiosa de la vida, ha ido creciendo el interés por la Piedad popular. Es el caso concreto de la peregrinación a Santiago, que encontrándose casi inexistente a mediados del siglo pasado, desde finales de los setenta inicia una lenta recuperación hasta la eclosión actual que comienza a partir de los primeros años 90, con una fecha muy significativa, que es el Año santo de 1993.

En esta línea de valoración positiva se mueven también los documentos oficiales de referencia, el Directorio y el Documento Pastoral de la Comisión Episcopal de Liturgia de la CEE, cuando afirman que muy justamente es considerada la Piedad popular como un «verdadero tesoro del pueblo de Dios», «manifiesta una sed de Dios que sólo los sencillos y los pobres pueden conocer; vuelve capaces de generosidad y de sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe;

---

2004, 19, 33; culturalmente, sin embargo, ya desde mediados del s. XIX, tras el ciclo ilustrado, la cultura romántica había revalorizado mucho todo el mundo de la religión popular: L. DUCH, *O. c.*, 31; *Directorio*, 45.

8 S. TALLAVULL ANGLADA, «El Directorio de Piedad popular y liturgia», en G. Tejerina Arias (Dir.), *O. c.*, 21.

9 *Evangelización y renovación de la Piedad popular*, 5. Véase con más detalle, también sobre el descubrimiento de los valores de la Piedad popular llevado a cabo por la teología de la liberación, L. MALDONADO, *O. c.*, 10, 12, 20, 22-24.

comporta un sentimiento vivo de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante»<sup>10</sup>. En el creyente, genera actitudes interiores como la paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, capacidad de solidaridad, una actitud receptiva ante el evangelio y sus valores, gratitud ante los favores recibidos, valoración positiva de los sacramentos y sacramentales, amor a ciertas advocaciones de Cristo y de la Virgen, etc.<sup>11</sup>.

Efectivamente, hoy el estudio teológico de la Piedad popular reconoce en ella, como valor grande, una apertura a lo sagrado, un sentido fuerte de la trascendencia, al tiempo que alimenta en los fieles actitudes positivas, como la paciencia, el abandono confiado en Dios, el espíritu penitencial, la apertura a los demás, la gratitud ante los dones recibidos, etc.<sup>12</sup>. Al tiempo, se señalan también sus defectos como una concepción utilitarista de lo sagrado, Dios, la Virgen o los santos, el olvido del Dios trinitario, cierto sentido individualista o de privacidad, su bajo sentido eclesial y dentro de él, las relaciones a veces muy peculiares que responsables o promotores de prácticas de piedad popular mantienen con los ministros de la Iglesia, el riesgo de la superstición, el fetichismo o el espíritu mágico, la persistencia de remotos residuos paganos, etc.

En definitiva, como tantos otros fenómenos, la Piedad popular adolece de cierta ambigüedad. Son indiscutibles sus valores y sus defectos, por lo cual, con el debido reconocimiento y aliento es también acreedora de una intensa obra evangelizadora a fin de purificarla y fortalecerla como genuino modo de vivir la fe cristiana<sup>13</sup>. Bajo este programa de trabajo, ha sido definida en los últimos tiempos como un areópago que hay que evangelizar, desarrollando dos empeños básicos: el discernimiento y el fomento<sup>14</sup>.

## 2. La peregrinación en el marco de la Piedad popular

En este terreno de la Piedad popular se ubica con frecuencia como hace el *Directorio*, el fenómeno de la peregrinación. La peregrinación,

10 *Directorio*, 9.

11 *Evangelización y renovación de la Piedad popular*, 9. Puede verse el examen más extenso y más técnico del valor antropológico cultural de la religiosidad popular en G. PANTEGHINI, *O. c.*, 162-171 y los valores propiamente religiosos y cristianos en pp. 171-178.

12 R. CALVO PÉREZ, *O. c.*, 38.

13 *Evangelización y renovación de la Piedad popular*, 35.

14 *Evangelización y Piedad popular*, 33; R. Calvo Pérez, *O. c.*, 35, 64.

dice el Documento de la Congregación romana<sup>15</sup>, siendo una experiencia religiosa universal, constituye una expresión característica de la piedad popular cristiana, estrechamente vinculada al santuario, de cuya vida constituye un elemento indispensable: el peregrino necesita un santuario y el santuario requiere peregrinos<sup>16</sup>. En el marco de las peregrinaciones de la fe de Israel, en las fiestas de los Ácimos (la Pascua), de las Semanas (Pentecostés) y de los Tabernáculos, Jesús, en su vida pública, se dirigía habitualmente a Jerusalén como peregrino (cfr. Jn 11,55-56). Sin embargo, como recuerda el Directorio<sup>17</sup>, él ha dado cumplimiento en sí mismo al misterio del Templo (cfr. Jn 2,22-23), de modo que su persona se convierte en el término del viaje espiritual y para sus discípulos ya no existe ninguna peregrinación obligatoria porque toda su vida es un camino hacia el santuario celeste y la Iglesia dice de sí que es «peregrina en este mundo». Toda concepción cristiana de la peregrinación y del santuario, debe tener presente en todo momento esta superación de ambos fenómenos que lleva a cabo Jesucristo, quien opera una verdadera revolución general en todo el universo religioso<sup>18</sup>.

Sin embargo, es cierto que la Iglesia, dada la buena conformidad que existe entre la doctrina de Cristo y los valores espirituales de la peregrinación, ha considerado legítima esta forma de piedad y la ha alentado a lo largo de la historia<sup>19</sup>. De este modo, tras la identificación de los lugares y el hallazgo de las reliquias de la Pasión del Señor, la peregrinación cristiana, inicia su andadura en la visita a Tierra santa. En la Edad Media, la peregrinación alcanza su edad de oro, con todo su significado religioso y un papel extraordinario en la formación de la cristiandad occidental, en la unión de los diversos pueblos y culturas europeas. Entre los numerosos centros de peregrinación destacan: Jerusalén lugar de la muerte y la resurrección del Señor, Roma, adonde se acude a venerar las memorias de los apóstoles Pedro y Pablo y en reconocimiento del ministerio

15 *Directorio*, 279. El documento de la Comisión Episcopal de Liturgia de la CEE no ofrece ninguna consideración concreta sobre la peregrinación.

16 «Santuario y peregrinación son dos unidades correlativas. Se suelen implicar mutuamente de modo que el santuario remite a la peregrinación y la peregrinación al santuario. La meta de la mayoría de las peregrinaciones es la visita a un santuario y la mayoría de los santuarios suscitan peregrinaciones», L. Maldonado, *O. c.*, 79.

17 *Directorio*, 281.

18 Ver, por ejemplo, las consideraciones al respecto de A. M<sup>a</sup> Calero, «Santuario. Templo de piedra y templo de carne», en *Imágenes de la fe*, n<sup>o</sup> 423, mayo 2008, 11-13.

19 *Directorio*, 281. Puede verse sobre el nacimiento de la peregrinación cristiana G. Tejerina Arias, «La peregrinación. Antropología y espiritualidad», *Pliego de Vida Nueva*, n<sup>o</sup> 2.700, 20-26 de mayo de 2010, 24-25.

del Sucesor de Pedro y Santiago de Compostela, hacia donde convergen desde diversos países varios «caminos». En la época moderna, como es bien conocido, tiene lugar el proceso que ya hemos evocado: debido al cambio del ambiente cultural, a las vicisitudes originadas por la Reforma y el influjo de la Ilustración, las peregrinaciones disminuyeron, para recuperarse a partir de la segunda mitad del siglo XIX hacia santuarios de gran significado en la cultura de las naciones.

El *Directorio* ofrece una descripción relativamente pormenorizada, que no se halla fácilmente en estudios sobre la peregrinación, sobre lo que es su espiritualidad, siempre dentro del marco de la piedad popular y en torno a seis dimensiones<sup>20</sup>. *Dimensión escatológica*: siendo momento y parábola del camino hacia el Reino, ayuda a tomar conciencia de la perspectiva escatológica en la que se mueve el cristiano, entre la fatiga del camino y la esperanza del reposo. *Dimensión penitencial*: la peregrinación es un «camino de conversión» realizado desde la toma de conciencia de su propio pecado hasta la liberación interior. La visita a un santuario es una ocasión propicia para acercarse al sacramento de la Penitencia, y la peregrinación misma, se ha entendido como una obra de penitencia. *Dimensión festiva*: que coexiste con la dimensión festiva. En la peregrinación aparecen no pocos de los motivos antropológicos de la fiesta. Es aligeramiento del peso de la vida, es ocasión para la convivencia amistosa y la espontaneidad, a veces reprimida. *Dimensión cultural*: la peregrinación es esencialmente un acto de culto, como camino hacia el santuario para ir al encuentro con Dios tributándole adoración y para abrirle su corazón. *Dimensión apostólica*: la peregrinación es un anuncio de fe y los peregrinos se convierten en «heraldos itinerantes de Cristo». *Dimensión de comunión*: El peregrino que acude al santuario está en comunión de fe y de caridad, no sólo, con quienes realiza el «santo viaje» (cfr. Sal 84,6), sino con el mismo Señor, que camina con él, con su comunidad de origen y la Iglesia que peregrina en la tierra.

Salta a la vista que lo que así ofrece en *Directorio* es tanto una descripción como una preceptiva, porque los elementos espirituales que se mencionan son los que se dan y los que se podrían o deberían dar en un desarrollo justo de las potencialidades religiosas de la peregrinación como experiencia de fe en el marco de la piedad popular. Junto con otros elementos que describe el *Directorio* como la tarea pastoral a desarrollar en una peregrinación en sus distintos momentos, esto es, en la partida, la última etapa, la acogida de los peregrinos, la permanencia

20 *Directorio*, 286.

en el santuario y la conclusión de la peregrinación<sup>21</sup>, todo esto forma un programa de acción pastoral merecedor de estudio por parte de quienes laboren en una pastoral de la peregrinación para creyentes que la realizan como experiencia de fe, según distinta intensidad o compromiso, en ese marco de la Piedad Popular. Por eso mismo, orientados por esas consideraciones y propuestas del *Directorio*, podríamos tomar en consideración el trabajo pastoral a desarrollar en el acompañamiento religioso de la peregrinación en esas sus diversas etapas y dentro de su identidad como experiencia de fe surgida en el entorno de la fe o la piedad sencilla de tantos miembros del Pueblo de Dios.

### **3. La búsqueda de un nuevo marco interpretativo para la actual peregrinación jacobea**

Sin embargo, antes de proseguir por este camino y pensando en lo que de hecho debemos pensar, esto es, en la peregrinación jacobea en el momento presente, hay una cuestión de la máxima importancia que necesariamente deberíamos aclarar. En el momento actual, ¿la peregrinación a Santiago puede ser realmente ubicada en el marco de la piedad popular? Con toda razón, el *Directorio* de piedad popular, el documento de la Comisión de Liturgia de la CEE, en sus menciones de la peregrinación y otros textos y estudios sobre la religiosidad popular, ubican el fenómeno general de la peregrinación en este terreno, pero en este momento histórico, el caso concreto que nos concierne, la peregrinación jacobea, ¿queda bien descrito así, como manifestación o realización concreta de la piedad sencilla de tantos miembros de la comunidad eclesial? La posible tarea pastoral a desarrollar en el Camino de Santiago ¿debe tener realmente presente, como gran referencia, lo que exige el cuidado religioso de la piedad popular? Es evidente que hay que atinar en la identificación socio-religiosa del fenómeno a fin de orientar en derecho, con la mayor probabilidad de acierto, la correspondiente propuesta pastoral.

Y en virtud de este planteamiento, me permito afirmar que hoy la peregrinación jacobea queda de hecho en una parte significativa muy por fuera del marco de la Piedad popular católica. Digo, en una parte significativa, porque creo que entre las muchas peculiaridades que tiene la peregrinación a Compostela, figura como muy notable el hecho de que hasta hoy se puede hacer y de hecho se hace a pie. Esto, que apenas se da en otros destinos, como la abundante relación de santuarios de todo el

21 *Directorio*, 287.

orbe católico que cita el *Directorio* de la Santa Sede<sup>22</sup>, hace que haya que reconocer, de hecho, una cierta diferenciación entre la peregrinación en la forma más primigenia, que yo considero excelente, la que se hace a pie o por medios como caballerías o bicicletas, y la peregrinación que se realiza por transportes, como el autocar, el tren o incluso el avión. Creo que son figuras de la peregrinación muy distintas que son realizadas por distintos tipos de gentes y que de hecho constituyen experiencias humanas y religiosas muy diferenciadas, y el factor diferencial, como es obvio, sumamente determinante, es el hecho de hacerse a pie o por medios mecanizados<sup>23</sup>. Y a mi juicio, entre quienes llegan a Santiago en viajes en autocar, por ejemplo, organizados por una parroquia, una diócesis, un colegio religioso, una asociación católica, etc., puede haber un perfil religioso bastante diferente del que se observa en la abigarrada multitud de peregrinos de todo el mundo, que sobre todo, de finales de mayo a primeros de octubre, marchan a pie hacia Compostela. A mi entender, la presencia de la piedad popular que se pueda observar en la actual peregrinación jacobea, estaría presente sobre todo, en quienes llegan a Santiago en esos viajes en transportes mecanizados, organizados por instituciones católicas, con la mayor frecuencia españolas, desde una motivación y una finalidad religiosa bastante definida.

Por el contrario, creo que el paradigma o el modelo de la Piedad popular católica, encuentra una presencia baja entre esos miles y miles de peregrinos que cada año llegan a Compostela a pie, en bicicleta o en caballería, por la red de caminos que forman la Vía Jacobea. Desde hace varios años, esta forma de peregrinación se ha convertido en un fenómeno cultural, con una vinculación muy relativa con la fe cristiana, por lo cual no puede ser muy alta su pertenencia al marco de la Piedad popular católica. Sin poder pormenorizar mucho en esta descripción, la fisonomía actual de esta peregrinación a Santiago en la forma arcaica y excelente que es la marcha a pie, presenta rasgos como los siguientes:

– Gran masificación con la correspondiente desidentificación cristiana. Tanto en lo que hace a los ciudadanos de nuestro país, como en lo que se refiere al altísimo porcentaje de peregrinos extranjeros, en el re-

22 *Directorio*, 285.

23 La implicación del cuerpo es de enorme trascendencia: «El compromiso físico del peregrino es para él aún más impresionante, en el ámbito simbólico, que los símbolos visuales y auditivos que dominan las liturgias y ceremonias de las religiones estructuradas. El peregrino deviene él mismo un símbolo total», L. Maldonado, *O. c.*, 82. Sobre esta importancia decisiva de la marcha a pie en la peregrinación puede verse G. Tejerina Arias, *La peregrinación y el camino de Santiago. Actualidad cultural y relevancia antropológica*, Salamanca 2011, 31-35.

surgir del Camino jacobeo desde principios de los años 90 y con especial intensidad en los últimos 10 años, es la sociedad entera, es decir, gentes de todos los estamentos o sectores, la que marcha a Santiago y muchos sin una motivación claramente religiosa, al menos en su intención primera. No se puede, por tanto, describir la peregrinación jacobea como práctica religiosa tal como lo fue, aunque también tuviera sus abusos, a lo largo de la Edad Media o como lo es hoy mismo la peregrinación a otros destinos en el mundo católico. El sujeto de la peregrinación a pie a Compostela es hoy, en baja medida, el Pueblo de Dios de fe sencilla, que según hemos oído afirmar a documentos oficiales de la Iglesia, es el sujeto propio de la Piedad popular como figura propia de la fe católica. Lo religioso o lo cristiano en sentido estricto, sin duda, está presente de distinta manera, pero no es la motivación única ni mucho menos, en especial en los meses de verano, que es el tiempo de mayor afluencia de peregrinos, en particular de peregrinos españoles. Por otra parte, si la piedad popular tiene como característica una cierta inculturación de lo religioso o lo cristiano en los moldes o los modos de la cultura concreta de un pueblo, como también hemos visto que afirma el *Directorio*, hoy la peregrinación jacobea es un fenómeno enormemente cosmopolita, transcultural, de un amplio universalismo, hasta el hecho de ser realizada en un número creciente por no cristianos, procedentes, por ejemplo, del Extremo Oriente.

– Baja pertenencia al paradigma de la Piedad popular entre los creyentes que hacen el Camino. Tampoco atendiendo a los cristianos que de hecho caminan a Santiago la peregrinación a pie, puede ser considerada fundamentalmente, como una práctica perteneciente a la Piedad popular. Con bastante frecuencia quienes hacen con mayor intención o conciencia religiosa la peregrinación jacobea a pie, individualmente o en grupo, son personas de una cierta madurez cristiana cuya fe no se ubica propiamente ya bajo los perfiles de la piedad popular. No se puede desconocer la presencia en el Camino de creyentes de fe sencilla, pero no son estos quienes llegan hoy a caracterizar la peregrinación jacobea hecha a pie, ni siquiera seguramente entre los mismos católicos.

En definitiva, creo que es preciso reconocer el caso singular que dentro del fenómeno amplio de la peregrinación cristiana representa hoy el Camino a Santiago, singularidad que se percibe fácilmente en el cotejo con otras peregrinaciones. Es muy bajo el porcentaje de no creyentes que hace una peregrinación a Tierra Santa, adonde casi sólo se puede ir en avión, a visitar los Santos Lugares, el Santo Sepulcro, el Huerto de los Olivos, el Cenáculo, la Vía Dolorosa, en Jerusalén, o Ain Karem, Nazaret, Canaá de Galilea. En su firme referencia bíblica y cristológica, esa

es una peregrinación profundamente religiosa y cristiana a la que difícilmente acuden no creyentes, con muy poco que ver con lo que ocurre hoy en Vía Jacobea, que se ha convertido, para mal y para bien, en la ancha vía por la que circula hoy todo el mundo de las pluralistas sociedades y culturas europeas y del mundo entero. Creo, efectivamente, que ante la peregrinación a Santiago en su fisonomía actual, sobre todo en la forma excelente que es la marcha a pie, nos hallamos ante un fenómeno sociológico, cultural, espiritual y religioso verdaderamente singular, para el que ya no resultan suficientes categorías analíticas como las de la Piedad popular, aunque no se puedan desechar por completo. En el reconocimiento de esta singularidad, es preciso percibir con atención ciertos rasgos muy propios de índole humana, espiritual o religiosa que despuntan desde hace algún tiempo en la peregrinación a Santiago en esas formas primigenias que la Iglesia de Compostela reconoce como verdadera peregrinación a la tumba del Apóstol, la marcha a pie, sobre caballería o en bicicleta.

La observación de la fisonomía actual de la peregrinación a pie a Santiago, lleva a reconocer la figura de los peregrinos que buscan un modo peculiar de hacer turismo por una ruta rica en obras monumentales, o el mero ejercicio deportivo por el Camino, a pie o en bicicleta, o bien una forma de convivencia distinta con los amigos. Y junto a estos, sin duda, la presencia apreciable de quienes hacen el Camino con una motivación propiamente religiosa o cristiana, en número significativo, aunque seguramente no hasta llegar a caracterizar como religiosa o cristiana la figura actual de la peregrinación jacobea. Y aparecen además muchos peregrinos en quienes se observa esa búsqueda o ese anhelo de una nueva experiencia espiritual entendida en un sentido amplio como contacto con algo superior que puede tener lugar por los caminos milenarios de la peregrinación jacobea. Contacto con algo de alguna trascendencia que puede encontrarse en la fuerza o la belleza del medio natural, en el fondo del propio yo personal, reencontrado en el ensimismamiento de la caminata, o contacto, incluso, con lo sagrado más personal, con el Dios de la tradición cristiana en la que se fue educado y que puede hacerse presente en esta experiencia singular que es la peregrinación a Santiago, hecha con alguna apertura especial del propio espíritu. Con intensidades muy variables, la actual peregrinación jacobea a pie se ha convertido en un espacio relevante para ese anhelo espiritual de las actuales sociedades post-seculares, sobre todo del Viejo Continente<sup>24</sup>.

24 Véase con más detalle, G. Tejerina Arias.



De este modo, el examen del desarrollo de la peregrinación jacobea hecha a pie o en formas cercanas, requiere abrir otras perspectivas socio-religiosas, además del registro de la Piedad popular que recojan mejor o de modo más completo su verdadera fisonomía actual a fin de que la tarea pastoral esté bien enfocada. Y en una medida significativa, esas perspectivas nuevas parece que tienen que ver con fenómenos como la nueva sensibilidad estética, la búsqueda de un nuevo encuentro con el medio natural del que se espera un efecto equilibrador, la nostalgia postmoderna de lo sagrado y la búsqueda y la aparición de nuevas espiritualidades, etc. El desarrollo socio-cultural de las últimas 3 o 4 décadas, en las sociedades occidentales más secularistas, hace ver que en el seno de los grupos humanos sumidos en la más estricta inmanencia ha hecho aparición el anhelo de alguna dimensión trascendente o incluso una nueva nostalgia de lo sagrado, para la propia vida que no se siente satisfecha en el cerco de lo meramente racional, tecnológico y pragmático. La lógica de la posesión y el consumo, la utilidad y la eficacia, la dominancia de una seca racionalidad positivista, se ve conmovida por el anhelo de lo lúdico, lo festivo y lo contemplativo, el sentimiento de gratuidad y solidaridad, la apetencia de algo superior, envolvente, gratificante.

Es de hecho, desde hace más de 40 años, un diagnóstico frecuente en las sociedades occidentales, la existencia de una demanda emergente de vivencia espiritual, con la correspondiente floración de experiencias y de ofertas concretas. Esa sed de sentido trascendente, que no solo no ha conseguido erradicar el secularismo y una racionalidad positivista, que por el contrario, han propiciado su nueva aparición, tiende a desarrollarse a veces en los modos de una religiosidad vaga, una espiritualidad ecléctica y frecuentemente impersonal, a veces con la recuperación de estilos y contenidos paganos que alumbraba un verdadero neopaganismo, en lo que viene a coincidir con la Piedad popular que, como dijimos en más de una ocasión, mantiene en sí residuos de religiosidad precristiana.

Ya desde fuera, en una consideración meramente externa, es difícil no relacionar el enorme incremento del peregrinaje a Compostela, de los últimos veinte años, con la aparición de esa cierta nostalgia espiritual en las sociedades occidentales. ¿Cómo explicar que justamente en sociedades como las europeas y la española en particular, profundamente secularizadas, sociedades post-tradicionales, una práctica religiosa milenaria y en cierto sentido bastante primaria como la peregrinación, y en particular la peregrinación a pie, experimente un auge tan importante? Pero además de esta consideración exterior, el contacto directo con millares de peregrinos y con agentes de pastoral del Camino en la

última década permite afirmar que efectivamente, el Camino de Santiago se ha convertido en un espacio muy notable para cierta búsqueda o experimentación concreta de esa, a veces, difusa nostalgia de espiritualidad como fenómeno que queda a bastante distancia de la tradicional Piedad popular católica, aunque, como decimos, los creyentes que se puedan relacionar con ese marco de Piedad popular no están ausentes en el Camino de Santiago<sup>25</sup>.

Ante esta nostalgia de algo trascendente, de un misterio que sea seno acogedor, el Camino de Santiago se ha convertido en espacio para cierta búsqueda espiritual de los hombres de la cultura post-secular porque la cultura secularista termina por abrir un enorme vacío espiritual y aparece la necesidad de un reencantamiento, de una nueva experiencia unificada del yo, el universo y lo divino, y la peregrinación se perfila como fenómeno atractivo en orden a esa comunión total gratificante. En la peregrinación jacobea marchando por el camino físico, en la veste misma y en la simbólica del peregrino a Santiago buscan muchos hombres de este tiempo algo puro, buscando signos de alguna trascendencia en las rutas milenarias del espíritu, como son los caminos hacia los lugares santos de las religiones. Peregrinar hoy para muchos es un modo primordial de buscar una paz, una libertad, alguna una verdad necesaria.

Hoy, los hombres de alguna mentalidad o sensibilidad postmoderna vuelven los ojos a la peregrinación como viaje en el que descubrir de nuevo algo superior o de algún valor espiritual, algo interesante para la vida por senderos antiguos de una tierra llena de espacios y símbolos de una fe religiosa, cruzando también parajes y paisajes capaces de hablar al alma o de hacer que el hombre entre en sí y se reencuentre de manera más honda y más sincera, u obligándose a sí mismos a un ejercicio físico exigente, sin duda purificador, experiencia de superación que puede devolver alguna libertad, bienestar y confianza en sí mismos. Una manifestación clara del desarrollo a lo largo de la Vía Jacobea de esta cierta

25 Un examen más detenido del que aquí cabe hacer podría abordar las relaciones internas y profundas que pueden existir entre la Piedad popular y esta nueva búsqueda religiosa que viene a activar el fondo de religiosidad natural del hombre, poniendo en valor nuevamente su condición de *homo religiosus* con lo que, como apuntamos al comienzo, la Piedad popular está bastante relacionada. Tales relaciones internas existen, pero ello no significa que Piedad popular católica y esta nueva búsqueda espiritual o religiosa que se desarrolla sobre el Camino no sean fenómenos distintos que en orden a una acción pastoral se deban reconocer como tales. Un autor que ha visto esta posible relación entre la religiosidad popular y la nostalgia postmoderna de sacralidad es G. Panteghini, *O. c.*, 108-109, quien señala tanto las convergencias como las profundas diferencias entre ambas.

búsqueda espiritual, es la aparición que observamos en los últimos años de nuevas interpretaciones del Camino, nuevos gestos simbólicos que se suman al patrimonio tradicional del simbolismo jacobeo, aparición de prácticas de cierto aire esotérico, sobre todo en algunas regiones del Camino Francés, que buscan admirar fuerzas telúricas o la recuperación de determinados elementos heterodoxos del pasado cristiano, como el catarismo o el fenómeno templario, aunque con frecuencia, el conocimiento de estas realidades sea verdaderamente pobre.

#### **4. Planteamientos pastorales sobre la peregrinación en el marco de la Piedad Popular y en el de la nueva búsqueda religiosa**

Desde estas consideraciones procede señalar, aunque sea someramente, los planteamientos pastorales que requieren los diversos perfiles humanos y religiosos que llegan hoy a Compostela. Dejamos a un lado el caso, de cierta proporción, de los peregrinos movidos por motivaciones exclusiva o casi exclusivamente turísticas, culturales, deportivas, o de convivencia amistosa, con bajo interés por el significado o el efecto espiritual o propiamente religioso de la peregrinación. Estas motivaciones tienen una presencia significativa, tanto en la peregrinación a pie como en la que se hace sobre medios de locomoción porque el ocio es un elemento fundamental de las sociedades occidentales y Santiago y el Camino ofrecen muchos alicientes para ese fin.

Como dejamos dicho, parece que esta forma concreta tiene lugar sobre todo en el caso de peregrinaciones organizadas por colectivos o asociaciones católicas, bajo motivaciones religiosas más definidas y por medios de transporte, aunque como también señalamos no faltan los rasgos propios de la Piedad popular entre los peregrinos que marchan a pie hacia Santiago. Aunque, lo que a continuación se señala, es aplicable en todo peregrino o toda peregrinación que se pueda ubicar en las formas de la Piedad popular, es evidente que el modo concreto de tener en cuenta o de realizar las indicaciones que siguen en el caso de viajes organizados por instituciones de la Iglesia, será casi exclusivamente en la Iglesia local de partida y en la basílica de Santiago, dado que el viaje en sí ofrecerá pocas posibilidades de acción pastoral.

– Vinculación a la Palabra y a Jesucristo. Creo que una labor importante en este caso, como ante otras prácticas de la Piedad popular, ha de ser la conexión de la peregrinación que se está realizando con la Sagrada Escritura, porque la referencia o la vuelta a la Palabra es siempre un movimiento profundamente renovador y toda devoción cristiana ha de orientarse y reformularse de modo decidido por la enseñanza de la

Palabra de Dios. Es significativo que el *Directorio* de Piedad Popular de la Santa Sede comience el tratamiento de la peregrinación haciendo referencia al testimonio de la Escritura al respecto. Más en particular, es absolutamente necesario, mediante las conexiones adecuadas, situar a Jesucristo, su obra mesiánica y su misterio pascual, en la dinámica del peregrinaje, toda vez que él es el centro absoluto de la fe cristiana. Por tanto, plantear y vivir la peregrinación como viaje santo hacia un encuentro especial con el Señor Jesús, por quien vivió y murió un apóstol cuya tumba se quiere venerar y cuyos restos siguen testimoniando a Jesucristo. Él es quien ha de polarizar el viaje a Compostela y todo el andar de los creyentes por este mundo.

– Apertura a la praxis sacramental Esto en concreto, deberá llevar a la necesaria celebración sacramental, en especial la reconciliación y la Eucaristía, como modos de encuentro con el Señor, con su poder de salvación y su capacidad de alimentar con su cuerpo y su sangre a quien se allega hasta él para seguir caminando tras él. Es evidente que la celebración eucarística o del perdón en el templo compostelano, como en todo santuario, evitando todo sacramentalismo del que a veces se acusa a la pastoral desarrollada en los santuarios, puede revestir un carácter, una intensidad y tener una eficacia espiritual muy especial y así debe buscarlo la correspondiente acción pastoral que coloque en el lugar del mayor relieve la celebración de ambos sacramentos.

– Radicación a la comunidad eclesial. En esta referencia rápida, no puede faltar la referencia o el reenvío a la comunidad eclesial. Como es comentario general, la piedad popular se vive con frecuencia sin la relación debida con la Iglesia, lo cual es el mejor camino para empobrecer su calidad cristiana. Es preciso ofrecer y cultivar una referencia concreta de quienes emprenden una peregrinación a la comunidad eclesial y a la Iglesia local de la que parten y en lo posible a la comunidad parroquial, a la que se ha de volver, y volver con conciencia más viva, tras el especial encuentro con Jesucristo vivido en la peregrinación, de que no hay posibilidad de seguir en relación viva y salvífica con el Señor al margen de la comunidad de creyentes. La Iglesia es el lugar al que necesariamente, a la vuelta, hay que volver, de modo que cumplida la peregrinación, la etapa siguiente, por mucho días, en lo ordinario de la vida, se ha de vivir caminando con la comunidad cristiana, en la cual encuentra su consumación la peregrinación realizada y sin la cual faltará el paso decisivo que dará su último sentido y su fecundidad a lo vivido en el viaje a Compostela. Esto exige que el acompañamiento religioso que se realice en la peregrinación a Santiago, evite incurrir en una pastoral paralela, por lo

cual, es ineludible una coordinación a nivel local o interdiocesano que genere la necesaria pastoral de conjunto<sup>26</sup>.

– El peregrinaje en la renovación del compromiso con el Reino-queviene. Bien sabedores de la crítica a la Piedad popular en general, ya reseñada, de promover o sostener una piedad intimista, conservadora, resignada, devocionaria, de escaso compromiso con el proyecto mesiánico de la Iglesia recibido del Señor Jesús, es preciso abrir la peregrinación jacobea a los empeños de la fe en pro de la justicia, la reconciliación y la paz. El trabajo que hacia estos compromisos ha hecho en España otro fenómeno de la mayor importancia, en el ámbito de la Piedad Popular, como son las hermandades y cofradías, ofrece la comprobación más clara de la corriente profunda de solidaridad que recorre el catolicismo popular, que ha de atravesar también la peregrinación a Compostela y que debe ser adecuadamente orientado y robustecido.

En referencia al marco de la nueva búsqueda o experiencia espiritual que se sustancia en el Camino a Santiago, ese anhelo, en cuanto se da como hemos descrito, impone algunos referentes a la acción pastoral que se pueda desempeñar a lo largo de la peregrinación jacobea, en las iglesias y albergues a lo largo del Camino y en su llegada a Compostela. Este asunto merecería consideraciones más detalladas de las que podemos hacer en este momento, pero de forma telegráfica hacemos presentes algunos datos esenciales, no tanto para plantear acciones pastorales muy concretas, sino más bien, para plantear el modo abordar fenómenos y experiencias dadas hoy en el Camino en el marco de nueva búsqueda espiritual o religiosa que hemos descrito más atrás, a los que hay prestar atención para desarrollar una práctica pastoral que corresponda debidamente a esta nueva sensibilidad espiritual y/o religiosa.

Con toda la reflexión teológica y la praxis pastoral, señalamos la ambigüedad y la ambivalencia del retorno de lo sagrado que se percibe en las actuales sociedades occidentales y del mismo modo el anhelo de alguna experiencia espiritual que observamos en la actual peregrinación a Santiago en la forma arcaica y más genuina de la marcha a pie. La fe y la teología cristiana tiene una estrategia bien elaborada y experimentada ante todo lo extracristiano o pre-cristiano, que desde la plenitud de la revelación de Jesucristo, está siempre, como decía Guardini, en estado de advierto, la estrategia o el proceso del *tollere, conservare, purificare*<sup>27</sup> que

26 Véase al respecto L. Maldonado, *O. c.*, 85.

27 Se observará el parentesco grande entre este programa y lo que más arriba recogimos como propuesta de acción general ante la Piedad popular en los términos de discernimiento y fomento, motivada por la presencia también significativa de elementos no cristianos en esa piedad.

en su perfecta vigencia es aplicable a la acción pastoral a desarrollar en esta forma de peregrinaje a Compostela y su cierta búsqueda de espiritualidad con todos sus valores, sus promesas, sus limitaciones, sus ingenuidades y sus desvaríos. Se trata, pues, de acoger, purificar y elevar esa búsqueda espiritual, la nostalgia de trascendencia que se pueda percibir en quienes hoy marchan a Santiago, y esto se tiene que hacer sobre todo en los albergues por los que durante un buen puñado de días pasa el peregrino.

– Acoger, valorar el caminar mismo, la caminata, la marcha, como indicio o iniciación en la naturaleza buscadora y peregrina del hombre en el desarrollo de su existencia. Hay hoy, un gusto grande, en mucha gente, por caminar y caminar hacia algún sitio de algún interés. Es un objetivo claro profundizar en la marcha cualificada que la peregrinación como metáfora viva del andar del hombre por el mundo, con las preguntas correspondientes del para qué del andar y del llegar, del origen y del destino último del camino de la humanidad y del propio. La experiencia vivida de la peregrinación puede y debe acendrar esta condición viatora del hombre en pos de una verdad y un valor superior, lo que en medio del letargo, la inapetencia, el escepticismo, las desesperanzas que nuestra cultura, es un alto objetivo.

– Acoger positivamente y orientar, en cuanto se pueda, la búsqueda de un encuentro en profundidad con el propio yo que se busca hoy por parte de muchos peregrinos sobre la Vía Jacobea. Alentar el camino hacia el encuentro con la verdad de uno mismo y el ordenamiento de la vida del que ha de resultar la paz y el gozo. En relación a este aspecto se puede reconocer que el Camino, puede tener algún carácter iniciático en cuanto lleve de hecho a una verdad que valga la pena que es, sin duda, en primer lugar, la verdad más personal<sup>28</sup>. La vía de la interioridad como camino hacia Dios ha sido enseñada por los grandes maestros del espíritu en la tradición cristiana y que muchos hombres de nuestro tiempo buscan por las soledades de la vía compostelana, un nuevo encuentro consigo mismo, es una experiencia del mayor valor que acerca al Dios interior que nos habita.

– Valorar, orientar, purificar la actitud contemplativa ante la naturaleza y su misterio que se busca y se desarrolla de hecho en el Camino a Compostela. La contemplación de la fuerza y la belleza de la naturaleza es ocasión para que el hombre reconozca su superioridad y su dependencia como criatura, que admire un orden y consistencia misteriosa que no puede no suscitar la pregunta, en su momento, por el origen de

28 En realidad, el estudio puramente antropológico ha señalado con frecuencia ese cierto carácter iniciático de la peregrinación en general, su parentesco con los rituales de iniciación: L. Maldonado, *O. c.*, 80.

lo que con gozo se contempla. La belleza del mundo, la que el hombre no ha puesto que sólo puede contemplar, celebrar y agradecer, tiene la rara virtualidad de afilar la pregunta por el misterio del ser, del fascinante orden cósmico, la gracia de las criaturas más sencillas e inmediatas.

– Plantear, sugerir, suscitar la concreta apertura al misterio trascendente personal como actitud y experiencia propia en el camino. Si la nostalgia de algo sagrado se queda en una realidad impersonal no será realmente satisfecha. Lo infrapersonal no salvará lo personal. El anhelo de un misterio acogedor, envolvente, sanador, si no tiene índole personal, tiene índole espectral y como tal pronto se desvanecerá dejando las ruinas de una nueva frustración. Es preciso desvelar el rostro del misterio, haciendo ver que sólo el rostro, la mirada, los brazos del Padre pueden realmente acoger y salvar.

– Acoger y secundar el nuevo gusto por lo simbólico, lo lúdico, lo litúrgico y sus elementos, como el canto, el silencio, la gestualidad viva dentro de la superación que observamos de la mentalidad racionalista y pragmática. Valorar, por tanto, el elemento litúrgico y celebrativo de la fe, cuidándolo con máximo empeño dado su efecto mistagógico, introducción hacia lo Absoluto que siempre se hace presente de forma simbólica. En este sentido es muy importante enfatizar la índole simbólica de toda la estructura sacramental de la fe. Es evidente que la sacramentalidad cristiana se desarrolla sobre la estructura simbólica del mundo y del hombre, por lo cual es preciso una praxis litúrgica que resalte y realice adecuadamente esta índole simbólica que gana hoy un nuevo aprecio.

## Conclusiones

Decimos que el Camino hace su trabajo sobre el peregrino, también sobre quien lo ha iniciado sin muchas motivaciones religiosas. El Camino está lleno de presencias, de testimonios, de llamadas que a lo largo de la marcha de muchos días, se vierten sobre el alma del peregrino a quien el caminar mismo hace especialmente receptivo. El Camino es criatura de la fe y no puede no evocarla. Pero en la revelación que hace la Vía Jacobea elemento decisivo, sin duda, son las personas que reciben a los peregrinos, con honda generosidad y gratuidad, ofreciendo acogida humana y religiosa y con la mejor sintonía espiritual. Ojalá, con el empeño de todos, con el mejor tino en la tarea pastoral a realizar en los bordes del Camino, la peregrinación a Santiago siga siendo una viva escuela de humanidad y de sentido religioso en una sociedad como la europea y la española seriamente necesitada de fuentes que calmen la sed de espiritualidad de los hombres de nuestro tiempo.

# ACOGIDA Y RESPUESTAS A LA BÚSQUEDA DE SENTIDO EN LOS PEREGRINOS

EXCMO. Y RVDMO. FRAY JESÚS SANZ MONTES  
Arzobispo de Oviedo

## Introducción

En el Camino de Santiago se cruzan muchos senderos que vienen a revelar un sinfín de intereses, de motivaciones, que indistintamente marcan el sentido de la meta hacia la cual se dirigen. Junto a los peregrinos medievales que hicieron su andadura como fruto de una conversión a la que aplicaban penitencialmente su andadura y peregrinación, en el correr del tiempo, han aparecido otras razones de diversa índole que vienen a relatar otros porqués bien diversos, para explicar el gesto como tal de dirigirse a Compostela. En efecto, la motivación senderista de quien ama recorrer deportivamente los caminos variados de bosques y altozanos, la motivación cultural y artística de quien goza con el patrimonio de belleza que ha generado este Camino, sin que falte la motivación esotérica de quien va a zaga de una especie de energía que asegura se encuentra dentro de las encrucijadas emboscadas... ¡Cuántos testimonios hemos escuchado desde estas diversas motivaciones deportivo-ecológicas, artístico-culturales, o esotérico-energéticas!

No hay una especie de aduana carabinera, que registre las motivaciones de los viandantes para darles paso o acaso detenerles si no superan una razón motivadora adecuada. Cada uno, es libre de ponerse en marcha por sus razones, si bien no todas las motivaciones son iguales dentro de una amalgama de espiritualidades<sup>1</sup>. Por eso, la pregunta que nos hacemos nosotros es una bien distinta, que tiene que ver con el significado último y profundo, el propiamente cristiano y eclesial de este camino tan especial como es el Camino de Santiago. ¿Cómo describir

1 Cf. J. SANZ MONTES, «De la pretensión de Babel a la gracia de Pentecostés. La espiritualidad cristiana entre la moda y la perennidad», *Communio. Revista Católica Internacional* 16 (1994) 233-256.



las grandes preguntas que todos los caminantes se formulan, lo sepan o no? ¿Cómo acogerlas y acompañarlas debidamente? ¿Cómo responder a la pregunta del sentido de la vida que propicia dirigirse a la Tumba del Apóstol compostelano?<sup>2</sup>

Quisiera plantear mi exposición delimitando ya desde el principio lo que trato de acometer y lo que, en definitiva, se me ha pedido. No voy a realizar una reflexión sobre la historia del Jubileo Jacobeo, ni tampoco sobre los muchos perfiles que se derivan de este camino concreto, Camino de Santiago, en sus múltiples perspectivas espirituales, artísticas y culturales. Hay excelentes aportaciones que yo no pretendo ni remedar ni siquiera resumir, y a ellas me remito<sup>3</sup>.

Pero en el camino de la vida, incluso cuando transita hacia Santiago de Compostela, reconocemos una serie de actitudes, de preguntas en definitiva, que no siempre se logran abrazar y darles una cabal respuesta, tal vez porque no se aceptan, se trucan y maquillan, y entonces nos hacemos caminantes que no tienen ni quieren meta, sino tan sólo el divertimento de andar por andar. Por eso cuando se corre el riesgo de reducir un evento de gracia como es siempre esta señera peregrinación, a otro tipo de lecturas que siendo válidas y reconocibles también, no agotan el significado primero y último que tiene la realización creyente del Camino de Santiago<sup>4</sup>, entonces vale la pena que nos preguntemos cuál sería la actitud de acogida y respuesta a la búsqueda de sentido en los curiosos viandantes que pueden llegar a ser humildes peregrinos.

2 Cf. JUAN PABLO II, *Homilía en la Misa del Peregrino* (9 de noviembre de 1982): *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, I, V/3(1982)1245-1251; *Mensaje a los participantes en el Encuentro Europeo de Jóvenes en Santiago de Compostela* (7 de agosto de 1999), en: OR 9-10 de agosto de 1999, p. 5.

3 Hago una mención concreta a tres escritos pastorales particularmente señeros: la carta que escribieron los Obispos del Camino de Santiago en el año jubilar de 1988 y las que ha escrito el Sr. Arzobispo de Santiago, D. Julián Barrio como preparación a los dos últimos jubileos de 2004 y 2010: Cf. OBISPOS DEL CAMINO DE SANTIAGO, *El Camino de Santiago. Un Camino para la peregrinación cristiana* (Santiago 1988); J. Barrio Barrio, *Peregrinos por Gracia. «¿Qué conversación es la que lleváis por el camino...?»* (Lc. 24, 17) (Santiago de Compostela 2004); Id. *Peregrinos de la fe y testigos de Cristo Resucitado* (Santiago de Compostela 2010).

4 Lo ha puesto de manifiesto la conclusión de: E. ROMERO POSE, «El Jubileo Compostelano», en AA. VV., *I Giubilei nella storia della Chiesa*. Atti del Convegno internazionale in collaborazione con l'École Française de Rome sotto il patrocinio del Comitato Centrale per il Giubileo del 2000, Roma, Istituto Patristico Augustinianum, 23-26 giugno 1999 (Libreria Editrice Vaticana. Roma 2001) 90-105.

## 1. El Misterio de un encuentro: entre la búsqueda y la fuga

La historia de la humanidad ha desplegado un relato muy preciso, ese que tiene lugar en la trama entre dos interlocutores: Dios y el hombre que se encuentran o se desencuentran, sabiendo que la llamada de parte de Dios es la de invitación a entrar en la comunión con Él desde una relación amorosa y de amistad. Pero precisamente, el relato histórico de esta interlocución describe la azarosa concomitancia entre la búsqueda y la fuga: buscar el rostro de Dios hasta hallar su morada y su entraña o fugarse de Él hasta querer censurarlo expulsándolo de la vida.

La cuestión de Dios es bastante más que un reto intelectual, porque está en juego la respuesta a problemas que afectan a la entraña misma de nuestra vida humana, a sus aspiraciones y deseos más profundos. El preguntarse por Dios es, en el fondo, preguntarse por lo más importante que hay en el hombre: preguntarnos sobre nuestro origen, sobre nuestro destino, sobre el sentido de lo que hacemos o de lo que sufrimos, sobre esta extraña aspiración a una felicidad sin límites, que nuestra vida cotidiana parece empeñarse en frustrar constantemente, pero que no podemos evitar; sobre el deseo de amar y ser correspondidos; sobre ese punto también inevitable a pesar de su incomodidad inhóspita y terrible: la muerte.

No estamos ante una teorización de una problemática que se circunscribe únicamente en el análisis intelectual del hombre pensante. Porque el desajuste estructural entre aquello a lo que el hombre aspira y lo que logra de hecho alcanzar, hace que toda nuestra vida sea una pregunta por el sentido de nuestra manera de ser y que la pregunta por Dios nos toque muy de cerca, hable de nosotros mismos porque habla del fundamento, de esas innatas exigencias que anidan en nuestro corazón.

Pero detrás de las preguntas más agudas y hondas sobre Dios en nuestra existencia, preguntas del sentido o significado vital, se hallan una serie de experiencias concretas: por breves que puedan ser, existen momentos de luz que abren nuestro corazón y nuestra inteligencia hacia dimensiones desconocidas, dilatándonos hacia otros horizontes más amplios y profundos, que estaban ya presentidos, en algún momento entrevistos, e incluso claramente reconocidos. En la fenomenología de la religión se suelen llamar las «experiencias del Misterio», que como un toque divino nos alcanzan sin que lo merezcamos, sin que lo conquistemos, como algo que tremenda y sobrecogedoramente nos supera y

sobrepasa. Al desaparecer, queda una profunda sensación de indefinible e infinita nostalgia<sup>5</sup>.

Estas experiencias del Misterio, se dan normalmente a través de mediaciones: realidades intramundanas, cargadas de un significado simbólico que nos remiten más allá de sí mismas a Quien, desde ellas y en ellas mismas, nos habla y nos espera: un cielo estrellado, la belleza de una flor, lo evocador de una sinfonía, el misterio de un bosque milenario o la música de una cascada o de un acantilado, así como el paso de la muerte y su mordaza o el enamoramiento y su encanto. Todas estas experiencias que están vinculadas a los misterios del amor, de la vida, de la muerte son las que suelen remitirnos a un fundamento que dé razón de nuestras vivencias, que nos abran a ese Tú para el que y en el que nacimos.

El hombre es un ser ante Dios, como bellamente decía la mística suiza Adrienne von Speyr, que con su corazón inquieto aprende a arriesgar su libertad por aquello que no le esclaviza. No siempre lo logra alcanzar. A veces, siempre demasiadas, se autoengaña con su pretensión opulenta o con su maquillaje de disfraz. Pero en el límite de su propia vida, cuando se atreve a escuchar una Palabra diversa, una Palabra que corresponde con las exigencias del propio corazón, de pronto su insaciada, su incolmada e incolmable inquietud encuentra la paz. Es la paz de esa correspondencia que sólo le reclama decir, sí, y en ese acto nace para siempre una alegría distinta, una alegría objetiva, una alegría que llena de gracia y que le salva<sup>6</sup>.

Esto es lo que hemos visto como el largo camino que Dios y el hombre han recorrido para culminar en la revelación del tú divino que se hizo carne e historia en Jesucristo. Por más que haya habido una trayectoria opuesta que haya pretendido romper ese largo camino hasta hacer desconocido y extraño a quien se reveló como Dios amigo, hay una incesante oferta, gratuita e inmerecida, por la ese Dios se hace contradictorio. En ese encuentro nace la posibilidad de entender la vida sin temor, de comprender la verdadera alegría de una salvación que se nos ha otorgado como don infinito en medio de nuestra limitación.

5 Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, «Libro de la Vida», 29,13, en Id., *Obras Completas* (Monte Carmelo. Burgos 2009) 294: «no sabría como explicarlo, pero cuando esto se ha experimentado, el alma no se contenta con algo que sea menos que Dios».

6 Cf. J. SANZ MONTES, «El hombre, “cor inquietum”. Su libertad ante Dios. Una lectura de Adrienne von Speyr», en Aa. Vv., *Hans Urs von Balthasar y Adrienne von Speyr, una misión en común*. II Congreso Fe Cristiana y Servicio al Mundo. Madrid 10-11 marzo 2007 (Aedos-Fundación Maior. Madrid 2008) 167-199.

Dios no ha respondido a la pregunta del hombre con un discurso retórico o teórico, sino con su misma vida históricamente encarnada en Jesucristo. Todo cuanto Él ha tenido que decirnos nos lo ha dicho en la palabra y el silencio del Hijo de Dios<sup>7</sup>. El Dios de la Trinidad eterna se ha hecho accesible en la vulnerabilidad del Dios encarnado, mostrándonos en el Hijo entregado el infinito amor trinitario hacia el hombre real. Pero no estamos ante un Dios cuya extrema *solidaridad* con el mal del hombre se haya traducido en un ciego y terminal caer juntos al abismo, sino que esa *solidaridad* se ha hecho redentora, ha puesto salvación luminosa allí donde antes había perdición y oscuridad<sup>8</sup>.

Por eso, se abre un nuevo horizonte ante la escucha del Dios que habla y de Dios que calla, cuando tanto una como otra revelación nos ayuda a superar realmente nuestros propios límites ante el gozo eufórico o ante la pena deprimente: Dios se reserva la última palabra siempre sobre nuestro destino. Esa palabra postrera se hace infinita y permanente comunicación en la fiel presencia del Hijo de Dios en nuestra historia.

En el discurso del Papa Benedicto XVI al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, el 10 de enero de 2011, se abordaba esta cuestión de la insignificancia o la relevancia de Dios en la vida de la humanidad: ¿Dios es algo o alguien ajeno al hombre, como un intruso indeseado y rival, o es más bien un amigo al que inevitable y gozosamente tendemos? El Santo Padre afirmaba que, «el Misterio del Hijo de Dios que se hace hombre supera completamente cualquier expectativa humana. En su absoluta gratuidad, este acontecimiento de salvación es la respuesta auténtica y completa al deseo más profundo del corazón. De Dios viene la verdad, el bien, la bondad, la vida en plenitud que cada hombre busca consciente o inconscientemente. Aspirando a estos bienes, toda persona busca a su Creador, ya que «sólo Dios responde a la sed que hay en el corazón de todo ser humano» (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 23). La humanidad, a través de sus creencias y ritos, ha manifestado a lo largo de su historia una búsqueda incesante de Dios, y «estas formas de expresión son tan universales que se puede llamar al hombre un ser religioso» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 28). La dimensión religiosa es una característica innegable e irreprimible del ser y del obrar del hombre, la medida de la realización de su destino y de la construcción

7 Cf. A. NEHER, *L'esilio della Parola. Dal silenzio biblico al silenzio di Auschwitz* (Casale di Monferrato 1983) 24.

8 Véanse las páginas que dedica Balthasar a la *solidaridad* divina con el hombre cuando el Hijo ha asumido el trance de la muerte: H.U. VON BALTHASAR, *Teología de los tres días. El misterio pascual* (Encuentro. Madrid 2000) 139-156.

de la comunidad a la que pertenece. Por consiguiente, cuando el mismo individuo, o los que están a su alrededor, olvidan o niegan este aspecto fundamental, se crean desequilibrios y conflictos en todos los sentidos, «tanto en el aspecto personal como interpersonal»<sup>9</sup>.

Aquí estamos ante una constante de nuestra cosmovisión católica, aunque a veces podamos hablar de una cierta apostasía del cristianismo que extrañamente renuncia a su raíz traicionando su pertenencia religiosa y cultural<sup>10</sup>. En la encrucijada de caminos en los que los hombres y mujeres nos encontramos, Dios tiene que ver con cada uno de nosotros. En este camino de la vida se da lo que el Papa Ratzinger decía al llegar al Aeropuerto de Santiago en su visita a la tumba del Apóstol: «en lo más íntimo de su ser, el hombre está siempre en camino, está en busca de la verdad»<sup>11</sup>.

Una presencia que no siempre ha sido diáfana o sencilla de mostrar, especialmente cuando nos hemos encontrado con un intento de expulsión y desalojo de Dios, al que como ha indicado el Santo Padre en su homilía en el Obradoiro se le ha podido percibir extrañamente como un rival del hombre, de su felicidad y su libertad<sup>12</sup>. Hay un camino abierto de parte de Dios hacia el hombre, que viene a encauzar los mil caminos que el hombre ha querido abrir en su acceso al mundo divino. Esta es la afirmación humilde y audaz del cristianismo: la mutua apertura de Dios y del hombre se encuentran en lo que llamamos revelación. En el camino de Santiago se da ese encuentro en quien lo busca sinceramente. No se trata de una palabra sordida que Dios pronuncia para nadie, ni tampoco un silencio mudo que el hombre quiere desentrañar, sino el

9 BENEDICTO XVI, *Discurso al Cuerpo Diplomático ante la Santa Sede* (10 enero 2011).

10 Cf. M. PERA, *Por qué debemos considerarnos cristianos. Un alegato liberal* (Encuentro Madrid 2010) 31-37.

11 BENEDICTO XVI, *Discurso en el Aeropuerto de Santiago de Compostela* (Sábado 6 de noviembre de 2010). En este sentido se hacía intérprete del significado hondo del viejo camino de Santiago: «El cansancio del andar, la variedad de paisajes, el encuentro con personas de otra nacionalidad, los abren a lo más profundo y común que nos une a los humanos: seres en búsqueda, seres necesitados de verdad y de belleza, de una experiencia de gracia, de caridad y de paz, de perdón y de redención. Y en lo más recóndito de todos esos hombres resuena la presencia de Dios y la acción del Espíritu Santo. Sí, a todo hombre que hace silencio en su interior y pone distancia a las apetencias, deseos y quehaceres inmediatos, al hombre que ora, Dios le alumbrará para que le encuentre y para que reconozca a Cristo».

12 BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Santa Misa. Plaza del Obradoiro, Santiago de Compostela* (Sábado 6 de noviembre de 2010).

encuentro cabal de esa palabra gratuita que viene al encuentro del silencio mendicante del hombre<sup>13</sup>.

Como bien se ha dicho, estamos ante un paisaje que se puede calificar como neopagano imponiéndonos un post-cristianismo<sup>14</sup>. El hecho de que nos preguntemos sobre la realidad que conlleva eso de ser cristiano en medio de una sociedad que ha dejado de serlo<sup>15</sup>, nos impone una constatación que indica un cambio notable de escenario: nuestra sociedad se ha secularizado, y más aún, sigue en curso su proceso de secularización<sup>16</sup>, con todo un proceso más o menos estratégicamente diseñado por intereses políticos, culturales y mediáticos que sigue empujando hacia el nihilismo y el relativismo lo que ha sido y es el cristianismo en la cultura contemporánea<sup>17</sup>.

## 2. La búsqueda como premisa: el paradigma de Abraham

Un primer apunte que nos permita dibujar los rasgos del peregrino cristiano, lo encontramos en lo que significa para la historia de la salvación el así llamado en teología bíblica el «ciclo de Abraham». La estructura del libro del Génesis nos presenta la aparición de Abraham inmediatamente después del episodio de la Torre de Babel, es decir, que

13 Cf. J. SANZ MONTES, «El silencio y la palabra. Dos modos de comunicación en Dios y en el hombre», *Communio. Revista Católica Internacional* 23 (2001) 207-237.

14 Cf. el lúcido y audaz diagnóstico que hace J. RATZINGER, *Ser cristiano en la era neopagana* (Encuentro. Madrid 2006) 205 págs.

15 Es pertinente el juicio de alguien como Marcello Pera, ajeno al ámbito de la fe, y que sin embargo no duda en analizar el momento que vive Occidente con preocupación: «¿Qué es Europa? ¿En qué cree? ¿Qué ideales, valores y estilos de vida persigue? Ahora bien, es la religión la verdadera piedra de escándalo. Más que olvidada, es objeto de combate. Lo que está pasando en Europa es una *apostasía del cristianismo*, una batalla que se libra en todos los frentes, desde la política a la ciencia, desde el derecho a las costumbres, en la que la religión tradicional europea, la que la ha bautizado y educado durante siglos, asume el papel de imputada de culpas que van desde la amenaza al Estado laico al obstáculo para la coexistencia social, a la aversión a la investigación científica. El resultado total es que los europeos conviven sin identidad en una Europa sin Dios»: M. PERA, *Por qué debemos considerarnos cristianos. Un alegato liberal* (Encuentro Madrid 2010) 33. Véase también su importante trabajo: *Europe without God and Europeans without Identity*, en Ch. DE MUTH-Y. LEVIN (eds.), *Religion and the American Future* (The American Enterprises Institute Press. Washington 2008).

16 Cf. L. OVIEDO TORRÓ, *La fe cristiana ante los nuevos desafíos sociales: tensiones y respuestas* (Cristiandad. Madrid 2001) 19-107.

17 Cf. M. BORGHESI, *Secularización y nihilismo. Cristianismo y cultura contemporánea* (Encuentro. Madrid 2007) 46-68.

representa la respuesta de Dios a la nuevamente fallida pretensión humana de conquistar por sus propias fuerzas la divinidad.

En la historia religiosa de la humanidad se esconde siempre esa inconfesable pretensión de llegar a ser Dios, que lograr la auto-divinización. Da igual la fruta prohibida que se consuma en el propio jardín o en el ajeno, o la torre de babel que cada uno aspire a levantar, o los becerros de oro de los ídolos ante los que se postran adorantes, pues son relatos metafóricos por los que, en definitiva, el hombre quiere jugar a que logre ser Dios. No en vano esa pretensión ha seguido latente a través de los siglos y en estos momentos cobra visos de un virulento realismo, cuando se alía con una investigación que proclama la ciencia sin conciencia, escondiendo en su afán esa vieja y —sin duda única— pretensión del hombre de todos los tiempos: ser Dios.

El cambio que se introduce en la historia religiosa de Israel no es que se produzca un abandono del Creador hacia su criatura tras comprobar la inútil pretensión, sino un nuevo intento, uno más de los infinitos que Él seguirá ofreciendo a la humanidad, a fin de poder educar en la libertad al hombre para que reconozca sin tragedia su dignidad humana ante la majestad divina que no sólo no representa su conflicto sino su única posibilidad.

Es interesante saber que Abraham no era un creyente formado y con una fe madura, sino que adolecía de una inconsistencia demasiado común en el curso de los siglos venideros también. Ni él ni su familia eran descreídos ajenos a una apertura hacia el misterio de Dios. Eran creyentes a su modo. Pero el modo tenía esta vulnerabilidad: entre el creyente maduro de fe monoteísta que creía en el único Dios y el creyente ecléctico de fe politeísta que creía en todos los dioses habidos y por haber, estaba la postura que mantenían Abraham y los suyos: el llamado henoteísmo<sup>18</sup>. Consistía en tener un Dios primero y principal que era en el que oficialmente creían, y luego una serie de dioses menores, acaso anónimos y hasta clandestinos que, como las meigas: haberlos habíamos. Cuando uno lo piensa, resulta que esta actitud religiosa en la que Dios encuentra a Abraham es menos extraña de cuanto pudiera parecer.

Aparece Dios en la vida de Abraham para educar su fe, para abrirle a una fe reconocedora de Dios, y lo primero que le pide es aquello que nos pone en pista para un primer aspecto de la espiritualidad del pere-

18 Cf. J. M<sup>a</sup> ROVIRA BELLOSO, *Tratado de Dios Uno y Trino* (Secretariado Trinitario. Salamanca 1998) 195-196.

grino: «Sal de tu tierra»<sup>19</sup>. Pero el texto bíblico emplea tres lugares a los que vincula el verbo imperativo: la tierra, la patria, la casa. Podríamos describir la secuencia indicando aquello que Dios en el fondo pide a Abraham: sal de esa tierra que llamas patria, y de ese terruño, en ella, que representa tu hogar. Estamos ante un presupuesto que marca la actitud de la verdadera fe: para llegar a ser auténticamente creyente hay que desplazar todo atisbo de ídolos y de seguridades apropiadoras. Para poder alcanzar la tierra que se nos promete, hay que salir previamente de aquella que poseemos. Y esta será la pedagogía que usará el Señor con Abraham.

No se trata sin más de abandonar la seguridad que representa tu tierra-patria-hogar, sino llegar a la que se les ofrece como promesa. Pero para alcanzar esta segunda, hay que salir de la primera. Así comienza el éxodo de todo peregrino, en un camino que tiene meta.

Podríamos establecer así la gran diferencia que existe entre un turista y un peregrino. El turista escoge el lugar de destino, el modo de viajar, la compañía, la duración, las escalas y la fecha de regreso. El peregrino no sabe a dónde va, ni cómo, ni con quiénes, ni por dónde, ni hasta cuándo. Sólo se sabe urgido y acompañado sin engaño y sin traición, aunque no lo sepa explicar. En el primer caso todo termina con la caducidad del propio empeño. En el segundo caso, no se concluye jamás, y por eso existe una sana tensión que nos abre a la búsqueda, al cumplimiento, a la plena realización de algo que siendo mayor que nosotros mismos, no termina en nuestros cálculos ni estrategias.

Decía bellamente el Papa Benedicto XVI en una de sus recientes catequesis sobre el credo: «cuando afirmamos: «Creo en Dios», decimos, como Abraham: «Me fío de ti, confío en ti, Señor» (...) Decir «Creo en Dios» significa fundar en Él mi vida, dejar que su palabra la oriente cada día en las opciones concretas, sin temor de perder algo de mí mismo (...) Abraham, el creyente, nos enseña la fe, y, como extranjero en una tierra que no es la suya, nos muestra la verdadera patria. La fe nos hace peregrinos en la tierra, insertados en el mundo y en la historia, pero en camino hacia la patria celestial. Por lo tanto, creer en Dios nos hace portadores de valores que a menudo no coinciden con la moda y las opiniones del momento. (...) En muchas sociedades, Dios se ha convertido en el «gran ausente» y en su lugar hay muchos ídolos, en primer lugar el deseo de poseer y el «yo» autónomo. E incluso los progresos, notables y positivos de la ciencia y la tecnología han dado a los seres humanos una

19 Gén 12,1.



ilusión de omnipotencia y autosuficiencia, y un creciente egocentrismo ha creado muchos desequilibrios en las relaciones entre las personas y en el comportamiento social. Decir «Creo en Dios» nos conduce, entonces, a partir, a salir continuamente de nosotros mismos al igual que Abraham, para llevar a la realidad cotidiana en que vivimos la certeza que viene de la fe: es decir, la certeza de la presencia de Dios en la historia, también hoy, una presencia que da vida y salvación»<sup>20</sup>.

### 3. El camino de Jericó: parábola de la vida

Un segundo paradigma que nos marca otra estela del camino es lo que representa una parábola que podríamos adjetivar como parábola de la vida. En efecto, ella representa el escenario en el que todo creyente, máxime si es cristiano, desenvuelve su vida y afirma la moralidad de sus opciones y gratitudes<sup>21</sup>. En definitiva, «quien estudia las parábolas de Jesús, tal como nos las han transmitido los tres primeros evangelios, trabaja sobre un fundamento histórico especialmente sólido; las parábolas son un fragmento de la roca primitiva de la tradición. Se admite generalmente que las imágenes se graban en la memoria más fijamente que los temas abstractos. Y, en lo que se refiere a las parábolas de Jesús, conviene añadir que reflejan fielmente y con claridad especial su Buena Nueva»<sup>22</sup>.

Partimos de una imagen siempre recurrente para el testimonio cristiano, como es la parábola del buen samaritano. La habremos oído cientos de veces, quizás también meditado. Sin duda alguna, estamos ante el arcano amor del Padre Dios que Jesús nos ha querido desvelar. No se trata de personajes anodinos y abstractos, sino que nos acercan la misma vida de Dios con su nombre y su latido. Como decía el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Dives in Misericordia* «en base a tal modo de manifestar la presencia de Dios que es padre, amor y misericordia, Jesús hace de la misma misericordia uno de los temas principales de su predicación. Como de costumbre, también aquí enseña preferentemente «en parábolas», debido a que éstas expresan mejor la esencia misma de las cosas. Baste recordar la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) o la del buen Samaritano (Lc 10, 30-37) y también —como contraste— la parábola del siervo inicuo»<sup>23</sup>. Nosotros escogemos la del llamado *buen*

20 BENEDICTO XVI, *Catequesis del miércoles 23 enero 2013*.

21 Cf. J. JEREMIAS, *Las parábolas de Jesús* (Verbo Divino. Estella 2006) 288 págs; Id., *Interpretación de las parábolas* (Verbo Divino. Estella 1994) 184 págs.

22 J. JEREMIAS, *Las parábolas de Jesús*, 13.

23 JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia*, 3.

samaritano<sup>24</sup> porque se desenvuelve en un camino, cuya estela cristiana queremos atrevernos a entender como un rasgo nuestro que nos permite descubrirnos a nosotros mismos, en medio de ese relato, donde se revela en parábola la misericordia entrañable de Dios<sup>25</sup>.

El Evangelio de San Lucas tiene esa perspectiva que nos presenta el lado más genuinamente misericordioso de Dios, y ante los ejemplos y parábolas que sólo él recoge, uno siempre se siente esperanzadamente juzgado cuando reconocemos la tremenda desproporción que existe entre la imagen original del corazón Dios y la escasa y torpe semejanza que de hecho se da en nosotros. No en vano la clave desde la que Lucas ha concebido su relato evangélico es precisamente la del «camino»: la subida a Jerusalén. En la aventura de la vida, hay un camino que sube y baja a Jerusalén, y es allí donde acontecen los encuentros de Jesús con cada uno de sus interlocutores. Es un punto crucial y saludable que no podemos esquivar: si hemos de transmitir la fe de la Iglesia, esta fe es el testimonio de la adhesión a una Persona viva, Jesucristo, que nos ha mostrado de este modo las entrañas misericordiosas del corazón de Dios. Nos adherimos no a un programa político, ni a una afición deportiva, ni a un cantante o artista premiado, sino a una Persona, a un Corazón, que nos desvela la entraña misericordiosa del mismo Dios<sup>26</sup>.

24 «En aquel tiempo, se presentó un letrado y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: “Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?” Él le dijo: “¿qué está escrito en la Ley?, ¿qué lees en ella?”. El letrado contestó: “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo”. Él le dijo: “Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida”. Pero el letrado, queriendo aparecer como justo, preguntó a Jesús: “Y quién es mi prójimo?”. Jesús dijo: “Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino, y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó adonde estaba él y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándole aceite y vino y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: ‘cuida de él y lo que gaste de más yo te lo pagaré a la vuelta.’ ¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos?” El letrado contestó: “El que practicó la misericordia con él”. Dijole Jesús: “Anda, haz tú lo mismo”» (Lc 10,25-37).

25 Cf. R.J. KARRIS, «Il Vangelo secondo Luca», en R.E. Brown – J.A. Fitzmyer – R.E. Murphy, *Nuovo Grande Commentario Biblico* (Queriniana. Brescia 2002) 917-918.

26 Cf. C. ROCCHETTA, *Teología de la ternura. Un «evangelio» por descubrir* (Secretariado Trinitario. Salamanca 2001) 105-133; J. Ratzinger, «El misterio pascual, raíz y objeto más hondo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús», en Aa. Vv., *Confirmación y desarrollo del culto al Corazón de Cristo*. Congreso Internacional de Toulouse 1981 (Edapor. Madrid 1982) 135-155.

La parábola del buen samaritano siempre será en la conciencia de la Iglesia un reclamo, un permanente examen de amor sobre nuestra real y leal transmisión de la fe que hemos heredado. Y por esta razón, es una parábola que puede hacer muy bien de *vademécum*, de compañía para nuestro camino, cuando somos capaces de leerla biográficamente encontrando en ella el cuestionario para ese examen de amor del que seremos juzgados en la tarde de la vida, según el bien decir de nuestro místico san Juan de la Cruz<sup>27</sup>.

Hagamos una lectura sencilla, simbólica, y preguntémonos cómo nuestra vida y la vida de toda la humanidad están presentes en aquel camino de bajada de Jerusalén a Jericó, porque allí se encuentran en extraña dialéctica la fe y la increencia, la mirada misericordiosa de Dios y la necesidad perentoria del hombre, la actitud oficialista de una fe retórica y el gesto tierno y salvador de una fe verdadera.

Ha habido sin cesar un sinfín de salteadores, y otros tantos escurridores de bulto, atentos quizás solamente a la pasarela y al escaparate de su falaz reputación, pero que por comodidad de la más baja ralea, o por un puritanismo culpablemente ignorante, pasaron de largo ante el drama de aquel hombre asaltado. Será un anónimo samaritano sin papeles, sin la legalidad propia del pasaporte del Pueblo escogido, quien por encima de la comodidad, por encima de la oficialidad, se dejará mover y conmover hasta realizar con el pobre malherido lo que las entrañas de Dios no han dejado jamás de hacer: acogerlo, escucharlo, curarlo, salvarlo.

Esta parábola, retrato íntimo del mismo Dios, no es sino la narración de una larga historia en la que Él propuso a su mejor criatura un camino de participación en su vida divina, historia que se ha visto empañada y empeñada en una sucesiva aparición de salteadores y de comodones o puritanos inhibicionistas, que harán de la suerte de la humanidad algo tan duro e infortunado, desde el pecado de Caín hasta los últimos *lager* y *gulag* en los que se quita la libertad, la dignidad y la vida. Pero siempre habrá un Dios samaritano y una Iglesia samaritana, que pongan una palabra de luz en medio de tanta oscuridad.

Nos permite la parábola misma desentrañar aspectos que se dan en el camino cotidiano, en donde hay estelas del bien que nos empujan hacia el destino para el que fuimos creados, como también hay estelas bandoleras que nos asaltan secuestrándonos de la verdad que nos constituye. En el camino de la vida, como en el de la parábola, hay muchos registros

27 Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, «Dichos de luz y amor», 60. En Id., *Obras Completas* (Monte Carmelo. Burgos 2010) 100.

que son los que arrastramos con humilde confesión o con maquiada clandestinidad cuando nos ponemos a andar por los vericuetos en donde siempre nos espera Dios. Bandoleros los hay, y son los que en el camino de la vida nos roban aquello que más necesitamos para cumplir y colmar nuestra exigencia de felicidad.

### 3.1. *El asalto bandolero del hombre a su propia felicidad*

La historia de Dios tiene un eterno prólogo hasta que se adentra propiamente en su capítulo humano, cuando su ser divino creador quiso hacerse también ese ser humano, por él creado. ¿Cómo habría de narrarnos Dios sus gestas y ensueños si no en nuestro propio lenguaje para que pudiésemos entenderlo? Pero cuando nos asomamos a ese relato estremecido del origen de las cosas, el autor bíblico, usando un estilo literario poético a la usanza oriental, nos presenta a Dios que hizo las cosas... diciéndolas, llamándolas por su nombre a la vida, como nos refiere la doble narración del libro del Génesis: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era un caos informe, sobre la faz del abismo, la tiniebla. Y el aliento de Dios se cernía sobre las aguas. Dijo Dios: que exista la luz. Y la luz existió»<sup>28</sup>.

Y así se nos van enumerando las diversas criaturas que nacieron en el seno locuaz de Dios, una tras otra, nombre tras nombre. De todas ellas, a modo de estribillo feliz, como de un cantar iluminado, se nos dice apostillando: «Y vio Dios que era bueno». Queda así manifiesto en el relato bíblico, que Dios ve lo que previamente han pronunciado sus labios, descubriendo una innata bondad, o una innata belleza, como dice la versión griega de esa misma narración: «Vio Dios lo que había hecho, y lo encontró bello»<sup>29</sup>.

Podríamos así quedarnos también nosotros embobados, si Dios nos hubiera invitado a su palco en el teatro de la historia, y acaso nos felicitaríamos con el mismo Creador por un trabajo tan redondo, tan bello y bondadosamente terminado. Pero, ¡ay! nos encontramos con una escena inesperada, con un hilo argumental que pone en jaque, casi mate, tal sueño divino hasta convertirlo en pesadilla fatal. Porque a la historia de la creación de ese Dios bueno y bello que haciendo las cosas, y de modo especial al hombre y a la mujer, las ha dejado revestidas por dentro y por fuera de bondad y de belleza, le sucederá otra historia demasiado distinta, demasiado distante de cuanto el Corazón de Dios nos ofreció.

28 Gén 1,1-3.

29 Gén 1, 10-31.

La teología lo ha llamado pecado original y originante, y la Sagrada Escritura lo ha descrito como una insidia traicionera por la que fuimos tentados a esa vieja y única tentación posible: ser dioses, ser Dios. Cada hombre y mujer, cada generación irá luego frecuentando sus particulares transgresiones, buscando inútilmente el elixir que nos haga dioses en un «abra-calabra» según la época o según la ideología.

Una escalonada e inevitable triple ruptura se verificó en la tragedia del Edén del jardín primero: se huye de Dios ante quien se siente miedo, se esconde uno del próximo-prójimo ante quien se siente pudor y vergüenza; se transforma la relación otrora amistosa con la vida y sus factores, para trabajar con fatiga y con sudores de frente, para alumbrar con dolores de parto la existencia misma. Queda el jardín así de trucado y truncado, y el ángel mensajero de buenas noticias tantas veces, deberá comunicar y ejecutar la expulsión de un jardín habitable, acogedor, en donde Dios era amigo, el hombre hermano y las cosas resultaban cómplices de la bondad y la belleza, cómplices de lo mejor. Cuando hojearnos los rincones de la historia llegamos a reconocernos en ese espacio solaz, el jardín de los recuerdos y de las nostalgias, y lo hacemos como quien no se resigna jamás a una expulsión (¿autoexpulsión?) para la que no fuimos hechos.

### 3.2. *Como peregrinos errantes con un corazón inquieto*

Si tan malamente acabó aquella escena primera, podríamos imaginarnos que Dios se dedicó a otras cosas, dando por perdida la causa de su mejor criatura, probando suerte quizás en otra galaxia sideral, pero habiendo dejado a su suerte infortunada el devenir de ese hombre tentado y sucumbido.

Cuando se hojean las páginas que los hombres hemos ido escribiendo en nuestra ya larga andadura, viene de nuevo a la memoria aquella mañana henchida de luz en la que se nos brindó la Palabra creadora haciéndonos buenos y hermosos, pero esta memoria no deja de reprocharnos con amargura incontestable: ¿dónde están, hombre y mujer, dónde, aquella bondad y aquella belleza con que te plasmaron? ¿quién las ha mancillado? ¿quién las ha envilecido?

Surge así el que la huida original y originante, nos ha deparado una nostalgia imborrable de sabernos llamados a la paz, a pesar de haber sido capaces de escribir demasiadas páginas con la sangre inocente de tantos horrores y errores; de sabernos llamados a la luz, a pesar de construirnos cuevas oscuras e insalubres en las que ocultar nuestras vergüenzas injustas ante el dedo denunciador de la claridad; de sabernos llamados

al amor, a pesar de haberle puesto tantos precios, tantos nombres, tan mezquinos y bastardos; de sabernos llamados a la vida, aunque la experiencia de la muerte y del límite nos imponga su miedo y nos acorrale en sus chantajes.

No podemos negar en nosotros que hay una serie de exigencias escritas en nuestro corazón, exigencias que no hemos puesto nosotros, que no responden a una época histórica, ni a una condición social, ni a un acervo cultural, ni siquiera a una confesión religiosa. Son las exigencias del corazón, las exigencias del mismo hombre, haya nacido, cuando, donde y como haya nacido. Desde siempre y para siempre, el hombre será un peregrino de esa paz, de esa luz, de ese amor, en definitiva, de esa felicidad para la que hemos nacido. Son, como decía Luigi Giussani, una «experiencia elemental»<sup>30</sup>.

Si nos hemos hecho bandoleros de nosotros mismos en nuestro camino de la vida, si hemos huido de eso que nuestro corazón reclama, estamos huyendo de nuestro mismo yo, de nuestra misma felicidad, y eso nos hace ser fugitivos, tanto del prójimo, como del mismo Dios. No podemos evitar que en nuestra huida, detrás de nuestras caretas y disfraces, detrás de la penúltima mentira, vuelva a asomar ese reclamo de una felicidad más grande que nosotros que no podemos, por nosotros mismos, ni calmar ni colmar. A pesar de que, como decía el gran poeta Rainer María Rilke, «todo conspira para callar de nosotros, un poco como se calla, tal vez, una vergüenza, un poco como se calla una esperanza inefable»<sup>31</sup>.

Toda la conspiración de nuestro entorno vital y toda la debilidad de nuestro interno vivir, son incapaces de borrar las huellas que el Creador dejó marcadas en nuestro ser para llamarnos a la felicidad, a la bondad, a la paz, al amor, a la belleza, a la verdad. Hasta el punto de habernos hecho mendigos sin saberlo quizás, mendigos de un don posible porque lo deseamos, posible porque no nos engaña el corazón ni el corazón de todos los hombres. Somos estructuralmente una promesa que nos deja inquietos e insaciados hasta que lleguemos a encontrar aquello que lo mejor y más verdadero de nosotros mismos nos está reclamando<sup>32</sup>.

Sí, esta es la estructura de nuestra vida, ésta es nuestra hechura humana. Y no cambia nuestro sino, ni se modifica nuestro último destino porque nosotros nos empeñemos en decir que no o en huir de ello.

30 Cf. L. GIUSSANI, *El sentido religioso* (Encuentro. Madrid 2008) 22-24.

31 R.M. RILKE, *Elegías de Duino*, «elegía II», 42-44.

32 Cf. L. GIUSSANI, *El sentido religioso*, 71-88.

Quien niega la luz, podrá a lo sumo taparse los ojos, pero no podrá apagarla con un gesto así de torpe y falaz.

En un fragmento del diálogo de un «blues» de James Baldwin, podemos leer la enseñanza de una madre que no había desistido de seguir educando a un hijo rebelde que dejó de aprender lo más elemental, porque creía que ya lo sabía todo. Dice así ese delicioso diálogo entre la madre Henry y el hijo Richard:

«Richard: También tú, cuando eras joven, estabas convencida de saber más que tu padre y que tu madre, ¿no es verdad? Apuesto a que en el fondo tú lo pensabas, vieja.

Mamá Henry: De ningún modo. Al contrario, pensaba que iba a conocer más cosas, porque los míos habían nacido esclavos y yo había nacido libre.

Richard: ¿y has conocido más cosas?

Mamá Henry: He conocido lo que debía conocer: cuidar a mi marido y educar a mis hijos en el temor de Dios.

Richard: Sabes que no creo en Dios, abuela.

Mamá Henry: Tú no sabes lo que dices. No es posible que no creas en Dios. No eres tú quien decide.

Richard: ¿Y quién decide si no?

Mamá Henry: La vida. La vida que está en ti decide. Ella sabe de dónde viene y cree en Dios»<sup>33</sup>.

La vida que hay en nosotros cree en esa bondad original a pesar de la maldad originada; cree en esa belleza original, a pesar de tanto asalto bandolero en nuestro camino de Jericó. Aquella triple huida del comienzo del hombre tentado a ser como Dios, que le hizo fugitivo de su Creador, fugitivo de su hermano y fugitivo de sí mismo, supuso una real modificación del proyecto primigenio de Dios, pero no una maldición insalvable y ciega que nos condenara a ser errantes, eternamente errantes del absurdo y de nuestras mezquindades. Y esto es lo que nos reclama el corazón, esto es en lo que cree la vida que hay en nosotros. Al encuentro de esta exigencia sale precisamente el camino en donde de tantos modos se propicia poner nombre a las preguntas y acoger agradecidos la respuesta.

33 J. BALDWIN, *Blues per l'uomo bianco*. (Feltrinelli. Milano 1965) 39-40.

#### 4. Dios que no se fugó del hombre fugitivo, se hace encontradizo en los caminos

Digamos cómo ha sido la respuesta de Dios a esta trama truncada en la que el hombre y su torpe uso de la libertad, conllevó el trueque del sueño bondadoso del Creador en pesadilla maldita de la historia de los hombres. Es decir, cómo en medio de esa trama en la que nos sabemos peregrinos, y en medio del camino en el que hay bandoleros bandidos y samaritanos buenos, Dios se nos revela como alguien que no se fuga de nosotros, y por eso se constituye en la estela más determinante y benefactora.

El hombre al traicionar aquel proyecto de felicidad que se le brindó y se le inscribió en el corazón, es como si en la conversación de ese Dios que crea las cosas diciéndolas, hubiera introducido un exabrupto, un grito grosero y blasfemo que llega a romper el hilo argumental que el Creador y sus criaturas estaban gozosamente compartiendo. Pero Dios no sólo no se fugó del corazón de su criatura fugitiva, sino que no ha cesado de intentar de mil modos darle nuevamente la palabra como quien vuelve a comenzar. Y así, todo un sinfín de mensajeros le fueron trayendo el eco de noticias de cielo, introduciendo así los guiños por los que Dios iba llamando a sus hijos con la paciencia propia de un Padre, que al tiempo era Dios.

De hecho, la carta a los Hebreos comienza diciendo precisamente aquello de que «de muchos modos habló Dios a nuestros padres a través de los profetas, pero en los últimos tiempos nos ha hablado en su propio Hijo»<sup>34</sup>. Esto significa que aquel Dios al que se le arrebató la palabra en la conversación del principio, decide hacerse él mismo palabra, palabra de hombre, para decirnos lo de siempre, lo eterno, en un lenguaje adecuado a nuestro entendimiento y a nuestro corazón.

San Juan iniciará el prólogo de su Evangelio con esa expresión tan bella y desconcertante: «El Verbo se hizo carne y puso su tienda entre nosotros»<sup>35</sup>. La Palabra de Dios se ha hecho carne humana, se ha hecho historia de hombre, se ha hecho niño. Y la Sabiduría del eterno Dios tendrá que sentarse en las aulas de nuestros saberes para aprender a decirse a sí mismo con nuestros gestos y palabras.

Y pasó haciendo el Bien, quien fuera la Bondad primera, y nos devolvió el asombro, la dignidad y el indómito instinto de ser libres de

34 *Heb* 1,1.

35 *Jn* 1,14.



verdad. Entre parábolas que todos entendían, y palabras que abrían a la Vida, el Verbo de Dios, su Palabra más última y más primera, se hizo carne, se hizo hogar, se hizo pan y se hizo herida. Y así nos fue contando, como se narra un cuento serio y bueno, lo mucho que le importamos a Dios, más que los pájaros y los lirios, más que las estrellas y los océanos marinos.

Nos dijo de tantos modos lo mismo. Fue un canto bienaventurado, que secó las lágrimas de los más pobres, y abrigó la esperanza de los más mendigos. A los ciegos de todas las cegueras les abrió los ojos para salieran a la luz que alumbra sin deslumbrar. A los cojos, a los mancos, a los lisiados, les permitió saltar, y abrazar y volver a brindar por el regalo de la vida. A los errados que no maquillaron sus trampas les permitió renacer a la verdad sincera. Y a cuantos no habían entendido, o lo hicieron mal o lo hicieron tarde, para todos tuvo una palabra a tiempo, como quien se reserva la palabra última con perdón de cielo. Palabra de Dios y palabra de hombre a la vez. Palabra eterna que se hizo tiempo. Palabra acampada en nuestros descampados inciertos, haciendo el milagro de poder ver en el trasiego de nuestros conflictos y contiendas, su gracia de paz hecha encuentro y hecha tienda.

No, Dios no es un bandolero que nos ha asaltado, y tampoco nos ha dejado tirados como quien contempla impasible una brutal fechoría ajena. Nos ha dejado embargados en el trance de reconocerle. Está sólo escondido y, a veces, manifiesto, pero sigue siendo samaritano de todos los pueblos. Este es hoy el reto y el desafío: atrevernos a escuchar esa Palabra que no ha dejado de revelársenos, y osar ser acogidos por esa Presencia que nunca jamás de nosotros ha huido. Él está en tantos rostros, haciéndose solidario de todos sus gritos, de todas sus ansias. Él está en las esperas de quienes no desesperan por más que sea dura y áspera la vida. Está en las preguntas que nos anidan. Está en sus sacramentos y en los espacios de su Iglesia. Está en la Hermana Madre Tierra, como cantara San Francisco<sup>36</sup>. Está en todos y en todo, fundido pero no confundido.

En el camino hacia la luz amanecida que no conocerá el ocaso, podremos encontrar de mil modos a bandoleros y a heridos. Quiera el Señor concedernos su misma entraña, su latir y aliento, para poder representarle, para hacerle creíble y hacerle cierto. Porque en este sendero de siempre entre Jerusalén y Jericó, Jesús nos ha pedido en préstamo

36 SAN FRANCISCO DE ASÍS, «Cántico de las criaturas», en J.A. GUERRA (ed.), *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, (BAC. Madrid 2011).

nuestros ojos, nuestras manos y nuestro corazón para seguir siendo esa parábola viviente. Somos como comunidad cristiana y como personas creyentes ese *buen samaritano*. Sabe Dios de qué heridos en el camino: las heridas del desafecto, de la soledad y el miedo; las heridas del cansancio, de la enfermedad y hastío; las heridas de la frivolidad irresponsable y del egoísmo; las heridas de la increencia y sin sentidos; las heridas de las pateras, del hambre y del terrorismo. Tantas heridas, tantas. Tantos mirones impávidos y entretenidos, tantos. Sólo Jesús se detuvo, descabalgó su prisa, detuvo su tiempo y estrechó al herido. Lo llevó consigo, le alojó en la posada y le pagó la cuenta como se invita a un amigo. Así nos trata Dios, y de ese trato somos nosotros sus testigos. No de nuestras buenas obras que nacen de la euforia de un momento ni de la discreción de una maquillada inhibición. Estamos llamados a ser testigos de ese amor que Jesús nos ha contado en piel samaritana, para que aquí y ahora, en nuestro camino cotidiano entre nuestro Jericó y Jerusalén que coincide con nuestro hogar, nuestra escalera de vecinos, nuestro barrio, podamos curar las heridas y los heridos y tratarles a ellos como Dios nos ha tratado.

## 5. El corazón humano no sabe dejar de esperar ni de desear

Toda la densidad del corazón humano se expresa en su capacidad de preguntar, en la aceptación serena de una provocación que llevamos dentro y que tantas veces alguien censura, aunque ese alguien coincida con uno mismo.

La gran manipulación materialista es la de reducir la exigencia de infinito que palpita en el corazón humano a una cuestión de consumo: el poder, el tener y el placer como nuevos dioses que se corresponden con nuestra espera. Este es el gran chantaje que genera la gran tragedia, y lo que pretende sofocar el sentido religioso en la vida de las personas<sup>37</sup>: ¿cuál es el significado último de la existencia?, ¿por qué existe el dolor, la muerte?, ¿por qué vale la pena realmente vivir? O, desde otro punto de vista ¿de qué y para qué está hecha la realidad?<sup>38</sup>. Estas preguntas van en la mochila del caminante, sea consciente o no de ellas, y de su solución es peregrino, lo sepa o lo ignore.

37 Cf. L. GIUSSANI, *El Sentido Religioso* (Encuentro. Madrid 1998) 71-88.

38 Una buena síntesis de este importante ensayo de Giussani, lo encontramos en M. BORGHESE, «Sentido religioso y acontecimiento cristiano en Luigi Giussani», en ID., *Secularización y nihilismo. Cristianismo y cultura contemporánea* (Encuentro. Madrid 2007) 225-241.

Podrán pasar siglos de historia, aparecer mil circunstancias culturales, sociales, políticas, religiosas incluso, y estas exigencias seguirán planteando preguntas que podrán resultar exasperadas, desesperadas, pero no podrán ser respondidas por nuestro cálculo y medida. «Lo que un hombre busca en los placeres es un infinito, y nadie renunciaría nunca a la esperanza de conseguir esta infinitud»<sup>39</sup>. La observación de Pavese encuentra en su *Diario* otras confirmaciones dramáticas. Entre las primeras anotaciones de su diario aparece una observación que tiene un valor capital: «¿qué grande es el pensamiento de que verdaderamente nada se nos debe. ¿Alguien nos ha prometido nunca nada? Y, entonces, ¿por qué lo esperamos?»<sup>40</sup>. La *promesa* está en el origen, procede del origen mismo de nuestra hechura. Quien ha hecho al hombre, lo ha hecho «promesa». El hombre espera *estructuralmente*, es mendigo por estructura; la vida es estructuralmente promesa. Pero aquí se abre la gran fisura: ¿tiene solución esa promesa que me hace mendigo? ¿quién abraza mi espera?<sup>41</sup>.

Una de las formas literariamente más bellas de describir el deseo que nos hace mendigos de la esperanza es la que de modo vibrante, se describe en la novela de Flaubert sobre Madame Bovary. Allí se describe el ritual de la espera, incensurable en el corazón: «en el fondo de su alma, sin embargo, ella esperaba un acontecimiento. Como los marineros que se sienten perdidos, ella miraba desesperadamente de aquí para allá, buscando en la lejanía alguna vela blanca entre las nieblas del horizonte. No sabía qué es lo que esperaba, no sabía qué; ni tampoco por cual de los vientos eso vendría, ni a que ribera le conduciría después; si sería una chalupa o un bastimento grande, si vendría cargado de angustias o lleno de felicidad hasta arriba. Pero cada mañana, apenas se despertaba, comenzaba a esperar pensando que habría llegado ese día; y escuchaba todos los rumores, se ponía en pie de sobresalto, quedando confusa de que no pasase nada; luego, al caer de la tarde, cada vez más triste, deseaba que volviese nuevamente a amanecer»<sup>42</sup>.

Así cada día, así cada tarde y cada mañana, volviéndose a asomar con tristeza a que sucediese ese acontecimiento para el que nació. Está escrito en nuestro ser, esa nostalgia inmensa, esa tristeza noble que como

39 C. PAVESE, *El oficio de vivir* (Seix Barral. Barcelona 1992) 198.

40 C. PAVESE, *El oficio de vivir*, 290.

41 Fue objeto de un ensayo mío publicado en italiano: J. SANZ MONTES, *Il cammino della speranza. Dalla noia al desiderio*. (Marietti. Torino 2009) 112 págs.

42 G. FLAUBERT, «Madame Bovary», en *Romanzi*. Vol. I (Mondadori. Milano 1992) 155.

decía Santo Tomás consiste en el «deseo de un bien ausente»<sup>43</sup>. Aunque tengamos mil fisuras, mil distracciones que nos llevan a traicionar una y otra vez en el patio común de una fogata cualquier diciendo de tantos modos lo de Pedro: «no le conozco»<sup>44</sup>, hay en nosotros una exigencia de verdad, de conciencia de haber nacido para encontrarnos con aquel que tantas veces decimos con palabras y con hechos que no le conocemos. María Zambrano, al hablar de las pasiones dice que «detrás de las pasiones se esconden otras pasiones más fundamentales, y detrás de todas, la pasión de ser. La gran pasión que obliga al hombre a ser... como si fuera la prolongación de un Dios que lo ha creado para esto»<sup>45</sup>.

Esta indómita nostalgia que nos constituye en mendigos de una gracia para la que hemos nacido, que nos hace caminantes hacia una tierra a la que —lo sepamos o no— peregrina cada fibra de nuestro ser, esa pasión de ser, es lo que llamamos deseo. Y dentro de mi soledad, es decir, dentro de esa pregunta básica que me hace abrirme deseoso es donde puedo verdaderamente experimentar un acompañamiento distinto. Como dice Giussani, en ese capítulo fundamental sobre la naturaleza del sentido religioso, «es en la soledad donde el hombre descubre su compañía esencial. Esta compañía es más original que la soledad, porque se me da. Por eso, antes que la soledad, está la compañía, que abraza mi soledad, por lo que ésta ya no es verdadera soledad sino grito de llamada a la compañía escondida»<sup>46</sup>.

## Conclusión

El paso de los siglos ha ido dejando estelas en un camino que cruzó nuestra tierra, un camino que tenía como origen la búsqueda de la belleza y del bien que palpita siempre en el corazón humano, y que ha hallado como respuesta a todas sus preguntas el encuentro con aquel Hombre Dios, con aquel Dios humanado que no sólo nos dijo cuál era el camino sino que se puso a recorrerlo con nosotros. Tantas veces el hombre caminante no es peregrino sino sólo deambulante de su prisa y frenesí, de sus fugas adelante en un camino a ninguna parte. Ya el Quijote nos describía esta deriva cuando hacía notar al Ingenioso Hidalgo aquel apunte observador: «de aquí para allá, huyendo sin saber de

43 SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, q. 20, art. 1. (BAC. Madrid 2010) 526.

44 Mt 26,72; Lc 22,57.

45 M. ZAMBRANO, *Persona e democrazia* (Mondadori. Milano 2000) 37.

46 L. GIUSSANI, *El Sentido Religioso* (Encuentro. Madrid 1998) 86.

quién, esperando sin saber a quién»<sup>47</sup>. La vida es un inmenso camino en donde hemos de acoger las preguntas de la gente, suscitar el encuentro con esas preguntas que llevan dentro, que ellos no han puesto y que no sabrían resolver<sup>48</sup>.

Jesús ha venido para abrazar esas preguntas, para poner nombre a nuestras exigencias verdaderas a las que el corazón no sabe ni puede renunciar. Y para eso se encarnó, para eso se hizo Camino y caminante junto a cada uno de nosotros. De esta historia está impregnado el camino de Santiago, y son testigos tantos peregrinos que a través de los siglos lo han ido surcando. Ellos pueden dar razón de semejante encuentro que cambia de veras la vida.

Entre los primeros testigos que Él llamó en la Palestina de entonces, algunos fueron luego enviados para que narrasen cuanto habían visto y oído. Aquellos primeros apóstoles, enviados, siguieron el mandado del Maestro y fueron hasta los confines de la tierra para anunciar una Buena Noticia portadora de la luz y la esperanza que Cristo mismo nos alumbró. Santiago nos contó lo que escuchó en los labios del Maestro, quiso compartir su asombro agradecido al ver de mil modos la ternura y la misericordia de Dios que se hacía gesto liberador de tantas cautividades, y nos dejó plasmada en su predicación ese Evangelio que prendió en sus entrañas. Sus dificultades fueron no pocas en aquella Hispania romana que no se abría tan fácilmente a la novedad que el apóstol nos traía, pero dejó sembrada la palabra de Jesús, y nos repartió de tantas maneras su gracia, tanto, tanto, que al morir en Jerusalén irían los discípulos hispanos a recoger su cuerpo para traerlo hasta el finisterrae de sus andanzas apostólicas.

Desde entonces, tras el hallazgo milagroso que la tradición nos atestigua del cuerpo de Santiago en el Campus Stellae, Compostela, han sido muchos los que han querido hacer este camino. Son muchas las este-

47 MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, II, 61.

48 Aquí podemos traer a colación una carta que escribió el escritor Rainer María Rilke a un joven poeta que le pedía un consejo para iniciarse en el arte de la pluma. Así le contestó a Herr Kappus, que es como se llamaba el joven escritor: «Querría rogarle lo mejor que sepa, mi querido señor, que tenga paciencia con todo lo que no está resuelto en su corazón y que intente amar las preguntas mismas... No busque ahora las respuestas, que no se le pueden dar, porque usted no podría vivirlas. Y se trata de vivirlo todo. Viva usted ahora las preguntas. Quizá luego, poco a poco, sin darse cuenta, vivirá un día lejano estando en la respuesta» [R.M<sup>a</sup>. RILKE, *Cartas a un joven poeta*. (Alianza. Madrid 1990) 46-47].

las, tantas como estrellas, que nos han dejado el precioso testimonio del afán sincero de los romeros y peregrinos que han recorrido esta senda.

Compartimos con todos ellos la necesidad de salir de nosotros mismos, y poner hondura y verdad en tantas cosas que nos complican nuestro cotidiano caminar, haciendo torpe o mezquino lo que alguna vez hemos soñado como hermoso y grácil. Todas nuestras preguntas nos hacen peregrinos de una Verdad que tiene rostro y tiene nombre, y nos ponen en la andanza de un camino que tiene meta. Santiago peregrinó hasta aquí para darnos a Jesucristo, nosotros peregrinamos a Santiago para encontrarnos con Jesús el Señor.

No queremos olvidar esta historia, y reconocemos en las huellas que otros hombres y mujeres han dejado, las estelas iluminadoras que quieren orientar nuestros pasos de hoy y los que mañana recorreremos. El arte, la cultura, la hospitalidad, la vocación andariega y el sabernos peregrinos de lo mejor, encuentran en el camino de Santiago una senda que nos habla del hombre y que nos habla de Dios. En medio de las periferias que rodean los primeros mundos, y dentro de esos mundos que rechazan las periferias, tenemos tanta gente que espera la respuesta verdadera a sus preguntas sinceras. El Papa Francisco nos ha dicho que hemos de salir a estas periferias para anunciar la Buena Nueva<sup>49</sup>.

En esta hora, como cuando rezamos las Vísperas como plegaria del creyente al caer de la tarde, las campanas de nuestros valles y las siluetas de sus senderos que rompen en la penumbra las espadañas románicas, nos invitan a la oración que llena de gratitud nuestros labios y ensancha de esperanza nuestros corazones. Nos unimos a toda la Iglesia que canta a su Señor con las primeras luces del firmamento anochecido.

La tarde anochecida, símbolo de tantas otras oscuridades que puedan anidar en nosotros y entre nosotros, deseamos que sea transformada por la luminosa certeza de que todas nuestras preguntas han sido respondidas como nunca y para siempre en ese Dios nacido entre nosotros. Dejemos que la plegaria de nuestra oración nos ponga en camino y nos convierta en peregrinos de un Dios que nos abraza con su acostumbrada cortesía.

49 Cf. PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Misa Crismal*, 28 marzo 2013.



# Camino de Santiago y Jóvenes. Oportunidades pastorales

FRANCISCO JAVIER LUENGO SCJ  
San Javier, Murcia

### Introducción

No sé si hay una experiencia vital que ofrezca tantas oportunidades de evangelización como el Camino de Santiago. No solo por lo que ofrece como vivencia personal, sino por todo el entorno cultural, religioso, histórico y humano que lo rodea.

Igualmente, tengo la sensación de que esta enorme potencialidad evangelizadora está enormemente desaprovechada. ¿Dónde se da otro fenómeno como este, en el que miles de personas vienen voluntariamente a transitar por un espacio típicamente eclesial, de buen grado, voluntariamente? ¿No estamos suspirando por la presencia de los jóvenes en nuestras parroquias, movimientos, asociaciones? Pues bien, aquí los tenemos a cientos. Pero no solo el número de personas hace particularmente fecundo al Camino, sino, sobre todo, la actitud vital en la que se encuentran esas personas. Muchas de ellas vienen con una intención explícita de búsqueda existencial, otras muchas vienen por deporte o vacación; sin embargo, el Camino acaba pasando por encima de cualquiera. Tarde o temprano, incluso iniciado como un juego, un entretenimiento, el Camino se convierte en un drama vital en el que cada individuo se enfrenta con sus debilidades, con sus propios fantasmas. Se dice que el Camino es un trasunto de la vida. Nada más cierto. En el Camino uno es capaz de ver, como en una maqueta, su propia vida; se reproducen las actitudes y tendencias habituales, los miedos y fracasos salen a flote al primer síntoma de cansancio, pero también la fortaleza oculta, que muchos jóvenes y no tan jóvenes, no se han permitido estrenar en un mundo lleno de comodidades y melindres.

Nunca tendremos en España una oportunidad semejante. Todos hemos sido conscientes de la vigorosa fecundidad de la JMJ. Y sin embargo, será difícil que tal acontecimiento se vuelva a repetir en unos años. Algunos estamos constatando ya en nuestras carnes lo difícil que es



convocar a los jóvenes incluso después de tal acontecimiento. El camino sin embargo, está ahí, los jóvenes acuden sin llamarlos. ¿Y nosotros dónde estamos?

Desde aquí me gustaría señalar que no estamos como hace unos años. Están surgiendo por doquier iniciativas muy interesantes en torno al camino. No solo la acogida y la atención aquí en Santiago, donde es notable el esfuerzo de la diócesis, de la oficina del peregrino y de instituciones religiosas (franciscanos, Salesianos, etc). También la labor de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago y otras pequeñas iniciativas a lo largo de todo el Camino, de las cuales conozco algunas y desconozco la mayoría. Pero, en gran medida, la mayor parte de los esfuerzos se emplea en la acogida y bastante poco en la atención pastoral y evangelizadora.

Después de esta introducción me atrevo a entrar en materia. Mi comunicación va a ser muy rápida y, quizá, muy general, pero me gustaría contarles dos cosas:

- Contar nuestra experiencia
- Ofrecer algunas propuestas

## **Experiencia**

Antes de nada quisiera presentarme. Soy religioso y sacerdote de la Congregación de los Sacerdotes del Corazón de Jesús, en España conocidos como PP. Reparadores, y también como Dehonianos. Este desdoblamiento de personalidad que tenemos como institución nos ha jugado malas pasadas en el Camino de Santiago: al llegar a la oficina del peregrino nos inscribíamos como todos los grupos para ser nombrados en la Eucaristía. Yo insistía en usar nuestro nombre más usado en todo el mundo: Dehonianos. Pues bien: un año nos nombraron como “Jóvenes Leonianos”, al año siguiente fuimos “Jóvenes Danonianos” y por último “Jóvenes Demonianos”... así que, al cuarto año firmé como “Jóvenes reparadores” y, encima el cachondo de la Oficina del Peregrino me dice: “¡Pasad pasad que tenemos la impresora estropeada”. Ya saben el prosaico “buen rollito del Camino”. Nuestra experiencia se resume a dos ámbitos:

- la peregrinación durante 17 con grupos de jóvenes y adolescentes
- la acogida en nuestro Albergue de Peregrinos de Puente la Reina

## *Peregrinando con grupos de jóvenes*

Durante 10 años he sido el responsable de la PJV de mi congregación en España. Llevamos más de 15 años realizando el camino de Santiago con grupos de adolescentes y de jóvenes. Normalmente en turnos de 25-30 personas. Al principio recorríamos el itinerario francés, pero debido a la aglomeración decidimos transitar la ruta Norte. Siempre hacemos los 200 últimos km. Las experiencias son siempre distintas, imprevisibles, desconcertantes y, siempre maravillosas. No voy a contarles una experiencia que, para muchos de ustedes es archifamiliar. Solamente destacaré algunos aspectos que hacen del Camino de Santiago una experiencia sumamente interesante para la Evangelización con los Jóvenes. ¿Por qué el Camino es oportuno para los jóvenes?

- En primer lugar, porque para los jóvenes es muy llamativo. No hace falta venderlo demasiado. Sobre todo les seduce una experiencia donde poner a prueba sus límites, es una aventura. Además hay otras motivaciones, compartir unos días de convivencia con otros jóvenes, entrar en contacto con la naturaleza. No deberíamos subestimar esta motivación de ponerse a prueba. En el fondo nace de esa pretensión de omnipotencia típica de la etapa juvenil. Sin embargo, esta pretensión activa valores y actitudes que predisponen al joven para el encuentro con el Resucitado: surgen las expectativas, las dudas y los miedos; a la vez que la psique se prepara para el esfuerzo, la dificultad, para dar lo mejor de uno mismo. Estas actitudes son muy aprovechables a lo largo del camino.

- En segundo lugar, porque el Camino siempre acaba pasándonos por encima: destruye en un par de etapas todas nuestras pretensiones, expectativas, y nos enfrenta con lo peor y lo mejor de nosotros mismos. Para muchos chicos es la primera vez que se enfrentan con el dolor, el sufrimiento propio o ajeno. A menudo, el Camino provoca toda una crisis de autoimagen, de sentido. Es lo que yo acostumbro a llamar “la grieta”. Es fácil ver cómo hacia la última parte del camino, cada peregrino a tenido este momento de rotura existencial, de crisis vital, de paso de nivel. Este momento de grieta es extraordinario para la evangelización. En ese momento tienes a la persona con las defensas derrotadas, sedienta de orientación y de sentido. “No tenía que haber venido, ¿qué es lo que me está pasando, no puedo más” (Aleluya, el camino ya está haciendo de las tuyas). Ese es el momento propicio para hacer que se escuche la Palabra y se enraíce en el corazón como fuerza imprevista con la que no contaba. A partir de ese momento, muchos jóvenes ya no necesitan más ayuda: van encontrando la huella del Espíritu a cada paso.

- En tercer lugar, es una experiencia que, a pesar de ser incontrolable, es fácilmente monitorizable. Hay dinámicas que se repiten, por lo que no es difícil intervenir pastoralmente. Si se tiene habilidad para aprovecharlas se le puede sacar rendimiento: la acogida, la experiencia de caminar juntos, la libertad de ir con lo justo, la solidaridad ante el sufrimiento ajeno, el servicio, la austeridad.

- En cuarto lugar, el peregrino quiera o no quiera acaba entrando en el misterio trascendente del camino que le conecta con la naturaleza, con la historia de tantos hombres que han pasado por lo que él está pasando, y con la simbología y gestualidad del propio camino: las piedras, los cruceros, las Iglesias, los lugares místicos...

- En quinto lugar El camino crea relaciones significativas no mediadas por un interfaz. Una de las cosas que más cuesta hoy con los jóvenes es romper el círculo de la frivolidad, de la superficialidad. Muchas de sus relaciones se dan en una dimensión superficial de la persona. Solo rompen esa superficialidad para viajar, a veces descontroladamente, por el tobogán de las emociones. El sufrimiento compartido y vivido de una forma solidaria e, incluso alegre, establece vínculos muy fuertes.

- Sexto lugar, la austeridad, el ritmo, la precariedad purifican al joven de la comodidad congénita y de toda la aparatología que le rodea. Hoy los jóvenes se relacionan a través de alguna pantalla. El camino recupera los rostros y los tiempos humanos, lentos, los tiempos que hacen madurar. Les suele costar un par de días, pero luego disfrutan de esa sensación estrenada e inédita de libertad.

- Por último, el camino ayuda a vivir en profundidad: El camino, por definición es lento, el tiempo psicológico se vive distinto. Rompe con la mentalidad del hipervínculo<sup>1</sup> y sitúa al joven en el tiempo histórico, con pasado, presente y futuro, un tiempo que da identidad. Entre bromas y chistes, no es difícil que surjan las dudas, las ilusiones, los sentidos y sinsentidos de los jóvenes.

### *Acogiendo peregrinos*

Llevamos adelante también otra experiencia como hospitaleros ya que regentamos el Albergue de Peregrinos de Puente la Reina (Navarra). Aparte de la atención cotidiana, organizamos una serie de experiencias

1 Mentalidad muy presente en los adolescentes que pasan de una vivencia o pensamiento a otro igual que de una página a otra en internet. Este tipo de pensamiento evita la profundización pues antes de haber desarrollado una idea o una reflexión ya se está pasando a otra.

de voluntariado para jóvenes y adultos que pasan temporadas en el albergue acogiendo a los peregrinos. Se trata de una actividad que nosotros denominamos Betania. En ella se combinan dos cosas: por un lado realizamos actividades de evangelización con los peregrinos. Por el otro, ofrecemos espacios de oración y formación para los voluntarios hospitaleros. Por la mañana, los voluntarios asisten con la comunidad religiosa al rezo del oficio y a la eucaristía. Tienen tiempo para la oración personal, el acompañamiento espiritual y la lectura. Por la tarde, estos mismos voluntarios atienden el albergue acogiendo a los peregrinos y organizando actividades para ellos. Entre estas actividades destacan las siguientes:

- Como la siesta es sagrada para el peregrino, hacia la mitad de la tarde se suele ofrecer una actividad de contacto, a todo el que quiera participar. Entre las distintas cosas que hemos hecho destaca el tradicional masaje de pies. Con una instrucción mínima, por parte de profesionales de la fisioterapia, enseñamos a los voluntarios a impartir una serie de masajes en los pies. En realidad no dan los masajes ellos, sino que ponen a los peregrinos en parejas para que se los den entre ellos. Es un momento distendido, divertido y de encuentro. Al ser Puente la Reina de las primeras etapas del camino, muchos han roto el hielo durante este momento y se han formado grupos que han seguido juntos hasta la meta jacobea. Este momento es de encuentro, de preparación. En otras ocasiones hemos hecho taller de cuentos o de testimonios, café helado con conversación, canciones típicas de cada lugar de procedencia, etc.

- Terminada la actividad rompehielo, ofrecemos a todos los peregrinos la participación en una adoración eucarística en una hermosísima Iglesia románica que tenemos justo enfrente del albergue. La celebración está traducida a 6 idiomas y tenemos varias celebraciones preparadas. Aparte de la recitación de algún salmo y la escucha de la Palabra de Dios, la celebración discurre en un ambiente de silencio y oración, únicamente interrumpido por algún canto meditativo. El momento más emotivo de la celebración es cuando el sacerdote comienza a lavar los pies a alguno de los peregrinos e invitamos que repitan el gesto entre ellos. Se termina con la bendición eucarística. Es un momento muy digno y muy intenso. Podría decirles que han sido pocos los días en los que no haya habido alguna persona derramando lágrimas, o solicitando el sacramento del perdón, o iniciando alguna conversación profunda. El peregrino es un ser sediento de sentido, que a veces no encuentra la fuente.

- Después de la celebración ofrecemos una visita catequética de la Iglesia del Crucifijo. ¡Qué bien suena el arte cuando se desvela su sentido pleno, no únicamente su sentido estético!

- A continuación informamos de otros servicios que pueden utilizar los peregrinos: confesiones, diálogo, grupos para confrontar experiencias. Etc.

### *Razones para ofrecer una acogida evangelizadora*

Nos sirven todas las que he mencionado arriba. Pero añado otras.

- Se está perdiendo la referencia trascendente. Los cruceros, las iglesias, los símbolos se están secularizando. Hay un déficit de espacios reservados para la espiritualidad, el silencio, la serenidad. Y el peregrino joven es extraordinariamente sensible a esto.

- El peregrino siente la necesidad del sentido, de lo espiritual en su múltiples formas pero se encuentra con la dificultad de que no sabe qué hacer con esta necesidad. La mayoría de nuestros jóvenes son analfabetos espirituales, no saben que su mundo interior existe. Muchos peregrinos no entran espiritualmente en el camino hasta que alguien no les da la oportunidad del silencio y el sentido. Algo que quizá nunca harían por ellos mismos. Por eso nosotros debemos ser maestros en esto.

- Es un modo de hacernos presente como Iglesia, de ofrecer un rostro cercano acogedor y significativo a gente que solo tiene idea de la Iglesia por prejuicios generalizados.

### *Propuestas para peregrinar en grupo de jóvenes*

Me niego a una pastoral específica para los jóvenes dentro del camino. Todo lo que digo sirve para cualquier peregrino y así debe ser.

- Importantísimo, una infraestructura mínima y bien organizada, que mantenga la provisionalidad y la austeridad intactas. Son altamente educativas. Docilidad, libertad. Pero una mínima infraestructura que garantice la libertad de los monitores para intervenciones más pastorales y sin agobios. Hay muchas personas e instituciones que ofrecen, muchas veces gratuitamente, sus instalaciones a los grupos. Yo propongo que desde las diócesis, la oficina del peregrino, o las parroquias se insista a las autoridades para que haya lugares de acogida dignos a los grupos. A veces no es fácil encontrar sitios para los grupos organizados. En el camino francés se nos mira con sospecha o amenaza.

- La gestión del grupo es importantísima. No basta hacer el camino como sea. Hay que programar una buena intervención pastoral que tenga en cuenta los distintos ritmos de las personas. Hay que conocer la constelación de emociones que se da en las personas y en las dinámicas del grupo para saber gestionarlas de una forma óptima. Los momentos de intervención evangelizadora deben de estar más o menos programados: momentos de oración, de silencio, momentos para compartir, momentos de fraternidad y compañerismo, momentos de fiesta.

- En este sentido creo que importantísimo la celebración simbólica. Jalonar el camino con momentos celebrativos y simbólicos es muy interesante. Comenzar con un rito en el lugar de origen, si puede ser, una celebración de envío, un encuentro con el obispo, una visita a la catedral, o un envío del párroco o de la comunidad de referencia. A lo largo del camino tener diariamente momentos de oración y de compartir. Nosotros tenemos una celebración en un río en las que hacemos una catequesis bautismal. Preparar la celebración de la reconciliación en Santiago es fundamental. La eucaristía la celebramos también en tres momentos: el día que cae en domingo, en un lugar que nos resulte propicio, hacia la última parte del camino, cuando los corazones se han reblandecido, y la Eucaristía del peregrino en la Catedral.

- El acompañamiento personal. El camino es una oportunidad única para entablar conversaciones informalmente profundas, según salgan, o establecer un sistema de acompañamiento espiritual con aquellos jóvenes que quieran. Lo están deseando, están deseando ser escuchados. Pero este acompañamiento se hace más efectivo cuando el que acompaña es compañero de camino, sufre el mismo cansancio y dolores que el que camina. Además, las situaciones que se dan en el camino se parecen tanto a la vida, que es una parábola viviente de lo que acontece en el alma del joven. Para ello nos tenemos que preparar, no estoy hablando de dar consejos espirituales o de dirigir. Hay un arte para el cual tenemos que formarnos.

- Contacto con la historia del camino, con los pueblos, la naturaleza y la Iglesia. Poner en contacto al peregrino joven, que por definición viene casi sin historia, con la historia del camino que pisa, es vital. No es una excursión, por aquí han pasado millones de peregrinos cargados de dilemas existenciales, de problemas, de culpas, de esperanzas. ¿Y tú estás a la altura? Poner en contacto con el paisaje, con las gentes. Y sobre todo, encontrarse con la Iglesia en el camino. Monasterios que ofrecen acogida, parroquias, comunidades parroquiales, albergueros creyentes El arte, los cruceros, las iglesias, el sentido de la misma peregrinación,

hay que saber introducirlos en ese ambiente y explicarles el sentido de todo eso.

- La Palabra de Dios en el momento oportuno es la clave de todo el proceso. Es imprevisible. No se sabe qué es lo que puede llegar a hacer en manos de un peregrino. No la subestimemos. Seamos especialistas en conectar la Palabra con la experiencia sedienta del joven.

- A veces falta una adecuada referencia eclesial: a veces no se encuentra la iglesia abierta, o las celebraciones de la eucaristía de los sitios son bastante alejadas de los jóvenes. Creo que no hay una gran tensión pastoral en el camino salvo honrosas excepciones.

### *Propuestas para una acogida evangelizadora*

- Propongo poner a las diócesis del Camino en estado de misión. Que cada comunidad parroquial, o comunidad religiosa, asociación, movimiento, párrocos, delegaciones diocesanas, se pongan en estado de acción evangelizadora. Los que pasan por su territorio son también parte de su responsabilidad. Que cada uno piense qué puede ofrecer como Iglesia. Son bastantes los religiosos extranjeros de mi congregación que han hecho el camino y todos coinciden en que hay poca oferta pastoral para el peregrino

- Abrir las iglesias, dinamizar las eucaristías, que tengan protagonismo los peregrinos, que puedan ofrecer su testimonio, que haya algo diferente que conecte con su experiencia. Cuidar la liturgia, no solo las rúbricas, sino la implicación afectiva a través de los gestos y los símbolos. El peregrino hace el camino, pero se apodera interiormente de él en la celebración, en la oración, en el silencio compartido.

- Debería ser una pastoral guerrillera. ¿A qué me refiero? Centrada en lo fundamental: el encuentro con Jesucristo que da sentido a la vida del hombre de hoy. Centrada en escuchar las demandas del hombre de hoy y no tanto de nuestras propuestas. Una pastoral que tiene que soportar el «aquí te pillo aquí te mato», una pastoral de mochila que habla poco pero a tiempo y con tino.

- Olvidar el camino como una pastoral puntual y concebirlo como una pastoral conjunta que atañe a todos y que pide un plan de toda la Iglesia española.

- Jalonar el camino con experiencias de acogida y de encuentro con el Resucitado, al estilo de lo que hacemos en Puente la Reina y de lo que hacen otras instituciones. Organizarlas estratégicamente con un hilo conductor, cada una con su estilo y su espiritualidad pero que el peregrini-

no pueda encontrar momentos de crecimiento espiritual. Elaborar una guía, on line, con estas experiencias. Es más, editarla y ofrecerla gratuitamente a todos los peregrinos para que sepan dónde acudir. Hacer con estas experiencias un itinerario espiritual de encuentro con Jesucristo, e incluso poner su matiz vocacional.

### *Propuestas aventuradas...*

Propongo algunas ideas que pueden resultar un poco chocantes o aventuradas, pero que ayudarían a crear una red pastoral en torno al camino.

- Pastoral multicanal. Se debe procurar que la comunicación al peregrino le venga por distintos canales: celebración, acompañamiento, arte, medios audiovisuales, carteles, flayer, redes sociales, internet, guías y publicaciones, predicación, actividades lúdicas y convivenciales

- Crear una página web dedicada a la pastoral del camino, con la intención de poner en contacto a los albergues e instituciones que ofrecen una propuesta pastoral. A la vez, se puede crear una guía traducida a varios idiomas para que el peregrino que lo desee pueda planificar su itinerario participando en estas experiencias.

- Crear aplicaciones pastorales para bajárselas al móvil con oraciones, meditaciones para distintas situaciones en el camino, así como información útil para el peregrino.

- Conectar a los peregrinos que van viviendo estas experiencias a lo largo del camino a través de las redes sociales. Crear una cuenta en Facebook, en Twitter, etc., donde se puedan publicar noticias, avisos, ofertas pastorales, y donde los peregrinos puedan dejar sus mensajes y contactar con otros peregrinos.

- Crear un banco de testimonios, de experiencias grabadas en vídeo al llegar a Santiago.

- Preparar guías que hagan visitas catequéticas a través de la Catedral de Santiago o las distintas iglesias y monumentos que hay en el camino. Hacer exposiciones a través de fotografías, murales, etc.

- Preparación de acompañantes y sacerdotes para el camino. ¿Por qué no organizar un grupo de sacerdotes, religiosos o laicos iniciados en el acompañamiento, para que hagan el camino con la intención de que haya una presencia peregrina en cada momento? Se podría organizar como una hermandad, o un campo de trabajo, con sede fija en algún punto del camino donde se pueden ir encontrando los «acompañantes peregrinos». Puede ser simplemente una oficina que se pone en



contacto con todos los sacerdotes que, en cada momento, están haciendo el camino y se les encomienda la misión del acompañamiento.

- Experiencias específicas: caminos de Santiago vocacionales, ejercicios en el camino, camino solidario. Jóvenes que hacen de hospitaleros de otros jóvenes.

- Preparación de hospitaleros con capacidad para acompañar y provocar experiencias. Encuentros de hospitaleros al estilo como hace la Asociación de Amigos del Camino de Santiago.

- Fomentar otras zonas de Camino del Santiago menos frecuentadas, es importantísimo, pues el camino francés cada vez pierde más su tono de peregrinación.

- Cuidar las celebraciones en Santiago, conectar más con el momento vital que trae el peregrino, contar con los sacerdotes y animadores que vienen peregrinando, suscitar testimonios, fomentar la participación del peregrino. «Es una liturgia excesivamente limpia, manchar la celebración con alguna bota llena de polvo».

- Fomentar una espiritualidad de la misión típica del camino. Una espiritualidad absolutamente generosa y desinteresada. Lo que se hace con el peregrino no verás el fruto nunca. Y aún así puede ser un testimonio de eclesialidad si otros son capaces de continuar lo que tú sembraste.

Termino citando al evangelio: Jesús, fatigado del camino se sentó junto al pozo. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, Jesús le dice: “Dame de beber”. Y así empieza todo: con una sedienta y un caminante que sabe hacerse el encontradizo.

## **La renovación pastoral del Camino de Santiago**

Refrescar eclesialmente la memoria histórica del Camino de Santiago, evocar de nuevo la rica espiritualidad cristiana que ha inspirado —y continúa inspirando— la peregrinación a la tumba del Apóstol, constituyen elementos doctrinales básicos para su renovación pastoral. El análisis ulterior de la actual realidad socio-religiosa de la peregrinación —de los peregrinos de nuestros días— y la propuesta de los grandes valores que encierra la peregrinación jacobea, rectamente entendida, para la vida cristiana de nuestro tiempo, forman los elementos pedagógicos imprescindibles para la formulación práctica de cualquier programa de renovación pastoral del Camino de Santiago.

## 1. El peregrino de hoy

Entre la multitud creciente de peregrinos del Camino de Santiago y de visitantes de la catedral del Apóstol, destaca cada vez más el que recorre el Camino a pie, en bicicleta, a caballo, etc., sometiéndose a un duro proceso de renunciaciones físicas, de ascesis personal y de penitencia y conversión religiosa. La actitud de oración de petición, de acción de gracias y alabanza, el propósito de expiación de los pecados propios y ajenos, determinan, cada vez con mayor frecuencia, la decisión, modo y estilo del peregrinar a Santiago en personas de toda edad, sexo, condición familiar, nivel cultural, profesión y nacionalidad. La imagen del peregrino jacobeo con concha y bordón, vuelve a perfilarse con fuerza en el histórico paisaje del Camino a Compostela. Se trata de una peregrinación de calidad, de calidad humana y religiosa, en la que encuentran eco, a través de la experiencia personal y comunitaria del peregrino, los problemas y angustias de la sociedad europea contemporánea: problemas de familias rotas, de pérdida de salud física, psíquica y espiritual causada por la drogadicción, los problemas del paro y de la profesión, etc.; crisis de identidad religiosa, crisis de fe...

Entre los nuevos peregrinos jacobeos sobresalen los jóvenes. Son los que, con más brío y gallardía, han emprendido a pie el Camino de Santiago. En el trasfondo de su ilusión juvenil de peregrinos parece alentar el Possumus de los hijos del Zebedeo, de Santiago y Juan, cuando son examinados por el Maestro sobre su disposición para preferir el cáliz de la pasión de Cristo a la distinción humana de los primeros puestos (cf. Mt 20, 20). ¡A quién se le ocultan las energías apostólicas que pueden esconderse, como un rescoldo sobrenatural, en el corazón de los jóvenes peregrinos de Santiago del último tramo del siglo XX!

¡Los jóvenes habrán de ser los apóstoles de los mismos jóvenes, los testigos del Evangelio en la Europa del año 2000!

Tampoco es hoy infrecuente el peregrino que emprende la ruta jacobea a Compostela con actitudes religiosas y humanas vacilantes e imprecisas. Sumidos, a veces, en profundas crisis de fe, pero abiertos interiormente, buscan en el Camino de Santiago tiempo y espacio para la reflexión y el silencio interior, ansiosos de encontrar de nuevo sentido para sus vidas.

Muchas veces se convierte el Camino geográfico y cultural en senda interior, que recorre el alma al encuentro con el Dios que la llama en lo profundo de la conciencia. Se inició el itinerario exterior sin motivaciones explícitas de carácter religioso; el transcurso del caminar peregrinante fue purificando las intenciones, hasta concluir ante la tumba

del Apóstol en conversión abierta a Dios y a Jesucristo, en recuperación de la fe perdida u olvidada en la adolescencia, o en el encuentro con la universidad y el mundo del trabajo.

Otras veces, el Camino de Santiago servirá al peregrino para superar una vida cristiana rutinaria, o el estado tan frecuente y paradójico del cristiano que se autodefine como no practicante. Sucede como en el camino de Emaús. El desconocido acompañante hace revivir en el interior del que peregrina la gracia del Bautismo, el don de la primera fe, el primer encuentro con Jesucristo. Su voz se oye cada vez con mayor nitidez cuando el caminante deja que el silencio exterior se convierta en silencio de sí mismo, en silencio interior.

Entre los que recorren hoy el Camino de Santiago se cuenta también el turista; de los visitantes de la ciudad de Santiago de Compostela es probablemente el tipo más corriente y cuantitativamente predominante. No podía ser menos en una época en la que la vacación, el tiempo libre y el recurso al viaje curioso, de descanso y de placer, se han convertido en componentes esenciales y normales de la vida social.

Individualmente, en familia o en grupos organizados, llegan los turistas a Compostela después de seguir diversos tramos del Camino de Santiago, muchas veces con un programa explícito de actos religiosos y, casi siempre, con el espíritu abierto al mensaje de la fe cristiana y católica que les ha trasmitido la contemplación de la naturaleza y, sobre todo, de los monumentos artísticos que orlan el Camino.

La experiencia turística deviene insensiblemente una experiencia de peregrinación, de camino religioso, que concluye no rara vez en la conversión y en la confesión sacramental de los pecados en el santuario del Apóstol.

En la peregrinación actual a Compostela no falta tampoco la dimensión que podría calificarse como la específicamente eclesial. Se peregrina en nombre de otros, enviado por la familia, la comunidad parroquial, el grupo apostólico, por los amigos devotos de Santiago, con encomiendas y encargos, que han de presentarse ante la tumba apostólica. Es lo que se conoce, desde los primeros siglos de la peregrinación jacobea, como peregrinación vicaria. De nuevo resuena en nuestros días el eco de aquel ruego tan familiar a los peregrinos franceses del Camino medieval de Santiago: «Rogad por mí a Santiago».

Se peregrina hoy, también, después de haber sido despedidos por la comunidad eclesial de origen, tras haber solicitado y recibido la bendición del sacerdote —del párroco, del superior religioso, del obispo—. Con el peregrino va el saludo fraternal y el común testimonio de la pro-

fesión de fe católica y apostólica, que une en la comunión universal de la Iglesia católica, presidida por el Sucesor de Pedro, a todas las Iglesias del Camino y a la que guarda el Sepulcro, la Iglesia particular de Santiago de Compostela.

Despuntan esperanzadoramente formas de peregrinación jacobea al servicio de la intercomunicación y de la comunión eclesial y, consiguientemente, de la unidad espiritual de Europa.

## 2. Luces y sombras de la peregrinación a Santiago

No se detectan ciertamente en la versión hodierna de la peregrinación a Santiago aquellas lacras que denunciaba el Codex Calixtinus, incluso en los siglos más gloriosos del Camino medieval a Santiago, explicables por la estructura socio-política y jurídica de su tiempo: maltrato de los peregrinos, con imposiciones gravosas, precios abusivos de los posaderos, inseguridad, etc.

Los problemas que se vislumbran en el panorama de la nueva peregrinación por el Camino de Santiago son de naturaleza cualitativamente diversa, en consonancia con las características más típicas de la sociedad actual, organizada en sus servicios sociales de forma más eficaz, desde el punto de vista técnico y económico, pero profundamente deshumanizada, muy preocupada por la elevación cultural de su entorno, pero desde una perspectiva sólo inmanentista y secularizada.

No puede extrañar, pues, que la tentación de aprovechar el auge del Camino de Santiago para fines exclusivamente económicos y lucrativos sea cada vez más poderosa y atrayente. De igual modo, los intentos de formular programas administrativos y políticos para su recuperación y revitalización corren cada vez más el peligro de limitarse a lo puramente cultural, recreativo y turístico, con olvido del origen y de la esencia religiosa del Camino, de la peregrinación y de la ciudad de Santiago.

Nadie ignora el valor antropológico, cultural e histórico que supone la existencia misma del Camino de Santiago y, mucho menos, el inmenso valor artístico de su patrimonio monumental. Es más, todas las instancias sociales y políticas responsables reconocen que su estado actual de conservación es sumamente delicado y reclama un esfuerzo extraordinario mancomunado de las Administraciones públicas: central, autonómica, provincial y local, para evitar un deterioro que amenaza ser irreversible. Los acuerdos y resoluciones internacionales, adoptados dentro del marco de las instituciones europeas, y los acuerdos firmados en España por la Administración central y las Comunidades Autóno-

mas por donde discurre el Camino representan un buen punto de partida y una razón para la esperanza.

Estimamos, con todo, que estas iniciativas políticas y culturales precisan ser complementadas con la perspectiva religiosa, más concretamente con la que suministra la historia de la Iglesia y con la acción de sus comunidades, asociaciones e instituciones.

Solamente en un supuesto de colaboración leal entre las fuerzas y grupos sociales y, especialmente, entre la Administración pública y las diócesis por las que atraviesa el Camino de Santiago, se obtendrán los resultados deseados de una auténtica y plena recuperación del mismo.

Pretender restaurar un Camino donde no sea fácil vivir el espíritu cristiano de la peregrinación, acoger con ese mismo espíritu al peregrino, ofrecerle y encontrar las condiciones materiales y espirituales aptas para la vivencia religiosa —la escuela de la Palabra de Dios, las celebraciones sacramentales, la experiencia de la Iglesia, comunidad fraternal, casa y hogar de hermanos— es empeño condenado de antemano al fracaso, incluso en los aspectos monumentales y ambientales. Un Camino de Santiago sin peregrinos jacobeos, donde o no sea posible o sea simplemente difícil vivir la aventura cristiana de la peregrinación a la tumba del Apóstol Santiago, es un Camino muerto.

Por ello, los obispos de las diócesis del Camino nos ofrecemos gustosos para dialogar con los organismos competentes de la Administración del Estado, en todos sus niveles, sobre las formas y cauces de la mutua cooperación y su debida instrumentación jurídica en favor del Camino de Santiago. Lo que importa es que pueda continuar cumpliendo hoy su función histórica de vía española y europea de comunicación viva de una fe común, de unos valores humanos y espirituales básicos, de un enriquecimiento cultural y social mutuo, de fraternidad y de paz.

### 3. Algunos valores cristianos de la peregrinación

Como pastores de la Iglesia queremos poner de relieve algunos valores que la peregrinación a Santiago contiene en sí misma.

Peregrinar a la tumba de El Apóstol es un encuentro con la fe de los Apóstoles. En efecto, la fe es al mismo tiempo personal y eclesial; para ser auténtica la fe de cada uno ha de adecuarse a la fe de la Iglesia en su objetividad. Y la fe que la Iglesia ha recibido, ha conservado y transmite con la fuerza del Espíritu Santo, es la misma fe de los Apóstoles.

Esta dimensión preferente de la peregrinación jacobea nos recuerda que la fe, recibida en el sacramento del Bautismo, ha de ser alimentada

progresivamente. El cultivo de la fe no puede reducirse a los primeros años de la vida. Para poder hacer una síntesis cristiana ante los acontecimientos y los criterios de la sociedad, para «dar razón de nuestra esperanza» (1 Pe 3, 15), debe crecer la fe a medida que crece el hombre.

La experiencia nos dice que la peregrinación es uno de los momentos privilegiados en que la fe sale del letargo, sacude el lastre y se hace de nuevo activa y despierta. La fe lleva en sí misma el estímulo para una búsqueda incesante y sincera; caminar a Santiago es responder al don de Dios que, a través de la fe, nos encamina hacia Él.

La fe en nuestro tiempo necesita hacerse más testimonial. La peregrinación a Santiago, desde el punto de partida, en su ruta y en su retorno, puede y debe fomentar esta dimensión. Revitalizar la familia en la fe católica y hacer de la familia el marco primero de su transmisión nos parece, en la actualidad, una necesidad apremiante.

La hospitalidad se ejerce de modo singular en la peregrinación. El peregrino es muy sensible a los gestos de acogida y hospitalidad. Cuando el caminante se siente desprotegido, en soledad y desasido de las seguridades que le ofrece el propio hábitat, le reconforta la hospitalidad. Muchos dicen que lo mejor del Camino es la acogida maravillosa que se les dispensa.

Como obispos de las Iglesias que atraviesan los peregrinos, damos gracias a Dios por este rescoldo humano y cristiano que alienta en el alma de los que viven a la orilla del Camino de Santiago. Al mismo tiempo, invitamos a todos a incrementar el sentido de la hospitalidad, especialmente a las parroquias, monasterios, casas religiosas, asociaciones y hogares cristianos. Recordamos las palabras del Evangelio: «Todo aquel que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, por ser discípulo, os aseguro que no perderá su recompensa» (Mt 10,42). «Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis» (Mt 25,35). En los peregrinos acogemos al mismo Jesucristo.

La catolicidad de la Iglesia aparece con claridad en la peregrinación a Santiago. Hombres y mujeres de cerca y de lejos, de los diversos pueblos de España y de países diferentes de Europa recorren el mismo Camino atraídos por la misma meta. El peregrino rompe barreras y establece comunicación. La peregrinación a Santiago, desde los países nórdicos, desde el este y el centro de Europa, ha sido un fermento de comunicación humana y cristiana y de creación de Europa como unidad. Cuando Juan Pablo II invita a Europa a que vuelva a sus raíces, le recuerda la fuerza integradora de la fe cristiana. «Europa, que fue iluminada con

la luz evangélica desde los orígenes de la predicación apostólica, se encuentra en estado de crisis al asomarse al tercer milenio de la era cristiana». «La peregrinación a Santiago fue uno de los fuertes elementos que favorecieron la comprensión mutua de los pueblos europeos, tan diferentes, como los latinos, los germanos, celtas, anglosajones y eslavos. La peregrinación acercaba, relacionaba y unía entre sí a aquellas gentes que, siglo tras siglo, convencidos por la predicación de los testigos de Cristo, abrazaban el Evangelio y, contemporáneamente —se puede afirmar—, surgían como pueblos y naciones». El mismo Goethe insinuó que la conciencia de Europa ha nacido peregrinando. Fomentar la peregrinación a Santiago equivale, por tanto, a promover la catolicidad de la Iglesia y a servir a la concordia de los hombres y de los pueblos.

El Camino entra en el interior del peregrino a medida que avanza. Poco a poco, el cansancio, el riesgo y las necesidades le afianzan el sentido de dependencia y le corroboran la fe en la Providencia divina. Igualmente la contemplación de la naturaleza, en su belleza e inmensidad, le trae un eco de la grandeza y sabiduría de Dios. Todo se concentra vivamente en el espíritu cuando, desde el Monte del Gozo, divisa la catedral de Santiago, que guarda la tumba del Apóstol, meta de su peregrinación. Todos los esfuerzos se ven felizmente coronados. Recorrer el Camino de Santiago representa una oportunidad preciosa para acentuar algunas actitudes hondamente cristianas.

#### 4. Elementos para un programa de actuación pastoral

El despertar creciente de la peregrinación, con sus valores cristianos inherentes, es un signo de nuestro tiempo que deseamos atender y alentar. A continuación sugerimos algunas acciones, que pueden potenciar la dimensión cristiana de la peregrinación.

Antes de emprender el camino es oportuno que los peregrinos, bien individualmente, bien en familia, bien en grupo, se preparen espiritualmente. Los peregrinos a Santiago de Compostela, desde antiguo, llevan una carta de recomendación de alguna institución eclesiástica que presentan durante el viaje como acreditación de peregrinos y como solicitud de hospitalidad. En los primeros siglos de la Iglesia, este tipo de cartas constituían ya un medio importante de comunión.

Como expresión de que la Iglesia acompaña a sus hijos itinerantes, solían recibir la bendición. La Iglesia ruega por ellos, los envía y, a través de ellos, se fomenta la comunicación con otras Iglesias.

A lo largo del Camino, la lectura de la Palabra de Dios ayuda poderosamente a descubrir a Jesucristo como Camino, a Dios Padre como meta y la vida cristiana como peregrinación, según indicamos arriba. Como la Sagrada Escritura contiene ricas experiencias de peregrinación —pensemos en los llamados salmos de Subidas a Jerusalén (Sal 120-134)—, el peregrino, meditándola, recibe luz, sentido y fuerza.

Queremos destacar la importancia de hacer culminar nuestra peregrinación en el encuentro con el Señor a través de los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía. La purificación del corazón y la conversión al Padre del cielo son inspiración y motivo fundamentales del Camino de Santiago; estos rasgos aparecen también en las indulgencias concedidas por la Iglesia. La participación en la Eucaristía viene a ser como la pascua del peregrino, ya que en ella la muerte de Jesucristo se hace fuente de gracia y su resurrección fuente de vida nueva.

El Año Santo constituye una oportunidad singular. Su tradición de siglos es una llamada para que muchos se pongan en camino y reciban el Jubileo o Gran Perdonanza. Nuestro corazón mira ya a los años 1993 y 1999 como excepcional preparación para atravesar el umbral del tercer milenio de nuestra era. Pedimos al Apóstol que la celebración de estas efemérides tengan una repercusión similar a la que proporcionó la peregrinación a Santiago al cumplirse el primer milenio.

El peregrino, al retornar a su vida diaria, está llamado a comunicar su experiencia del Camino y de la meta. El peregrino como verdadero testigo debe transmitir en la familia, en la comunidad cristiana y en la sociedad lo que ha visto y oído. Como signo acreditador de la peregrinación, el Cabildo de la catedral de Santiago concede, con determinadas condiciones, una certificación llamada Compostela, que tiene una tradición secular y que recuerda a los peregrinos un acontecimiento memorable de su vida.

Invitamos a los peregrinos a que constituyan asociaciones, o a que se incorporen a las ya constituidas. Estimamos y alabamos las que funcionan con este espíritu; en España suelen tomar el nombre de Amigos del Camino de Santiago, siguiendo a la de Estella, la más veterana de España. Nuestra estima se dirige igualmente a otras existentes desde hace tiempo en Europa, o constituidas en los últimos años.

Mención especial merece la Archicofradía del Apóstol Santiago, por lo que ha significado, y debe continuar significando, en la promoción de la piedad y el culto jacobeo del pueblo cristiano.





# Hogar de espiritualidad San Francisco de Asís

FRAY FRANCISCO CASTRO MIRAMONTES  
Responsable del Hogar de espiritualidad San Francisco de Asís  
Santiago de Compostela

La presencia de la familia franciscana en los diversos caminos a Santiago hunde sus raíces en la historia, desde que el propio Francisco de Asís y sus compañeros (el libro *Dei Fioretti*, capítulo IV, y diversas tradiciones orales así lo atestiguan), salieron a los caminos al encuentro de sus hermanos los seres humanos, en el siglo XIII, para proclamar la Buena Noticia de salvación, personificada en Jesús de Nazaret, muerto y resucitado en lo que hoy damos en llamar «Tierra Santa».

En aquel entonces, la peregrinación jacobea estaba en pleno auge, y aquella Orden mendicante tenía como claustro de oración-contemplación el mundo mismo, siendo los caminos los espacios naturales propicios para el encuentro con las personas.

Retomando esta tradición histórica de presencia franciscana en los Caminos, y con el ánimo de seguir siendo humildes instrumentos de Dios al servicio del amor al prójimo, nació el Hogar de espiritualidad San Francisco de Asís, sito en el histórico convento de San Francisco de la ciudad de Santiago de Compostela, como propuesta de apertura de puertas del vetusto convento para la acogida de los caminantes jacobeos.

Este proyecto se puso en marcha en julio del año 2005 como un espacio fraterno de acogida de peregrinos/as que al final de su camino, ya en la ciudad del apóstol, durante los meses de julio y agosto, desean realizar una experiencia de recogimiento y espiritualidad. Hasta el presente han participado en esta acogida más de diez mil peregrinos/as de los más recónditos lugares, de todos los continentes, de diversas nacionalidades, culturas, lenguas, religiones (con preeminencia de católicos).

La labor se hace posible gracias a la colaboración de un grupo de voluntariosos, hospitaleros y hospitaleras (entre ellos frailes y algunas religiosas), siendo sin embargo la mayor parte de este voluntariado seglares, mujeres y hombres, conocedores de la experiencia del Camino

por haberlo realizado antes, o gente que comparte nuestro ideal de vida y espiritualidad Franciscana. De esta manera participamos juntos de la co-responsabilidad en una forma de evangelización consistente en el «a mí me lo hicisteis», acogiendo al peregrino en nuestra casa para practicar con cada uno de ellos la misericordia y un sentido fraterno de la vida.

Al peregrino que llega se le acoge gratuitamente en el convento (en el salón multiusos del Centro Social Cultural Juan XXIII), y se le ofrece un espacio austero y sereno para su descanso y aseo, tratando de privilegiar el encuentro personal con cada peregrino, si así lo desea. Se le hace saber que no somos un albergue sino un convento franciscano, la casa de San Francisco, también él peregrino, y respetamos sus convicciones religiosas o cualquier otra cuestión atinente a la identidad personal, poniendo en práctica el consejo de Francisco: «acoged a todos lo que a vosotros vengan».

Si los usuarios de las instalaciones pueden y quieren, colaboran con sus donativos a la obra social de atención a las personas más necesitadas, ya que todo lo recaudado por esta vía se entrega en el Albergue para la atención de personas necesitadas, sito también en el convento franciscano de Compostela.

El Hogar supone un encuentro concreto con la Humanidad, con gentes provenientes de diversos lugares y culturas, e incluso es un espacio de convivencia ecuménica (cristianos de otras confesiones) e incluso interreligiosa (musulmanes, judíos, budistas...).

El momento central de la jornada es la oración por la paz que compartimos con los peregrinos todas las noches del verano (julio y agosto), momento intenso de espiritualidad en el que les proponemos la paz como una meta y una actitud ante la vida, y el amor como camino para la felicidad, tal y como lo intuyó y mostró Jesús de Nazaret.

Después de ocho años de experiencia de acogida de peregrinos constatamos que Dios sigue «haciendo Camino», que son muchas las personas que a través de la peregrinación hacia la «casa del señor Santiago» recuperan el sentido de la vida reposando la mirada y el corazón en los valores humanos más profundamente espirituales: el amor, la solidaridad, la esperanza, la paz, la fraternidad universal, el sentido de comunión con la creación, la amistad... y recuperando también el rastro de Dios en la propia vida.

# La acogida de la Iglesia alemana

WOLFGANG Y ANGELA SCHNELLER  
Fundadores del Proyecto Pastoral: «Peregrinos de Santiago»,  
de la Conferencia Episcopal Alemana

## 1

¡Querido Señor Arzobispo, querido Señor Deán, queridos Amigos del Camino de Santiago!

Somos Wolfgang y Ángela Schneller de Alemania. Quisiéramos informar sobre nuestro **Proyecto Pastoral** que ha tenido lugar primera vez aquí, en Santiago, desde el 17 de mayo hasta el 30 de julio 2009. Aquí los antecedentes, la historia del proyecto:

Desde hace más de 35 años estamos peregrinando a Santiago, no a pie pero siempre de corazón. En nuestro pueblo hemos fundado la Cofradía «Schwäbische Jakobusgesellschaft» y una fundación para fomentar un refugio para peregrinos en una Casa de Ejercicios Espirituales y Cursillos de Cristiandad y así tenemos muchos contactos con peregrinos germanos. Siempre hemos oído que ellos no entienden casi nada cuando llegan a Santiago —a la gran meta de su peregrinación— y falta allí un sitio para hablar sobre sus experiencias, sus problemas, alegrías y dolores. Tampoco en la Misa del Peregrino entienden nada porque casi toda la celebración es en español. Además falta la ocasión de confesarse en su propio idioma. Lamentan que no encuentran un acompañamiento espiritual en su lengua. Estuvimos inquietos por estos problemas, pero, ¿cómo podríamos ayudar? Se puede decir: «Aquí estamos en España» pero eso no da ayuda.

Desde hace 14 años somos miembros de la Archicofradía. En los Estatutos, Capítulo II, «Fines de la Archicofradía», se dice entre otras cosas:

- *Buscar, por todos los medios, que el peregrino sea bien acogido y esté bien atendido en su peregrinación en todos los caminos que conducen a Santiago, como una exigencia de la caridad cristiana. (Cap. II, Art. 7, 3º)*
- *Ofrecer elementos de ayuda para que la peregrinación sea una ocasión de evangelización para los peregrinos y para sus propios ambientes. (Cap. II, Art. 7, 3º)*

Nuestro gran deseo era: ¿Cómo podríamos hacer vida estas palabras?

Hablamos con D. Rudolf Hagmann, canónigo y responsable para la peregrinación en nuestra diócesis de Rottenburg-Stuttgart, desde hace años peregrino a pie y también miembro de la Archicofradía. En unión con él la idea fue tomando cuerpo. Hemos comunicado la petición al Sr. Arzobispo D. Julián y nos decía que sería un servicio muy importante. También Don Jenaro nos alentaba.

Por suerte ya en el año 2010 la Conferencia Episcopal Alemana reconoce la necesidad de este proyecto y asuma la responsabilidad y el financiamiento.

En Alemania encontramos mecenas para pagar los gastos, y lo más importante: 30 voluntarios para el servicio a los peregrinos, entre ellos 10 sacerdotes. Estos asistentes serían suficientes para el Proyecto, intercambiándose dos o tres personas cada dos o tres semanas.

Lo único que nos faltaba era un lugar para los encuentros con los peregrinos, lo más cerca posible de la Catedral. Gracias al apoyo de la Oficina del peregrino, especialmente Don Jenaro y sus asistentes, podemos usar en los años 2009 y 2010 la Casa Sacerdotal anterior en la rúa Preguntoiro, 10 minutos más arriba de la Catedral. Desde hace 2011 tenemos la suerte de que podemos encontrar con los peregrinos en el «salón *ultreia*» aquí en el Seminario Mayor (Hostelería San Martín Pinario). Aquí estamos muy felices y contentos.

## 2

Aquí —en la misma casa— viven nuestros asistentes a través de su servicio en el proyecto pastoral.

Todos los asistentes participaron a un cursillo de iniciación (dos días). Mediámos a ellos temas importantes por ejemplo: «como acompañar una mesa redonda hablando espiritual», «La visita espiritual alrededor de la Catedral, que distingüe a una explicación turística?» y otros temas. Contamos de los asistentes experiencias propias de la peregrinación en el Camino de Santiago, competencia pastoral y si posible un buen conocimiento del Español.

Para informar a todas las Cofradías jacobeanas en Alemania, Austria y Suiza enviamos cada año este cartel y con la misma imagen octavillas para añadir las a los credenciales que reciben en las mismas Cofradías. Del mismo modo enviamos los carteles a los albergues y refugios a través de los Caminos en España, especialmente en el tramo de los últimos 100 kilómetros antes de la meta en Santiago.

Recibimos el permiso del Sr. Deán anterior, Don José María, para invitar a los peregrinos de lengua alemana, antes de la Misa de 12, desde el micrófono, en la Catedral. Gran apoyo hemos recibido siempre de parte de las Hermanas en la Sacristía y de los otros Sacristanes.

Esta invitación antes de la misa de doce es muy importante, porque cada día llegan nuevos peregrinos.



Ahora, después de la misa de doce: **El primer punto esencial del proyecto:** El encuentro con los peregrinos de lengua alemana:

Después de la Misa hemos señalado la dirección del encuentro con carteles grandes, en la Puerta de la Azabachería (fachada del Norte), donde esperamos a los peregrinos para ir juntos al encuentro en el «Salón Ulteira» en el Seminario Mayor (San Martín Pinario).

Además de los peregrinos de Alemania, Austria y Suiza siempre vinieron también peregrinos de otros países como Chequia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia, Polonia, Reino Unido, todos que entendían o hablaban alemán. Cada día vinieron entre doce y cincuenta peregrinos, también de otras confesiones religiosas.

Inauguramos nuestros encuentros con una canción al Apóstol Santiago e invitamos a los peregrinos a contar sus experiencias del Camino: sus problemas, dolores y alegrías. Siempre hemos vivido una hora emocionante. Muchos peregrinos han hablado con lágrimas. Nosotros, asistentes, hemos podido ayudar a veces dialogando con ellos pero también escuchándoles solamente. Podíamos transmitir los contenidos de la predicación de los sacerdotes en la Misa del Peregrino y ayudar a los peregrinos para mejor comprensión, cuando se han quejado de deficiencias del Camino, como por ejemplo: las iglesias cerradas.

Nos han dicho que han encontrado en pocos albergues y parroquias ofrecimientos espirituales, pero siempre han encontrado personas muy amables y han recibido todo lo necesario. Acabamos el encuentro con una oración y con la bendición para el regreso a casa.

Porque el encuentro con los peregrinos tiene lugar en San Martín Pinarío, después del encuentro podemos tomar la comida en el comedor del mismo Hotel, a veces juntos con unos de los peregrinos que también quieren participar. En esta ocasión resultan otras posibilidades para hablar con los peregrinos sobre diferentes cosas que les preocupan.

**Un segundo punto esencial** muy importante es la oferta de la confesión en lengua alemana. Nuestros sacerdotes están en el confesionario (No 7) casi cada día 4 - 5 horas, a veces más, y unas conversaciones con peregrinos se ejecutan caminando en el claustro o en una cerca plaza, y alguna vez al fin del paseo estaba la confesión.

### 3

Nuestros sacerdotes están muy impresionados de muchas confesiones, también de personas buscando la fe o personas muy extrañas de la fe o de la Iglesia. La oferta de la confesión es de una importancia especial.

A las siete ofrecíamos una visita «espiritual» a la Catedral y alrededor de las cuatro plazas y puertas. Estas explicaciones las hemos puesto bajo el lema: «*El mensaje del Evangelio en la lengua de la Catedral*», en forma de catequesis. Para muchos peregrinos era una manifestación de la fe inolvidable. Unos nos dicen: *esta visita espiritual alrededor de la Catedral para mí es el punto culminante de mi peregrinación.*

**La visita espiritual alrededor de la Catedral** es el 3° punto esencial del proyecto pastoral.

Empezamos otra vez frente de la puerta Azabachería.

La figura central encima de la puerta —alegoría de la fe— nos sirve como un compás para entender este templo de Dios: más que entender todas las cosas intelectualmente importa que nuestros oyentes consientan en abrir todos sus sentidos.

Nuestra visita no es una explicación turística —cuenta de nombres históricos ni de los estilos, ni de las fases diferentes de la construcción de la Catedral— para nosotros únicamente esta visita es una hora para dar razón de la propia fe, oyendo la voz de la Catedral. De esta manera nuestra visita de ningún modo es una competencia con los guías de turismo. Esta diferenciación para nosotros es muy importante.



Seminario Mayor



La cruz dos farrapos

La puerta santa / Plaza Quintana: Contamos aquí no solo de la gran indulgencia, sino de la petición del Padrenuestro: *«...Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden...»*, perdonar es nuestro deber cristiano...

(Puntos siguientes...) El pórtico de la platerías – portada llena de simbolismo...

...Una portada apostólica – portada de vocación



- La creación del Adán y la de Eva – para nosotros y para nuestros peregrinos una de más impresionables imágenes de esta fachada – desde aquí se desarrollan conversaciones y preguntas muy profundas...
- Al fin de la visita: el Obradoiro – en el sol de la tarde siempre es un espectáculo grande...
- (explicación de unas escenas en el obradoiro): La familia de los peregrinos aquí se encuentra con la familia del Santo Apóstol Santiago:
  - ...con su madre María Salomé....
  - ...con su padre Zebedeo..
  - ...con su hermano Juan...
  - ...con la familia del pueblo de Dios caminando...



Al fin de la visita (cuando no tenemos más tiempo para visitar la Catedral): Portada del Colegio San Jerónimo.



El niño Jesús sin cara, una meditación muy pensativa: *«Jesús no tiene cara – sólo tiene la tuya para encontrarse con los hermanos que te rodean. Jesús no tiene ojos, sólo tiene los tuyos para mirar con mucho amor. Jesús no tiene sonrisa, solo tiene la tuya para decirles a todos: ¡yo me hice hombre por tí! Para tu alegría y tu salvación! Sé la cara de Jesús ¡hoy para tus hermanos!*

Portico de la Gloria: En este tiempo de la restauración del Portico de la gloria no es posible meditar sobre él, pero esperamos con gran impaciencia a su reapertura.

Importante para los peregrinos: Un impulso para entrar en el templo, aceptar el lugar del culto, de la adoración, del oración, del silencio...

Para muchos peregrinos es muy importante señalar que la tumba del apóstol es la meta del Camino, ninguna otra cosa o distinto. El apóstol nos acompaña al Señor como el patrono del Camino, él quiere nada más que nuestra renovación de la fe, la conversión del corazón: Solo Dios basta.

**El 4º punto esencial** de nuestro proyecto pastoral:

La eucaristía de la mañana a las 8 horas: para muchos peregrinos es una experiencia inolvidable: la misa cerca de la tumba del apóstol —en el silencio de la mañana— en una Catedral completamente silenciosa.

El proyecto pastoral es una historia con buen éxito y lleno de gracias, de reconocimiento, de alegría.

La estadística nos dice que: en los meses de julio y agosto disminuyen los nombres de los peregrinos germanos... pero cada día buscan unos el encuentro, la conversación con los sacerdotes, la visita alrededor de la Catedral... ¡Es muy importante que nosotros estemos aquí!

Más información en la página web de la Conferencia Episcopal de Alemania: [www.pilgerseelsorge-santiago.de](http://www.pilgerseelsorge-santiago.de).

Este pequeño libro es un fruto del proyecto pastoral y buscamos traductores para el en otros idiomas, porque es una ayuda espiritual muy buena para comprender y mediar «El mensaje del evangelio en la lengua de la Catedral».

Al final del proyecto pastoral —en noviembre— cada año celebramos con todos los asistentes un encuentro en Rottenburg, la ciudad donde vive nuestro Obispo, junto con un delegado de la Conferencia Episcopal Alemana para analizar nuestras experiencias. Nosotros todos decimos a una sola voz que este Proyecto Pastoral es un gran suceso y sin duda un gran apoyo para los peregrinos y en todo caso, se tiene que continuar. Recibimos casi cada semana cartas de los peregrinos participantes agradeciéndonos y todos esperan que continuemos adelante en los próximos años. En la mayoría de las cartas se pueden leer expresiones como:

- *He encontrado el camino de la fe...*
- *Este encuentro es la corona de mi peregrinación...*
- *En la Iglesia universal me he sentido en casa...*
- *Ya estuve algunas veces en Santiago y hoy por primera vez puedo hablar y oír mi propio idioma...*
- *Por fin la Iglesia Católica Alemana aprovecha la ocasión de la pastoral a los peregrinos en su lengua...*

## 5

- *E incluso: vosotros habéis contribuido a la salvación del occidente... (dos peregrinos de Suecia)*

Todas las cartas contienen el mismo deseo: que se tiene que continuar este proyecto.

Quisiéramos constatar que nuestro servicio no se trata de un privilegio para los alemanes sino de un servicio humilde y humano en el espíritu de la evangelización y del amor al prójimo. Podría ser también una oferta para otros idiomas. Por ejemplo: un peregrino italiano nos preguntó «¿Dónde está el encuentro para los italianos?» Otra cosa in-

terezante: Estando ya en nuestra casa, un peregrino nos llamó desde Santiago preguntando: «¿Podéis ayudarme?, ¿dónde puedo confesarme?» Y hemos podido ayudarlo, porque por suerte el sacerdote alemán estaba en Santiago en esos días.

En este lugar queremos decir nuestro gran agradecimiento por la comprensión y hospitalidad de la Iglesia de Santiago de Compostela. Nuestro agradecimiento más grande para el Señor y su Apóstol Santiago y claro también para su sucesor, el Arzobispo de Santiago, Don Julián, su Cabildo y todos los que nos ayudan. En Alemania decimos gracias a la Conferencia Episcopal de Alemania, sobre todo al director del secretariado para los extranjeros, Don Peter Lang y a su asistente, Don Gregor Spiess. Desde el año 2010 la Conferencia Episcopal Alemana ha acogido el Proyecto Pastoral bajo su responsabilidad y por eso la financiación del proyecto es seguro para muchos años. Para nuestro servicio es una gran facilidad.

Estamos llenos de confianza de poder continuar nuestro Proyecto Pastoral muchos años, como también en este año 2013 desde el primer de mayo hasta el 14 de octubre. Pedimos al Señor que todo salga bien, para la mayor gloria de Dios y para la salvación de los hombres. *Porta patet – cor magis: ¡nuestra puerta está abierta, nuestros corazones también!* De todo corazón podemos decir: *Ultreia!*

# La acogida en la meta: La Archicofradía y Fundación de la Peregrinación

PROF. D. AGUSTÍN DOSIL MACEIRA  
Presidente

La Archicofradía es la respuesta histórica e institucional de la Iglesia a la acogida y atención a los peregrinos a Santiago. A lo largo de cinco siglos, fieles a este compromiso, millares de personas de forma totalmente generosa, han venido trabajando en la acogida cristiana a los peregrinos.

Como bien es sabido, la Archicofradía del Apóstol Santiago nació a finales del S. XV, por bula del Papa Alejandro VI, que permitía levantar un hospital para atender a los peregrinos (el actual hostel de los Reyes Católicos). Nacería como Cofradía y la elevaría al rango de Archicofradía a perpetuidad el Papa Pío XII, en 1942. Esta asociación, de Derecho Pontificio, formada por clérigos y laicos que a lo largo de estos cinco siglos se ha venido ocupando de la acogida y atención a los peregrinos, tiene entre sus fines (actualizados recientemente con motivo de la reforma del Código de Derecho Canónico):

- Fomentar la peregrinación al Sepulcro del Apóstol Santiago con la orientación cristiana que le es propia.
- Buscar, por todos sus medios, que el peregrino sea bien acogido y esté bien atendido en su peregrinación en todos los Caminos que conducen a Santiago, como una exigencia de la caridad cristiana.
- Ofrecer elementos de ayuda para que la peregrinación sea una ocasión de evangelización para los peregrinos y para sus propios ambientes.
- Colaborar con la Catedral de Santiago para facilitar la atención espiritual, cultural y material a los peregrinos en su llegada a la Meta. Este servicio ha de hacerse especialmente en los «Años Santos».
- La Archicofradía será sensible en prestar ayuda para conservar el patrimonio religioso-cultural, fruto de la fe y de la piedad cristianas, que es un legado de la historia de la Iglesia a través de los «caminos de Santiago».

Así pues, fomentar la peregrinación y el culto al Apóstol Santiago, acoger y atender a los peregrinos, tanto en el Camino como en la meta, colaborar con la Catedral de Santiago y ayudar a conservar el Patrimonio religioso cultural legado de la peregrinación, constituyen los fines de la Archicofradía.

Y, asimismo, en los propios Estatutos, aprobados por la Santa Sede, se dice:

Art. 3. «La Archicofradía goza por concesión apostólica de la facultad de agregar a sí, todas y cada una de las Cofradías que en cualquier parte estén o hayan de ser erigidas, con igual título y con la misma finalidad».

Y en los Artículos 35, 36 y 37 se recoge:

Art. 35. «Para que una Cofradía del Apóstol Santiago legítimamente erigida, pueda ser agregada a la Archicofradía, deberá tener, fijados en sus Estatutos, los mismos fines que la Archicofradía».

Art. 36. «Las Cofradías que reúnan las condiciones del Art. 35, en cualquier parte del mundo que sean erigidas, gozarán de las mismas gracias concedidas por la Iglesia a la Archicofradía del Apóstol Santiago».

Art. 37. «Entre las Cofradías del Apóstol Santiago y la Archicofradía deberá darse una habitual intercomunicación informativa sobre los planes de trabajo y, en general, sobre la acción a desarrollar.

Los miembros que destaquen por su labor en estas Cofradías, a tenor del Art. 10, podrán ser nombrados Hermanos Mayores».

Ésta ha sido la decisión de la Iglesia, crear y poner al servicio de la promoción, acogida, y fomento de la devoción a Santiago una institución con Sede en Santiago y en la Catedral, a la que se le adhieran cofradías, asociaciones, órdenes y entidades diversas orientadas al fomento del culto al Apóstol, a la promoción de la peregrinación a su Santo Sepulcro y a la acogida y atención a los peregrinos, tanto en el Camino como en la meta.

Sería un enfoque descontextualizador y miope, por consiguiente, el pensar que la Archicofradía se reduce a un grupo de personas (Junta Central y miembros de la misma) que aquí en Santiago se dedican, igual que cualquier otra cofradía o asociación, a realizar actividades, en su caso, en la meta del Camino. Por supuesto que es eso, pero es mucho más. La Archicofradía es como un árbol que extiende sus ramas por distintos países y lugares del mundo, presente en las cofradías, asociaciones y demás instancias que trabajan y se ocupan de lo Jacobeo. Por

ello, podemos decir que la Archicofradía está presente en más de 40 países, puesto que allí sus miembros promueven el culto y la devoción al Apóstol Santiago, al tiempo que atienden a los peregrinos.

Dadas las limitaciones de tiempo de esta comunicación, me voy a centrar en actuaciones que se vienen haciendo aquí en Santiago, en la meta del Camino, centradas en la acogida y atención a los peregrinos. Pero siendo conscientes de que esa es una pequeña parte, aunque muy importante, de la tarea encomendada a la Archicofradía a lo largo de estos cinco siglos.

No voy a presentar aquí, por consiguiente, las actuaciones tendentes a promocionar la peregrinación realizadas en distintos países; la creación y animación de cofradías y asociaciones en distintas partes del mundo; los congresos que viene organizando y un largo etc. que, dicho sea de paso, también tienen que ver, mucho, con la atención y acogida, aunque a primera vista pudiera no parecerlo. En efecto, la Archicofradía ha estado presente en los últimos años en muchas partes del mundo desarrollando este tipo de actividades. Sólo en los últimos meses, ha estado presente en Santiago de Guayaquil, Ecuador, creando allí la Cofradía de Santiago; más recientemente, creando otra Cofradía en Santiago de Cali, Colombia; el día 27 de este mes se producirá un hermanamiento (ya que el Código de Derecho Canónico no permite otra cosa) con la parroquia de Santiago Apóstol de Moscú, de la Iglesia Ortodoxa Rusa y, próximamente, en Santiago de Chile. Estas y otras acciones llevadas a cabo, principalmente, en el Continente europeo y americano, tienen como objeto animar la vida de los miembros de las mismas al tiempo que se pretende que estas cofradías constituyan un ámbito en el que el peregrino que retorna a su casa pueda continuar viviendo el espíritu de la peregrinación. Gracias a la colaboración y al aporte de unos 1.100 peregrinos que se han incorporado en los últimos años a la Archicofradía, el árbol, al que antes hicimos mención, extiende sus ramas por muchos países y dándole acogida a los que retornan de Santiago, y animando a otros a sumarse a esta experiencia. Más del 95% de los peregrinos que hoy llegan a Santiago proceden de los países en los que la Archicofradía está presente.

### **La Fundación Ad Sanctum Iacobum Peregrinatio**

Recientemente la Archicofradía ha promovido la fundación *Ad Sanctum Iacobum Peregrinatio* que se ocupa, principalmente, de la gestión y

dimensión técnica de aspectos que tienen que ver con la acogida y atención a los peregrinos. Su Sede se encuentra en dependencias de este edificio y está regido por un Patronato que cuenta con un Consejo asesor.

### **Acciones puntuales de la acogida y atención en la meta**

De forma puntual presento una relación de algunas de las actividades de la Archicofradía y de la Fundación orientadas a la acogida y atención a los peregrinos en la meta:

1. *Colaboración con la Oficina de acogida:* La Archicofradía y la Fundación se han venido ocupando, por encargo del Sr. Arzobispo, de la contratación de personal para atender a los peregrinos en la Oficina de acogida. En los últimos años, y fruto de acuerdos con la Administración Autonómica, se aportaron entre 15 y 20 personas cada año.

2. *Apertura de las iglesias en el Camino y en Santiago:* La Archicofradía (y más recientemente también la Fundación) ha venido proporcionando personal que posibilitan la apertura de las iglesias tanto en el Camino como en Santiago (por cuestiones presupuestarias, la apertura se hace en los meses de mayor afluencia).

3. *Preparación y promoción del voluntariado:* Se ha venido trabajando en este ámbito y fruto de ello es la incorporación, a partir del 1 de mayo, de 136 voluntarios que, de forma gradual, prestarán servicios a los peregrinos en Santiago, hasta finales de septiembre, procedentes del Reino Unido y de otros países anglófonos.

4. *Construcción y gestión del albergue del «Fin del Camino. Jaime García Rodríguez».* Se encuentra en la entrada del Camino Francés, en concreto en la Parroquia de Fontiñas. Tiene capacidad para 130 peregrinos; dispone de modernas instalaciones y, siguiendo la tradición cristiana de acogida, el aporte de los peregrinos para los gastos de mantenimiento es muy pequeño (el de menos coste de los que hay en Santiago). Es atendido por voluntarios de la Archicofradía y de la Fundación. Se le entregará a la Parroquia, en cuyos bajos está ubicado, pasados unos años.

5. *Documental «Peregrinar a Santiago»:* Se proyecta diariamente en la Sede de la Fundación. Se les informa del mismo a los peregrinos en la misa de 12 horas. Recoge el sentido y el espíritu de la peregrinación cristiana a Santiago.

6. *Preparación de material para los peregrinos:* La Archicofradía y la Fundación, en colaboración con la Oficina de Acogida, han elaborado material escrito para la preparación de la peregrinación, así como para su llegada a la meta.

Asimismo, han preparado distinto material de recuerdo de la peregrinación en esa misma línea, que van desde medallas conmemorativas a otros materiales requeridos por los peregrinos.

7. *Acogida a grupos, instituciones y asociaciones.* Los miembros de la Junta Central de la Archicofradía, y otros miembros de la misma, acogen frecuentemente a grupos, asociaciones e instituciones que llegan en peregrinación a Santiago, con los que mantienen reuniones y les acompañan en su estancia y visita a Santiago. Son muchas las cofradías y asociaciones a las que a lo largo del año se les presta este servicio. Sin ir más lejos, la pasada semana, varios miembros de la Junta Central acogieron y acompañaron a un grupo de parlamentarios británicos que habían realizado la peregrinación por el Camino Inglés.

8. *Colaboración en la vigilia de oración:* Varios miembros de la Archicofradía colaboran con el Delegado de peregrinaciones o persona que le sustituya en las vigilias de oración de los peregrinos, a lo largo de toda la semana, en los meses en las que éstas tienen lugar

9. *Revista Compostela.* De forma periódica, la Archicofradía viene publicando la revista Compostela que constituye el notario mayor de las actividades jacobeanas. Ha recuperado esta publicación que recoge, entre otros muchas cuestiones, la estadística de los peregrinos llegados a Compostela, testimonio de los mismos, etc..

10. *Regreso de los peregrinos.* Con vistas al regreso de los peregrinos, y como se indicaba al inicio, la Archicofradía viene fundando y animando cofradías y asociaciones. Los peregrinos que se incorporan a la Archicofradía adquieren el compromiso de incorporarse a alguna de las cofradías que existen en sus países de origen o, en su caso, y siempre que las posibilidades se lo permitan, a la fundación de una nueva.

11. *Colaboración con la Catedral:* Colabora con la Catedral y, en concreto, con el Delegado de Peregrinaciones, en todo aquello que pueda mejorar la acogida y atención a los peregrinos.

A pesar de estas y otras acciones que se vienen realizando por parte de estas dos instituciones la sensación que tenemos, desde la Archicofradía y la Fundación, es que la atención y acogida que le proporcionamos a los peregrinos es insuficiente. Pensamos que queda mucho por hacer; que hay mucho que mejorar en todos los órdenes. Bien es verdad que la acogida en la actualidad, nada o poco tiene que ver con la que se hacía hace unos años; pero si esto es cierto, no lo es menos el hecho de que las necesidades son otras (recuerdo que hace unos 25 años cuando D. Jaime García Rodríguez nos recibió a un pequeño grupo de fami-



liares y amigos que hacíamos la peregrinación desde Roncesvalles, en lo que entonces era la Oficina de Acogida —actual Sede de la Archicofradía, al lado de la Puerta Santa— nos dijo que en aquella mañana de verano sólo dos personas nos habían precedido; de tal manera que en toda la mañana esas dos personas y nuestro pequeño grupo eran todos los peregrinos que habían llegado. En los días de verano de ahora, ya sabemos lo que ocurre).

En la actualidad, el peregrino que llega a Santiago (nos referimos al peregrino que viene caminando o en bicicleta) se dirige a la Oficina de Atención al Peregrino y, después de hacer una larga cola, sobre todo si es verano, muestra su credencial y, a su vez, le entregan la Compostela. Luego, acostumbra a ir a la Catedral, a misa, y el resto del día lo dedica a pasear y deambular por el casco antiguo. Esto es lo que hace la inmensa mayoría. Algunos hacen algo más, pero son unos pocos. Por ejemplo, a las vigiliass de oración suelen venir 25 o 30 personas por término medio, y no está mal, pero vienen a equivaler al 2 o 3 % de los peregrinos que llegan ese día. Y con esto no podemos sentirnos satisfechos.

Desde la Archicofradía y desde la Fundación pensamos que podría suponer un avance importante, una mejora cualitativa de la acogida cristiana y atención a los peregrinos en Santiago, si nos pudiésemos dotar de un centro de peregrinaciones. Unas instalaciones, cercanas a la Catedral en las que al peregrino, además de la acreditación correspondiente, pudiera ofrecérsele un lugar para el descanso; para el encuentro con otros peregrinos y con personas dedicadas a la atención; un lugar para la oración; un lugar para conferencias; un lugar para exposiciones vinculadas a la peregrinación; un lugar para el encuentro consigo mismo, con los demás y con Dios. Un lugar en el que se encontrase como en su casa y en donde pudiera tener los servicios básicos, e incluso, un buen número de ellos, poder pernoctar. Esta necesidad es evidente y prueba de ello es que distintas organizaciones extranjeras han tomado la iniciativa de alquilar instalaciones en distintos bajos de inmuebles de Santiago para disponer de un lugar de encuentro de los peregrinos de sus respectivos países. Consideramos que estas iniciativas tratan de dar respuesta a una necesidad que pensamos debemos darla nosotros. Una meta de peregrinaciones como es Santiago de Compostela, debe tener un centro de estas características que, por otra parte, es algo común encontrar en lugares más modestos de peregrinación.

# La acogida en la Oficina del Peregrino de la S.A.M.I. Catedral de Santiago

EDUARDO PÉREZ Y MARÍA JOSEFA EIRAS  
Coordinadores de la Oficina de Acogida al Peregrino

La Oficina del Peregrino es la oficina de acogida de la S.A.M.I. Catedral de Santiago de Compostela para todos aquellos que hacen el Camino de Santiago de forma tradicional y también para aquellos que nos visitan como peregrinaciones organizadas.

La atención al peregrino en la Catedral de Santiago comienza, de una manera más oficial, en los años 80 de manos de D. Jaime García Rodríguez, Canónigo Delegado de Peregrinaciones y Secretario del Cabildo Metropolitano, tras un período de baja afluencia en la peregrinación. Se comenzó en primer lugar desde la Secretaría del Cabildo, pasando más tarde por diferentes ubicaciones, entre ellas el espacio hoy en día ocupado por la tienda de recuerdos de la Catedral y la sede de la Archicofradía Universal del Apóstol Santiago, ambas con entrada desde la Pza. de la Quintana. Poco a poco se va desarrollando un mejor servicio a los peregrinos y se ocupa el edificio de la Casa del Deán en la rua del Villar en el Año Santo 1993, año de gran afluencia y que marca un inicio del auge de la peregrinación. Empieza a trabajarse en la pastoral a lo largo del Camino, con reuniones de sacerdotes y delegados. Continúa esta labor D. Jenaro Cebrián Franco, sucesor de D. Jaime en la Delegación de Peregrinaciones, siempre ayudado por su hermano D. Juan José Cebrián, y se crean proyectos como ACC (Acogida Cristiana en el Camino) y las vigilias de oración para peregrinos en la Catedral. Ellos han sido los grandes impulsores de la Acogida en la Catedral de Santiago.

La labor más extendida y conocida que se desarrolla desde la Oficina del Peregrino es la de recibir a los peregrinos en Santiago, sellar las «credenciales» con el sello de la Catedral y entregar el documento de bienvenida de la «Compostela». Pero también se desarrollan otras funciones, como las siguientes: coordinar las participaciones de grupos organizados en la Misa del Peregrino o en otras misas de hora fija de la Catedral, reservar Capillas para grupos que viajan con sacerdotes y así poder tener la posibilidad de llevar a cabo celebraciones privadas en sus

propios idiomas, y ofrecer el apoyo necesario a las actividades que, desarrolladas por la Catedral o entidades colaboradoras, tengan lugar en relación con la peregrinación y el Camino, como pueden ser: reuniones de sacerdotes y agentes de pastoral, reuniones de Delegados de Peregrinaciones del Camino, celebración de congresos o encuentros, etc. Se mantiene contacto con cofradías, asociaciones de Amigos del Camino de Santiago y todo tipo de instituciones de iglesia relacionadas con la peregrinación, para coordinar actividades, para la distribución de «credenciales de peregrino» y todo tipo de acciones destinadas a peregrinos. Asimismo, también se ofrecen servicios de tipo práctico para los peregrinos, como pueden ser: WC, consigna para mochilas, facturación de bicicletas para el regreso a casa, orientación para el viaje de vuelta, información sobre alojamientos en Santiago, información sobre actos litúrgicos en la Catedral y otras actividades destinadas a peregrinos, etc.

Cuando los peregrinos llegan a la Oficina, a veces ya han pasado por la plaza del Obradoiro, donde todas las emociones que vienen acumulando se han soltado; puede que hayan entrado en la Catedral y sientan que la meta está conseguida, que su peregrinación ha tocado a su fin. Para otros la Oficina de Peregrino es su primera parada en la ciudad. En todos los casos, el momento de la llegada es una ocasión propicia para el diálogo y la escucha por parte de todos los que trabajamos en la Oficina. Se recibe a cada peregrino individualmente y en persona, aprovechando el momento de inscripción en el libro de registro. Se mantiene un breve diálogo con ellos, que es más extenso en épocas de menor afluencia. En verano, y desde 2012, tenemos una sala para recibirles, como parte del Proyecto de ACC (Acogida Cristiana en el Camino), que surge de los Delegados de Peregrinaciones y otros agentes de pastoral con D. Jenaro al frente. Si los peregrinos necesitan tiempo para hablar en voz alta, compartir, preguntar, poner sus corazones y sus cabezas en sintonía para volver a casa, tenemos tiempo y este espacio para ellos. Desde la Oficina del Peregrino deseamos potenciar este servicio de acogida pastoral a los peregrinos. La realidad es que no disponemos de muchos espacios para ofrecer, pero intentamos aprovechar al máximo aquellos con los que contamos. Esperamos que la Pastoral del Camino vaya cobrando cada vez más importancia, que nuestros Obispos sigan mostrando su buena disposición e interés por este tema, como hemos visto en las distintas intervenciones de este Congreso. Creemos que la atención pastoral es una de las grandes necesidades que los peregrinos reclaman cada vez con más fuerza, sobre todo en la llegada a Santiago, donde a veces se sienten perdidos entre la muchedumbre de una ciudad también destino turístico. Esperamos que el futuro Delegado de Peregrinaciones

de nuestra Diócesis continúe con la labor de sus predecesores. Y esperamos también que este I Congreso de Acogida Cristiana en el Camino sea el comienzo de una serie de encuentros, en los que podamos compartir nuestras inquietudes y experiencias, para encontrar la forma de servir mejor a los peregrinos. Estamos convencidos de que la Iglesia debe aprovechar el ámbito de evangelización que el Camino nos ofrece para ejercer la pastoral, evitando así, o minimizando en su caso, los efectos que pueda tener la implantación de todo tipo de sectas o grupos de diversas ideologías que ya se están acercando al Camino bajo la excusa de ofrecer atención al peregrino. La peregrinación a Santiago tiene su esencia y origen en un hecho cristiano: dirigirse a un Sepulcro apostólico; lo caracteriza una espiritualidad propia que nos lleva a conectar con las raíces de nuestra fe, y que si se pierde conllevaría la desnaturalización de un Camino que ha fundamentado la identidad cristiana de Europa y la unión de sus pueblos.

Como proyectos para potenciar la labor pastoral de acogida en Santiago, podemos decir que se ha contado con valiosísimas colaboraciones, entre ellas:

- a) Voluntarios que ofrecen su tiempo para atención a peregrinos. Desde hace más de veinte años se cuenta con la presencia durante unos 15 días en el mes de julio de Jean Pierre Renard, diácono belga, y de Guy Auguste, de nacionalidad francesa, ambos cofrades de la Archicofradía Universal del Apóstol Santiago. Es el mismo caso de otras personas que más recientemente han ofrecido su colaboración a nuestra oficina, y así contamos con John Rafferty, de Escocia, el matrimonio Alferink, de Alemania, y otros muchos extranjeros... y también españoles: como Piluca, la familia Espiga, etc... En su mayoría se trata de antiguos peregrinos que quieren ofrecer su tiempo y entrega a los peregrinos de hoy en día.
- b) El matrimonio Schneller, de Alemania, que nos han presentado hace un momento un proyecto pastoral dirigido a peregrinos de habla alemana.
- c) Las Religiosas del Sagrado Corazón, que ofrecen su ayuda y apoyo también durante el mes de julio, recibiendo a los peregrinos en el patio de la Casa del Deán.
- d) El Proyecto «Amigos», que surge a iniciativa de John Rafferty, miembro de la Confraternity of St. James en Londres y que también ha presentado en este Congreso la iniciativa de traer a Santiago voluntarios, antiguos peregrinos, para estar al servicio de los peregrinos actuales en la acogida de nuestra oficina. Este año 2013 colaborarán asociaciones de Reino Unido, Irlanda, Países Bajos, Estados Unidos, España, Portugal...

e) Este año, la Delegación Pastoral de Juventud de la Diócesis también ha ofrecido su colaboración para los meses fuertes de verano.

A todos ellos GRACIAS. Gracias en nombre de la Oficina del Peregrino y gracias en nombre de todos los peregrinos a los que se presta este servicio, que todos destacan como muy valioso.

Para los temas más profundos y delicados, derivamos a los peregrinos a un sacerdote. Hasta hace unos meses, al Delegado de Peregrinaciones, y mientras no tengamos un nuevo director de la Oficina, contamos con la colaboración de D. Segundo Pérez, Deán de la Catedral.

Pero la acogida al peregrino en Santiago no es algo que tenga lugar únicamente dentro de las cuatro paredes de la Oficina del Peregrino. Desde la Catedral se ofrece:

- Misa del Peregrino. Instituída por D. Jaime García, la misa de 12,00 horas es la más frecuentada por los peregrinos y grupos organizados, y hay muy pocos que falten a ella, incluso aquellos que están más alejados de la Iglesia. Es un momento importante que marca el final de sus peregrinaciones, que viven con emoción. Desde la Oficina intentamos potenciar la participación de los peregrinos en la misma: se lee un listado de los llegados en el día, se ofrece hacer las lecturas, invocaciones al Apóstol, y ofrendas varias. Recientemente se ha establecido un saludo de bienvenida en varios idiomas para ofrecer un trato más cercano a los peregrinos extranjeros.
- Vigilias y Encuentros de Oración. Desde el 2007 se celebran, por iniciativa de D. Jenaro Cebrián, de mayo a octubre. Los encuentros de oración tienen lugar de lunes a viernes en la Capilla del Pilar; las vigilias de oración se celebran los sábados recorriendo la Catedral, cerrada para los peregrinos, e imitando el itinerario de un Camino. Muchos peregrinos agradecen el silencio y la oportunidad de compartir esta experiencia con sus compañeros de Camino. Queremos destacar la participación de varios cofrades locales de la Archicofradía, que ayudan en la celebración de estos encuentros de oración, agradeciéndoles su tiempo y su dedicación.

Otro aspecto que nos gustaría potenciar es el de la post-peregrinación, porque el Camino de Santiago debe ser, y en muchos casos nos consta que así es de hecho, un «trampolín», una experiencia que tenga una continuidad en el regreso a casa, a cada comunidad. En la fachada de Platerías de la Catedral hay un crismón en el que se representa un alfa y omega, como símbolo del principio y el fin. La particularidad de este crismón es el orden del alfa y el omega. El alfa simboliza el inicio del

camino y la omega el final del mismo, pero este orden alterado sugiere lo siguiente: la omega del Camino es el alfa de una vida nueva. En este sentido, hay que valorar la labor que las distintas cofradías y asociaciones jacobeanas realizan en muchos lugares repartidos por toda la geografía mundial.

Para finalizar, ofrecemos nuestra colaboración a todas las instituciones que participan en este Congreso, para todo aquello que contribuya al beneficio de la peregrinación y de los peregrinos.

Dios ayude y Santiago interceda.



## SAN FRANCISCO EN EL CAMINO DE SANTIAGO. MEMORIA HISTÓRICA Y LEGADO ESPIRITUAL

D. FRANCISCO SINGUL

Técnico y director de exposiciones del Xacobeo

Los primeros textos hagiográficos de san Francisco de Asís (1181/82-1226) sugieren la posibilidad de que peregrinase a Santiago de Compostela en 1214. El viaje a España se planteaba como paso previo para pasar a Marruecos, tierra de misión en la cosmovisión del *poverello*. En la *Vida primera de san Francisco*, escrita en 1228 por Tomás de Celano (+1260), texto legitimador de la canonización del santo, se alude a esta presencia en España como paso previo para pasar a Marruecos donde tenía el proyecto de extender el Evangelio (capítulo XX), y tras haber enviado a peregrinar a los hermanos Bernardo y Gil, quienes hicieron el camino de Santiago (capítulo XII). El *Tratado de los milagros* (ca. 1250-1253) no alude directamente a su estancia en Compostela, aunque cita su visita a España, de donde regresa a Italia enfermo. En la *Legenda maior*, biografía oficial del santo escrita en 1262 por san Buenaventura y presentada en el Capítulo General de París de 1266, la peregrinación se sugiere, pues el *poverello*, convencido de que debía predicar en Marruecos, había entrado en España a buen paso, y a pesar de su debilidad, se adelantaba a su compañero de peregrinación. Una recaída en su enfermedad le impedirá a Francesco pasar al norte de África, por lo que renuncia a su proyecto evangelizador y regresa a la Porciúncula a recuperar fuerzas.

La fuente más clara y precisa en la que se basa la tradición de la peregrinación del santo de Asís a Compostela es el capítulo cuarto de *I fioretti di san Francesco (las Florecillas)*, bella síntesis en lengua italiana realizada en el siglo XIV a partir de los *Actus beati Francisci et sociorum eius*, recopilación de fines del siglo XIII que relata la vida del santo y de sus primeros discípulos. Los *Actus*, a su vez, tenían como fuente la tradición oral directamente emanada de la primera generación franciscana, algunos de cuyos miembros peregrinaron a Santiago de Compostela por indicación del padre fundador. Lo notable del célebre capítulo cuarto de



*las Florecillas* es el hecho de que reconozca que fue en la catedral de Santiago, realizando como el resto de los peregrinos la vigilia del apóstol, donde san Francisco tuvo la revelación divina de que tenía que fundar muchos conventos por el mundo, puesto que su orden debía extenderse y crecer con un gran número de hermanos. La trascendencia de este encuentro místico animó a san Francisco a fundar conventos en Galicia, según la misma fuente, por lo que no es de extrañar la suposición de que el de Santiago de Compostela fuese el primero de una larga lista.

Hay que resaltar, por tanto, que aunque carecemos de evidencias documentales incuestionables sobre la presencia de san Francisco de Asís en Compostela, esta peregrinación se presenta como empresa verosímil, ligada al viaje que deseaba hacer a tierras musulmanas, pero también como búsqueda de ayuda espiritual por parte del apóstol Santiago Zebedeo, primer mártir del Colegio Apostólico. El santuario compostelano era a principios del siglo XIII un centro de peregrinación de fama internacional. Hasta el sepulcro apostólico de Occidente acudían gentes de toda Europa atraídas por las indulgencias y buscando la mediación de Santiago el Mayor, convencidos de la imposibilidad de milagros a distancia, y de lo verosímil de una experiencia salvífica en la proximidad de las reliquias jacobeanas, el cuerpo completo de un apóstol de Cristo. Este santo lugar que atraía la atención de media Europa desde hacía siglos tuvo, por fuerza, que llamar la atención de Francesco, pues en la santa catedral se verificaba un reencuentro con el Crucificado, el mismo Jesús doliente que a él le había hablado en la iglesia de San Damiano. El pensamiento de Francesco estaba empapado de una cosmovisión en la que la búsqueda de la trascendencia era su principal objetivo: tras su cambio interior, fruto de una conversión que le llevó a rechazar los bienes materiales y a prescindir de los privilegios de su posición social, se impuso propagar en tierra islámica la llama del Evangelio. Un apostolado testimonial que estaba inspirado en el concepto de sacrificio personal que había calado hondo en el pensamiento espiritual del momento, en especial tras la ruda experiencia de las cruzadas, la más reciente la de 1204, que había concluido de modo dramático, con el ataque y saqueo de Constantinopla. Este impulso, que le llevó a viajar varias veces fuera de Italia, pudo haberle sugerido una visita a la casa del Señor Santiago de Galicia, procurando su mediación, su consuelo espiritual. Puesto que Santiago el Mayor había sufrido martirio en Jerusalén, por amor al legado de Jesús y por su empeño en propagar el mensaje evangélico, bien podría conmover la sensibilidad del *nuevo apóstol* y llevarle a peregrinar hasta el sepulcro apostólico del *Finisterrae*.

El legado de Francesco y su mensaje de paz y regeneración en las ciudades del camino de Santiago es un hecho incuestionable. El paso de los primeros franciscanos y clarisas por la ruta de peregrinación, como verdaderos peregrinos jacobeos, pronto devino presencia estable, con el establecimiento de los conventos en las ciudades del itinerario sacro. Estas casas custodiaron la memoria de san Francisco, y difundieron en el pujante mundo urbano bajomedieval su pensamiento pacífico, ascético e indulgente, su mensaje de concordia y de regeneración personal y colectiva. Un mensaje que concuerda con los principios morales y espirituales encarnados por el camino de Santiago, espacio sagrado que promueve la conversión y el reencuentro con Dios. En vida de san Francisco la Iglesia le imprime un nuevo impulso al proyecto eclesial renovador conocido como Reforma gregoriana, con la celebración del IV Concilio de Letrán (1215), magna asamblea que ratificó la necesidad de una purificación de formas y costumbres de la religiosidad.

La experiencia del camino de Santiago profundizaba, desde hacía largos años, en este sentido trascendente y renovador de la persona y de la sociedad en su conjunto. Peregrinar a Compostela era una experiencia taumatúrgica, en busca de una duradera renovación interior del individuo, pues ya el propio símbolo del peregrinaje, la concha de *vieira*, simbolizaba la perseveración del peregrino en las buenas obras, actitud que debía realizar hasta el fin de sus días. La *vieira* jacobea era símbolo privilegiado de la peregrinación compostelana y del santuario apostólico de Occidente, siendo también una de sus fuentes de sustento, pues la venta de conchas a los peregrinos destacaba como importante recurso económico para la Iglesia de Santiago. Hay que destacar, en este sentido, la decisión tomada por el papa Inocencio III (1198-1216) en 1207 de prohibirles a los obispos del resto de España y Gascuña la producción de falsas *vieiras* jacobeadas —*adulterina insignia Beati Iacobi*—, como medida de protección de la economía de la sede compostelana e impulsando de este modo la imagen del peregrino, equiparado con el cruzado por la autoridad del sumo pontífice.

La renovación interior y el reencuentro íntimo con el Creador se producía a lo largo de la peregrinación y en la propia meta, tras concluir un itinerario de purificación y ascesis, claramente incentivado por el generoso cuadro de indulgencias otorgadas por la Iglesia de Santiago, en nombre del apóstol, y debido también a la creencia medieval en la imposibilidad de que se produjesen milagros a distancia. Era necesario desplazarse, acudir humildemente a los lugares donde reposan los cuerpos santos a los que se solicitaba ayuda espiritual, procurando el contacto físico con sus reliquias y orando ante ellas. A principios del siglo XIII se

asiste, por tanto, a una suerte de armonización entre la mentalidad colectiva que animaba la peregrinación occidental y los valores de la nueva sensibilidad franciscana. Diríase que se trata de la misma cosmovisión, enaltecida por el fulgor renovador de una nueva evangelización de la sociedad. Esta visión animó a los franciscanos de la primera generación, los compañeros de san Francisco y santa Clara, a peregrinar a Santiago de Compostela, hallando después los medios precisos para instalar los primeros conventos en las ciudades de la ruta. La formación doctrinal e intelectual de los frailes menores, que les llevó a asumir importantes labores docentes y de predicación, les dotó del rigor y del prestigio suficientes para redefinir y pulir el concepto de peregrinaje. Así, en las décadas finales del siglo XIII, algunos frailes alemanes como Berthold von Regensburg (ca. 1210-1272) realizaron una agria crítica de las fundaciones, limosnas y peregrinaciones que no obedeciesen a una verdadera conversión interior, coincidiendo, por tanto, con el sentimiento purgativo y purificador que la Reforma gregoriana había determinado para las peregrinaciones.

La expansión de las comunidades franciscanas y su creciente influencia social es un fenómeno que se aprecia poco tiempo después de la canonización de san Francisco (1228). Los frailes gozan, además, del apoyo del papa Gregorio IX, que anima a los fieles a dar limosnas para la construcción de los conventos, a través de dos bulas otorgadas en 1230: *Quo elongati* y *Si Ordinis Fratrum Minorum*. En las ciudades donde se implantan, los hermanos se ganan la confianza del pueblo, gracias al consuelo de sus predicaciones y debido al relevante papel religioso y social que los frailes asumen con su trabajo como confesores. San Francisco de Asís será uno de los santos más venerados a partir del siglo XIV, en buena medida debido a su poder intercesor en el Más Allá, revelado a través de diversas lecturas devocionales como *las Florecillas*. Se extendió la creencia popular de que, una vez al año, coincidiendo con el fallecimiento del santo de Asís, Jesús desciende al purgatorio y libera las almas de los difuntos devotos del *alter Christus*. Esta creencia incentivó determinadas expresiones de la vida religiosa, como la costumbre piadosa de hacerse enterrar con hábito franciscano, como muestra de la admiración del difunto, sea monarca, noble o burgués, por el humilde modelo de vida de la orden franciscana. El fiel buscaba, naturalmente, la mediación redentora del santo en el momento del juicio del alma, y su ayuda en el tránsito por el purgatorio.

Esta expansión franciscana en las ciudades del Occidente bajomedieval se logró siguiendo los cauces de los caminos de peregrinación. Las ciudades del camino de Santiago recibieron a los frailes mendican-

tes, predicadores y confesores, con la esperanza de recibir en su seno a verdaderos mediadores en el Más Allá. El consuelo espiritual que procuraron al pueblo y el ejemplo de su vida de humildad y pobreza, fueron activos que generaron gran confianza en unas comunidades que no buscaban el exilio del mundo, más bien lo contrario, y que contaban con miembros de sólida formación intelectual. Cada convento se convirtió en un microcosmos privilegiado de convivencia y comunión eclesial, que inculcaba un influjo benéfico a la ciudad de acogida. Los franciscanos pronto resaltaron como miembros muy activos de la cultura escolástica. Muchos de sus frailes fueron teólogos, bibliófilos, maestros y predicadores, con presencia destacada en las universidades de la España bajomedieval. Otros ámbitos que también recibieron su influencia fueron las propias rutas jacobeanas, no solo las urbes de las mismas, pues el ejercicio de la hospitalidad con los peregrinos, tanto espiritual como material, reforzó en los finales del siglo XIV el concepto de espacio sagrado del camino de Santiago.

La creencia de que la creación del convento franciscano de Santiago fue fundación directa del santo de Asís es, lógicamente, consecuencia directa de la tradición de su peregrinaje a Compostela. Sería, además, el primer convento de la orden, ubicado en el lugar de *Val de Deus* (*Vallis Dei*), frente a una de las puertas de la ciudad, la conocida desde el siglo XII como *Porta de Subfratribus*. El *Valdedeus* compostelano era una calle extramuros, poblada en los siglos XII y XIII por particulares que vivían aforados en modestas casas de madera con huertos, algunas de ellas propiedad del monasterio de San Martín Pinario. En el XIV, ya con el convento construido, la calle se pobló de artesanos, burgueses, trabajadores de la catedral, canónigos y nobles laicos, configurando un próspero barrio, habitado por una activa vecindad, burguesa y eclesial. Según recientes estudios del Padre García Oro, esta primitiva comunidad se benefició de una cesión o foro religioso de una propiedad que pertenecía a los monjes de Pinario en el *Valdedeus*, gracias al generoso apoyo de la familia Cotalaya, posibles donantes de la huerta conventual. En 1261 el arzobispado compostelano, de acuerdo con el Cabildo de la catedral, donó la tercera parte del agua de la fuente de Vite, desviada para dar servicio a la casa franciscana, en aquella época poblada por una nutrida comunidad de frailes, con gran predicamento entre los fieles de la ciudad. Este convento medieval estaría conformado por una sencilla y austera iglesia de planta de cruz latina, nave única cubierta con armadura de madera, crucero resaltado y cabecera con uno o tres ábsides. A un costado del templo, en el lado del Evangelio, estaba adosado el claustro en torno al cual se disponían las dependencias donde habitaban los hermanos.

El convento compostelano de san Francisco fue origen y núcleo aglutinador de la Provincia Franciscana de Santiago Apóstol, formada dentro de las provincias eclesiásticas de Braga y Compostela, en los reinos de León y Portugal. A partir de 1239 ya existen las provincias territoriales de Aragón, Castilla y Santiago, en correspondencia con las provincias eclesiásticas tarraconense, toledana y compostelana, y en la década de 1240 se construyen los conventos franciscanos en las ciudades principales del mundo hispanocristiano. La sensibilidad franciscana motivó la creación, en la Castilla de fines del XIV, de otras congregaciones de frailes, inspiradas por la primera Regla (1221), *De la morada religiosa en los eremitorios*. Surgen en este tiempo grupos observantes y casas eremíticas que darán lugar a la orden Jerónima. En las diócesis de Tui y Compostela cobran vida por esta época las fundaciones de los *frades da prove vida*, quizá por inspiración del arzobispo Juan García de Manrique (1382-1398), en el caso de Santiago. Los de Tui se sometieron a la obediencia romana y a la jurisdicción portuguesa, pues tras la muerte del rey Juan II, y debido a luchas intestinas durante la minoría de edad de Enrique III, entre 1390-1410, los poderes de Galicia estaban más próximos a Portugal que a Castilla. La provincia franciscana conventual de Santiago tuvo gozosa vida durante toda la baja Edad Media y buena parte del siglo XVI, y hasta 1567, fecha en la que finaliza el conventualismo español, poseyó quince conventos, la mayoría de ellos puestos bajo advocación de san Francisco de Asís.

Un aspecto destacado del papel de los franciscanos en las ciudades de las rutas de peregrinación fue la labor asistencial, en el sentido espiritual, desarrollada con los fieles difuntos. Desde el último cuarto del siglo XIII las casas franciscanas reciben donaciones de los fieles que desean inhumarse en los conventos, costumbre bién documentada en el cementerio de *Val de Deus* de Santiago de Compostela, última morada de muchos miembros de la burguesía comercial, la nobleza y el clero. La sociedad estaba persuadida de la bondad de los frailes menores y de su prestigio espiritual, por eso se extendió la costumbre piadosa de usar como sudario el hábito franciscano, en ocasiones representado en la escultura yacente del sepulcro. Se buscaba de este modo tan elocuente, y con el apoyo de donativos y encargos de funerales y plegarias, la intermediación de san Francisco en el tránsito del juicio del alma, evitando largos y penosos períodos de estancia en el purgatorio. Para una sociedad que procura con ansia su salvación en el Más Allá, las novedades de la espiritualidad franciscana serán decisivas para buscar esta mediación. Sobre todo porque los frailes habían asumido los trabajos de la predicación penitencial, en una época en la que la instrucción del

clero secular era claramente mejorable. A partir del IV Concilio de Letrán (1215), en el que había participado san Francisco, la cristiandad tendrá en el sacramento de la penitencia un poderoso instrumento para su consuelo. A partir de entonces los fieles tienen la obligación de someterse a una confesión anual, coincidiendo con la comunión por Pascua, y esta absolución viene de la mano de unos frailes de pacífica eficacia, unos padres confesores que reciben en sus templos a las masas devotas, les predicán con sermones sobre la virtud y la búsqueda del paraíso, y logran además la paz social, poniendo de acuerdo a bandos en discusión o abierta guerra.

Además de la predicación penitencial, los mendicantes tienen entre sus filas a destacados teólogos, autores de los primeros manuales de teología penitencial, como la *Summa de casibus poenitentiae* (ca. 1220), escrita para los dominicos por Ramón de Penyafort, o el *Compendium parvulum*, manual de confesores del franciscano Martín Bordet, ya del siglo XV. El célebre teólogo franciscano John Duns Scoto (1266-1308) destacó el poder de la absolución sacerdotal, pues a su entender el peso del sacramento no reside en los tres pasos considerados clave hasta el momento —contrición, confesión, satisfacción—, sino en el poder de la absolución otorgado por Dios al sacerdote. Pese a este afán intelectual, doctrinal y pastoral, las novedades de la espiritualidad franciscana, su cercanía con los más pobres, la modestia y honradez de sus miembros, el ejemplo de paz y armonía que extendían en su radio de acción, los franciscanos reciben en sus casas a los difuntos de la ciudad y auspician el culto mariano, el culto a los santos propios de la orden y a la naturaleza tierna, dolorida y humana del Crucificado como medio de salvación.

En este proyecto de vida espiritual influyó poderosamente la visión social de san Francisco, ordenada en una división tripartita. En lo más alto la sociedad celeste, jerarquizada, en la que Dios es soberano y Señor; en el ámbito intermedio una sociedad franciscana formada por clérigos y laicos, letrados e iletrados, *oratores* y *laboratores*; y en lo más bajo y terrenal una sociedad cristiana hacia la que se debe dirigir el apostolado franciscano. Una sociedad franciscana que debía ocupar un puesto clave e intermedio entre el orden celeste y el mundo terrenal, en ocasiones caótico; una *fraternitas* cuya función primordial debe procurar la conversión del desorden terreno y favorecer el ideal social perseguido por el santo: un máximo de igualdad en lo más humilde.

Esta construcción simbólica, tan propia del pensamiento medieval, creada por la nueva espiritualidad franciscana, cuenta para la mejora de su parte terrenal con la beatífica visión de san Francisco, amador de

todas la criaturas. Un amor dirigido hacia toda la Creación, como obra de Dios, y que le inspira cantar a los astros del cielo, al «hermano sol», a la «hermana luna y las estrellas», cuerpos celestes en íntima vinculación con la cultura de la peregrinación a Santiago de Compostela, pues las estrellas constituyen un camino celeste paralelo al camino terrestre, un camino de luz señalado por Santiago el Mayor en su aparición en sueños a Carlomagno (Libro IV del *Liber Sancti Iacobi*). En el edificio cosmológico medieval esta vía estelar constituía un camino de almas en busca del Paraíso, seres desencarnados que viajan por el cielo bajo la guía de Santiago el Mayor; un camino celestial cuyo transcurso se dibuja paralelo al camino terrestre que concluye en el *Paradisus* compostelano, ante la fachada norte de la catedral de Santiago. La sensibilidad franciscana por la naturaleza armoniza, con el ejemplo de la vía estelar, con esas creencias populares y jacobeanas guiadas por un pensamiento simbólico; un pensamiento que forma parte de un mundo al margen del pensamiento racional y científico, pero que permite una cierta permeabilidad entre lo tangible y lo maravilloso.

La búsqueda de lo maravilloso fue, no cabe duda, motor generador y regenerador de la peregrinación jacobea en los siglos medievales. Una vez lograda su conversión y regeneración, el peregrino iniciaba una vida del espíritu en el que el recuerdo del itinerario sagrado y el consuelo espiritual que procuraban los cuerpos santos de la ruta, y en especial Santiago el Mayor, le acompañará hasta su muerte y tras su muerte. Con la llegada —real y simbólica— de san Francisco y de los franciscanos a las ciudades del camino de Santiago, el poder salvífico de la ruta se diversifica y complementa, y la historia de las peregrinaciones sigue su curso. Pese a las desgracias del siglo XIV en Occidente, concretadas en el hambre, la guerra y la peste, aumenta la carga sagrada de la ruta jacobea, con la incorporación de reliquias cristológicas de excepción, como la copa de la Santa Cena del monasterio de San Juan de la Peña y el santo cáliz de Santa María de O Cebreiro. Reliquias célebres entre los peregrinos, que alcanzaron gran fama en virtud de la capacidad difusora del camino, un itinerario vivo y adaptable a la mentalidad de cada época, con capacidad para acoger nuevas modalidades de peregrinación, como la protagonizada en el siglo XV por caballeros andantes y miembros de la nobleza europea.

En estos tiempos del otoño medieval, el apóstol Santiago continuó viviendo, en el pensamiento simbólico y en la fe religiosa, su papel de mediador y abogado de sus peregrinos. Un papel de intermediario en el mundo de ultratumba en el que también colaboraron los distintos santuarios del camino, con el tesoro de sus relicarios, y los mendicantes y su

labor como confesores y predicadores, mediadores también en el mundo terrenal, en virtud de su palabra apaciguadora. No cabe duda que su dulce y persuasivo discurso logró el sosiego de muchas conciencias, esperanzadas con el fin de las calamidades terrenas, la íntima regeneración espiritual y humana y la firme creencia en la vida eterna.

## Bibliografía

- CONSTABLE, G., *The Reformation of the Twelfth Century*, Cambridge University Press, 1996, pp. 257-261.
- DELUMEAU, J., *La confesión y el perdón. Las dificultades de la confesión, siglos XIII-XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- DELUMEAU, J., *Mil años de felicidad. Historia del Paraíso*, t. 2, Madrid, Taurus, 2002, pp. 72-97.
- DÍAZ Y DÍAZ, M.C., «La espiritualidad de la peregrinación en el siglo XII», *De Santiago y de los Caminos de Santiago. Colección de inéditos y dispersos reunida y preparada por Manuela Domínguez García*, Santiago, Xunta de Galicia, 1997, pp. 249-260.
- FONTAINE, J., «La aportación de San Agustín a la espiritualidad de la peregrinación», *Actas del Congreso de Estudios Jacobeos (Santiago, noviembre 1993)*, Santiago, Xunta de Galicia, 1995, pp. 308-315.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J.A., «El renacimiento del siglo XII en Europa: los comienzos de una renovación de saberes y sensibilidades», *Renovación intelectual del Occidente europeo (siglo XII). XXIV Semana de Estudios Medievales (Estella, 14 a 18 de julio de 1997)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998, pp. 59-60.
- GARCÍA ORO, J., *Francisco de Asís en la España medieval*, Santiago, Liceo Franciscano, 1988, p. 45-52, 68-73, 183-185, 200-201 y 210-212.
- GARCÍA ORO, J., «Los frades da prove vida. Un nuevo franciscanismo en Galicia y Portugal», in G. Fernández-Gallardo Jiménez (ed.), *Los Franciscanos Conventuales en España. II Congreso Internacional sobre el Franciscanismo en la Península Ibérica* (Barcelona, 30 de marzo-1 de abril de 2005), Madrid, Franciscanos Conventuales/Asociación Hispánica de Estudios Franciscanos, 2006, pp. 245-274.
- GARCÍA ORO, J., *Los Franciscanos en España. Historia de un Itinerario Religioso*, Santiago, El Eco Franciscano, 2006, pp. 115-120 y 196-199.
- GARCÍA ORO, J., «Francisco de Asís en Compostela. Aspectos de una tradición franciscana», *Compostellanum*, LVII, n° 3-4 (2012), pp. 143-154.
- GUERRA, J.A. (ed.), *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, Madrid, B.A.C., 2003.
- HASKINS, Ch.H., *The renaissance of the twelfth century*, Harvard University Press, 1927, pp. 42-47.
- KELLY, J.F., *The Ecumenical Councils of the Catholic Church: A History*, Collegeville, Minnesota, A Michael Glazier book, 2009, pp. 85-92.
- LE GOFF, J., *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1985, pp. 15-16.



- LE GOFF, J., *San Francisco de Asís*, Madrid, Akal, 2003.
- LÓPEZ, A., «Viaje de San Francisco a España», *Archivo Ibero-Americano*, I (1914), pp. 1-103.
- LÓPEZ, A., *La Provincia de España de los frailes menores. Apuntes histórico-críticos*, Santiago, El Eco Franciscano, 1915, pp. 127-130 y 333-343.
- LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la Santa A.M. Iglesia de Santiago de Compostela*, t. V, Santiago, Seminario Conciliar, 1902, pp. 108-111.
- MANSELLI, R., *Vida de san Francisco de Asís*, Madrid, Franciscana Aránzazu, 1997.
- NÚÑEZ RODRÍGUEZ, M., «La indumentaria como símbolo en la iconografía funeraria», *Fragmentos*, 10 (1984), pp. 72-84.
- PÉREZ LÓPEZ, S.L., *Religiosidad Popular y Peregrinación Jacobea*, Santiago, Instituto Teológico Compostelano, 2004.
- PHILLIPS, J., *La cuarta cruzada y el saco de Constantinopla*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 329-353.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, X.M., «La peregrinación a Santiago de Compostela y el poder pontificio entre los siglos XII y XV», in *Ad Limina. Revista de investigación del camino de Santiago y las peregrinaciones*, I (2010), pp. 193-194.
- SINGUL, F., «Una obra maestra de la escultura gótica italiana: el Crucificado de Santa María de Muros (A Coruña)», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, LVIII, nº 124 (2011), pp. 99-110.
- SUMPTION, J., *The Age of Pilgrimage. The medieval journey to God*, New Jersey, Hidden Spring, 2003, pp. 23-24.
- SWANSON, R.N., *Religion and Devotion in Europe, c. 1215-c.1515*, Cambridge University Press, 1995, pp. 191-199.
- VOGEL, C., *En rémission des péchés: recherches sur les systèmes pénitentiels dans l'Eglise latine*, Vermont, A. Faivre (Aldershot and Brookfield), 1994, pp. 113-153.

# Proyectos pastorales en el Camino

RVDO. D. JAVIER FRESNO  
Delegado de Religiosidad Popular. Diócesis de Zamora

## Un breve apunte histórico de la Iglesia en el Camino

Hay una larga y fructuosa historia de preocupación de la Iglesia por la peregrinación jacobea, en cuyo seno nació. No sólo en tiempos antiguos, como evidencia la propia existencia del Camino y los hitos religiosos que lo jalonan, sino también en el periodo contemporáneo. Baste citar algunos nombres que son clave en la historia de la peregrinación jacobea como los de Elías Valiña, José Ignacio Díaz, Vicente Malabia, Antolín de Cela, José María Alonso Marroquín, Blas Rodríguez o Lourdes Lluch, entre otros muchos.

Es verdad que en un primer momento la urgencia está sobre todo en la atención material al peregrino que en creciente número va poblando los caminos, y apenas encuentra infraestructuras para su itinerario. Hay que cuidar la señalización y el camino físico, crear albergues, buscar y formar a los primeros hospitaleros. Pero también existe preocupación por la cartografía, los estudios históricos, arqueológicos o lingüísticos que den solidez al hecho jacobeo. Podemos recordar aquí a Luciano Huidobro, Mons. Guerra Campos, Jesús Carro Otero, Francisco Berruete, Jesús Arraiza, Casimiro Torres y Juan José Cebrián.

Otros destacados eclesiásticos serán determinantes en la recuperación de la peregrinación (no olvidemos a Manuel Aparici), en la fundación de asociaciones y federaciones de Amigos del Camino, en la creación de los Hospitaleros Voluntarios. Jaime García Rodríguez, como delegado de peregrinaciones de Compostela, será quien promueva la reorganización de la Archicofradía del Apóstol, la creación de la Oficina de Atención al Peregrino en Santiago, la recuperación de la Compostela y la homologación de la Credencial, pactada con la Federación.

Pero también y sobre todo hay un interés por dar un contenido cristiano a la peregrinación. Se extiende la práctica de la bendición del peregrino, se elaboran materiales de oración, se organizan retiros de espiritualidad jacobea (con ejemplo las reuniones que convoca Vicente

Malabia), se publican numerosas obras entre las que cabe destacar la «Guía espiritual del peregrino», de Jesús Arraiza, Antolín de Cela y Jaime García, editada por la Oficina del Peregrino en 1992; así como otras de Vicente Malabia, José Ignacio Díaz o Ángel Fernández de Aránguiz. Y diversos materiales didácticos elaborados desde la Delegación de Peregrinaciones de Santiago, con las valiosas aportaciones de Mons. Romero Pose; las fichas de oración preparadas por José Ignacio Díaz, etc. A ello hay que sumar las valiosísimas Cartas Pastorales elaboradas por el Sr. Arzobispo de Santiago, con motivo de los sucesivos Años Santos. Casi todas ellas están traducidas a los principales idiomas.

Dentro de estos documentos destaca la Carta pastoral de los obispos del Camino de Santiago en España «El Camino de Santiago: Un camino para la peregrinación cristiana», de 1988. Es un documento que evidencia el optimismo de la Iglesia ante el auge de la peregrinación jacobea. Conectándola con la peregrinación histórica, reivindica las raíces antropológicas y cristianas del Camino y advierte contra las desviaciones de la peregrinación que ya entonces se empiezan a vislumbrar. Y hace algunas sencillas propuestas pastorales, incluyendo fomentar la creación de fraternidades jacobeanas.

Esta reunión de obispos españoles del Camino, y también otras de obispos españoles y franceses que se siguen manteniendo antes de cada Año Santo, toman causa de las reuniones de delegados o agentes de pastoral del Camino, que empiezan algo antes, con vistas a la visita del Papa a Santiago en 1989. Convocadas por D. Jaime García en Santiago, y con asistencia reducida pero militante, serán motor para la mejora de los diversos aspectos de la acogida de los peregrinos, la preparación de materiales para la espiritualidad del caminante, la realización de guías espirituales y de literatura espiritual para la peregrinación, etc.

Pero estas reuniones parecen tener una parada desde mediados de los años 90 hasta más o menos el 2007. Tras la enfermedad y el fallecimiento de D. Jaime, se encarga D. Genaro Cebrián de la delegación, de cara al Año Santo 2010, e impulsa una nueva dinámica en las reuniones nacionales, buscando una amplia representación territorial a través de los delegados diocesanos, pero al mismo tiempo abriéndose a los nuevos agentes pastorales que en el Camino van apareciendo. Se constata que la peregrinación ha ido evolucionando, como veremos a continuación, y que la Iglesia tiene que dar una respuesta acorde con este cambio. La preocupación se centra ahora en la preparación de hospitaleros con identidad cristiana y en la elaboración de un plan pastoral de la Iglesia en el Camino.

## La peregrinación actual

Para cualquier observador es evidente que el Camino ha cambiado mucho en los últimos 25 años. El dato que salta a la vista es el número de peregrinos. En 1987, cuando empiezan las reuniones de delegados diocesanos, obtienen la Compostela 2.908 peregrinos. En 2012 han sido más de 192.000. Un incremento de un 6.500 % en 25 años, algo que no se observa casi nunca en realidades religiosas o sociológicas.

Han influido diversas circunstancias en este incremento: las visitas del Papa a Santiago de 1982 y 89, la concesión del título de Itinerario Cultural Europeo en el 87, la implicación de la Xunta de Galicia en el Xacobeo del 93. Y después han venido otros ilustres visitantes y otros años santos, otras iniciativas públicas o privadas, hasta hacer de Compostela y del Camino hitos imprescindibles.

Un elemento de este cambio han sido las intervenciones de las diversas administraciones públicas, siempre buscando un objetivo social, político o económico. Junto con ellas, iniciativas empresariales y otras de carácter altruista, muy numerosas. Ha sido el tiempo de expansión de las asociaciones de Amigos del Camino pero también de otras organizaciones que coadyuvan al desarrollo de la peregrinación. Junto con ellas, múltiples iniciativas individuales, desde quienes relatan su experiencia en un blog de internet a los que consagran su tiempo, total o parcialmente, a la atención a los peregrinos. Todo esto ha supuesto un desarrollo exponencial de las infraestructuras y de los agentes.

De otro lado, se ha producido un aumento increíble del número de itinerarios, que ya cubren toda la geografía nacional, y una diversificación de los peregrinos, tanto en sus motivaciones como en su postura ante la dimensión cristiana de la peregrinación. Todo esto alimentado por un incremento de la literatura sobre el Camino, en papel o en internet, que difunde muchas informaciones de muy diverso tipo, a menudo confusas e incluso contradictorias.

En este cambio, la Iglesia, que ha sido el principal motor para su desarrollo, puede experimentar una cierta perplejidad. Su papel ya no es central en el Camino, como lo fue al principio. A veces padece una actitud reivindicativa por parte de otros agentes, que en ocasiones puede parecer agresiva. Al fin y al cabo es un cambio que también se ha producido en el conjunto de la sociedad española. Puede tener la sensación de que muchas de las cosas que ella ha puesto en marcha, o en las que ha contribuido de forma determinante, acaban por querer arrinconarla. Ahora su «oferta espiritual», digámoslo así, se diluye entre un cúmulo

de ofertas de todo tipo, algunas de ellas también espirituales pero de otro signo, más acorde con la mentalidad consumista que parece impregnar a nuestra sociedad.

También es verdad que muchas ofertas de Iglesia pueden ser confusas o simplemente irrelevantes: es relativamente fácil instalar un albergue pero es más difícil mantener su identidad cristiana. Y en general, las propuestas de la Iglesia padecen un alto grado de dispersión o descoordinación. Están en juego la libertad de cada grupo o comunidad para hacer «su» Camino y la relevancia de la acción eclesial.

Con todo este cambio, las necesidades del Camino hoy en día no son las mismas que hace 25 años. Por ejemplo, no es necesario volcarse en la apertura de albergues para atender a unos peregrinos desasistidos, ni en la creación de asociaciones. Sí lo es garantizar la identidad de la acción de la Iglesia, tanto por fidelidad a la propia misión («Id al mundo entero y anunciad el Evangelio», nos mandó el Señor), como por fidelidad al Camino y al hombre de hoy, al peregrino, que necesitan ese Evangelio como un elemento salvador de su existencia. Y también a favor de las propias comunidades y agentes que acogen, que de otro modo se ven privadas de la riqueza que el Camino supone.

### **Claves para leer esta realidad**

Como decimos, la realidad actual del Camino puede producir perplejidad a muchos agentes de pastoral. ¿Cómo leerla, con qué claves, para situarnos ante ella de forma positiva y evangelizadora?

#### **1. El Camino es muy importante y valioso**

Muchos aún no han caído en la cuenta de la importancia pastoral del Camino. Para algunos sí, es cierto que hay miles de peregrinos, pero no son «sus» feligreses. «Sólo están una noche, no da tiempo a hacer nada con ellos», dirán quienes piensan que la fe es cuestión de procesos programados y medidos, y olvidan la acción fulminante de la gracia en tantos espíritus. Otros sólo ven gente haciendo deporte o aventura, sin inquietud espiritual. Cada uno ve lo que quiere ver, y si no tiene tiempo de sentarse con los peregrinos puede mantener y consolidar sus prejuicios.

Para valorar la importancia del Camino hay que trascender un poco los números. Incluso a veces los números pueden ocultar la perspectiva. «Este año he recibido en el albergue diez mil peregrinos», cuando la realidad puede ser que tú sólo les has dado cama y ducha, sin tener nin-

guna relación pastoral con ellos. Para valorar el Camino hay que pararse a hablar con los peregrinos y descubrir sus inquietudes, sus dolores, su sed de absoluto. Y ver también sus caras y sus almas cambiadas al final de la peregrinación; han sido impactados aunque a veces no acierten a saber muy bien por quién ni cómo.

El Camino es importante para los peregrinos, pero no lo es menos para la Iglesia, que aquí encuentra un lugar de diálogo con los increyentes, un acercamiento a los alejados, una ocasión de revitalización de la fe de los más fieles. Más aún, una presencia santificadora de su Señor «cuando lo hicisteis a uno de estos, fue a mí a quien lo hicisteis». Y para los agentes de pastoral, empezando por los sacerdotes, que en el contacto con los peregrinos han encontrado muchas veces la fuerza para superar el tedio o las crisis. Y para las comunidades que viven a la vera del Camino, que en el servicio a los peregrinos tienen ocasión de revitalizar su vocación y sus carismas. Y para muchas órdenes, movimientos o grupos. Y para la Iglesia española en su conjunto, que ha sido bendecida con la presencia y la devoción al apóstol.

Tenemos algo muy valioso, y lo tenemos gratis, se nos ha dado, es un don. Y también una tarea, pero lo primero es reconocer el valor del don. Justamente porque lo tenemos nos toca proponerlo, invitar a los demás a vivir esta experiencia.

## 2. El Camino no es una misión para cuatro ilusionados.

Es verdad que hasta ahora la acción pastoral en el Camino ha estado en manos de unos pocos, quienes supieron ver la riqueza de la peregrinación, se ilusionaron, apostaron por ella e incluso hicieron del Camino su vida. Pero ha quedado un poco fuera de las estructuras ordinarias de la pastoral, a nivel parroquial, diocesano o nacional.

Aunque en el Camino siempre exista el voluntariado, incluso la variedad de los carismas, es tiempo ya de trascender la mera iniciativa personal, de darse cuenta de la riqueza de lo que tenemos entre manos y de asumirlo como una dimensión importante de la Iglesia, de nuestras parroquias urbanas y rurales, de nuestros grupos o movimientos. También de las diócesis que no están en el Camino pero encuentran en él una poderosa herramienta pastoral. Y de muchas pastorales sectoriales: catequesis, pastoral juvenil, penitenciaria, de la salud, de peregrinaciones... Incluso, por qué no, de la Iglesia en España en su conjunto. Esta reflexión la están haciendo algunas órdenes religiosas, y hay que reconocer su mérito: enseñarnos a todos que no se trata de una opción personal sino comunitaria, global, coordinada.

### 3. La Iglesia tiene que hacer una «oferta» diferenciada

La Iglesia no tiene el monopolio del Camino, está en relación con otras «ofertas», tiene que estarlo, no puede vivir de espaldas a ellas y menos enfrentada. Justamente por eso tiene que ser muy consciente de su papel, de su especificidad, de su tarea, y saber mantener su identidad, aunque siempre con espíritu de colaboración. No es el tiempo de reclamar exclusivismos.

Esa identidad de la acción eclesial tiene que notarse en el conjunto de la acogida, que es siempre una interrelación bidireccional. La Iglesia acoge al peregrino y al mismo tiempo está acogiendo la presencia de su Señor que la interpela, la desinstala de sus rutinas, le recuerda su ser de peregrina en esta tierra hacia una meta, una patria, definitivas.

Tiene que notarse en el acercamiento al peregrino, en la actitud confesional no disimulada pero siempre respetuosa y dialogante de quien en última instancia se siente compañero de búsqueda (es un auténtico «atrio de los gentiles»); en la calidad humana y la diligencia de los agentes; en la escucha activa y la capacidad de empatía; en la propuesta evangelizadora; en la oferta cordial de determinados «servicios» religiosos, como las bendiciones, la liturgia, los tiempos de oración; en la invitación a compartir el servicio («haced vosotros lo mismo») y en definitiva a hacerse humilde seguidor, discípulo. En suma, en la revelación de su ser como comunidad que cree en el Señor, le acoge y le manifiesta en toda su acción: diaconía, liturgia, kerigma, koinonia.

Quizá a veces hemos puesto mucho el énfasis solo en la espiritualidad del Camino, un poco al modo de la new age, como un «consuelo» para el espíritu, como se pudiera ser algo aislado del resto de la vida y del Camino.

### 4. La pastoral del Camino tiene que inscribirse en la Nueva Evangelización

«Nueva Evangelización» no significa simplemente «ponerse las pilas» y salir de la modorra de las estructuras y las rutinas seculares. Es ante todo un reconocimiento de los problemas y los nuevos escenarios en que hoy nos encontramos, y de la necesidad de adaptar a ellos la misma misión de siempre: anunciar el Evangelio; con la humildad de quien se siente siempre evangelizándose, pero que al mismo tiempo tiene ya un tesoro valioso que comunicar a los hombres.

Significa conocer y amar al hombre del siglo XXI, conocer su búsqueda espiritual y también su experiencia, lo que llamamos la base antropológica de la peregrinación. Y tener una profunda fe en que Dios y

sólo Dios es la respuesta a las inquietudes del ser humano. Estar convencido de que es el propio testimonio el que prende, no la mera transmisión de fórmulas heredadas. Saber que la verdadera iniciación parte de un primer anuncio efectivo, y que la fe es una experiencia original, personalísima, insustituible, que se produce en el momento en que alguien ve romper sus defensas y se deja tocar por la gracia. Que todo es al final cuestión de la gracia que actúa en el corazón de cada peregrino y nosotros somos simples testigos, simples mediaciones. Que Dios sabe hallar caminos donde nosotros sólo vemos desierto.

Decía don Jaime Rodríguez que no hay caminos maravillosos, sino hombres maravillados. Donde alguien se ha «maravillado» adquiere sentido la presencia del Apóstol y de la meta jacobea: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos, es lo que os anunciamos también a vosotros para que compartáis nuestra vida, como nosotros la compartimos con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 1.3).

### Algunos retos específicos

Para concluir, quiero plantear brevemente algunas de las cuestiones que de un modo u otro deberíamos atender en nuestros proyectos pastorales.

- *Los problemas de una iglesia rural.* La mayor parte del Camino transcurre por el medio rural, por parroquias que viven la escasez de sacerdotes y frecuentemente la ausencia física de éste, por templos cerrados, por comunidades pequeñas y envejecidas. A menudo se han instalado allí voluntarios o albergues que no tienen ninguna conexión con la vida parroquial. Cómo lograr que allí se dé una auténtica acogida cristiana, y que la *paroikía*, «la iglesia que peregrina aquí», sea el corazón de esa acogida, es una cuestión importante.
- *Los albergues y los hospitaleros.* La actual reflexión de los delegados y agentes de pastoral del Camino se ha centrado en el problema de la identidad de los albergues cristianos, y los hospitaleros que los atienden. Parece que el asunto va encarrilándose, a través de los cursos y convivencias de hospitaleros cristianos, pero queda mucho por hacer. Hay muchos albergues de titularidad cristiana cuya atención a los peregrinos debe mejorar ampliamente.
- *Los voluntarios pastorales.* Desde hace algunos años hemos visto en el Camino agentes cuya misión no es simplemente la atención física de los peregrinos, sino básicamente su atención pastoral y espiritual:



órdenes religiosas, grupos de pastoral juvenil, voluntarios laicos. Es sin duda una línea de trabajo interesante.

- *El camino como lugar de comunión en la iglesia.* Estas órdenes, movimientos, grupos, voluntarios que se están implicando en el Camino suponen una inmensa riqueza y al mismo tiempo un reto de integración, de comunión. Cómo lograr un equilibrio entre estos voluntarios ocasionales y el voluntariado local estable. Cómo integrar en un mismo pueblo una comunidad contemplativa que dispone de un albergue con la vida parroquial. Cómo hacer para que exista una verdadera integración de esfuerzos y carismas y no acabemos haciendo cada uno la guerra por nuestra cuenta.
- *El Camino y el ecumenismo.* No parece un problema grave, pero estamos viviendo muchas experiencias de ecumenismo en el Camino: comunidades evangélicas que disponen de sus albergues, peregrinos no católicos. Incluso es campo para el diálogo interreligioso. Me pregunto si tenemos suficientemente claro cómo actuar en cada caso.
- *El Camino urbano.* Si el Camino en el medio rural tiene sus propios problemas, en el medio urbano es paradójicamente donde más medios tenemos y donde podemos estar dando una atención peor. El peregrino puede abandonar su inquietud espiritual y dedicarse simplemente a hacer turismo, algo que siempre ha existido en la peregrinación, pero que mal conducido empobrece su experiencia. Probablemente no encuentre albergues de Iglesia, o templos que sean referencia para la peregrinación. La atención espiritual, que podría ser más cuidada, quizá sea la más pobre.
- *La preperegrinación.* Se ha escrito mucho sobre la necesidad de preparar bien la peregrinación, también en el terreno espiritual. Se ha confiado esa tarea a los párrocos de origen de los peregrinos, en el momento de expedir la credencial, pero aquellos en la mayoría de los casos no tienen ni idea de la vivencia del peregrino ni disponen de materiales para ayudarle. Eso por no hablar de la actitud del peregrino, que muchas veces ni se ha planteado el sentido religioso de lo que va a hacer. ¿La preperegrinación es un mito, o por el contrario podemos contribuir a que se realice de forma positiva, preparando esquemas, materiales, etc.?
- *Disponibilidad de materiales y esquemas en la preperegrinación.* A veces es un grupo religioso, o un párroco, quien proyecta la peregrinación y nos consulta sobre qué esquemas o materiales utilizar. Es

verdad que hay mucha literatura sobre la espiritualidad del Camino, en papel y en internet, pero no siempre es fácil de encontrar o es útil.

- *La evangelización en el Camino.* Tenemos asumido que la Iglesia existe para evangelizar, está en el Camino para eso, pero no siempre sabemos cómo hacerlo, parece como si tuviéramos reparo en abordar al peregrino. A veces rehuimos la propuesta directa y dejamos que sea él quien investigue y si quiere más tome él la iniciativa. Ponemos hojillas o libros en los albergues o templos, carteles con los horarios de cultos ¿Es éste el único medio? ¿Es el deseable? Sin duda la respuesta no es fácil, y cada uno la dará en función de su propia personalidad y experiencia.
- *La escucha y acogida al peregrino.* La Iglesia debe ser ante todo sanadora: «Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios». Justamente porque nos cuesta abordar al peregrino, ciframos buena parte de la evangelización en la disponibilidad para ser él quien nos interpele con sus dudas, sus sufrimientos, sus experiencia. Pero esa tarea parece quedar reservada a los sacerdotes, cada vez más escasos y menos disponibles. ¿Cómo disponer de gente capaz de prestar ese servicio de escucha y acogida, desde la propia experiencia de peregrinos? Capaz de ayudar al peregrino a formular su interioridad y sanar su corazón.
- *Compostela.* La meta del Camino puede ser el lugar donde se culmine una experiencia de fe o donde se diluya y se pierda. Cómo aislar la sacralidad del espacio de la catedral de un medio urbano bullicioso, cultural y comercial, cómo integrar o segregar los peregrinos que van en avión, tren o autobús de quienes han realizado el Camino, qué se puede ofrecer a éstos últimos de particular que les sirva para redondear su proceso. Yo creo que la Catedral de Santiago se ha esforzado mucho en los últimos años, pero sigue siendo un reto.
- *El regreso del Camino.* Podemos decir a los peregrinos que, una vez renovados en su vivencia cristiana, se dirijan a su parroquia habitual y allí procuren vivir comprometidamente su vida cristiana. Podemos decirlo pero probablemente no sirva de mucho, por diferentes motivos, unos achacables al peregrino y otros a la parroquia. ¿Puede ser el propio Camino la principal seña de identidad de esa fe renovada? ¿Se puede integrar el peregrino en una comunidad que es el mismo Camino? Una cuestión abierta y difícil de zanjar.

- *La relación con las otras instancias del Camino:* asociaciones, voluntarios, políticos, empresarios, investigadores, congresos No siempre es fácil, pero siempre es necesaria.
- *La coordinación en la pastoral del Camino.* ¿Puede tal sacerdote, tal monasterio, tal parroquia o tal diócesis hacer una pastoral por su cuenta? Si el peregrino es el mismo que hoy vamos a tener con nosotros pero mañana no estará aquí, ¿tiene el individualismo algún sentido? ¿No es más oportuna una coordinación entre las diferentes etapas, entre los diferentes caminos, entre la diversidad de agentes?

# La Peregrinación a Santiago: Pastoral en comunión

EXCMO. Y RVDMO. D. SEBASTIÁ TALTAVULL  
Obispo auxiliar de Barcelona y Presidente de la  
Comisión Episcopal de Pastoral de la CEE

## Introducción

La mística cristiana de toda peregrinación contiene en su identidad una fuerte carga de **confianza** y de **comunión**. Carga que se traduce en *actitudes de confianza y espacios de comunión*. No daríamos un paso si esto no fuera así. Algo que se recibe como don y al mismo tiempo algo se da como consecuencia de la misma gratuidad. Como toda peregrinación, el Camino de Santiago, sea cual fuere su punto de arranque, lleva esta identidad y está en su misma definición el hecho de «*ponerse en camino*», lo cual significa tomar una decisión y avanzar, hacerse fuerte con la misma marcha, transitar nuevos parajes y conocer realidades también nuevas. Más aún, en el corazón de esta trayectoria voluntaria, se da el encuentro con muchas personas, las que uno se topa en el camino y, quizá también, las que hacen el camino compartido. Este fenómeno de movilidad y de fe nos implica a todos e implica toda nuestra acción pastoral. Estamos ante unos elementos de respuesta a una sociedad en crisis, una sociedad que necesita recuperar la confianza.

El beato Juan Pablo II decía que «*la peregrinación es una experiencia fundamental y fundadora de la condición del creyente, “homo viator”, siempre en camino hacia la Fuente de todo bien y hacia su cumplimiento. Poniendo todo su ser en marcha, el cuerpo, el corazón y la inteligencia, el hombre se descubre «buscador de Dios y peregrino del Eterno». De deshace se sí mismo para pasar a ser de Dios. Es liberado de sus falsas certezas, y restablecido en su condición natural de hijo pródigo llamado al perdón por la ternura del Padre que le espera. Estas cosas simples se aprenden mejor en la experiencia del camino que en los libros*» (A los participantes en el I Congreso mundial de la pastoral de los santuarios y las peregrinaciones, 29-II-1992). La peregrinación es lugar privilegiado de descubrimiento y toma de conciencia del valor de la sencillez, de la

pobreza, de la provisionalidad, de la austeridad, de la interioridad, de la solidaridad, de la fraternidad.

El entonces cardenal Bergoglio, hoy Papa Francisco, en un escrito sobre «Religiosidad popular como inculturación de la fe» y a partir de Aparecida, decía que «*la peregrinación posee una profunda expresión simbólica que manifiesta hondamente las búsquedas humanas de sentido y de encuentro con el otro en la experiencia de la plenitud, de aquello que nos trasciende y que está más allá de toda posibilidad, diferencia y tiempo. La peregrinación ayuda a que la experiencia de búsqueda y apertura se socialice en caminar con otros peregrinos y recale en el corazón, en sentimientos de profunda solidaridad*» (19-I-2008).

Tomando como referencia el Evangelio del pasado domingo que nos presentaba a Jesús como Buen Pastor, uno se va haciendo la idea de que «**peregrinar**» es también dejarse acompañar, dejarse guiar, fiarse de quien conduce el rebaño, cómo lo conduce, qué pastos proporciona a las ovejas, hacia que praderas o meta las anima a dirigir sus pasos. En definitiva, hay una **necesaria brújula** que tiene que ser punto decisivo de orientación. Tenemos la experiencia del largo peregrinaje del Pueblo de Dios con Abraham y Moisés, acompañando pastoralmente unas gentes que anhelaban libertad y sentido para sus vidas. Un pueblo que pasa por las vicisitudes del desierto y del destierro, lugares en los cuales Dios se le revela de una forma especial.

## 1. Hacia una pastoral en comunión

Cuando en mi parroquia o en las oficinas del Obispado de Menorca, hace ya años, venía una persona solicitando un certificado para emprender el camino de Santiago, siempre pensé qué podía hacer yo —o que podíamos hacer— a favor de esta persona para darle *algo más* que una simple acreditación. Algunas veces te expresaban su idea, pero con pocas, quizá ninguna, llegabas a compartir lo que podía ofrecerle la aventura que quería realizar. En mi interior pensaba, estando a tantos kilómetros de distancia, qué podía hacer para que el Camino de Santiago que entusiasmaba a quien se propusiera hacerlo fuese realmente una experiencia de fe, una aventura interior de encuentro *consigo mismo*, con los *demás*, con la *naturaleza* y con *Dios*.

No hace mucho me lo he planteado igualmente en Barcelona, como nos lo planteamos en la Comisión de Pastoral de la Conferencia Episcopal, concretamente en el Departamento de pastoral de Santuarios, Peregrinaciones y Piedad Popular. Percibimos que se trata de un inmenso

«**Atrio de los gentiles**» que adquiere todas las dimensiones de la vida que dan posibilidad de un encuentro con Dios. Para mí, especialmente, esta experiencia religiosa puede llegar a ser «*memoria de nuestro origen en el Señor, y constituye una invitación continua a amar a Dios y a compartir los dones recibidos. La visita al lugar de destino (en nuestro caso, el sepulcro del Apóstol Santiago) mostrará sus frutos de una manera particular en el compromiso caritativo, en la acción por las promoción de la dignidad humana, de la justicia y de la paz, valores hacia los cuales los creyentes se sentirán de nuevo llamados*» (Pontificio Consejo para la pastoral de inmigrantes e itinerantes, *El Santuario, memoria, presencia y profecía del Dios vivo*, 1999, nº 9).

Hemos de preguntarnos cómo hacer para que la *Oficina de acogida al Peregrino* sea un lugar de acogida, de escucha y quizá de primer anuncio. De hecho la red de *Oficinas* puede ser causa y signo de comunión y la primera puerta de entrada en el «Atrio», la cara visible de la comunidad que acoge.

## 2. Acogida, propuesta y acompañamiento: meta y camino

Si me he referido al «**Atrio de los Gentiles**» es porque, a la hora de acompañar pastoralmente la experiencia del Camino de Santiago, como cualquier otra peregrinación, se trata de la necesidad de **acogida**, de **propuesta** y de **acompañamiento**. Tres palabras que han de definir toda labor pastoral, como lo hacía Jesús en sus encuentros con las personas.

Un «**Atrio**» es algo previo a entrar en el Santuario propiamente dicho. Un «Atrio» es un lugar de encuentro, de diálogo, de conocimiento mutuo, de aprendizaje... y, ¡qué bien si llega a ser un espacio de oración! También, espacio de propuesta, de ofrecimiento de aquello que valdrá la pena experimentar como culmen y cima de lo que hasta aquel momento se ha vivido. El «**Camino**» no es algo separado de al «**Meta**». Interesa mucho el *camino*, pero éste tiene sentido en tanto en cuanto no va acercando a la *meta*, hasta llevarnos a ella. El «**Atrio de los Gentiles**» referido al **Camino de Santiago** tiene su punto de partida en la persona concreta y en su ambiente, en la parroquia o lugar de origen desde donde se parte. Entonces, todo el trayecto, corto o largo, va tomando sentido cuando se va profundizando en la *experiencia de encuentro con Dios y con los demás*, pero contando con la intención que cada uno se propone. La tensión estará siempre entre lo que uno quiere conseguir y lo que realmente se le ofrece.

### 3. Ocasiones de nueva evangelización

Si el hecho, incluso emocionante, de llegar hasta el sepulcro del Apóstol, es *«un lugar excelente de profundización en la fe, un espacio privilegiado y un tiempo favorable, distintos de los habituales; puede proporcionar ocasiones de “nueva evangelización”; puede contribuir a promover la religiosidad popular rica en valores, llevándola a una conciencia de fe más exacta y madura; y puede agilizar el proceso de inculturación»* (Ibíd., nº 10).

Sin embargo, la pregunta es: *¿Cómo preparar este acontecimiento? ¿Cuándo y dónde?* Creo que nos afecta a todos, afecta a cuantos de una forma u otra, por razón del Camino de Santiago, pueden o tienen que acoger a los peregrinos. Nuestra preocupación es precisamente que haya suficientes agentes de pastoral que se propongan este trabajo de **«nueva evangelización»**. La **peregrinación** y todo lo que a ella se refiere es realmente un espacio privilegiado de «nueva evangelización», en el sentido de *«conducir a los hombres y las mujeres de nuestro tiempo hacia Jesús, al encuentro con Él, es una urgencia que afecta a todas las regiones del mundo, tanto las de antigua como las de reciente evangelización. En todos los lugares se siente la necesidad de reavivar una fe que corre el riesgo de apagarse en contextos culturales que obstaculizan su enraizamiento personal, su presencia social, la claridad de sus contenidos y sus frutos coherentes»* (Mensaje del Sínodo 2012 al Pueblo de Dios, nº 2).

Este mismo *mensaje sinodal* nos pone en la línea de lo que podemos hacer para *acoger, proponer* y *acompañar* cuando nos presenta lo que hace Jesús junto al pozo de Sicar en su diálogo con la mujer samaritana, como una parada obligada en el Camino. Para nosotros, una acción pastoral que no podemos eludir de ninguna manera. Todo un signo y una premonición de que en el Camino podemos encontrarnos con todo tipo de personas, desde aquellas que no se hacen ningún planteamiento religioso hasta las que lo viven con toda intensidad.

En este sentido, nuestra acción pastoral totalmente evangelizadora -como lo ha recordado Benedicto XVI en la homilía de la apertura del Sínodo 2012-, va dirigida *«principalmente a las personas que, aun estando bautizadas, se han alejado de la Iglesia y viven sin tener en cuenta la praxis cristiana [...], para favorecer en estas personas un nuevo encuentro con el Señor, el único que llena de significado profundo y de paz nuestra existencia; para favorecer el redescubrimiento de la fe, fuente de gracia que trae alegría y esperanza a la vida personal, familiar y social»*

Podemos decirlo igual que los Padres sinodales y asumir la experiencia de Jesús:

«Nos dejamos iluminar por una página del Evangelio: **el encuentro de Jesús con la mujer samaritana** (cf. *Jn* 4, 5-42). No hay hombre o mujer que en su vida, como la mujer de Samaría, no se encuentre junto a un pozo con un cántaro vacío, con la esperanza de saciar el deseo más profundo del corazón, aquel que sólo puede dar significado pleno a la existencia. Hoy son muchos los pozos que se ofrecen a la sed del hombre, pero conviene hacer discernimiento para evitar aguas contaminadas. Es urgente orientar bien la búsqueda, para no caer en desilusiones que pueden ser ruinosas.

Como Jesús, en el pozo de Sicar, también la Iglesia siente el deber de sentarse junto a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para hacer presente al Señor en sus vidas, de modo que puedan encontrarlo, porque sólo su Espíritu es el agua que da la vida verdadera y eterna. Sólo Jesús es capaz de leer hasta lo más profundo del corazón y desvelarnos nuestra verdad: «**Me ha dicho todo lo que he hecho**», confiesa la mujer a sus vecinos. Esta palabra de anuncio — a la que se une la pregunta que abre a la fe: «**¿Será Él el Cristo?**» — muestra que quien ha recibido la vida nueva del encuentro con Jesús, a su vez no puede hacer menos que convertirse en anunciador de verdad y esperanza para los demás. La pecadora convertida deviene mensajera de salvación y conduce a toda la ciudad hacia Jesús. De la acogida del testimonio la gente pasará después a la experiencia personal del encuentro: «**Ya no creemos por lo que tú has dicho; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que Él es verdaderamente el Salvador del mundo**».

#### 4. La práctica de la primera Iglesia: «**Ve, acércate y sube a ese carro**»

Lo aprenden del mismo Jesús. En este tiempo de Pascua lo estamos leyendo y meditando en el libro de los **Hechos de los Apóstoles 8,26-40**: aprender a aprovechar el camino y subirnos al carro, como lo hace Felipe con aquel funcionario de la reina de Etiopía, todo un signo nuevo: venía de regreso de la peregrinación. *¿Habrá algún trabajo a hacer en este sentido cuando se vuelve al lugar de origen?*

«Un ángel del Señor dijo a Felipe: “**Levántate y dirígete al sur por el camino de Jerusalén a Gaza**”. [hay una voz de Dios, *¿la captamos?*]

Este camino pasa por el desierto. Felipe se levantó y se puso en marcha. En el camino se encontró con un hombre de Etiopía. Era un alto funcionario, tesorero de la reina de Etiopía, el cual había ido a Jerusalén a adorar a Dios. Iba de regreso a su país, sentado en su carro y leyendo el libro del profeta Isaías.

El Espíritu dijo a Felipe: «**Ve y acércate a ese carro**»

Felipe se acercó y oyó que el etíope leía el libro de Isaías. Le preguntó:

—Pero *¿entiendes lo que estás leyendo?*

El etíope le contestó:

—*¿Cómo voy a entenderlo si no tengo quien me lo explique?*



Y pidió a Felipe que subiera y se sentara junto a él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este:

**«Fue llevado como oveja al matadero; como un cordero que calla delante de los que lo trasquilan, así tampoco abrió él la boca. Fue humillado y no se le hizo justicia. ¿Quién podrá hablar de su descendencia? Porque su vida fue arrancada de la tierra»**

El funcionario etíope preguntó a Felipe:

–Dime, por favor, ¿a quién se refiere el profeta, a él mismo o a algún otro?

Entonces Felipe, partiendo del pasaje de la Escritura que leía el etíope, le anunció la buena noticia acerca de Jesús. Más tarde, al pasar por un sitio donde había agua, el funcionario dijo:

–Aquí hay agua, ¿no podría yo ser bautizado?

El etíope mandó parar el carro, y los dos bajaron al agua y Felipe lo bautizó. Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor se llevó a Felipe y el funcionario no volvió a verle; pero, lleno de alegría, siguió su camino. Felipe se encontró en Azoto, y pasó de pueblo en pueblo anunciando la buena noticia, hasta llegar a Cesarea.

Otro relato de acción pastoral en el Camino: los **discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35)**. Todos los detalles de *acogida, propuesta y acompañamiento*, hasta que lo reconocen. Hay que ayudar a pasar de la ignorancia-decepción al conocimiento, para llegar al reconocimiento de la presencia de Jesús y el posterior anuncio.

El punto de llegada, punto de atracción:

«En este **servicio pastoral de evangelización** y catequesis se deben subrayar los aspectos específicos vinculados con la memoria del santuario en donde se actúa, con el mensaje particular que él ofrece y el «carisma» que el Señor le ha encomendado y que la Iglesia ha reconocido, y con el patrimonio, a menudo riquísimo, de las tradiciones y de las costumbres que se han establecido en él.

Desde esa misma perspectiva de, se podrá recurrir a iniciativas culturales y artísticas como congresos, seminarios, muestras, exposiciones, concursos y manifestaciones sobre temas religiosos. «» (Juan Pablo II).

Con este fin, es indispensable en el santuario la presencia de agentes pastorales capaces de iniciar a la gente en el diálogo con Dios y en la contemplación del misterio inmenso que nos envuelve y atrae. Es preciso subrayar la importancia del ministerio de los sacerdotes, de los religiosos y de las comunidades responsables de los santuarios (PO 4) y, por consiguiente, la importancia de una formación específica, adecuada al servicio que ellos deben prestar. Al mismo tiempo, hay que promover la aportación de laicos preparados para la labor de catequesis y evangelización vinculada a la vida de los santuarios, de modo que también en los

santuarios se manifieste la riqueza de carismas y ministerios que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia del Señor, y los peregrinos se beneficien del múltiple *testimonio* de los diversos agentes de la pastoral» (Pontificio Consejo para la pastoral de inmigrantes e itinerantes, *El Santuario, memoria, presencia y profecía del Dios vivo*, 1999, nº 10).

## 5. Pastoral en comunión y peregrinación a Santiago

Para hablar de la *pastoral en comunión* y refiriéndome a la peregrinación a Santiago y a toda peregrinación, es importante entender la pastoral como «*la incesante acción de la Iglesia en la historia y la mediación entre la verdad de la fe a comunicar al hombre para su salvación y las condiciones históricas y culturales en las cuales tiene lugar el anuncio*» (Pastoral de la Peregrinación. CEI, 1996). Se trata de la intencionalidad de la **Iglesia comprometida en proponer y poner en marcha la peregrinación**, con el fin de que sea una **verdadera, profunda y madura experiencia de vida cristiana**. En ella **se estrechan los vínculos de comunión** no sólo de todas aquellas personas implicadas en esta experiencia, sino de su relación con las comunidades con las que entran en contacto a lo largo de su recorrido. De hecho, nos implica a todos. Por ello, hace falta una necesaria coordinación de objetivos y métodos.

Por ello, sería muy conveniente asegurar junto con la acogida, la información y la formación, tanto en los lugares de partida como en todos los que comprenden el trayecto. Acogida, información y formación que se convierte en verdadero gesto de hospitalidad. En estos lugares de acogida se puede dar al mismo tiempo un enriquecedor intercambio que contiene múltiples dimensiones culturales y espirituales. Esto es más efectivo cuando se trata de **comunidades religiosas que acogen a los peregrinos** y les ofrecen la oportunidad de participar en determinados actos de la vida comunitaria y litúrgica, especialmente los momentos de oración, de celebración de los sacramentos, en particular el coloquio espiritual y/o sacramental. Forma parte de la experiencia del Camino, y de toda peregrinación, descubrir *comunidades orantes*, grupos que rezan, a los que uno puede incorporar-se e incluso participar.

Hemos de tener muy presente la **enorme y variada diversidad de peregrinos**. Ayudar a recomponer el sentido de la peregrinación en muchos de ellos, es una tarea pastoral importante. Se trata de educar la intencionalidad, el porqué de la peregrinación, y ayudar a purificar aquellos elementos que podrían tergiversar el auténtico sentido de lo que se ha propuesto. Toda esta propuesta contiene una mística y una espiritualidad que el peregrino, en algún momento u otro, ha de poder

experimentar. Lo puede hacer cuando alguien se pone a su lado, le escucha, le comprende, le acompaña en su situación. Ahí está el *reto de la evangelización* hacia aquellas personas que el mismo hecho de recorrer un camino les abre hacia nuevos horizontes.

Si entendemos la peregrinación como un momento privilegiado para la *pastoral en comunión*, es porque **todo el entorno que rodea al peregrino es una oferta de sentido**, una posibilidad de abrirse hacia el verdadero sentido de la meta que se ha propuesto. En nuestro caso, dirigirse hacia el *sepulcro del Apóstol Santiago* es querer acercarse a un acontecimiento que tiene que ver con los cimientos apostólicos de la Iglesia, es remontarnos al origen de la proximidad de Jesús, de su amistad con Él mediante el testimonio de quién le conoció, le escuchó, le acompañó y hasta dio la vida por Él. Es una experiencia renovada de Iglesia que ve en sus orígenes la fortaleza de los primeros llamados y escogidos por Jesús y la valentía de su testimonio.

Y es, al mismo tiempo, un **estímulo referencial para nuestra forma de existir hoy como cristianos** que pueden también encontrarse con Él. Es precisamente en este encuentro donde radica la **espiritualidad** que ha de animar el mismo hecho de la peregrinación, entendida siempre como proceso de conversión, es decir, de vuelta hacia Dios, una espiritualidad de comunión.

## 6. Pastoral en camino desde una espiritualidad de comunión

El beato Juan Pablo II nos la propuso para nuestro caminar en este siglo como *Iglesia peregrina* y para que la pongamos en el corazón de toda pastoral. Nos lo propone en estos términos: «hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. ¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta **promover una espiritualidad de la comunión**, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.

*Espiritualidad de la comunión* significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros,

y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.

*Espiritualidad de la comunión* significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como « uno que me pertenece », para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

*Espiritualidad de la comunión* es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

En fin, *espiritualidad de la comunión* es saber « dar espacio » al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento» (NMI, 43).

Desde una *pastoral en comunión*, expresión de unidad y sintonía en la acogida, en la propuesta y el acompañamiento que podemos hacer respecto a los peregrinos en cualquier lugar, los *aspectos constitutivos de la peregrinación* vienen diseñados por aquellos elementos que definen el mismo ser humano, su búsqueda de sentido y su capacidad y deseo de Dios manifestado en sus anhelos, aspiraciones y luchas. Al mismo tiempo, su convicción de estar de paso. Lo explicita la carta a los Hebreos al decir que «**no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos una definitiva**» (13,14) y el mismo Pablo dirigiéndose a la comunidad de Corinto cuando manifiesta el que el anhelo de la vida trascendente encuentra en la conciencia de «**vivir en el exilio**» (5,6) su plena revelación. «*Hacerse peregrino pone de manifiesto esta dimensión de la antropología cristiana en una actitud llena de autenticidad, adaptándose a la vida terrenal, que es un caminar en la fe hacia la visión definitiva de Dios*» (Ibíd.. CEI).

## 7. La peregrinación, encuentro con Cristo y experiencia de Iglesia

Por ser *pastoral en comunión*, la peregrinación es **encuentro con Cristo y experiencia de Iglesia**, ya que la Iglesia, toda ella, peregrina en el tiempo y, como dice el Vaticano II, «*no llegará a su plenitud hasta*

la gloria del cielo, cuando vendrá el tiempo de la restauración de todas las cosas» (GS 22). Es, pues, una experiencia densa de **esperanza** y de gozo, de consuelo y de alivio, pero también experiencia de consolidación de la fe y de estimulante dedicación a la **caridad**.

Los **lugares** por donde se transita y las **comunidades** religiosas, **familias** y lugares de acogida, han de ayudar, como **verdaderos espacios de fraternidad**, al peregrino a, con el gozo de haberse acercado a alguien que, el de Cristo, y le facilita su encuentro con Él. En el corazón del peregrino puede realizarse aquella transformación interior que experimentaban los que se acercaban a Jesús.

Quizá todo esto esté pidiendo, sin embargo, una **pedagogía lenta, diversificada y paciente**, que permita, en el ambiente de «atrio de los gentiles», una pastoral que invite a un auténtico ejercicio de comunión, de relación humana auténtica, de testimonio silencioso y de declaración explícita, siempre con el deseo de ayudar a vivir al máximo el verdadero sentido de la peregrinación, que es sobretodo **relación de confianza**. La misma conversión es una peregrinación interior y será el elemento decisivo para que adquiera su finalidad más genuina, ya que incluye aspectos como el vencimiento personal, el esfuerzo, la austeridad, la penitencia, la superación de conflictos personales y dificultades ambientales.

Cuando se da esta experiencia de Iglesia, aunque sea muy incipiente y sólo aparezcan unos síntomas muy débiles, es el momento de **tomar conciencia de la propia pobreza y de la necesidad de la misericordia de Dios**. Todo esto ha de intentarlo una pastoral conjuntada de peregrinación y, por ello, una pastoral en comunión, lo cual exige una obligada referencia con las Iglesias locales y las parroquias, precisamente porque las tienen la misión de hacerla posible.

Pueden surgir muchas iniciativas por parte de personas, grupos y entidades que quieran acompañar y ser soporte de los peregrinos, pero siempre con el objetivo de ayudar al verdadero sentido de la peregrinación. Por nuestra parte, esto nos pide un esfuerzo de formación de estas personas, grupos y entidades.

### *La primera homilía del Papa Francisco*

En estas tres lecturas veo que hay algo en común: es el movimiento. En la primera lectura, el movimiento en el camino; en la segunda lectura, el movimiento en la edificación de la Iglesia; en la tercera, en el Evangelio, el movimiento en la confesión. Caminar, edificar, confesar.

**Caminar.** «Casa de Jacob, venid; caminemos a la luz del Señor» (Is 2,5). Ésta es la primera cosa que Dios ha dicho a Abrahán: Camina en mi presencia y sé irreprochable. Caminar: nuestra vida es un camino y cuando nos paramos, algo no funciona. Caminar siempre, en presencia del Señor, a la luz del Señor, intentando vivir con aquella honradez que Dios pedía a Abrahán, en su promesa.

**Edificar.** Edificar la Iglesia. Se habla de piedras: las piedras son consistentes; pero piedras vivas, piedras unguadas por el Espíritu Santo. Edificar la Iglesia, la Esposa de Cristo, sobre la piedra angular que es el mismo Señor. He aquí otro movimiento de nuestra vida: edificar.

**Confesar.** Podemos caminar cuanto queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, algo no funciona. Acabaremos siendo una ONG asistencial, pero no la Iglesia, Esposa del Señor. Cuando no se camina, se está parado. ¿Qué ocurre cuando no se edifica sobre piedras? Sucede lo que ocurre a los niños en la playa cuando construyen castillos de arena. Todo se viene abajo. No es consistente. Cuando no se confiesa a Jesucristo, me viene a la memoria la frase de Léon Bloy: «Quien no reza al Señor, reza al diablo». Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa la mundanidad del diablo, la mundanidad del demonio.

*Caminar, edificar, construir, confesar.* Pero la cosa no es tan fácil, porque en el caminar, en el construir, en el confesar, a veces hay temblores, existen movimientos que no son precisamente movimientos del camino: son movimientos que nos hacen retroceder.

Este Evangelio prosigue con una situación especial. El mismo Pedro que ha confesado a Jesucristo, le dice: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Te sigo, pero no hablemos de cruz. Esto no tiene nada que ver. Te sigo de otra manera, sin la cruz. Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor.

Quisiera que todos, después de estos días de gracia, tengamos el valor, precisamente el valor, de caminar en presencia del Señor, con la cruz del Señor; de edificar la Iglesia sobre la sangre del Señor, derramada en la cruz; y de confesar la única gloria: Cristo crucificado. Y así la Iglesia avanzará.

Deseo que el Espíritu Santo, por la plegaria de la Virgen, nuestra Madre, nos conceda a todos nosotros esta gracia: caminar, edificar, confesar a Jesucristo crucificado. Que así sea.

## 8. Por una pastoral al servicio de la peregrinación

[**Pastoral de la peregrinación**, Oficina de la CEI para la pastoral del tiempo libre, el turismo y el deporte, 1997]

La acción pastoral en el ámbito propio de la peregrinación se configura concretamente en la adecuación de este acontecimiento extraordinario al desarrollo ordinario de la vida comunitaria y en la provisión del cumplimiento de las condiciones que lo califican como práctica de fe, como acto de culto eclesial y personal, como fruto fecundo del Espíritu Santo.

Por eso, al aplicar la pastoral para fomentar y sostener la peregrinación es oportuno dejarse guiar por los criterios destinados a iluminar el camino de fe individual y eclesial, a reavivar el deseo de conversión a Dios del corazón distraído o indiferente, a desaconsejar experiencias marcadas por la ambigüedad. En esta dirección [los agentes de pastoral] hay que educar para el discernimiento en la fe que facilite el cumplimiento auténtico de la peregrinación i, a la vez, prepare las condiciones para que cada peregrino le sea factible una experiencia espiritual profunda.

En consecuencia, conviene tener en consideración estos puntos:

1. Los **tiempos y los lugares de la peregrinación** son entendidos como unos espacios y momentos de encuentro que Dios ofrece al hombre para hacerlos don de su salvación. Son tiempos y lugares que «hablan» de Dios y donde Dios «habla» al hombre, porque incluyen un mensaje característico de la revelación que es descubierto e interiorizado.
2. Los **signos del encuentro con Dios en la peregrinación** han de ser evidenciados y subrayados: la escucha interior de la Palabra, la celebración cuidada del sacramento de la reconciliación, la participación activa en la Eucaristía, la explicitación sincera de la conversión a Dios en la caridad solidaria y en las otras virtudes cristianas.
3. La opción de ponerse en estado de peregrinaje, tanto en forma individual como en grupo, **excluye que sea emprendida como una evasión de la propia comunidad de fe**. La peregrinación pide ser vivida como una expresión de la vida comunitaria y familiar basada en la identificación con Cristo crucificado y resucitado, a fin de ser libres y capaces de del testimonio de fraternidad.
4. **La peregrinación, ya en su identidad original, encuentra su mejor lugar en el proyecto de evangelización**, donde confluyen el anuncio

de la Palabra, la adhesión de la fe, la decisión a favor de la vida cristiana, evitando que sea llevada a término sólo como un episodio aislado y de forma individualista. En este sentido, resulta idóneo fomentar, potenciar y desarrollar la fe en el tiempo y en el espacio de la vida personal y social.

5. **Las modalidades externas de la peregrinación han de reproducir la disposición del espíritu;** por ello, hay que asegurar la atención a la disciplina de las emociones, a la pobreza evangélica, a la sobriedad en las costumbres, en el compartir los medios de actuación práctica, huyendo de exhibiciones turísticas y actitudes de contrat testimonio.

Estas «condiciones» diseñan un modelo de pastoral en comunión, siempre atenta a garantizar la compleja situación de la peregrinación, insertándola orgánicamente en la vida de la Iglesia y en la vida de cada cristiano, pero atenta también a promover ocasiones favorables para acercarse a los «*alejados*», edificar momentos de comunión con *hermanos de otras iglesias* y comunidades eclesiales cristianas, dialogar con *culturas y tradiciones religiosas* diversas.

Desde nuestra Comisión de Pastoral de la CEE, a través de la cual vamos trabajando (entre muchos otros aspectos) la pastoral de las peregrinaciones, vemos importante que todo este trabajo de acogida, la propuesta y el acompañamiento de las personas y grupos que transitan por su terreno **se profundice y organice desde las diócesis por las que pasa el Camino de Santiago** (como ya sabemos que en muchos sitios se hace). La peregrinación nace de la Iglesia y es la Iglesia la que ha de cuidar y garantizar su autenticidad. De hecho, son los pastores quienes convocan a los fieles a unirse, en la comunión de la fe y del amor en la experiencia fuerte de la peregrinación, como momento saludable de conversión de purificación y de reconciliación.

Para cuantos pasan por nuestras **diócesis** [y en ellas las parroquias, conventos, monasterios, incluso albergues...] es necesario que encuentren y vean personas comunidades que acogen, que rezan, que viven en comunión y la celebran sobretodo en la Eucaristía. Y tanto en estos sitios del recorrido como en la misma peregrinación, es fundamental que haya **guías espirituales**, buenos acompañantes, que ayudan a que sea un hecho el objetivo propio del peregrino y de la peregrinación.

Y, finalmente, tener claros para vivirlos en toda su intensidad los tres momentos de la peregrinación:

1. **La salida y el camino:** en cuanto contiene la decisión de ponerse en ruta hacia una meta precisa; los objetivos espirituales que se quieren



conseguir en compañía con otros hermanos en la fe; el caminar físico con el acompañamiento de personas y actitudes ascéticas que ayuden a la interiorización de este acontecimiento de gracia.

2. **La celebración:** en el lugar santo de destino [el Sepulcro del Apóstol Santiago] tiene lugar la celebración que comprende un conjunto de actos adecuados de carácter penitencial, sacramental, litúrgico, caritativo; momentos de intensa oración personal y comunitaria, encuentros con personas que ya vienen preparados y ofrecidos.
3. **La despedida y regreso:** comprende signos y gestos que han de caracterizar la vida en el tiempo que sigue a la peregrinación. Es el momento que refuerza los buenos propósitos y la coherencia de vida, reflejo visible del retorno a Dios y a la comunidad, según una línea de concreción de la experiencia espiritual que se ha vivido.

## Conclusión

*La pastoral de la peregrinación es pastoral y espiritualidad de comunión.* Si no fuera así, no tendría ningún sentido, ya que desde ella se edifica y vive la unidad y la comunión de la Iglesia, siempre no para autoreferenciarse, sino para que el mundo crea, como lo quiere y lo dice Jesús. La pastoral de la peregrinación confiere dinámicas positivas a toda la pastoral ordinaria en tanto que hace actual y experimentable la condición itinerante del creyente y el carácter escatológico de la Iglesia en su caminar hacia la visión definitiva de Dios que nos ha dado su Espíritu y en la persona de Jesús nos ha demostrado cuanto nos ama. Por eso, **la experiencia de la peregrinación** se presenta y toma forma en la visión de la imprevisibilidad y de la gratuidad de la gracia misericordiosa de Dios que, en el misterio de su designio de amor, hace llegar la palabra que salva, el consuelo que conforta y la verdad que da sentido a toda la vida humana.

# La Peregrinación, propuesta para la Nueva Evangelización

RVDO. JOSÉ JAIME BROSEL GAVILÁ  
Pontificio Consejo para la Pastoral  
de los Emigrantes e Itinerantes

Al agradecer la invitación realizada a nuestro Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes a participar en este encuentro, hago presente el saludo de nuestro Presidente, Su Emcia. Antonio Maria Vegliò, junto con el de nuestro Secretario, Su Excia. Joseph Kalathiparambil, y el del subsecretario, P. Gabriele Bentoglio. Como saben nuestro Dicasterio tiene confiada la atención pastoral al fenómeno importante de la movilidad humana, donde se incluyen, entre otros sectores, los campos de la pastoral del turismo y de las peregrinaciones a los santuarios.

Soy portador de un saludo afectuoso a Su Excia. Julián Barrio, quien acogió en 2010 en esta sede compostelana el II Congreso mundial de peregrinaciones y santuarios, promovido por nuestro Pontificio Consejo. Deseo asimismo manifestar nuestro recuerdo agradecido a quien fuera Delegado Diocesano de Peregrinaciones, D. Jenaro Cebrián Franco, con la certeza confiada de que se encontrará ante quien es el fin de toda peregrinación, Cristo, el peregrino de Emaús.

Nuestro saludo a todos los presentes y nuestro sincero agradecimiento, en las personas del Deán de la Catedral de Santiago y de los Delegados de Pastoral en la Acogida Cristiana en el Camino, a todos quienes con su trabajo y dedicación han hecho posible la realización de este Congreso.

Mis palabras en este foro serán necesariamente deudoras de las diferentes intervenciones y conclusiones del Congreso mundial que apenas he mencionado<sup>1</sup>.

1 Cf. Pontificio Consiglio della Pastorale per i Migranti e gli Itineranti, *Pellegrini al Santuario. II Congresso Mondiale di Pastorale dei Pellegrinaggi e dei Santuari*, Santiago di Compostella, 27-30 settembre 2010, Libreria Editrice Vaticana, 2011.

## 1. Concepto de nueva evangelización

El concepto de «nueva evangelización» forma ya parte del acervo común de la Iglesia. El magisterio del beato Juan Pablo II, quien lo propuso, y el de Benedicto XVI, que lo ha ido profundizando y concretando, han puesto en marcha un movimiento de divulgación y asimilación del mismo.

Pero, ¿a qué nos estamos refiriendo? Para comprender el significado de la «nueva evangelización» debemos antes detenernos, si bien brevemente, en la novedad de la situación que estamos viviendo.

### 1.1. Rasgos socioculturales y eclesiales

En las últimas décadas se han verificado una serie de profundas transformaciones en el contexto socio-cultural y religioso en el cual debemos vivir nuestra fe. Al respecto, la Asamblea general ordinaria del Sínodo de Obispos, celebrada en octubre de 2012, se refería concretamente a cinco escenarios diversos: cultural, social, económico, político y religioso<sup>2</sup>. Algunos de los rasgos que los definen son la secularización, las formas de espiritualidad individualista o de neopaganismo, un clima general de relativismo, el grande fenómeno migratorio, el encuentro y la mezcla de las culturas, la «globalización», la profunda crisis económica, las crecientes y sangrantes desigualdades económicas, los desequilibrios en el acceso y la distribución de los recursos, el daño a la creación, la crisis de determinadas ideologías y el surgimiento de nuevos actores económicos, políticos y religiosos; el veloz desarrollo de la investigación científica y tecnológica, así como de la informática y los medios de comunicación social; el retorno al sentido religioso y la exigencia multi-forme de espiritualidad.

Estos escenarios proponen unos estilos de vida, un pensamiento y unos lenguajes concretos, es decir, un contexto en el que el cristiano debe vivir su fe, y que ciertamente la condiciona. Estos cambios producidos tienen una lectura ambivalente, por cuanto suponen dificultades, riesgos, retos, estímulos, posibilidades...

Desearía detenerme brevemente en uno de estos rasgos que considero sea de singular importancia para la atención pastoral en el ámbito de la peregrinación. Me refiero a la indiferencia religiosa.

2 Cf. XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de Obispos, *Instrumentum laboris*, 2012, nn. 51-67.

Nos encontramos inmersos en un Año de la Fe, convocado por Benedicto XVI mediante la carta apostólica *Porta fidei*<sup>3</sup>, y que encuentra un precedente en aquel otro Año de la Fe promulgado por Pablo VI mediante la exhortación apostólica *Petrum et Paulum Apostolos*, publicada el 22 de febrero de 1967<sup>4</sup>. Cotejar ambos eventos nos será de gran ayuda para mejor conocer el momento presente.

El Año de la Fe promovido por Pablo VI tuvo lugar desde el 29 de junio de 1967 hasta el 30 de junio de 1968, con el fin de celebrar el décimo noveno centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo. En la correspondiente exhortación apostólica, Pablo VI pedía que se recordara a estos testigos de la fe en Cristo «*con una auténtica y sincera profesión de la misma fe, que la Iglesia por ellos fundada e ilustrada ha recogido celosamente y ha formulado con autoridad. Queremos ofrecer a Dios —señalaba el Papa— una profesión de fe, en presencia de los santos Apóstoles, individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y sincera. Queremos que esta profesión salga de lo profundo de todo corazón fiel y resuene idéntica y amorosa en toda la Iglesia*». Así pues, fue una conmemoración que se centró toda en el «Credo», el cual exhortaba a recitar solemne y repetidamente. En el transfondo de esta convocatoria, realizada apenas dos años después de la clausura del Concilio Vaticano II, se encuentran los intentos evidenciados por Pablo VI de «*poner en duda o deformar el sentido objetivo de la verdad enseñada por la Iglesia con autoridad*» así como la «*tentación de introducir en el Pueblo de Dios una mentalidad así llamada postconciliar*». Por ello, se subrayaron los elementos constitutivos de la fe eclesial frente a una situación de cierta confusión teológica. En esa lógica, la clausura del evento estuvo marcada por la solemne profesión de fe realizada por el Santo Padre, quien proclamó el conocido como «Credo del Pueblo de Dios», en el que retomó los puntos esenciales de la fe de la Iglesia misma. Podríamos resumir diciendo que el Año de la Fe de 1967 insistió en la *fides quae*, es decir, en los contenidos de la fe a los que prestamos nuestro asentimiento así como en su recta interpretación.

Por su parte, el Año de la Fe promovido por Benedicto XVI tuvo su inicio el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre del presente 2013. Nos encontra-

3 BENEDICTO XVI, Carta apostólica en forma de «Motu Proprio» *Porta fidei*, 11 de octubre de 2011, en: AAS CIII (2011), pp. 723-734.

4 PABLO VI, Exhortación apostólica *Petrum et Paulum Apostolos*, 22 de febrero de 1967, en: AAS LIX (1967), pp. 193-200.

mos en un contexto socio-cultural y eclesial muy distinto. En este caso se remarca no sólo la *fides quae*, las verdades de la fe que son acogidas, sino también el otro momento del acto de fe, es decir, la *fides qua*, el acto con el que se cree, y que en la carta apostólica *Porta fidei* aparece referido como «*el acto con el que decidimos de entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios*»<sup>5</sup>.

El problema del presente ya no es sólo que se cuestionen, se olviden o se nieguen los contenidos de la fe. El problema es la falta de fe entendida como confianza, como actitud y virtud humana, que es previa a la fe en cuanto don de Dios, acción de la gracia y virtud teologal. Podríamos decir que nos encontramos ante una situación de crisis de fe en cuanto acto humano, fe en su significado de entrar en relación, salir de sí mismo, poner tu confianza en otro, recibir del otro confianza. ¿No es éste por desgracia un momento caracterizado por la desilusión y el desencanto? En una situación de crisis general como la que estamos viviendo qué difícil resulta encontrar actos y expresiones humanas de fe: confianza en el otro, en las instituciones, en el presente y en el futuro, en los proyectos... ¿Cómo acoger la fe en cuanto don de Dios si falla la fe como actitud relacional? Al respecto, Enzo Bianchi, prior de la Comunidad de Bose, afirma que «*el gran desafío que tenemos delante en el siglo XXI es, por tanto, re-aprender a creer, para que Dios pueda injertar la fe en Cristo en el corazón de los hombres y mujeres de hoy*»<sup>6</sup>.

Me atrevería a resumir diciendo que, en este momento, más importante aún que la ignorancia religiosa sea la indiferencia religiosa, en cuyo origen encontramos frecuentemente la dificultad para realizar un acto de fe, de confianza, incluso humano.

## 1.2. *Respuesta eclesial: la nueva evangelización*

Nuestro mundo ha experimentado unos cambios profundos, singularmente en la vivencia de lo religioso. Nos encontramos, por ello, en una situación cultural diversa, con una visión diferente de la realidad, de las relaciones humanas, de los valores sociales y de la percepción de lo religioso.

Por todo ello, un cambio de situación exige un cambio de propuestas evangelizadoras. Son necesarias nuevas respuestas. A ello se refería Benedicto XVI cuando afirmaba: «*Precisamente esta situación cambiada, que ha creado una condición inesperada para los creyentes, requiere una*

5 BENEDICTO XVI, Carta apostólica en forma de «Motu Proprio» *Porta fidei*, n. 10.

6 *Ibidem*.

*atención particular para el anuncio del Evangelio, a fin de dar razón de la propia fe en realidades diferentes a las del pasado»<sup>7</sup>.*

Hablar de propuestas nuevas no significa que lo que hemos hecho hasta el momento esté mal, que no fuera correcto, que lo que durante tiempo se ha realizado fuera equivocado. No se trata de descalificar nuestro pasado pastoral. Seguramente era lo adecuado para la situación pasada. Lo equivocado sería continuar con propuestas que no responden a la situación actual, lo incorrecto sería repetir de forma acrítica lo que hemos realizado hasta el presente, seguir ofreciendo las mismas respuestas frente a las nuevas situaciones. No es posible seguir evangelizando como si nos encontráramos en una situación «de cristiandad», ahora inexistente. Son necesarias nuevas respuestas para los nuevos tiempos.

En estas nuevas propuestas, el contenido siempre es el mismo, lo que cambian son las formas. Esta evangelización, según la feliz y conocida frase de Juan Pablo II, ha de ser «nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión»<sup>8</sup>. En la misma línea se pronuncia el *Instrumentum laboris* del último Sínodo de Obispos cuando afirma: «la nueva evangelización es la capacidad de parte de la Iglesia de vivir en modo renovado la propia experiencia comunitaria de la fe y del anuncio dentro de las nuevas situaciones culturales que se han creado en estas últimas décadas»<sup>9</sup>.

«El adjetivo «nueva» —continúa el mismo documento sinodal— hace referencia al cambio del contexto cultural y evoca la necesidad que tiene la Iglesia de recuperar energías, voluntad, frescura e ingenio en su modo de vivir la fe y de transmitirla»<sup>10</sup>.

¿Quiénes son los destinatarios de esta nueva evangelización? En el contexto de dicho Sínodo de Obispos, el papa Benedicto XVI distinguía tres ámbitos evangelizadores en el momento presente: la pastoral ordinaria, la misión *ad gentes* y la nueva evangelización<sup>11</sup>. Y profundizando en ellas señalaba: «por una parte, la ‘missio ad gentes’, esto es el anuncio del Evangelio a aquellos que aun no conocen a Jesucristo y su mensaje de salvación; y, por otra parte, la ‘nueva evangelización’, orientada principal-

7 BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en la plenaria del Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización*, 30 de mayo de 2011.

8 Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea del CELAM*, Port-au-Prince (Haití), 9 de marzo de 1983.

9 XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de Obispos, *Instrumentum laboris*, 2012, n. 47.

10 *Idem*, n. 49.

11 Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa para la clausura del Sínodo de los Obispos*, 28 de octubre de 2012.

mente a las personas que, aun estando bautizadas, se han alejado de la Iglesia, y viven sin tener en cuenta la praxis cristiana [...], para favorecer en estas personas un nuevo encuentro con el Señor, el único que llena de significado profundo y de paz nuestra existencia; para favorecer el redescubrimiento de la fe, fuente de gracia que trae alegría y esperanza a la vida personal, familiar y social»<sup>12</sup>.

La nueva evangelización exige de nosotros una profunda conversión pastoral. Y es que, citando los *Lineamenta* del referido Sínodo de Obispos, «“nueva evangelización” es sinónimo: de renovación espiritual de la vida de fe de las Iglesias locales, de puesta en marcha de caminos de discernimiento de los cambios que están afectando la vida cristiana en varios contextos culturales y sociales, de relectura de la memoria de la fe, de asunción de nuevas responsabilidades y energías en vista de una proclamación gozosa y contagiosa del Evangelio de Jesucristo»<sup>13</sup>.

Por ello, la nueva evangelización no puede ser realizada más que con un marcado espíritu misionero. Considero elocuente la metáfora que, recordando la expresión elaborada por algunos pastoralistas, ha recordado últimamente el secretario del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización: «hoy la Iglesia, para realizar la tarea de la nueva evangelización, tiene que bajarse del Arca de Noé para subirnos en la barca de Pedro»<sup>14</sup>. Acojamos pues la invitación a pasar de una actitud de mera conservación a un espíritu misionero, a ir «mar adentro», al mar agitado, confiando siempre y sobre todo en el Señor. La nostalgia no es, ni ha sido nunca, una buena hermenéutica.

Una última anotación al respecto. Sabemos que en la nueva evangelización no hay respuestas pastorales únicas ni fórmulas mágicas, porque no hay situaciones únicas, sino que cada comunidad, cada persona es diferente.

## 2. Nueva evangelización y religiosidad popular

Dando un paso más en el tema que nos ocupa, deseo referirme a la importancia que la religiosidad popular tiene en el contexto de la nue-

12 BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa para la apertura del Sínodo de los Obispos y proclamación como doctores de la Iglesia de san Juan de Ávila y de santa Hildegarda de Bingen*, 7 de octubre de 2012.

13 XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de Obispos, *Lineamenta*, n. 5.

14 Samuel GUTIÉRREZ, *Debemos bajarnos del Arca de Noé para subirnos a la barca de Pedro. Entrevista a Mons. Octavio Ruiz, secretario del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización*, en: *Catalunya Cristiana*, 10 de febrero de 2013, p. 9.

va evangelización. Es posible afirmar que las diversas manifestaciones de piedad popular son sin lugar a dudas un ámbito privilegiado para la evangelización del pueblo de Dios y gozan de una importante capacidad catequizadora. Y esta característica es subrayada en numerosos documentos eclesiales. Me detendré brevemente en las conclusiones de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en la ciudad brasileña de Aparecida en mayo de 2007. Como bien sabemos, el coordinador del equipo de redacción de dicho documento conclusivo, integrado por ocho obispos, fue el cardenal Jorge Mario Bergoglio.

Esta fue la primera vez que una Conferencia general del episcopado latinoamericano se celebraba en un santuario mariano. Los trabajos estuvieron acompañados por las manifestaciones de piedad popular que allí tenían lugar: se rezaba laudes con los peregrinos, se celebraba la eucaristía con ellos. Pero además las reuniones se desarrollaron en un aula situada justo debajo del santuario, desde la que se oían los cantos y las oraciones de los peregrinos. Este hecho sin lugar a duda dejó su impronta, e influyó en la valoración positiva que de la piedad popular se encuentra a lo largo del documento final<sup>15</sup>.

En una entrevista, y aludiendo a la Conferencia de Aparecida, el cardenal Bergoglio afirmaba: «*En el documento final hay un punto que se refiere a la piedad popular. Son páginas muy bellas [...]. Después de las que se encuentran en la 'Evangelii nuntiandi', son las cosas más bellas escritas sobre la piedad popular en un documento de la Iglesia*»<sup>16</sup>.

El Documento de Aparecida aborda esta realidad bajo el significativo título de *La piedad popular como espacio de encuentro con Cristo*. La reconoce como «*una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda*»<sup>17</sup>.

El mismo documento subraya la capacidad evangelizadora que encierran las prácticas de religiosidad popular, así como la necesidad de ser purificada, al tiempo que invita a «*cuidar el tesoro de la religiosidad popular de nuestros pueblos*»<sup>18</sup>.

15 Cf. Enrique CIRO BIANCHI, *El tesoro escondido de Aparecida: la espiritualidad popular*, en: *Revista Teología* XLVI (2009) n. 100, pp. 557-577.

16 Stefania Falasca, *Lo que hubiera dicho en el consistorio. Entrevista al cardenal Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires*, en: *30Giorni*, n. 11 (2007), p. 20.

17 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento final*, Aparecida (Brasil), mayo 2007, n. 264.

18 *Idem*, n. 549.



En el texto encontramos una referencia explícita y significativa a las peregrinaciones, cuando al enumerar las diferentes expresiones de esta espiritualidad, afirma:

*«Destacamos las peregrinaciones, donde se puede reconocer al Pueblo de Dios en camino. Allí, el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Cristo mismo se hace peregrino, y camina resucitado entre los pobres. La decisión de partir hacia el santuario ya es una confesión de fe, el caminar es un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor. La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera, que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual»<sup>19</sup>.*

Son diversas las reflexiones que el cardenal Bergoglio había realizado sobre el tema de la piedad popular, como la intervención que tuvo en la Plenaria de la Comisión para América Latina (19 de enero de 2005), o la que bajo el título *Religiosidad popular como inculturación de la fe* escribió unos meses después de finalizar la Conferencia de Aparecida. En este texto señala que para valorar positivamente la religiosidad popular *«tenemos que partir de una antropología radicalmente esperanzada. El hombre tiene que ser definido, por su apertura a lo trascendente [...], como el ser de lo trascendente, de lo sagrado»<sup>20</sup>.*

Ofrece así mismo una definición que considero muy interesante:

*«La Religiosidad Popular tiene un hondo sentido de la trascendencia y, a la vez, es experiencia real de la cercanía de Dios, posee la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos con rasgos contemplativos, que definen la relación con la naturaleza y con los demás hombres, le brinda un sentido al trabajo, a las fiestas, a la solidaridad, a la amistad, a la familia, y un sentimiento de gozo en su propia dignidad, que no se siente socavada a pesar de la vida de pobreza y sencillez en la que se encuentran. El modo propio de la religiosidad popular está marcado por el corazón, la fe se encuentra determinada por los sentimientos. Si bien algunos no aceptan este tipo de religiosidad argumentando que no compromete a la persona, sin embargo los sentimientos del corazón llevan a la fe a expresarse en gestos y delicadezas, con el Señor y con los hermanos. Lo sensible no es contradictorio con las experiencias más profundas del espíritu [...]. Éste sería uno de los grandes valores que, en un intercambio sano y enriquecedor,*

19 *Idem*, n. 259.

20 Jorge Mario BERGOGLIO, *Religiosidad popular como inculturación de la fe*, reflexión escrita el 19 de enero de 2008.

*aporta la religiosidad popular a la Iglesia, muchas veces tentada de racionalizar y quedarse en meros pensamientos o formulaciones que no comprometen la vida».*<sup>21</sup>

Concluyo las referencias a este documento del cardenal Bergoglio con su aportación sobre el tema de la peregrinación:

*«La peregrinación es otra expresión de la religiosidad popular ligada al santuario. Posee una profunda expresión simbólica que manifiesta hondamente las búsquedas humanas de sentido y de encuentro con el otro en la experiencia de la plenitud, de aquello que nos trasciende y que está más allá de toda posibilidad, diferencia y tiempo. La peregrinación ayuda a que la experiencia de búsqueda y apertura se socialicen en caminar con otros peregrinos y recale en el corazón, en sentimientos de profunda solidaridad».*<sup>22</sup>

Os invito a estar atentos a las palabras del papa Francisco con ocasión de la Jornada mundial de las cofradías y de la piedad popular que, en el contexto del Año de la Fe, tendrá lugar en el Vaticano del 3 al 5 de mayo próximo.

### **3. Nueva evangelización y peregrinación**

En medio de esta situación de cambios a nivel social, cultural y religioso, frente a la llamada a una nueva evangelización, ¿cuál es el papel que puede jugar la peregrinación?, ¿qué servicio puede prestar?

Son válidas como primera respuesta las conclusiones del II Congreso Mundial de pastoral de peregrinaciones y santuarios, en donde se plantearon cinco propuestas en vista a profundizar en la potencialidad evangelizadora de las peregrinaciones:

- aprovechar la capacidad de convocatoria que les caracteriza;
- cuidar la acogida que realicemos;
- sintonizar con las preguntas que brotan del corazón del peregrino;
- ser fieles al carácter cristiano de la peregrinación, sin reduccionismos;
- ayudar a descubrir al peregrino que su camino tiene una meta<sup>23</sup>.

Profundicemos brevemente en ellas recorriendo los distintos momentos que conforman la peregrinación: la partida (cuestionándonos por la motivación), el camino (donde surgen los interrogantes), la aco-

<sup>21</sup> *Ibidem.*

<sup>22</sup> *Ibidem.*

<sup>23</sup> Cf. Pontificio Consiglio della Pastorale per i Migranti e gli Itineranti, *Pellegrini al Santuario*, p. 367.

gida (realizando el primer anuncio), la despedida (invitando a la vida eclesial) y el regreso (con la acogida por parte de la comunidad).

### 3.1. *La partida: la motivación*

¿Cuáles son las motivaciones que están en el origen de la decisión de emprender el camino?, ¿qué es lo que mueve a un hombre o una mujer de inicios del siglo XXI a emprender una peregrinación?<sup>24</sup>

Fijémonos en las estadísticas que con ocasión de los dos últimos Años Santos (2004 y 2010) elaboró la «Oficina de acogida del peregrino», dependiente de la catedral compostelana. En primer lugar constatamos que al peregrino únicamente se le permite elegir entre 3 respuestas excesivamente genéricas, cada una de las cuales albergaría matices importantes. La segunda constatación es que no podemos saber qué significado atribuye a cada concepto la persona que ha respondido a la encuesta. De todos modos, los dos datos que me gustaría subrayar son que hay una motivación claramente religiosa (el 74,65 % en 2004 y el 54,74 % en 2010), al tiempo que la motivación estrictamente religiosa ha menguado a favor de la voz «religiosa y otras», que en el año 2010 creció un 20,45 %.

Si analizamos las estadísticas de la Colegiata de Roncesvalles, entrada pirenaica del Camino francés que conduce a Compostela, las posibles respuestas se diversifican, contemplando entre los motivos de la peregrinación los religiosos, los espirituales, los culturales, los deportivos y otros. Una lectura veloz de estos datos nos permite constatar que son más del 50 % quienes alegan motivaciones religiosas o espirituales, algo más del 20 % se refieren a motivaciones culturales, y en torno a un 10 % quienes hablan de motivos deportivos. Sólo un 7 % alude a otras razones.

Queriendo completar nuestra exposición, acudimos a investigaciones elaboradas en un contexto distinto al eclesial. La revista *Apunts. Educación física y deportes* publicó en el año 2003 un estudio sobre las motivaciones para recorrer el Camino<sup>25</sup>. Esta revista, auspiciada por el Institut Nacional d'Educació Física de Catalunya, es una publicación

24 Cf. José J. BROSEL GAVILÁ, *Motivaciones contemporáneas para peregrinar*, en: *People on the Move* XLIII (January 2013) 118, 209-220.

25 Cf. Antonio GRANERO GALLEGOS, Francisco Ruiz Juan y María Elena García Montes, *Estudio sobre las motivaciones para recorrer el Camino de Santiago*, en: *Apunts. Educación física y deportes*, 3 trimestre 2007, pp. 88-96: [http://articulos-apunts.edittec.com/89/es/089\\_088-096ES.pdf](http://articulos-apunts.edittec.com/89/es/089_088-096ES.pdf)

científica dedicada al ámbito de las ciencias de la actividad física. Será bueno, pues, tener en cuenta este elemento a la hora de hacer, por nuestra parte, una lectura de sus conclusiones.

¿Cuáles son las motivaciones que, según los resultados de esta investigación, animan a realizar el recorrido jacobeo? En el estudio realizado por estos autores *«destacan las motivaciones relacionadas con la satisfacción de experimentar sensaciones diferentes a las habituales y cotidianas a través de la propia actividad, mediante la autorrealización e interiorización que supone la intensa experiencia personal y vivencial (70 %), así como de la búsqueda interior y la espiritualidad (55,7 %) [...] También, para la mayoría de peregrinos, alejarse de la vida cotidiana (56,8 %), de la rutina diaria, de las exigencias profesionales, de la competitividad, del estrés urbanizado, de la insatisfacción y demandas de la sociedad moderna occidental, de la individualización que parece exigir la forma de vida occidental, son motivos para aventurarse por la ruta jacobea»*<sup>26</sup>.

Otros porcentajes que aparecen en este estudio respecto a aquello que impulsa al peregrino a realizar el recorrido son: el arte y la cultura de la ruta (59,3 %); la práctica de actividad físico-deportiva (55,8 %); la necesidad de relacionarse con gente y hacer amigos (53,6 %); protagonizar una aventura que rompa con la monotonía diaria (50,7 %). Todas estas motivaciones están ciertamente relacionadas con las vacaciones y el turismo (44,1%)<sup>27</sup>.

Quisiera ofrecer tres conclusiones partiendo de todos estos datos. La primera es la dificultad a la hora de individualizar las motivaciones reales. En el origen de una peregrinación existen unas motivaciones que son conscientes, que conviven con otras claramente subconscientes u ocultas, y que son tanto o más importantes que las primeras. Si se alegan motivos deportivos para realizar el Camino de Santiago, ¿se quiere decir que son únicamente éstos los que realmente animan el recorrido? Es decir, dicha motivación física, ¿no podría ser satisfecha con otra serie de actividades? No quiero detenerme en las posibles respuestas, sino solamente dejar abiertas las preguntas. Otro elemento a tener en cuenta es la dificultad real que existe a la hora de «verbalizar» las motivaciones, la cual es aún mayor a la hora de referirnos a la «motivación religiosa». Además considero que puede darse una cierta confusión terminológica en quien responde. Así, por ejemplo, cuando se niega una motivación religiosa, ¿qué quiere decirse realmente? ¿Se está excluyendo a Dios de

26 *Idem*, p. 91.

27 *Cf. Idem*, pp. 93-94.

la respuesta o lo que se quiere negar, por ejemplo, es cualquier vínculo eclesial o, incluso, dejar de manifiesto un desapego del estamento eclesiástico?

La segunda conclusión es que no encontramos una motivación única y exclusiva que determine la peregrinación. Al contrario, existe una diversidad de motivaciones que son compatibles, que coexisten. Este hecho no debería ser negativo en principio. Será una de nuestras tareas ayudar al peregrino a intentar hacer consciente cuál es esa motivación que prima sobre las otras, la que ocupa el primer lugar.

En tercer lugar, todos somos conscientes de que una es la motivación que el peregrino tiene, o cree tener en el origen, y otra la que por el Camino va aflorando. En esta línea se sitúan las palabras de una hospedera del Camino de Santiago, acostumbrada a acoger a los peregrinos y a escuchar sus testimonios: «*Muchos encuentran a lo largo del camino o en la Meta el sentido profundo de lo que al principio se había previsto como un mero pasatiempo*»<sup>28</sup>.

No puedo concluir este punto referido a la partida sin aludir a la capacidad creciente de convocatoria que reflejan las estadísticas. Por el Camino peregrinan personas muy diversas, a nivel de edades, condición social y vivencia religiosa. ¿Somos conscientes de la oportunidad que esto representa? ¿Sabremos aprovechar esta circunstancia para caminar junto a ellos?

### 3.2. *El camino: la pregunta*

Decíamos anteriormente que uno de los rasgos que caracterizan el momento actual es el de la indiferencia religiosa. Y esto tiene graves consecuencias en nuestra acción evangelizadora, ya que en numerosas ocasiones ofrecemos respuestas a preguntas que no han sido planteadas. Me gusta recordar aquella tira cómica en la que son protagonistas Snoopy y Charlie Brown, donde uno afirma solemnemente: «*Jesús es la respuesta*»; frente a lo cual el otro añade: «*Si, pero, ¿cuál es la pregunta?*». En la misma línea se sitúa el teólogo protestante Reinhold Niebuhr cuando afirma que «*no hay respuesta más incomprensible que la respuesta a una pregunta no planteada*»<sup>29</sup>. Por ello, nuestras respuestas podrán ser fácil-

28 Marie Noëlle MAURIN CORTEZ, *Camino de Santiago*, en: <http://www.cipepar.org/es/contenido/?iddoc=678>

29 Reinhold NIEBUHR, *Il destino e la storia, Antologia degli scritti*, Bur, Milano, 1999, p. 67.

mente comprendidas, serán significativas para el oyente, en la medida en que respondan a un interés, sea explícito o implícito.

Respecto a este punto, la peregrinación sale en nuestra ayuda. Quien inicia el Camino lo hace muchas veces inmerso en circunstancias singulares de dolor, de duda, de gozo, de fracaso, de agradecimiento, de debilidad... Muchas de estas experiencias son una puerta abierta para preguntarse por el sentido de la propia vida. A ello contribuirá además la misma experiencia del Camino: el silencio, el abandono de la rutina, la esencialidad de la jornada, la sincera cercanía ofrecida por el desconocido que camina al lado,... Estas experiencias, si son profundizadas, ponen al peregrino ante los interrogantes fundamentales de su propia vida. Y no olvidemos que la persona necesita dotar de significado cuanto es, cuanto hace y cuanto le acontece.

Cada uno de los presentes podrá iluminar esta necesidad profunda con numerosas experiencias personales. En la película «The Way», el protagonista encarnado por el actor Martin Sheen, un hombre alejado de la fe, realiza el Camino con la única motivación de completar aquel recorrido que había iniciado el hijo y que la muerte había truncado. Pero conforme avanzaban las jornadas, en él iban planteándose otros interrogantes, profundos, que iban creciendo al ritmo de sus pasos.

En la apertura del Año de la Fe, el papa Benedicto XVI afirmaba: *«el viaje es metáfora de la vida, y el viajero sabio es aquel que ha aprendido el arte de vivir y lo comparte con los hermanos, como sucede con los peregrinos a lo largo del Camino de Santiago, o en otros caminos, que no por casualidad se han multiplicado en estos años. ¿Por qué tantas personas sienten hoy la necesidad de hacer estos caminos? ¿No es quizás porque en ellos encuentran, o al menos intuyen, el sentido de nuestro estar en el mundo?»*<sup>30</sup>

Así pues, en este contexto de indiferencia, el Camino contribuye a la nueva evangelización favoreciendo que en el corazón de la persona surjan estas preguntas profundas y esenciales.

### 3.3. *La acogida: el anuncio kerigmático*

Al recorrido sucede la acogida por nuestra parte. Me refiero a la acogida en la meta compostelana, pero también a las acogidas a lo largo del recorrido. Y me atrevería a afirmar que éste es el momento del anuncio kerigmático, del primer anuncio, como respuesta a esa necesidad que

30 BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa para la apertura del Año de la Fe*, 11 de octubre de 2012.

tiene la persona de explicarse la realidad, de dotar de significado a su vida cotidiana.

En la Sagrada Escritura encontramos numerosos ejemplos de primer anuncio, en los que la primera comunidad cristiana proclama a todos que Jesús, crucificado y resucitado, es el Cristo y el Señor. Considero paradigmático en nuestro contexto el anuncio que Felipe hace al eunuco (*Hch* 8,26-40). Quisiera subrayar algunos momentos de esta perícopa, que tiene muchos elementos comunes con el pasaje de los discípulos de Emaús. El primer protagonista es el etíope eunuco, alto funcionario de Candace, reina de los etíopes, que iba de camino, regresando de la peregrinación a Jerusalén. El segundo protagonista es el apóstol Felipe, el cual se pone a caminar junto al carro del eunuco, y le pregunta: «¿Entiendes lo que vas leyendo?» Ante su negativa, se entabla un diálogo entre ambos, donde el eunuco le plantea sus interrogantes, a partir de los cuales Felipe anuncia «la Buena Nueva de Jesús». La conclusión de la conversación es el anuncio, la profesión de fe y el bautismo. Bueno, quizá habría que señalar que la auténtica conclusión es que el eunuco, y cito el texto bíblico, «siguió gozoso su camino». El tercer, y principal, protagonista es el Espíritu del Señor, quien mueve a Felipe y pone la palabra justa en sus labios, quien abre el corazón del eunuco, y posibilita su profesión de fe.

Dando un paso más. ¿Cuáles son los rasgos que caracterizan este primer anuncio?

En cuanto a la actitud del evangelizador, vemos que éste ha de sentarse al lado del destinatario, caminar con él, compartir el camino... Es necesaria la solidaridad y el diálogo empático. Es también importante que consiga unir el mensaje evangélico con la vida concreta del interpelado, con sus experiencias fundamentales. Para ello, y en línea con lo ya afirmado, debe favorecer que el destinatario pueda descubrir sus propias carencias y sus contradicciones, así como sus aspiraciones religiosas, muchas veces inconscientes, y que sea consciente de la incapacidad que experimenta a la hora de responder adecuadamente a los interrogantes que la vida le presenta. Así, el elemento fundamental que caracteriza al evangelizador es la capacidad que debe tener para hacer que el otro se interroge, se sienta interpelado, para que llegue a plantearse la pregunta: ¿qué hemos de hacer?, ¿dónde está la verdad?, ¿dónde conocer a Cristo?

Es importante señalar la ambigüedad que muchas veces caracteriza las preguntas y las esperanzas humanas, incluidas las más espirituales. Por eso, el primer anuncio también supone un trabajo de purificación,

de discernimiento y de educación de la pregunta para llevarla a una pregunta por el sentido que prepara para el anuncio explícito del Evangelio. Las peticiones de curación, de resolución de dificultades, etc. que aparecen recogidas en los textos bíblicos son legítimas, pero necesitan madurar. Hay que educar la pregunta para que el Evangelio aparezca como respuesta, buena noticia a una pregunta humana. Sólo un interrogante profundo puede tener como respuesta la Buena Noticia del Evangelio.

Y tras la interpelación, el evangelizador debe ofrecer la respuesta, es decir, anunciar a Cristo, con su testimonio y sus palabras, respondiendo al interlocutor en su contexto concreto, en su situación personal.

El Evangelio debe ser proclamado en primer lugar mediante el testimonio. Por eso es importante que el peregrino tenga la posibilidad de entrar en contacto con comunidades cristianas (parroquiales, monásticas, religiosas, etc.) que, por su estilo de vida, su acogida, le hagan plantearse profundos interrogantes: «¿por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva»<sup>31</sup>. Creo que es fundamental que estas comunidades posibiliten que el peregrino, a lo largo del Camino, pueda tener experiencias de liturgia, de oración, de fraternidad, etc.

Pero al testimonio debe suceder el anuncio explícito del kerigma, de que Jesucristo, muerto y resucitado, es el cumplimiento de las promesas de Dios y respuesta a las verdaderas y profundas esperanzas humanas. Y es que, como dijera Pablo VI, «no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios»<sup>32</sup>.

Si valoramos el modo de ofrecer una respuesta, hemos de afirmar que para hablar de Dios hay que encontrar las palabras justas (que son las del corazón y de la vida), evitando palabras vanas (aquellas de la cultura dominante y de la erudición). Debe caracterizarse por la esencialidad, formulando el mensaje en modo directo y explícito.

Y el binomio pregunta-respuesta debe desembocar en la conversión. El Evangelio no es anunciado para satisfacer una curiosidad, para compartir unas informaciones o con el fin de aumentar los conocimientos teológicos, sino para lograr un cambio fundamental en el planteamiento

31 PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 8 de diciembre de 1975, n. 21.

32 *Idem*, n. 22.



existencial. Con palabras de los obispos españoles, «*el primer anuncio trata, pues, de lograr —mediante el influjo del Espíritu— esa adhesión inicial, radical, global al Reino de Dios, es decir, al «mundo nuevo», a la nueva manera de ser y de vivir que inaugura el Evangelio*»<sup>33</sup>.

El primer anuncio sólo es posible realizarlo en el contexto de una actitud de acogida a quienes a nosotros se acercan, o a quienes por el camino encontramos. El documento final del II Congreso mundial ya citado invitaba a «*hacer propia una acogida entendida como «pastoral de la amabilidad», que permite acoger con un espíritu de apertura y de fraternidad*»<sup>34</sup>. Una acogida que se manifiesta desde los sencillos detalles hasta la disponibilidad personal a la escucha, pasando por el acompañamiento durante el tiempo que dure la presencia. Una acogida que también se manifestará en la belleza y dignidad de la liturgia.

Y nunca debemos olvidar que cada peregrino es único, y que para él esa experiencia puede ser determinante e irreplicable. Por eso, por nuestra parte, debemos huir de la tentación de considerar a quien acogemos como uno más entre la multitud.

Por lo dicho anteriormente, podemos decir con razón que la peregrinación es un ámbito privilegiado para el primer anuncio.

#### 3.4. *La despedida: la invitación a la comunidad*

Creo que hay un momento de la peregrinación que deberíamos tener más presente: el de la despedida. En nuestro II Congreso mundial, correspondió a Enzo Bianchi ofrecer una reflexión sobre el tema. En su ponencia, entre otras cosas, sugería: «*es deseable que el santuario mismo ofrezca oportunidades para ritualizar en modo cristiano el momento del retorno. Esta necesidad va más allá de una simple despedida: por analogía, debería estar predispuesto para esta ocasión algo similar a lo que ocurre al final de cada liturgia eucarística. No se trata de proclamar simplemente que la peregrinación ha concluido, sino de enviar a los peregrinos a una especie de misión, diciéndoles: “¡Id en la paz de Cristo, en su shalom que*

33 Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, Conferencia Episcopal Española, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy*, 1983, n. 40.

34 Pontificio Consiglio della Pastorale per i Migranti e gli Itineranti, *Pellegrini al Santuario*, p. 368. «La nueva evangelización se realiza con una sonrisa, no con el ceño fruncido», señalaba gráficamente el cardenal Timothy Dolan (*Come bambini per dire la fede al mondo, Introduzione alla giornata di preghiera e di riflessione convocata dal Papa per il Collegio cardinalizio*, 17 de febrero de 2012, en: *L'Osservatore Romano*, 18 de febrero de 2012, p. 8).

*es vida plena!; ¡id a anunciar a todos las maravillas realizadas por Dios! ¡id para ser sus testigos entre los hombres!»<sup>35</sup>.*

Creo que ése es el momento de señalar al peregrino la importancia de vivir en el seno de la comunidad eclesial la fe que han profundizado, despertado o redescubierto: una invitación explícita a incorporarse a la vida eclesial, donde consolidar, alimentar, celebrar y vivir gozosamente la fe.

### 3.5. *El regreso: la acogida en la comunidad*

Pero si en la despedida invitamos a una incorporación en la vida eclesial, esto se debería traducir en unas comunidades cristianas preparadas para favorecer dicha acogida post-peregrinación. ¿Qué mecanismos podemos disponer? ¿Cómo realizarla?

Pero esta propuesta nos plantea otra pregunta más seria: ¿cuál es el rostro de estas comunidades?, ¿cómo continuar procesos de conversión comunitaria que permitan aparecer el rostro auténtico y atrayente de la Iglesia?

En los apuntes que el cardenal Bergoglio elaboró con los puntos fundamentales de su intervención en las congregaciones generales previas al Cónclave, el hoy papa Francisco afirmaba: «*La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria*». Yo me pregunto: ¿no es el Camino un lugar donde estas «periferias» emergen con más facilidad, quizá ayudadas por el proceso de esencialidad y renuncia que favorece el mismo Camino?

El cardenal Bergoglio continuaba escribiendo: «*Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene autorreferencial y entonces se enferma*». Me pregunto: la atención al peregrino, ¿no puede ser de gran ayuda para una Iglesia que constantemente necesita y desea salir de sí misma e ir al encuentro del mundo?

Concluyo señalando un elemento fundamental sin el que todo lo afirmado sería difícilmente viable: es necesaria la conversión y la formación de todos los implicados en la acogida. Sólo el testigo es plenamente creíble<sup>36</sup>.

35 ENZO BIANCHI, *La spiritualità del ritorno. Accompagnare il ritorno*, en: Pontificio Consiglio della Pastorale per i Migranti e gli Itineranti, *Pellegrini al Santuario*, p. 346.

36 Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 41.

Todos conocemos las impactantes palabras que el papa Francisco dirigió a los sacerdotes durante la pasada Misa Crismal: «*Esto os pido: sed pastores «con olor a oveja», que esto se note*». <sup>37</sup> Permitidme que parafraseándolas os invite a ser sacerdotes, religiosos, seglares,... «con olor a peregrino», con la certeza de que unido al incienso del botafumeiro que se quema en la presencia del Señor nos transformará en ofrenda agradable.

37 FRANCISCO, *Homilía en la Santa Misa Crismal*, 28 de marzo de 2013.

## CRÓNICA DEL CONGRESO

El Año de la Fe, convocado por el Papa emérito Benedicto XVI, propició el proyecto de realizar el I Congreso de Acogida Cristiana y Nueva Evangelización que se ha desarrollado los días 22, 23 y 24 de abril en Santiago de Compostela, España. «*No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (cf. Mt 5, 13-16). Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. Jn 4, 14)*». (Benedicto XVI. *Porta Fidei*, 3. Carta Apostólica en forma de Motu Proprio con la que se convocó el Año de la Fe).

La llamada a reavivar la evangelización en la Iglesia, hecha también por Benedicto XVI, fue el empujón definitivo para realizar este Congreso. Porque el Camino de Santiago es, sin lugar a dudas, un lugar espiritual privilegiado donde poder reavivar la llamada de la Iglesia a anunciar la Buena Nueva. «*Es «urgente» anunciar nuevamente a Cristo donde la luz de la fe se ha debilitado, allá donde el fuego de Dios es como un rescoldo que pide ser reavivado, «para que sea llama viva que da luz y calor a toda la casa*». (Benedicto XVI. *Homilía en la Eucaristía de clausura del Sínodo de Obispos para la Nueva Evangelización*).

Mención especial queremos hacer de D. Jenaro Cebrián, en aquel momento Delegado de Peregrinaciones de la Archidiócesis de Santiago y Director de la Oficina de Acogida al Peregrino de Santiago, que recogió la propuesta de los Delegados de Peregrinaciones del Camino y, sin demora, lo expuso al Arzobispo de Santiago, D. Julián Barrio Barrio, comenzando ambos, con ilusión, la preparación del Congreso. D. Jenaro falleció a primeros de año dejando ya las fechas y esbozado el programa del Congreso. ¡Gracias, D. Jenaro, por su fidelidad a Cristo!

Han sido convocados a este Congreso los Delegados de Peregrinaciones y Piedad Popular, Congregaciones religiosas, laicos, Asociaciones de Amigos del Camino, Cofradías de Santiago y Agentes que tienen su labor pastoral en el Camino de Santiago, bajo el lema «*Ser creativos, abrir nuevos caminos de pastoral, nos afirma que el amor de Dios nos*

*hace fuertes y audaces, infunde valor y osadía*», de la Carta Apostólica, de Juan Pablo II, Novo Millennio Ineunte.

Un total de 110 participantes de 12 nacionalidades no solamente católicos sino también anglicanos y evangélicos han asistido al Congreso. La Iglesia particular de Santiago ha estado presente a lo largo del Congreso a través de delegados pastorales, sacerdotes y laicos de la misma, que se han acercado a conocer con más profundidad la labor apostólica de la Acogida a los Peregrinos.

Han participado con conferencias tres Arzobispos: D. Julián Barrio Barrio, *Arzobispo de Santiago de Compostela*, D. Carlos Osoro Sierra, *Arzobispo de Valencia*, D. Jesús Sanz Montes, *Arzobispo de Oviedo*, y tres Obispos, D. Henri Brincard, *Obispo de Le Puy-en-Velay*, D. Julián López Martín, *Obispo de León* (imprevistos ajenos a su voluntad le impidieron estar presente en el Congreso pero se contó con su conferencia) y D. Sebastià Taltavull, *Obispo auxiliar de Barcelona y presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral de la CEE*. Hasta 11 realidades pastorales de parroquias, conventos, monasterios y albergues han aportado luz sobre la acogida y la evangelización en el Camino de Santiago a través de las comunicaciones del Congreso. Se ha contado, además, con la presencia de profesores de la Universidad de Santiago de Compostela, de Navarra y de Salamanca; de Delegados de Patrimonio y de Religiosidad Popular y del Oficial del Pontificio Consejo de Emigrantes e Itinerantes de Roma. El Xacobeo, uno de los patrocinadores del Congreso, fue representado por el profesor D. Francisco Singul.

Las jornadas del lunes y el martes comenzaron con la Eucaristía en la capilla del Seminario Mayor de San Martín Pinario. La liturgia fue en español, pero con la participación en las lecturas y oraciones en inglés, francés, alemán, italiano y portugués.

Las conferencias y comunicaciones se desarrollaron en el Aula Magna del Instituto Teológico Compostelano, situado en el mismo edificio de San Martín Pinario.

El Congreso fue presentado por D. Segundo L. Pérez López, Deán-Presidente de la S.A.M.I. Catedral de Santiago, e inaugurado con la conferencia «Peregrinos de la fe» de D. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago.

Las conferencias y comunicaciones que se desarrollaron a partir de ese momento, a lo largo de las siguientes tres jornadas, reflexionaron y mostraron la realidad concreta de la Peregrinación a Santiago y de los

diferentes proyectos de Acogida que se desarrollan en el Camino y en Santiago de Compostela.

Fue notable el concierto del grupo gallego Resonet, que tuvo lugar en la Capilla das Ánimas de Santiago el martes por la noche, y que desarrolló música del Camino de Santiago y del Códice Calixtino.

El Congreso fue clausurado con la Eucaristía del Peregrino en la Catedral de Santiago. La ofrenda a Santiago fue presentada por los coordinadores de la Oficina de Acogida al Peregrino, Eduardo Pérez y M<sup>a</sup> Josefa Eiras, y participantes en el Congreso que la completaron en sus propias lenguas de origen.

La oración de envío y bendición por parte del Sr. Arzobispo de Santiago fue el broche de oro y la motivación a continuar en la labor pastoral que todos los congresistas realizan en sus lugares de origen: «*Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis*». (Mt 25, 40)

Queda, pues, abierta la necesidad y el interés por el II Congreso Internacional de Acogida Cristiana en el Camino.



## MEMORIA DE VIDA: JENARO CEBRIÁN FRANCO

En la preparación, y a lo largo de todo el Congreso, resonó desde el silencio la voz afable y cercana de Don Jenaro, promotor y alma de tantas iniciativas humanas y espirituales a favor de los peregrinos. Nada mejor para concluir este volumen que el presente perfil escrito en primera persona por D. Jenaro Cebrián, en el libro: *Todos irmáns, siempre irmáns. Vodas de ouro sacerdotaís. Promoción 1957*. Publicado por la Archidiócesis de Santiago de Compostela. En dicho trabajo colectivo D. Jenaro nos muestra su vida con la honradez y sencillez que le caracterizaban:

«Nací en la ciudad de Santiago el 9 de enero de 1935, no muy lejos de la Catedral a cuyo servicio dediqué bastantes años de mi vida sacerdotal, a la vera del Convento de Santa Clara y a la sombra del Carmelo de Carmelitas Descalzas, al que estuvo ligada mi niñez y adolescencia como luego contaré.

Fue en la casa de San Roque, nº 26, hoy derruida, y en cuya huerta se construyó años después el internado del Colegio La Salle, del que fui director espiritual y Capellán.

Me bauticé en San Miguel dos Agros pocos días después de mi nacimiento, y me confirmé en la misma parroquia en abril de 1942 por el excelentísimo D. Tomás Muñiz de Pablos.

No me voy a extender en mis raíces familiares, porque en el libro de la promoción sacerdotal que celebró sus Bodas de Oro en 2006, ya las expuso ampliamente mi hermano Juan José. Pero sí he de decir que soy el segundo de seis hermanos vivos (en aquel momento eran cinco hermanos vivos), de los ocho que fuimos. Nuestra familia era de clase media urbana, nuestro padre, Juan Cebrián Gurruchaga, se dedicaba al comercio y nuestra madre era profesora.

En mi corazón de niño dejaron huella imborrable las reflexiones que nos hacía nuestra madre, a raíz de la muerte en el espacio de seis meses, de dos de nuestros hermanitos: Gloria Blanca, de seis meses, y José Mari, de tres años. Reflexiones, dentro de su dolor de madre, llenas de confianza en el amor de Dios y de esperanza cristiana.



En este ambiente cristiano de la familia y en el contacto casi diario con las carmelitas y su Iglesia Conventual (entre ellas estaban las tías, Madre Gloria del Corazón de Jesús y Madre Concha) sin duda fue sembrada la semilla que un día me hizo sentir la llamada de Dios a ser sacerdote. Había terminado el curso 1944-45 en la escuela de la Inmaculada, de los HH de la Doctrina Cristiana; mi hermano Juan José ya estaba en el Seminario y un día durante las vacaciones le manifesté a mi madre mi deseo de entrar yo también en el Seminario. Mi madre se quedó pensativa y me dijo que era mejor que hiciera antes el bachillerato en el Instituto, y que si después quería seguir mis estudios en el Seminario, tanto ella como mi padre no pondrían objeción alguna. Sin pensármelo dos veces le repliqué: «*Mamá, ¿y si pierdo la vocación?*». Sin inmutarse me dijo: «*vete, vete, yo no quiero esa responsabilidad*». Ella tenía miedo de que mi decisión se debiera a que ya estaba mi hermano en el Seminario, y como estábamos muy unidos, lo hacía por seguirlo. Lo recuerdo como si fuera hoy pero en todos los años de Seminario nunca llegué a dudar de que ése era mi camino, al que Dios me llamaba.

Los años del Seminario fueron en general felices a pesar de la disciplina, horarios y renunciaciones de aquella vida austera y dura de aquella época. Los malos recuerdos pasaron pronto, los castigos por llegar unos minutos tarde a Vísperas los domingos, después de ir al fútbol en Santa Isabel, o por travesuras varias. En algunas clases D. Modesto siempre me pillaba en alguna trastada. Los buenos momentos son los que perduran: el compañerismo, las amistades fraguadas en los años de convivencia, la formación recibida cuya validez apreciamos con el paso de los años etc.

En el verano, siendo subdiácono, el 13 de agosto, el recién consagrado Obispo Auxiliar del cardenal Quiroga palacios, Monseñor D. Miguel Nóvoa Fuente me convocó para que fuese su secretario. Después del último curso de Teología, que viví entre el Seminario y la secretaría del Sr. Obispo Auxiliar, llegó el gran día de la recepción del Presbiterado.

Un grupo numeroso de mis compañeros de promoción había recibido ya el presbiterado en el mes de marzo. Llegaba septiembre, en cuyo mes había nuevamente Órdenes Sagradas. Hasta finales de agosto no supe si podría recibirlas, ya que necesitaba dispensa papal del año y medio que me faltaba para cumplir los 24 años (edad mínima requerida entonces). Un viaje a Roma del Cardenal Quiroga propició que él mismo trajera la dispensa, y así poder ordenarme junto con el resto de mis compañeros que no la habíamos recibido en marzo.

La ceremonia solemne y emocionante de nuestra ordenación se celebró en la Iglesia de San Martín Pinario, oficiada por el Emmo. y Rvdo. Sr. Cardenal D. Fernando Quiroga Palacios el 20 de septiembre de 1957.

La primera Misa la celebré el 21 de septiembre en la Iglesia Conventual de las Carmelitas, en la que tantas veces de niño y seminarista ayudé a misa y en las novenas que en ella se celebraban. Al otro lado de la reja estaba mi tía, la Madre Gloria del Corazón de Jesús, entonces priora del convento, que tanto rezó por la vocación de sus sobrinos y continuó rezando a los largo de su vida.

En aquel día tan significativo me acompañaron mis familiares y amigos. Ante la imposibilidad de desplazarse a Santiago, mi tío Jenaro, debido a sus años y achaques, su gran amigo, el muy Ilustre Sr. Rector del Seminario, D. Manuel Capón Fernández fue el presbítero asistente. Mis padres fueron mis padrinos de manos; y mis padrinos de pila (mi abuela Dña. Victoria Señarís Rebollo y D. Manuel Núñez Taibo) fueron mis padrinos de honor. Fue un día de gran alegría familiar, de los que dejan huella en el corazón. La segunda Misa la celebré en la Tumba del Apóstol, muy lejos de sospechar que muy pronto mi vida sacerdotal iba a estar ligada a la Catedral hasta hoy.

### ***Los diez primeros años***

Mis diez primeros años como sacerdote fueron muy distintos a como yo me los había imaginado en el Seminario. Como todos mis compañeros, pensé que sería destinado como coadjutor de cualquier parroquia de las villas o ciudades de la Diócesis, o como ecónomo de una parroquia rural. Sin embargo, el hecho de haberme llamado el Excmo. Sr. Obispo Auxiliar D. Miguel Nóvoa para ser su secretario, condicionó el cargo futuro a desempeñar una vez recibido el presbiterado.

El 13 de octubre de 1957 fui nombrado Coadjutor de las Parroquias de S. Benito del Campo y de Sta. María del Camino de la ciudad de Santiago, de las que era Párroco D. Antonio Facal López. Al principio me costó encontrar la forma de vivir el sacerdocio que había soñado, pero el contacto con las familias de los barrios, entonces muy pobres, de la Angustia, Rosario, Calle del Medio, la visita a los enfermos, y sobre todo el tiempo que dediqué a los adolescentes y jóvenes del barrio (jugando al fútbol con ellos, realizando paseos o alguna excursión) me hizo descubrir que era eso de estar al servicio de los demás, cercano a los pobres y a los que sufren. Aquella experiencia breve, pero intensa, influyó en mi vida sacerdotal más de lo que entonces sentí. En aquellos años tuve mi primer contacto con la Acción Católica, como Consiliario del aspirantado de la Parroquia de S. Miguel dos Agros.

El 13 de enero de 1961 el Cardenal Quiroga me nombró beneficiado de la S.A.M.I Catedral y, para que estuviera más a disposición de Sr.

Obispo Auxiliar, dejé la parroquia. Recuerdo una anécdota: el monaguillo de las Ánimas, el popular Luis de Bonaval, se lo comunicó a D. Antonio Facal diciéndole que a D. Jenaro le nombraron «despreciado» de la Catedral. ¡Menudas bromas me gastaron entonces! Deje la coadjutoría y pasé a la Curia (Vicaría General). Acompañé al Sr. Obispo Auxiliar como secretario de la Visita Pastoral, lo que me permitió recorrer toda la Diócesis y conocer todas las parroquias y sacerdotes de la misma. Fueron años muy diferentes a los que yo me había imaginado, pero que marcaron el rumbo y la dedicación futura de mi ministerio sacerdotal.

Jamás había pasado por mi mente el dedicarme a la enseñanza y a la juventud, pero en el año 1960 me propusieron del entonces «Colegio Mi-nerva» que aceptara impartir clases de religión. Aunque al Sr. Obispo Auxiliar inicialmente no le parecía oportuno, acabó comprendiendo que podría ayudar a centrarme en el sacerdocio. Más de una vez le comenté que no me encontraba entre los papeles y la correspondencia ni en la Curia, y él me recordaba lo que decía Sta. Teresa, que Dios estaba también entre los pucheros; pero yo le decía que prefería encontrarlo en las personas. Empecé a vivirlo así, ya desde el primer año de profesor, y acabé el curso conociendo a todos los alumnos del Colegio. Pronto organicé campamentos y convivencias, que me abrieron el horizonte del mundo juvenil.

### ***Director espiritual del Colegio La Salle***

El 20 de mayo de 1965 falleció el Excmo. Sr. Obispo Auxiliar, D. Miguel Nóvoa Fuente, por lo que ya no deseaba seguir en la Curia. El actual Excmo. Sr. Obispo emérito de Tuy-Vigo, entonces Rector del Seminario Menor de Belvís, pocos meses después me propuso que me hiciera cargo de las clases de Geografía en el Seminario Menor, que acababa de dejar D. Donato Dosil. Como éste no quería proponérselo directamente al Sr. Cardenal, le expuse la propuesta del Sr. Rector y que yo estaba dispuesto a aceptarlo, pero el Sr. Cardenal no lo creyó oportuno y continué en la Curia.

Al cesar D. Luis Conde en su cargo de Director Espiritual y Capellán del Colegio La Salle por ser nombrado formador del Seminario Mayor, el Director del colegio se dirigió al Sr. Cardenal, indicándole que era su deseo que me nombrasen a mí Director Espiritual y Capellán del centro. El Sr. Cardenal lo aceptó y me incorporé a mi nueva tarea en octubre de 1968. Actualmente sigo de Capellán de la Comunidad de los H.H., pero ya no del Colegio.

Fueron años que viví con mucha intensidad, con mucho contacto y diálogo con los alumnos, en el despacho, los patios, las confesiones... Los Ejercicios Espirituales, las convivencias, los campamentos, las fre-

cuentas acampadas, los campos de trabajo... fueron actividades a las que dediqué mucho tiempo durante aquellos años; sin olvidar el acompañamiento de los grupos cristianos del colegio. Posiblemente fueron los años en los que más enriquecido me sentí en el contacto continuo con los alumnos.

Siempre encontré en los sucesivos directores y H.H. de la Comunidad Religiosa una gran acogida y trabajé muy a gusto en equipo con ellos, al igual que con los demás profesores.

La congregación de La Salle me ha honrado, al igual que a mi hermano Juanjo, con su más alta distinción haciéndome uno de los suyos por lo que les manifiesto mi más profunda gratitud. Guardo un recuerdo imborrable de la cena que me ofrecieron en septiembre de 1982 con motivo de mis «Bodas de Plata» el Colegio y los jóvenes de los grupos cristianos, en la que participaron más de 150 miembros. Es honda la amistad que me une a los H.H. de La Salle, en especial a los H.H. Francisco Tudanca, Manuel Carreira, Luis de los Ríos, Manuel Gutiérrez «Guti» y el recién fallecido José Couselo. Muchas fueron las experiencias de trabajo educativo, compartido en las aulas, las convivencias, los campamentos de animación de la fe de los alumnos, y de alegrías compartidas en los ratos de expansión y fiesta. Sigo unido a ellos, prestando mis servicios de Capellán de la Comunidad de H.H.

### *La JEC*

Llevaba cuatro cursos de profesor de Religión, cuando el entonces Consiliario de la JEC Universitaria, D. Eugenio García-Rodeja Fernández, me abordó en la calle Rúa Nueva, y me propuso iniciar la JEC de Enseñanzas Medias, que por aquella época comenzaba a surgir en la JEC Española. Me pareció una necesidad ponerla en marcha en Santiago, y acepté con gusto poniéndome a ello, junto con D. José Antonio Iglesias, que comenzó con la femenina. Desde entonces fui Consiliario de JEC Medias, así se llamaba hasta 1992. Al cesar el Consiliario de la JEC Universitaria, D. Ricardo Viqueira, fui nombrado Consiliario Diocesano de la JEC (Graduados, Universitaria y Secundaria). Cesé en 2005.

Estaba jubilado de la enseñanza desde el año 2000, y ya era necesario un nuevo Consiliario. Dedicué a la JEC y al acompañamiento de sus dirigentes y militantes 40 años, con el paréntesis de seis años, entre 1972 y 1978, debido a la crisis de la Acción Católica y su repercusión en la identidad de la JEC. Fueron años difíciles, que me tocó vivir de lleno y en los que se pusieron a prueba tantas cosas decisivas para el futuro del Apostolado seglar en la Iglesia Española. El movimiento JEC estuvo

clausurado desde 1972 (decisión de la Asamblea General celebrada en Semana Santa - Salamanca que presidía D. Elias Yanes, entonces Consiliario General de la A.C. y Obispo Auxiliar de Oviedo) hasta 1976. Se nos encomendó a seis consiliarios que mantuviéramos la identidad de la JEC, en espera de tiempos mejores. Éstos llegaron en 1976, entonces D. Ricardo Viqueira participa de lleno en la resurrección de la JEC en nuestra Diócesis, y se hace cargo de la Consiliaría de la JEC Universitaria. Yo, asumí de nuevo la Consiliaría de la JEC Media, en 1978.

Es imposible resumir esos 40 años de mi vida sacerdotal al servicio de la Iglesia diocesana, en el campo de la Evangelización del mundo juvenil estudiantil, a través de la Consiliaría de la JEC. Antes aludí a los años difíciles vividos, a raíz de la crisis de la Acción Católica, pero en el paso de los años soy consciente de cuánto influyó en mi vida sacerdotal el ser consiliario de la JEC.

Gracias a la pedagogía activa y al método de la R. de V. (Revisión de Vida), fui descubriendo la necesidad del análisis de la realidad si se quiere iluminar y fermentar esa realidad desde los valores del Evangelio, y sobre todo, aprendí que sin conversión del corazón, no hay posibilidad de transformar las estructuras sociales. Y es que la práctica de la R. de V. conlleva una mirada creyente, contemplativa, evangélica de la realidad, de la vida, que desemboca en el compromiso. Fui descubriendo progresivamente la necesidad de respetar el ritmo y el proceso de maduración de las personas, a las que acompaño pero no diriges.

A través de los encuentros de Consiliarios, Asambleas, Semanas de Verano, Campamentos, Convivencias, llegué a conocer a un buen número de sacerdotes de las diócesis en las que estaba implantada la JEC, y a establecer amistades duraderas. Especialmente enriquecedor fue el contacto cercano con los jóvenes y sus inquietudes y centros de interés que tanto me ayudó en mi tarea de Profesor de Religión. Recuerdo como una de las experiencias más ricas de aquellos años, el equipo de sacerdotes que animábamos entonces la Pastoral Juvenil en la ciudad: D. Carlos García Cortés, D. Ricardo Viqueira y D. Antonio Busto. Fueron muy gratas y provechosas las convivencias de consiliarios de los movimientos de Acción Católica, que celebrábamos mensualmente en la Casa del Colegio La Salle, en La Gafa (Portosín). En ellas participaron D. Raimundo García Veiga, entonces vicario territorial, D. Ricardo Viqueira, D. Donato Dosil, D. Bartolomé Sánchez Canals,... De mis últimos años de Consiliario de la JEC, recuerdo con especial gratitud el haber compartido la tarea con la constante cercanía de D. Benjamín Roo Moledo, pues en su parroquia de Los Tilos siempre hubo grupos de la JEC.

De esos 40 años, me acuerdo de dos momentos especialmente significativos. La celebración del 50 aniversario de la Fundación de la JEC, en el Centro de Pastoral Juan Pablo II del Monte del Gozo, que culminó con la Eucaristía que presidió nuestro Arzobispo, Mons. Don Julián Barrio Barrio; y la despedida que me hizo la JEC Diocesana el 7 de enero de 2006. Me encontré con la sorpresa de que en la Capilla del Campus Universitario estaban más de 120 personas de las diversas generaciones de militantes de la JEC. No me habían puesto en antecedentes. Fue una Eucaristía emotiva, al igual que la posterior cena. Aprovecho el punto final de esta referencia a mi relación con la JEC, para expresar mi honda gratitud a los cientos de jóvenes que pasaron por ella.

### ***Profesor de Bachillerato***

La enseñanza de la Religión ocupó 40 años de mi vida sacerdotal: del curso 1960-61 al 1975-76 en el Colegio Minerva, hoy «Manuel Peleteiro» y del curso 1976-77 al 1999-2000 en el Instituto «Rosalía de Castro» en el que estuve hasta mi jubilación en la enseñanza. También fui profesor de Religión durante varios años en el Colegio «La Salle».

Tantos años en contacto con los jóvenes en las aulas, como en los movimientos juveniles que acompañé, fue un gran enriquecimiento para mi vida sacerdotal. Al igual que lo fue el contacto, compañerismo y acogida que tuve en los claustros de profesores de esos centros.

Durante bastantes cursos colaboré en la Vicaría de Enseñanza siendo Vicario nuestro condiscípulo D. Jaime García, formando equipo con varios profesores de Religión.

La tarea docente fue un continuo estímulo para la lectura y el ponerse al día en un mundo y sociedad de cambios tan amplios y rápidos como sucedieron en estos 50 años.

Nunca había pasado por mi imaginación ser profesor, hasta que me encontré en las aulas del colegio Minerva, pero ahora, después de los 40 años de docencia, me he dado cuenta de lo mucho que aprendí con los jóvenes y de los jóvenes en las aulas de los tres centros.

### ***Canónigo de la catedral***

Llevo desde Enero de 1961 formando parte del clero de la S.A.M.I. Catedral, como Beneficiado. Debo reconocer que a pesar de que procuré cumplir con las tareas que me encomendaron en el nombramiento de 13 de Enero de 1961, poco fue el tiempo que pude dedicar al servicio de

la Catedral, con excepción de la atención al confesionario, cuando me era posible los domingos durante el verano y en los Años Santos.

Al suprimirse en el nuevo Derecho Canónico el cuerpo de Beneficiados en las Catedrales, fueron pasando a canonjías los sacerdotes que los integraban en las diferentes diócesis. La última diócesis en integrar a los beneficiados en el Cabildo Catedral fue la nuestra. En agosto de 1988, antesala del Año Santo de 1999, nuestro Arzobispo, el Excmo. y Rvdmo. Mons. D. Julián Barrio Barrio, tomó la decisión de nombrar canónigos de la S.A.M.I. Catedral, ante las necesidades pastorales de la misma en el ya cercano Año Santo, al Rector del Seminario, D. Luis Quinteiro Fiuza, a D. Manuel Iglesias Pérez y a los cinco beneficiados que quedábamos.

Una vez jubilado en la enseñanza, me rogaron que atendiera más tiempo el confesionario, lo que acepté con mucho gusto, porque pienso que es parte esencial de nuestro ministerio. Pienso también que los canónigos de la Catedral hemos de atender especialmente este sacramento, porque hoy los creyentes buscan acercarse a la Confesión en los Santuarios, al no encontrar como en otros tiempos, sacerdotes en los confesionarios de sus parroquias. De todo lo que ocupó el tiempo de mi dedicación sacerdotal, el más gratificante sin duda fue el dedicado al confesionario. Escuchar en confesión a los peregrinos que llegan del Camino de Santiago es un verdadero privilegio.

En marzo de 2004, fui nombrado por el Sr. Arzobispo, colaborador de la Delegación de las Peregrinaciones, debido a la enfermedad de nuestro condiscípulo y amigo, D. Jaime García Rodríguez. Al presentar éste su renuncia a la Canonjía y a su cargo en agosto de 2005, el Cabildo y el Sr. Arzobispo me confiaron esta tarea, confirmada por el nombramiento de Delegado de las Peregrinaciones en enero de 2006.

Es conocida de todos la gran labor realizada por D. Jaime en los años que desempeñó este cargo. A él se debe la puesta en marcha y la organización de la Oficina de Acogida al Peregrino, y en consecuencia la atención constante a todo lo relacionado con la Peregrinación Jacobea y la acogida de los miles de peregrinos, que cada año en número creciente llegan a pie o en bici por las distintas rutas del Camino de Santiago.

Para mí supuso un gran reto y un estímulo grande en el presente de mi vida sacerdotal tomar el relevo de D. Jaime. En los tres años que llevo a cargo de esta tarea, pude percibir más de cerca la importancia actual de la Peregrinación organizada a la Tumba del Apóstol Santiago, y el creciente auge de la peregrinación a pie por el Camino de Santiago. Entonces caí en la cuenta de lo mucho que nos queda por hacer desde la Catedral y la Iglesia Compostelana, para atender y acompañar pas-

totalmente a las necesidades espirituales de tantos miles de peregrinos. Cuando el Sr. Arzobispo me dio este cargo le dije que mantendría el horario del confesionario, porque es en él dónde mejor puedes acoger, escuchar y atender a los peregrinos que llegan del Camino, trabajados en su corazón por la Gracia.

Suele decirse que el peregrino es el protagonista de la ruta pero en realidad el protagonismo lo tiene la Gracia de Dios. Esto, que lo constato en mi propia experiencia, lo confirmé al escuchar a los sacerdotes que acogen y acompañan a los peregrinos a lo largo del Camino.

A esa tarea dedico el presente de mi vida sacerdotal, y en ella se me va el día. Sin duda es para mí un regalo de Dios el haberme encontrado con esta nueva experiencia en mis últimos años, ya jubilado de la enseñanza. He vuelto a encontrarme con los jóvenes, ahora como peregrinos, y por ello puedo decir con fundamento, que sigue habiendo miles de jóvenes que buscan apasionadamente a Cristo y al Evangelio. Uno de ellos, de 23 años, al que acompañé desde su confesión, me decía en una carta: «Padre Jenaro, me siento orgulloso de ser cristiano y me emocioné al leer la encíclica *Dios es amor* de Benedicto XVI».

Por otra parte, desde la fundación de la nueva parroquia de San Antonio de Fontiñas en el año 1995, estoy adscrito y colaboro en ella junto con D. Donato Dosil, en equipo con el párroco D. Ricardo Viqueira. No es mucho el tiempo que puedo dedicar a las actividades parroquiales, pero encontré en ella todo lo que la comunidad parroquial supone en el desempeño del ministerio sacerdotal. Aprovecho para agradecer a todos los feligreses y al equipo de sacerdotes de la parroquia los buenos momentos que he compartido con todos ellos.

Con el corazón abierto a la Esperanza afronto esta última etapa de mi vida, y así como el Señor me ayudó a lo largo de mi ministerio presbiteral, confío que siga ayudándome a seguir en este servicio, mientras la salud responda. Tuve el primer aviso serio en la Semana Santa de 2006, del que me recuperé muy pronto, gracias a la intercesión del Apóstol Santiago. Ahora mismo estoy dispuesto a continuar adelante en el horizonte ya del próximo Año Santo 2010».

El día 1 de enero de 2013 arribó a la otra ladera, y dejó el mundo bastante mejor de lo que lo había encontrado. Todo ello en razón de la Gracia y la entrega generosa de su libertad al servicio de todos.

Santiago de Compostela, mayo de 2013







FUNDACIÓN  
CATEDRAL  
DE SANTIAGO



XUNTA DE GALICIA  
CONSELLERÍA DE CULTURA  
E TURISMO

Cabildo de la S.A.M.I. Catedral de Santiago